

Selección RNR

ANDREA PEREIRA

*Llegaré
hasta ti*



Viaje en el tiempo

LLEGARÉ HASTA TI

Andrea Pereira



1.^a edición: febrero, 2016

© 2016 by Andrea Pereira

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona

(España)

www.edicionesb.com

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-359-9

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Carlos,

*El amor de verdad es para siempre, no tiene
tiempos.*

*No podría escribir sobre el amor si no lo
conociera.*

¿Qué nos deparará el futuro?

Lo iremos descubriendo, solo sé que te amo.

*Desearía terminar esta vida junto a ti y, en las
otras vidas... espero volverte a ver.*

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Prólogo

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XIV

Epílogo

Prólogo

Dos semanas atrás...

—¿Pero qué ocurre, tío?

—No sé, el mar está agitado.

—Apuraos, levantad la red. Nos marchamos de este lugar.

—Ayudadme con esto, José, está muy pesado.

—No puede estar tan cargada, acabamos de arrojarla.

—Seguro que se enganchó en el fondo. Coged un pedazo de red y ayudadme, apenas puedo sostenerlo.

—Vamos, apuraos, esto se pone cada vez más peligroso —gritó Antonio a los pescadores que intentaban recuperar la red de pesca del fondo del mar Cantábrico.

Un movimiento extraño, un agitado batir de las aguas marinas que nacía en la profundidad del océano, sacudía la embarcación y la hacía navegar en círculos. Los curtidos pescadores, acostumbrados a los caprichos marinos y sus tormentas, apreciaron desde el primer movimiento oscilante de aguas que no era nada habitual. La vieja lancha pesquera giraba cada vez con más velocidad y los vientos de la superficie los envolvía en una bruma nacida de la nada. Antonio, el capitán de la embarcación, comenzaba a dudar de la resistencia, tanto de la lancha como de la suya.

La lucha de los tres pescadores para recuperar la red de las entrañas marinas era una batalla perdida; tras el esfuerzo desmedido del capitán, la embarcación comenzó a alejarse de la oleada furiosa, pero inevitablemente los últimos metros de red sobre la cubierta se perderían para siempre

en las aguas turbulentas. Un feroz sacudón arrojó a todos al piso e hizo que una pierna de José se enredara entre los vestigios de la red que se perdía y comenzó a arrastrarlo con ella. La desesperación del marinero alertó a los demás, los hombres se pusieron de pie y se arrojaron sobre el compañero aprisionado. Roberto lo jalaba de los hombros y Miguelete intentaba desenredar la malla de sogas de las piernas; para su sorpresa, fue mucho más fácil izar la red que desenredarla, y con ayuda de los otros dos hombres, que notaron lo mismo, la levantaron con rapidez.

—¿Qué es esto? —preguntó Miguelete, alzando la red para observar lo que estaba atrapado allí.

—Parece que hay algo bajo las algas —respondió Roberto, dubitativamente.

—Sacadla —indicó José entusiasmado e hizo un breve paréntesis en sus movimientos para hacer una observación—. ¿Os habéis dado cuenta que el

mar se ha quedado quieto?

Los hombres miraron sobre la borda, la quietud de las aguas parecía la representación de la calma, todo era tranquilidad donde instantes atrás había puro caos. Recuperados de la asombrosa muestra de versatilidad marina, volvieron su atención sobre el extraño bulto rescatado.

—¡Capitán! —gritó Roberto, girando hacia la bitácora alta—. ¡Mirad esto! —urgió, señalando la red.

Los hombres, sin ningún tipo de cuidado, sacaron el envoltorio de algas de la red y la apoyaron en el piso. Podía vislumbrarse debajo de las envolventes plantas marinas una figura blanca, no era grande, no medía más de medio metro cuadrado y se apreciaba el blanco de los extremos. Con rapidez, cortaron las algas y apareció la escultura de un bello corcel blanco.

—No es vieja —determinó José, rascándose la

crecida barba blanca—. No tiene costras pegadas. No vale nada —afirmó un tanto desilusionado, sentimiento muy difícil de ver surgir en el curtido pescador de sesenta y dos años; a su edad había desarrollado un repelente natural ante las decepciones, sin embargo, en esa ocasión, no podía evitar que el sentimiento se colara en sus palabras.

—No os apresuréis, hombre —indicó el capitán, llegando hasta ellos. El mar parecía dormido después del estallido de genio repentino y fugaz, por eso bajó para ver lo izado por sus hombres. Conocía de tesoros encontrados por los pescadores y no dejaba de soñar que un día también encontraría uno.

—Os digo que no vale el precio de la madera con la que está hecho —insistió José.

—Mirad las inscripciones de la piedra atrapada en las patas traseras, eso parece antiguo

—señaló Roberto.

—Está partida al medio —agregó Miguelete, con la misma desilusión que José.

—De todos modos, la llevaremos a la tienda de antigüedades —adujo el capitán, dando por terminada la evaluación del corcel y las piedras atrapadas en sus patas—. Puede que no sea antigua, pero es una maldita porquería bella. Si al menos vale el precio del combustible gastado el día de hoy, estaré satisfecho y les daré su paga aunque no tengamos carga.

—¿No volveremos a echar la red, capitán? —preguntó Roberto sorprendido.

—El mar está extraño, será mejor que regresemos al puerto —determinó.

Capítulo I

Gijón, 2005

La oficina estaba alborotada, seis días no laborables era un motivo de festejo. Al feriado de Semana Santa se sumaban dos días de inspecciones edilicias, en los cuales el personal completo de la empresa no trabajaría para dejar a los ingenieros y arquitectos actuar con comodidad. Faltaba media hora para las cuatro de la tarde, horario en el cual se retiraban los once empleados que trabajaban en el cuarto piso donde funcionaba el departamento comercial de una empresa de cobertura social que ocupaba todo el edificio. Después de una semana de mucha tensión y negociados difíciles para llegar al alto objetivo impuesto para ese mes, los empleados del área

comercial esperaban impacientes que se cumpliera el horario para salir a hacer los últimos preparativos del viaje.

Uno de los ejecutivos encargado de ese departamento, dos semanas atrás, había instado a sus empleados a cerrar el mes con un número mayor de afiliados nuevos, tomando como referencia los últimos doce meses, si cumplían el objetivo, podrían navegar en su yate privado por las azules y agitadas aguas del mar Cantábrico sin tener que pagar por el viaje. Tal motivación dejó un mes con un número inusual de nuevos beneficiarios de la cobertura social SB.

—¿Has podido con la guardia vieja? — preguntó el jefe a la ejecutiva de cuentas encargada de convencer a los directivos de una fábrica de Gijón que, en el pasado, se resistió varias veces a cambiar su vigente empresa de servicio social.

—¡Por supuesto! ¡Ya los tenemos! —exclamó con una sonrisa radiante—, y van a incorporar diez empleados la próxima semana.

—¡Enhorabuena! —la felicitó mientras la empleada cerraba los legajos—. Doscientos cuarenta y ocho —le notificó a la mujer que reía satisfecha del número de nuevos beneficiarios que sumó a la empresa de servicios en el mes.

—Mara, ¿qué pasó con el club? —preguntó a otra.

—No los pude retener, el presidente ha dicho que el club está a días de presentar la quiebra —anunció con tristeza.

—Debes comenzar con las bajas. Cuarenta socios menos para ti, Mara. El mes entrante deberás salir a la calle a buscar reemplazos.

—Lo sé —afirmó nostálgica.

—Pues recargarás pilas en el viaje y la semana próxima los conseguirás —propuso el jefe,

acariciando la mejilla de la rubia y presumida Mara, que sonreía con coquetería y falso sonrojo.

Airan Bersé era el seductor y mujeriego jefe de planta. Se ligó con casi todas las mujeres que trabajaban en la empresa, y Mara era la última incorporación a aquella firma. Airan era apuesto, con su cabello muy corto, casi rapado, solo se dejaba una sombra oscura en el cuero cabelludo que brillaba como el oro cuando a las diminutas hebras le pasaba el rayo de sol que entraba por la ventana. Grandes ojos, de un celeste cristalino, coronados con bellas pestañas arqueadas, en una cara esculpida por un ángel artista, y el cuerpo propio de un jugador profesional de rugby era la fantasía erótica de las mujeres y la envidia de los hombres que alababan la resistencia física del titular del área que no descansaba en sus conquistas, tenía tiempo para los deportes y una activa vida nocturna desde que se había separado.

No había tenido vedada la diversión durante el año entero que duró su matrimonio, pero fue discreto y cuidadoso, todos en la empresa aseguraban que la conducta casi prolija que llevó por todo un año fue para no soportar las críticas de su padre, el dueño de la firma en la que todos trabajaban, y no por respeto a su esposa, una modelo que no podía dejar de ser parte de un desfile de moda si éste pretendía ser prestigioso.

Moira Navi estudiaba los movimientos de su jefe y sonreía, a ella le había hecho la misma corte al ingresar a trabajar, pero en esas tierras había fracasado y según las malas lenguas que no tardaron en mantenerla al tanto de todos los chismes, fue la segunda en rechazar al *don Juan* de la oficina; la primera en darle la espalda y cerrarle las puertas, literalmente, fue su esposa, tres años atrás, cansada de las infidelidades. Moira trabajaba en esa empresa desde hacía un poco más

de dos años y vio a cada una de las conquistas de su jefe y solo sonreído cuando cada tantos meses lo intentaba otra vez con ella.

Airan pasó revista de los logros y de los escasos fracasos de los diez ejecutivos de cuentas que estaban a su cargo y al finalizar, señaló que, como en los tres meses anteriores, Moira fue quien cerró con las mayores ventas mensuales y se acercó para felicitarla.

—Estás convirtiéndote en la ejecutiva estrella de esta oficina —la aduló Airan con una media sonrisa. A pesar de resistirse, las palabras hacían cosquillas en el estómago de Moira—. ¿Segura de no querer embarcar con nosotros? Eres la invitada de honor.

—Te agradezco, Airan, pero no puedo este fin de semana. Es mi aniversario de noviazgo con Santiago.

—Ese hombre lleva toda mi envidia sobre sus

espaldas, debe de pesarle mucho —señaló meloso—. Si yo fuera él, ya te habría colocado hace mucho tiempo un anillo en ese largo y bello dedo que tienes —dijo, tomando las manos de Moira para besarle la palma.

—No lo creo —rechazó las palabras y, con una sonrisa, retiró sus manos de las de su jefe—. En verdad, me hubiese gustado mucho realizar ese viaje con vosotros, pero Santiago reservó los pasajes para pasar el largo fin de semana en Ibiza.

—Sol, playa, desenfreno —dijo en voz alta, se acercó más y le susurró en el oído—. Locura, cuerpos desnudos, descontrol. ¿Por qué no lo has comentado antes? Hubiera viajado a Ibiza y te hubiera buscado allá.

—Son las cuatro. Me marcho —indicó Moira, con el cuerpo revolucionado con las palabras de Airan—. ¡Buen viaje a todos! —auguró en voz alta.

—Igualmente para ti —saludó Mara.

—¡Feliz aniversario! —participaron algunos compañeros que superpusieron sus voces en el saludo.

—¡Gracias a todos! —devolvió Moira, levantando la mano para saludar a sus compañeros y compañeras, que, como ella, se preparaban para dejar el trabajo.

Airan seguía parado a su lado y la observaba acomodar las cosas con las que trabajaba antes de abandonar el lugar. Ella levantó la taza que estaba en su escritorio, acomodó el teclado de la computadora y el auricular que usaba para los llamados. Cerró las conexiones telefónicas y luego se enfrentó a él, solicitándole con la mirada permiso para moverse.

—Si os arrepentís, partimos del puerto de Gijón mañana a las seis de la mañana —informó, renuente a perder la posibilidad de contar con

Moira en aquel viaje—. Sabes que puedes traer a tu hombre si lo deseas.

—Lo agradezco, pero ya tenemos planes hechos hace más de un mes.

—Pasadlo bien... a pesar de estar sin mí.

—No te quepa duda que lo haré. Tú también diviértete con los chicos.

—¡No! Yo lo haré con las chicas, que los cabrones se las arreglen solos.

—Sabes a lo que me refiero.

—Me apena que no seas parte de ellas —susurró, dándole doble intención a sus palabras.

—Nunca lo seré, Airan.

—No lo expreses como reto, Moira, no sabes de lo que soy capaz si hay algo en juego.

—Buen viaje, nos vemos el miércoles —dijo ella, sin entrar en la puja de palabras de Airan.

—Esperad, Moira, bajo contigo —informó

Isabel, otra ejecutiva de cuentas.

—Vale, te espero frente al ascensor —aceptó, sorprendiéndose por el pedido de su compañera. Habitualmente, no compartían tiempos de descanso ni llevaban una relación extra laboral, no por ello sería desagradable y aceptó el pedido.

Moira se quedó esperando que su jefe se moviera para poder pasar, pero él se negaba a abandonar la entrada al cubículo, no era la primera vez que lo hacía; a Moira no le molestaba, le causaba mucha satisfacción dejar plantado una y otra vez al hombre que pensaba que todas las mujeres morían por una de sus miradas y tenían la vida resuelta si llegaba a prestarle su atención. Ella veía como, una a una, las mujeres iban quedando en el olvido ni bien aparecía una nueva incorporación, y en ese camino, noviazgos largos fueron derrotados por dos o tres semanas de jaleo amoroso. A Airan le tenía sin cuidado arruinar

esas relaciones, su objetivo era que la mujer que deseaba terminara en su cama. Con ella no lo lograría, estaba enamorada de Santiago y los artilugios seductores de su jefe no funcionaban. No estaba dispuesta a permitir que pasaran de estremecimientos o fantasías curiosas que solo dejaba que se realizaran en su cabeza como la explosión libidinosa que nunca podría llevar a cabo con Santiago, él no era ese tipo de hombres, y a ella le gustaba que fuera así.

Airan sonrió y le dejó el camino libre; cuando pasó delante, olió la fragancia de sus cabellos justo debajo de su nariz y agitó la cabeza. Había ideado ese viaje para poder estar una vez a solas con Moira, y ella no se embarcaría, no entendía el motivo que impidió que supiera que ya tenía planes para ese fin de semana. En la oficina, en general, todos rumoreaban de la vida de todos. La muchacha, que no le superaba los hombros, de

brillantes cabellos castaños que caían coquetamente rizados hasta su cuello y enmarcaban una cara hermosa de boca roja, pómulos altivos y ojos perspicazmente verdes, era la mujer que más le atraía y la única que no se había entregado a sus encantos. Conocía al novio, el hombre era de su misma edad, habían compartido tardes en una finca donde montaban a caballo, pasión en la que coincidían como en el gusto por las mujeres. Juzgando su apariencia, reconocía que era un tío apuesto, alto, rubio, de ojos claros, pero carecía del fuego que Moira necesitaba, él lo podía notar en sus ojos y en los de ella. Antes que Moira saliera de la oficina, repitió en voz alta:

—Mañana, antes de las seis de la mañana en el puerto El Musel, *Catalina's* es el nombre del yate, está en la décima dársena. Recordad no llevar mucho equipaje, sobre todo las mujeres.

Moira e Isabel entraban al ascensor cuando

Airan daba las indicaciones y lanzaba una última mirada hacia ella para verla perderse detrás de la puerta que se cerraba.

—¡Qué frustración para Airan que no viajes!

—¿Qué dices, Isabel? Todo lo hace por Mara, no has oído cómo le habla. Al proponer el viaje como premio, todos sabían que pasaría el fin de semana en Ibiza festejando mi aniversario. Creo que lo ha decidido así para que no viajara.

—No creo que lo supiera, yo acabo de enterarme apenas hace dos días —informó Isabel, tomándose como referencia, y eso daba cuenta que si ella no lo sabía, entonces, poca gente del cuarto piso estaba al tanto de sus planes, lo que era lógico ya que trataba de mantener su vida privada lejos de la oficina, aunque recordaba haber hecho el comentario en algún descanso y, como era costumbre que todos los comentarios fueran *vox populi* en pocas horas, supuso que el suyo correría

la misma suerte—. Ese hombre se arrastra por donde tú caminas para seguir tu olor.

—¡Isabel!

—Vamos, ¿dirás que no lo sabes? No imagina qué más hacer para estar unos días junto a ti. Adivina cuánto costará el viajecito que ha planeado.

—No afectará a sus finanzas, y era hora que reconozca el trabajo leal de sus empleados con algo más que el sueldo y la comisión que corresponde al mes. La lealtad no tiene precio.

—Aprovecharé al máximo este premio, nunca he viajado en yate y jamás me he acercado a las costas británicas.

—Es un viaje insólito.

—Lástima que no vienes. ¡Has trabajado tanto este mes!

—No os preocupéis por mí, lo pasaré tan bien como vosotros.

—Tengo que comprar algunas cosas para llevar, lo que incluye un diminuto traje de baño para llamar la atención de Jordi, el camino comercial está en dirección a tu casa. No quería caminar sola.

—¿Jordi tiene novia! ¿Viajará solo? — preguntó, su entendimiento quedó estancado en la primera mitad de las palabras de Isabel.

—Eso espero.

—No te ilusiones demasiado, es difícil que la novia lo deje viajar por cuatro días en un yate con cinco mujeres solteras.

—Dirá que viaja a Madrid para visitar a sus padres.

—Son todos iguales, a la menor oportunidad se van con la primera que pasa.

—Eso es ofensivo, Moira, que yo no soy la primera y tampoco seré la última. Esa tía sabe perfectamente lo que hace su novio cada vez que le

dice que visita a sus padres en Madrid. Ya pasó por el segundo divorcio, y la causa siempre fue la infidelidad. Tiene que ser muy ingenua para pensar que Jordi le será fiel.

—No quise ofender, Isabel, no puedo dejar de ponerme en lugar de la novia —se disculpó Moira, pero las palabras de Isabel no cayeron en saco roto. Su novio Santiago también era divorciado. Según sus palabras, la causa del rompimiento fue la soñadora temprana edad en la que contrajo matrimonio y la excesiva atención que ponía en su trabajo para poder ascender, y eso daba como resultado poner poco interés en la pareja, la que se fue desgastando naturalmente, y al cabo de seis años, se dijeron adiós no muy amigablemente. Eso sucedió en Barcelona y no había nadie que corroborara los dichos de Santiago más que él.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso temes que tu novio te adorne la cabeza con cuernos?

—¡No! —vociferó—. Mejor, cambiemos de tema —propuso al verse andar en terreno pantanoso hablando de novios y mujeres rápidas que deseaban los ajenos—. Te acompañaré, todavía no le he comprado el regalo de aniversario a Santiago. Dame dos minutos, avisaré que no llegaré a casa todavía. Moira se alejó dos pasos mientras hablaba por el móvil.

—Listo, podemos comenzar la recorrida —afirmó Moira después de cortar la llamada.

—¿Qué tienes en mente?

—Nada, lo dejaba para último momento y al surgir la presión extra del mes en vender, vender y vender, no he tenido tiempo de nada. Solo pensaba en clientes y en posibles clientes. Por suerte, ha acabado de la mejor manera.

—Valió la pena el esfuerzo de todo el equipo.

—No lo dudo y me alegro por todos. Pero eso de dejar la mente en la oficina solo ha sido este

mes.

—Ya ha terminado. Ahora, a prepararse para disfrutar de la recompensa, tenemos un largo recorrido por delante.

Contrariamente a lo que Isabel había creído, a cinco minutos de comenzar el paseo de compras, una casa de antigüedades exhibía en el escaparate de la vidriera principal un hermoso caballo blanco de madera tallado a mano. El ejemplar brillaba llamando la atención de todos los transeúntes que no podían evitar dirigir la mirada hacia el corcel. Sus patas delanteras se elevaban de la base, y podía apreciarse con claridad el disgusto del animal que relinchaba mostrando sus brillantes dientes y sacudiendo sus largas crines, el tallado expresaba con fidelidad el sentimiento de la bestia y era muy atrayente. Santiago tenía debilidad por los caballos y por la montura, vivía en esa ciudad por la finca que tenía un tío en un valle de las

sierras cantábricas en las que poseía caballerizas. Las de su tío Serafín eran la visita obligada de la pareja cada fin de semana. A Moira no le desagradaban, Santiago le había contagiado algo de su entusiasmo por los prodigiosos animales, pero había domingos que hubiese preferido ir a la playa y no oler a heno y bosta de caballos.

Compró el ejemplar, que costó mucho más de lo que tenía pensado gastar para el regalo de aniversario, y estaba por salir para reunirse con Isabel, que había entrado en la tienda de junto en la que vendían trajes de baño, cuando levantó la vista y recorrió con la mirada la cantidad de objetos preciosos que había en ese lugar. Encandilada por el corcel, había entrado y pedido a la dependienta que lo sacara del escaparate para observarlo y en ello concentró su atención hasta que se lo entregaron envuelto en papel de regalo. Hasta ese momento, no había reparado en las

lámparas de bronce trabajadas a mano y adaptadas para focos eléctricos, o los retratos en miniatura de personas que según databan en la parte posterior tenían más de doscientos años, cascos de soldados y de guerreros de más de trescientos años, armas, lanzas, flechas, plumas, papel, escritos antiguos; objetos tallados en madera, en piedra, en metal, en mármol, todos eran muy antiguos. Su atención fue desviada hacia los guerreros de yeso, de treinta centímetros de alto, que guardaban relación con el estereotipo que en la actualidad se tenía de esos seres casi mitológicos: guerreros espartanos con sus capas escarlatas, cascos de penachos rojos, hoplon y lanza en mano; soldados romanos con la característica lórica segmentada y su galea; guerreros troyanos con yelmo de bronce y cresta enfrentados a un ejemplar de Aquiles cubierto con una coraza que solo dejaba libre la parte posterior

de la pierna destacando el talón; guerreros vikingos con sus pesadas pieles sobre los hombros y cascos con cuernos; conquistadores españoles con jubón brillante y espadones en las manos; entre otros más sencillos pero tan atractivos a la vista como los demás. Moira se quedó observando los objetos, y sus manos se movieron solas para sentir el yeso frío a pesar del lumínico cartel rojo que imponía «No tocar» en grandes letras. Nunca fue adepta a las antigüedades, pero ese lugar inspiraba a querer conocer la historia que vivieron cada uno de esos seres que con su obra trascendieron la barrera del tiempo. La compra de cinco minutos se transformó en una presencia de media hora, cargó con cuidado el regalo que descansaba en el mostrador y pasó por última vez por la sección de guerreros para echarle una última mirada, con el borde del envoltorio del regalo rozó un objeto que cayó al suelo con un

estruendo exagerado que dejó en evidencia el descuido. La dependienta salió de atrás del mostrador para identificar el ruido y vio a Moira levantando una piedra partida en dos.

—Lo siento —se disculpó Moira con los dos pedazos de piedra en una sola mano—. Lo pagaré.

—Es un objeto muy caro. ¿Por qué lo habéis sacado del lugar? —la amonestó ceñuda.

—Estaba aquí, no lo he movido.

—Esta runa estaba con los escritos antiguos.

—No he movido nada de lugar —aseveró Moira, igualando el ceño enfurruñado de la dependienta—. Igual, lo pagaré. ¿Cuál es ese alto costo? Es solo una piedra.

—Es una runa vikinga original —instruyó la mujer, que había mirado con afectación al hombre de seguridad para que se apostara en la puerta por si la clienta descuidada pretendía escapar sin compensar el daño mientras caminaba hacia el

mostrador para buscar el código del objeto en la computadora.

A Moira no le pasó desapercibido el movimiento de ambos empleados y se enojó todavía más; caminó tras la dependienta.

—Dos mil quinientos euros —soltó la mujer de ajustado y tirante rodete platinado.

—¡No puede ser! Es solo una piedra.

—Una piedra de mil años.

—¿Cómo puedo conocer su autenticidad?

—Debió tener más cuidado antes de romperla.

—Este objeto no debería estar aquí entre baratijas.

—Es lo que yo digo, y la única que ha entrado esta tarde ha sido usted. La piedra estaba con los objetos antiguos certificados al cerrar este mediodía.

Más gente comenzaba a entrar a la tienda que,

al parecer, recientemente abría sus puertas para el turno de la tarde, y el calor de Moira subía junto con su rabia.

—Cobrádmelo y ya —despotricó, lanzando la tarjeta de crédito sobre la madera pulida y brillante sobre la que apoyó sus cosas.

La dependienta tomó la tarjeta de crédito y realizó la operación de venta, Moira firmó los recibos que largó la máquina al aceptar la transacción y miró sin detenimiento la vieja piedra con inscripciones desconocidas, de no más de quince centímetros de ancho por veinte de largo, que se había partido justo a la mitad.

—Un restaurador de antigüedades puede reparársela si quiere —informó la empleada con un tono distinto al que había usado minutos atrás, hasta podría decir que una sonrisa de satisfacción apareció fugazmente en su boca.

—No, no quiero que restauren nada, me lo

llevo tal como está y lo haré verificar. Si me habéis timado, se las verán con mi abogado — amenazó y tomó el estuche de piel bermellón amarronado en el que había metido la piedra partida y, sin cuidado, lo arrojó en su espaciosa cartera, que se colgó más con el peso de la piedra. A Moira le parecía más caro el hermoso estuche de piel de algún animal que no sabía reconocer, y del que no iba a indagar el origen, que la porosa piedra con estúpidos símbolos indescifrables que tenía adentro. Salió de la tienda más enojada de lo que no recordaba haberlo estado nunca, se sentía estafada; seguramente, la dependienta junto con el de seguridad estarían riéndose de lo fácil que había sido desplumarle dos mil quinientos euros a la ingenua mujer que no conocía un ápice de objetos antiguos. Con la furia quemándole los sesos, el incómodo paquete del regalo ocupándole los dos brazos y el peso de la piedra pendiendo en

uno de sus hombros, olvidó que Isabel estaba en la tienda de junto probándose trajes de baño. Cuando lo recordó, ya estaba a unos metros de la puerta del edificio en el que vivía, a solo siete calles de la oficina en la que trabajaba. No tardó ni la mitad del tiempo que le había anunciado a Santiago y estaba segura que él seguiría trabajando en el estudio que tenía en el departamento. Entraría en silencio, guardaría el regalo en algún rincón de la habitación hasta el día siguiente y luego de desocupar las manos, le mandaría un mensaje a Isabel disculpándose por abandonarla. A pesar de todo, su compañera de trabajo era una mujer buena. Moira la apreciaba por el entusiasmo que ponía en su trabajo, pero no compartía algunas actitudes, la mujer era más grande que ella, hacía solo un año que estaba divorciada y había salido a compensar los diez años de monogamia con una bacanal de hombres distintos cada mes y luego le

gustaba hablar de lo que hacía con ellos. A Moira le desagradaban esas charlas y en el trabajo intentaba evitar el diálogo con el grupo con el que Isabel compartía sus descansos. Si algo bueno rescataba de lo que acababa de vivir, era que la situación hizo que olvidara que estaba acompañando a su compañera de trabajo y se ahorraría de oír las gráficas narraciones que tenía planeado Isabel para el fin de semana con Jordi.

Como pensó, Santiago no estaba a la vista cuando entró silenciosamente al departamento, dejó la pesada cartera en el perchero de entrada y con el regalo en los brazos se dirigió al cuarto para ocultarlo antes de pasar al estudio y sorprender a su novio.

La espaciosa habitación estaba en penumbras al abrir la puerta, pero el grito de mujer era inconfundible. El paquete cayó de las manos de Moira, prendió la luz y se encontró con Santiago

en la cama junto a una compañera que intentaba taparse la cara con la sedosa sábana blanca, la misma que había comprado solo dos días atrás y pensaba colocar esa noche para disfrutar del preámbulo de lo que sería un romántico fin de semana en Ibiza. El impacto la dejó muda por varios segundos, caminó desorientada hacia un costado de la cama; por un momento, creyó estar invadiendo la intimidad de otra persona. Santiago tampoco decía nada, se levantó y tuvo la consideración de ponerse los pantalones antes de descubrirse. Moira destapó a la usurpadora de su morada y descubrió a una ingeniera, colega y compañera de firma de Santiago.

—Moira —la llamó Santiago para desviar su atención; ella miraba fijamente a su amante—. No quería que lo descubrieras de esta manera, pero ya está hecho —dijo con calma, y luego agregó—: Seamos civilizados.

Moira, sin mirarlo, levantó la mano, ordenándole no seguir hablando, y se volvió sobre sus pasos para tomar del piso el caballo blanco. Sin decir nada, salió de la habitación y agarró su cartera para abandonar para siempre el departamento. Santiago la siguió y antes que saliera, volvió a hablarle.

—Os enviaré las cosas adónde tú decidas.

—No quiero nada, quédatelo todo.

—No es justo, son tus cosas.

—Ya no. No quiero nada de lo que compartí contigo.

—Avisadme adonde te quedarás.

—Cierra la boca Santiago, quiero seguir siendo civilizada.

—Hablares cuando estés más tranquila.

—Estoy tranquila. Adiós, Santiago —saludó sin mirarlo a la cara—. Podrías habérmelo dicho y ahorrarme esta escena —le reprochó de espaldas

sin levantar la voz.

—Juro que iba a hacerlo al regresar de Ibiza.

—¿Por qué esperar tanto?

—Lo siento, Moira, no quería que las cosas resultaran de este modo, no sé lo que me ocurre. Hace dos semanas estoy muy extraño y nada de lo que hago se corresponde conmigo.

—Buen argumento, lo apuntaré para usarlo cuando me pillen con las manos en la masa. Adiós, Santiago —repitió y cruzó la puerta, pero él la detuvo tomándole un brazo.

Moira lo miró desafiante; él la soltó sabiendo que la aparente calma de la mujer podía cambiar de un momento a otro.

—Estoy confundido, Moira. No sé si es esto lo que quiero.

—El destino decidió por ti. Felicidades por tu nueva pareja.

—¡Moira! —la llamó Santiago.

Ella no se detuvo.

Moira salió mareada del edificio, le faltaba el aire y apenas podía sostener el bulto que tenía en los brazos. No podía creer lo que acababa de pasar. Santiago y Malena eran amantes. Su memoria escarbó en los días pasados y recordó las llamadas frecuentes que la mujer hacía a la casa, siempre con la excusa de hablar de trabajo con Santiago... y ella le creía. Ese día, se habría ganado el premio a la ingenua del año.

—¡Moira! Pensé que te habíais largado sin mí —gritó Isabel a sus espaldas.

Giró y le sonrió, estaba ida, pero igual sonrió.

—No —fue lo único que respondió, y se dio cuenta que había caminado hacia la tienda en la que compró el regalo; si no hubiese terminado de malas con la dependienta, habría llevado el corcel para que le reintegrara el dinero.

—Venid, os mostraré lo que he comprado. Volví

locas a las empleadas de la tienda, pero compré tres trajes de baño que son un sueño y varias prendas íntimas que Jordi deseará arrancar con los dientes —contaba entusiasmada y caminaba por delante de Moira, que la seguía como hipnotizada.

Moira sonreía, pero no entendía una sola palabra. En su cabeza solo estaba la imagen de Santiago en la cama con Malena cubriéndose la cara con su nueva sábana de seda blanca y el grito que oyó al abrir la puerta.

—¿Qué te pasa, niña? Parece que has visto un fantasma —señaló Isabel, girando para mirar la cara pálida de su compañera que estaba en un inquietante silencio.

—Solo estoy pensando.

—¿En qué estás pensando, niña?

—Quiero ir con vosotros.

—¿Segura? —preguntó, deteniendo la marcha y sufriendo el atropello de Moira que siguió

caminando.

—Sí.

—Pero ¿y Santiago? ¿Y el viaje a Ibiza? ¿Y tu aniversario!?

—No importa, quiero viajar con vosotros — insistió.

—¡Eso es genial! ¿Qué le dirás a tu novio?

—Nada.

—¿No vives con él? ¿Te levantarás en la mañana y te irás así como así?

—No iré a casa, iré a un hotel.

—Creo que te has vuelto loca, niña. Pero si quieres, puedes ir a casa. Será divertido ver cómo escapas de Santiago para disfrutar de un premio que nadie más que tú merece.

—Eso estará bien.

—¿Qué harás con ese regalo?

—Toma, es tuyo.

—No lo quiero. No me gustan esas bestias olorosas, me recuerdan a mi ex, a él le encantan los caballos. —Caminó tres pasos y luego volvió a detenerse, haciendo que Moira chocase nuevamente contra su espalda—. Si estás decidida a hacer el viaje y a deshacerte de este bello ejemplar en madera, podemos llevárselo a Airan como muestra de agradecimiento.

—Me da lo mismo.

—Definitivamente, has enloquecido —clamó. No encontraba sentido a lo que quería hacer Moira y, además, llamaba su atención el estado atontado de su compañera—. ¿No te arrepentirás por la noche?

—No.

—Eso lo veremos —masculló por lo bajo—. ¿Y el equipaje?

—Compararé lo que sea necesario.

—No hace falta, si todavía estás en casa por la

mañana, puedo prestarte lo que necesites y, además, he comprado trajes de baño extras — indicó, guiñándole un ojo.

Moira sonrió. Era todo lo que podía hacer, sonreír.

Capítulo II

El dormir intermitentemente le valió una inusual pesadez de cabeza en la mañana. Se levantó mucho más temprano que la dueña de casa para no estorbar en el cuarto de baño cuando ella lo hiciera y esperó tomando café en la cocina. Una hora después, el parloteo incansable de Isabel acicateaba su demacrado humor, y no podía dejar de pensar en lo ocurrido la tarde anterior. Repensó cientos de veces que su reacción había sido muy *civilizada*; sola en la noche, se regañó a sí misma no haber gritado, no haber sacado de los pelos a Malena de su cama, no haberle arrancado la sábana blanca de las manos, no haber roto todo lo que tenía cerca antes de abandonar para siempre el departamento del gran farsante. Hasta la noche anterior a la patética escena, juró que la amaba,

recordaba su murmullo suave con la cara enredada en su pelo, sus cuerpos todavía sudados de amor y repitiéndole que era la mujer con la que quería compartir por siempre esos momentos. Su memoria era un enredo de recuerdos agradables que la hacían sufrir por la traición, mezclados con otros en los que bullía de furia asesina que reclamaba venganza. Rememorar los llamados de Malena, con su voz suave, que con gentileza preguntaba por su novio, la llenaba de ira, lo mismo que recordar las últimas tardes que la encontró en la casa, en el estudio de Santiago, supuestamente, trabajando en el proyecto. ¡Qué descaro! Y qué idiota se sentía al pensar en los risueños diálogos que evocarían en su nombre y en honor a su estupidez.

—Estoy lista —indicó Isabel, saliendo del cuarto de baño con un pantalón de lino blanco y una camisa sin mangas color crema con rayas

azules en el cuello que destacaban su piel acanelada y su pelo rojo—. ¡Qué cara! ¿Acaso te has arrepentido, niña?

—No. Estoy más decidida que nunca —aseveró con determinación, sonriendo para espantar la angustia.

—No sé qué bicho te ha picado, pero si estás decidida a lanzar todo por la borda, es hora de marchar.

—Nunca mejor dicho lo de «lanzar todo por la borda».

Moira dejó de sentir pena por sí misma, tomó su cartera y el pequeño bolso, préstamo de Isabel, con poca ropa, elementos para el aseo personal y los dos pares de sandalias con la que pensaba estar los cuatro días y las tres noches siguientes, comprado la tarde anterior. Todo lo pensó y lo planeó en función del viaje que tenía por delante, no se animó a pensar en su vida más allá. Sabía

que había una montaña de cosas pendientes, pero las resolvería al regresar.

—Vamos, Moira, el taxi espera —la apuró Isabel al notar la lentitud en los movimientos de su compañera. Tomó el paquete de regalo que no entraba en ninguna maleta y lo cargó para no sufrir la apatía y lentitud con la que lo haría Moira.

Isabel miraba a Moira y sabía que algo grave con su pareja tendría que haber ocurrido para que aceptara quedarse en su departamento toda la noche y, además, accediera a hacer ese viaje. Conocía a la joven desde que comenzara a trabajar para la firma Social Bienestar. Al ingresar en la compañía no estaba en pareja, pero era igual de reservada como lo fue después de conocer a su novio. Nunca se lió con ningún compañero de trabajo y rechazó cada avance del insistente Airan que, desde un principio, babeó por la joven que no daba el brazo a torcer y mantenía su férrea

determinación de no convertirse en una de sus historias de mujeres, a pesar de que si se profundizaba en las miradas que ambos se lanzaban, podía notarse alguna chispa prometedora.

Impugnando cualquier pronóstico, allí estaba Moira esa mañana, dejó solo a Santiago el día de su aniversario, con un viaje a Ibiza pendiente, y pasó la noche con una compañera que, a todas luces, sabía que no era la preferida de la muchacha. Durante la tarde anterior, Isabel no pudo saber mucho más sobre esa decisión, salió a hacer compras de última hora para el viaje y al regresar se acostó temprano con la excusa del madrugón del día siguiente. Isabel coincidió con esa decisión, sabiendo que los próximos días dormiría muy poco. Sin tener la chance de indagar a Moira sobre el cambio de planes, esa mañana, Isabel se consumía de curiosidad, así que respiró

profundo y se decidió a preguntar.

—Moira... —la nombró con inquietud, describiendo el paquete para poder mirarla la cara mientras el ascensor las llevaba hasta la planta baja—. ¿No habrás matado a Santiago, verdad?

Estaban solas en ese lugar, así que solo ella oiría la respuesta, pero igual, se volvió a ocultar detrás del paquete...

—No. Tendría que haberlo hecho, pero no lo he asesinado. ¿Te quedas más tranquila?

—Tendría que llamarlo, o mejor, me gustaría verlo para estar segura. Tu respuesta solo me ha dejado más intrigada.

—Ayer lo encontré con otra mujer, vale. No hablaré más del asunto —negó con determinación.

Isabel se giró hacia ella al oír el motivo de su presencia y se quedó con una chorreadera de preguntas que se atropellaban para escapar de su boca, pero se mordió la lengua y no permitió que

ninguna se lanzara hacia Moira, que a pesar del mezquino uso de palabras, había aclarado mucho el panorama.

—Al regresar, puedes quedarte en el departamento hasta conseguir lugar donde vivir. Es grande y desde que los niños se han marchado con su padre, me hace sentir muy sola.

—Gracias, Isabel, lo pensaré —dijo conmovida por la actitud cordial de su compañera de trabajo—. Quisiera discreción con respecto al tema —pidió, y la mujer le sonrió.

—Eso no tienes que decirlo, niña. Por mí, nadie sabrá el motivo de tu cambio de planes. Ahora, sonríe y disfruta de lo que vendrá, veinticinco años no se tiene toda la vida.

Moira vislumbraba el nacimiento de una nueva relación con Isabel, nunca antes la consideró una amiga y sabía que el sentimiento era mutuo. Isabel llevaba varios años trabajando para la compañía

cuando ingresó y vivió con asombro el proceso de transformación que sufrió Isabel desde el día que puso punto final a su matrimonio un año atrás: una mujer hermosa y desinhibida emergió debajo de la piel opaca y timorata con la que se había recubierto mientras duró la unión; cambió los gruesos lentes, que le ocultaban unos bellos ojos pardos, por lentes de contacto; abandonó el apretado rodete y lo reemplazó por el cabello suelto con nuevo corte a la altura de los hombros y lo tiñó de un rojo intenso; tiró el antiguo guardarropas por la ventana y colmó el nuevo con prendas costosas, osadas y llamativas. Su fisonomía también sufrió un drástico cambio; en menos de dos meses, pasó de ser una señora trabajadora y gentil madre de treinta y cinco años, a una conejita *playboy*. Los implantes de senos, unidos a su nuevo aspecto, le dieron otra personalidad. Sus dos hijos adolescentes no

soportaron los cambios y se fueron a vivir con su padre. Vivía sola en el espacioso departamento que otrora compartiera con su familia y que cada tantas semanas albergaba a la pareja de turno a la que no tardaba en darle salida después de pocos días.

A las seis menos diez de la mañana llegaron al puerto; el barco era hermoso y grande. Moira había pensado que se trataba de un yate pequeño con capacidad para pocas personas. Esa nave que tenía frente a sus ojos era imponente: blanca con vivos azules en sus bordes, mástiles relucientes del mismo azul se alzaban impolutos y majestuosos sosteniendo blancas velas que tenían impresas las letras SB, mismas siglas con las que se denominaba también a la empresa de la familia Bersé. Era magnífico. La rampa de acceso estaba desplegada cuando las mujeres llegaron a la dársena indicada por Airan; allí, dos tripulantes

salieron a su encuentro para cargar sus pertenencias.

—Tened mucho cuidado con este paquete, es para el capitán —advirtió Isabel al marinero que la ayudó con el regalo.

Los dos hombres terminaron de tomar sus cosas para cargarlo al barco por una pasarela diferente, y Moira, con las cejas en alto, miró a Isabel e hizo tiempo antes de preguntar. Se tomó unos segundos para reflexionar si para ella el dato era importante y sin tener una respuesta a su interrogante mental, indagó a su amiga con curiosidad.

—¿Airan es el capitán?

—Por supuesto, niña. No podría pensar en Airan sin estar al frente de lo que hace. ¿No has oído alardear de sus travesías marinas?

—No he prestado atención a sus conversaciones... últimamente.

—Este viaje te pondrá al día de todo lo que te

has perdido el año que malgastaste en tu novio.

Moira se sintió herida por el comentario, pero no replicó. Era cierto, al menos para los planes que había ideado. Si pensaba su relación con Santiago como algo pasajero, buenos momentos compartidos, buen sexo y alguna que otra locura juntos, el balance era positivo. Era exactamente lo que había ocurrido. Pero en los términos que evaluaba la relación, con el proyecto de formar una familia, tener varios hijos y envejecer junto a Santiago, en ese caso, el fracaso era rotundo, y el tiempo invertido había sido en vano. Con una herida abierta por Santiago y golpeada por Isabel, caminó por la rampa que subía a bordo.

Isabel fue la primera en saludar con un efusivo abrazo y un beso en cada mejilla al dueño y capitán del navío que esperaba a sus pasajeros al final del camino de acceso. Camisa blanca, pantalón náutico claro y gorro con visera azul era

el atuendo poco convencional para un capitán, pero que a Airan le sentaba de maravillas. Con la sonrisa propia de un anuncio de pasta dental: dientes perfectos, blancos y brillantes. Con destreza y sin dejar de prestar atención a las palabras arrebatadas de Isabel, la hizo a un lado para mirar de refilón a la persona que venía detrás.

—¿Ha venido contigo? —preguntó. Isabel entendió el motivo del repentino silencio en medio de una frase que quedó trunca.

—Sí —contestó escuetamente y se alejó, comenzando a caminar hacia el interior del barco—. Iré a recorrer esta maravilla a la que tú llamaste bote.

—Samanta y Mara desayunan en el bar —informó y le hubiera gustado preguntarle si Moira estaba sola, pero en ese momento dejó de mirar los pasos de Isabel para centrarse en la mujer que

llegaba hasta él.

—¡Qué sorpresa! ¡Mi ejecutiva de cuentas estrella está a bordo!

—El barco es precioso, Airan, gracias por el viaje.

—Ya tendréis tiempo para agradecer —murmuró con palabras afectadas—. El recorrido es largo, y primero debes saber si te ha gustado para hacer un sincero agradecimiento. ¿Tu hombre está por ahí? —preguntó, estirando la cabeza para ver sobre la baranda del barco hacia el muelle tratando de divisar a Santiago.

—He venido sola.

—¿Y tu aniversario?

—Tenemos todo el año para festejar, ¿no?

—¡Claro! —exclamó con entusiasmo—. ¡Qué bueno que no utilicé ese motivo para convenceros, estoy seguro que si lo hubiera hecho, hoy no estarías aquí!

—No desestimo todo lo que dices, solo algunas cosas. Y en el trabajo siempre obedezco tus sugerencias.

—Está prohibido hablar de trabajo y tendré en cuenta lo que acabas de decir.

Airan le agarró las manos, le dio dos besos y le indicó la dirección del bar donde desayunaban las mujeres que ya estaban a bordo. Moira le agradeció la gentileza y siguió sus indicaciones, aunque no pensaba desayunar nada. Nunca salió a navegar más que media hora en algún bote de remos por alguna laguna artificial y pequeña. Era la primera vez que exploraría el mar desde un barco y a pesar de su desconfianza inicial hacia las habilidades del sujeto que comandaba la nave que la iniciaría en esas cuestiones, después de verlo, se alegró que fuera Airan el capitán. Ella tomaría sus precauciones y no cargaría su estómago hasta estar segura que no sufría ninguna

fiebre de mar.

Airan se quedó pensativo cuando le soltó las manos para indicarle el bar. ¿Qué habría pasado con su aniversario y su viaje a Ibiza? Un gran interrogante que estaba dispuesto a descubrir de la boca de la propia Moira lo llenó de expectativa y le dio un nuevo entusiasmo a ese viaje que le deparó una sorpresa de último momento.

Nuevos navegantes llegaban, y Airan dejó las conjeturas y planificaciones para otro momento y giró hacia la pasarela; con la sonrisa todavía más radiante, saludó con sobrecargado ímpetu a los cuatro hombres que llegaron juntos. La pareja constituida del área comercial, Selena y Alan, llegó en último turno, y con la presencia inesperada de Moira, emprendieron ese viaje con la plantilla completa de empleados del sector comercial de la compañía SB.

Seis mujeres, once hombres, incluyendo al

capitán, su asistente, cuatro tripulantes del barco y una cocinera, zarparon a las siete y media de la mañana rumbo a las costas del sur de Inglaterra e Irlanda, con paradas intermedias en Francia y en alguna isla del mar Cantábrico. Las aguas estaban en calma, y el día se desarrolló entre risas y diversión. Ninguno de los navegantes sufrió indisposición al incesante vaivén con que las olas mecían a la embarcación. La mañana fue tranquila y sirvió para que todos se sintieran en confianza; las mujeres no desaprovecharon la ocasión de echarse al sol mientras los hombres seguían a su jefe por la nave aprendiendo sobre términos y cartas de navegación. El sol de la tarde despuntó a pleno, la temperatura en el yate se elevó más allá de los treinta y tres grados que marcaba el termómetro, después de que algunos de los pasajeros disfrutaran de las primeras copas de los deliciosos tragos frutales mezclados con bebidas

alcohólicas antes del tardío almuerzo y que prosiguieron con más entusiasmo luego de los bocadillos fríos. La efervescencia en los ánimos de los bebedores aumentaba a medida que disminuía el contenido de las botellas del bar. Isabel estaba a la cabeza del grupo, que no paraba de desafiarse para beber hasta el fondo de las copas rebosantes. Mara y Samanta, las mujeres que circundaban a Isabel, seguían sus pasos, ellas hacían el camino necesario rodeando la piscina de la terraza para llegar hasta Jordi, que se parapetaba detrás del bar preparando los tragos y abasteciendo a las mujeres que se ubicaron del otro lado de la barra para poder modelar sus cuerpos apenas cubiertos con diminutos tajos de baño. El cóctel alcohólico también lo disfrutaban Ricardo, Josué y Rody, los encargados de dar ideas a Jordi para las mezclas temerarias que disfrutaba el grupo bebedor.

Moira y Selena no compartieron el festín de tragos, pero no repelieron la algarabía y las risas de los que bebían y se integraron a ellos hasta que la candencia del grupo comenzó a acalorarlas demasiado y se alejaron hacia las reposeras para seguir disfrutando del sol sin ser testigos de los manoseos rocambolescos. Airan pasó tiempo con ellos, pero contrariamente a lo que Moira había previsto, era un capitán juicioso que se tomaba muy a pecho su papel de responsable y no descuidaba sus tareas en la cabina de mando. Acompañado de Alan, el prometido de Selena, llegaron justo en el momento en que Mara se volcaba sobre los prominentes y siliconados pechos, el trago que Rody le dejó en las manos.

—Creo que la dama debe descansar un rato —terció Airan al ver el interesante estado de Mara.

Sonriendo, llegó hasta ella y la tomó de las manos para ayudarla a ponerse de pie, Mara

trastabilló un par de veces y al querer sujetarla, Airan le apoyó una mano en uno de sus pechos.

—Pensé que esperaríais a la noche —dijo Mara, aleteando los ojos con las perceptibles pestañas postizas.

—Para qué esperar, las sábanas de los camarotes deben estrenarse lo antes posible —la aduló para no encontrar resistencia en su propósito de llevarla a dormir para que no hiciera un hazme reír de ella misma.

—Tienes razón, por algo estamos acá —concluyó y aceptó las manos para caminar hacia las escaleras que los llevaría a los camarotes.

En la terraza, los demás reían de la chica nueva y lo fácil que resultó la conquista para Airan. Moira se sentía incómoda por esa situación y, sobre todo, por la referencia que hizo Airan sobre las sábanas, esas palabras la llevaron irremediabilmente a ver la cara de Malena

cubierta con las suyas blancas sin estrenar. Cuando la rabia de saber que no las podría utilizar pasó, se quedó con una sensación indefinida, no podía discernir si la desazón que la aquejaba se debía a un absurdo sentimiento de algo parecido a los celos, a su presencia en aquel lugar al que no pensaba asistir o a la traición de Santiago. En algún momento, por algún rincón de la nebulosa en la que se había transformado su cerebro, se le cruzó la idea que después de todas las insinuaciones de Airan, en aquel viaje concretaría su venganza con alguien tan influyente como el mismo Santiago, le demostraría y se demostraría que podía seducir a quien quisiera. El ver a Airan abrazado a Mara dirigiéndose a uno de los lujosos camarotes del yate la llenaba de una extraña emoción, no podía saber si se trataba de angustia por el hecho de no ser la elegida del capitán o desilusión por la frustrada venganza. Si de algo

estaba segura, era que no se vería involucrada en ninguna fiesta negra o de cualquier otro color que incluyera compartir parejas o sexo con más una persona. Refrenó esos pensamientos que excedían su conocimiento sexual, ninguna de las personas que estaban en aquel navío se atreverían a actuar tan alocadamente, eran, sobre todas las cosas, compañeros de trabajo y tendrían que verse la cara todos los días después del viaje. Su vista, en el instante que su cabeza refutaba cualquier actitud libertina de alto voltaje, le demostraba que estaba equivocada. Samanta, que trastabillaba en el borde de la piscina, se alzó en brazos de Josué, y este, con su carga, se dirigió hacia el mismo sector transitado por Airan. Rody lo escoltaba mientras acariciaba la risueña cara de la bella mujer morena por el mediterráneo sol de sus orígenes. Ella estiraba sus manos por la espalda de Josué y acariciaba el pecho desnudo de Rody.

El hecho de que todos estuvieran en traje de baño favorecía el manoseo y la alborotada libido, exacerbada por el alcohol, y provocaba aquellas conductas de la que Moira estaba segura que se arrepentirían al terminar la excursión.

—Tenía la tenue esperanza que esperarían el anochecer para comenzar la fiesta —barbotó Selena de mala gana a su novio, que se acercó después de separarse de Airan.

—Dejadlos que fogueen sus ganas, quizá después se comporten con más serenidad — justificó él y se tumbó en la reposera que estaba desplegada junto a la de Selena.

—Aquellos ni siquiera se molestan en bajar al camarote —reprochó Selene, observando el movimiento detrás del bar. Isabel se había apartado del disgregado grupo para acercarse al solitario Jordi y ambos se dejaron caer detrás de la barra del bar, no eran tan cuidadosos a la hora

de guardar intimidad.

—Ricardo se perdió toda la fiesta, se durmió antes que terminara. Es un flojo —calificó al compañero más callado de la oficina. Nadie sabía cómo lograba hacer tantas ventas al mes con la actitud introvertida con la que se presentaba ante el mundo. Metro setenta, rubio, cabello peinado con una rigurosa y perfecta raya al costado de la cabeza, nunca un solo pelo descorrido de la trayectoria original en la cual la ubicó su poseedor al peinarlo, treinta años, apagados ojos verdes era la competencia directa que tenía Moira.

—Rody se queda con el premio consuelo —susurró Alan, viendo la escena de los tres que se perdían por el hueco de la escalera

—¿Qué dices?

—Pensaba tirarse a Mara, pero el capitán es el capitán —respondió a su novia, que no sacaba la vista del indecente abrazo entre Jordi e Isabel del

otro lado de la piscina.

—Iré a dar unas vueltas por la popa —dijo Moira, levantándose de la reposera pegada a la de Selena. Se ató el pareo de hilos transparentes y brillantes a la cadera para formar una falda corta y dejó sola a la pareja.

Solo algunas horas habían pasado, y Moira ya se arrepentía de estar en aquel lugar, se preguntaba qué habría hecho de no estar allí, y todas las repuestas que se daba eran las mismas: estaría encerrada, lamentándose y llorando por la traición de Santiago. Eso habría hecho durante el largo fin de semana. Caminó sin apuro por estribor tomada de la baranda, la brisa marina le soplabá en la cara y aplacaba el calor que, al igual que el oleaje, era más intenso que durante la mañana, el sol comenzaba su paciente descenso hacia el oeste y a lo lejos, si miraba hacia el este, podía divisar una línea oscura, a su entender, la costa francesa.

Airan había advertido que sería la primera tierra en divisar.

—¿Aburrida? —preguntó Benjamín, el asistente de navegación que tomaba el mando en el barco cuando Airan descansaba, ella lo había conocido en la cabina del capitán.

El hombre era todo un marinero, ancho de espaldas, con un bronceado envidiable y con una cara pícara, sus cabellos negros estaban cubiertos con una gorra de visera similar a la de Airan con el nombre de la embarcación, y se había puesto gafas de sol que ocultaban sus bellos ojos negros. Era un hombre muy apuesto, y por lo que Moira pudo observar, Benjamín y Airan tenían una relación más de amistad que laboral, calculaba que ambos eran de la misma edad, o al menos los dos estaban en la franja de treinta a treinta y cinco. Moira no lo miraba, pero igual podía sentir que el asistente estaba haciendo un profundo repaso por

su cuerpo y se arrepentía de no haberse colocado un solero sobre el traje de baño, reemplazando al pareo transparente que solo le cubría las nalgas. Un absurdo pudor la envolvía y se sentía incómoda. Desde hacía un año siempre se protegía tras Santiago, era el escudo con el que se cobijaba de las miradas. Con él podría andar sin ropa por la calle que no se le movería un solo pelo a causa de la vergüenza; sin él, se sentía desnuda ante la mirada de los hombres. Moira pensó que era todo muy reciente, por eso la incomodidad; con el correr de los días, recuperaría poco a poco el aplomo necesario para enfrentarse al mundo tal y como lo había hecho antes que Santiago entrara a su vida.

—No, no podría estarlo con esta vista frente a mí —respondió sin dejar de mirar el horizonte.

—Esas —indicó señalando con el dedo índice—, son las costas de Francia, nos acercaremos un

poco más y podrás disfrutar de sus acantilados.

—Magnífico. ¿Tú no tendrías que estar en el timón?

—No es necesario, es un barco muy tecnológico, sin embargo, el timón no está solo; Airan está en la bitácora del capitán.

—¿Airan?

—Sí. ¿Por qué te extraña tanto?

—Tienes razón, es el capitán. No puedo acostumbrarme al hecho, para mí es el jefe y nada más.

—Airan es un buen capitán.

—No podría decir que fuera mal jefe —replicó y ambos rieron de la manera poco usual de elogiar a Airan—. ¿Has navegado mucho con él?

—Sí, recorrimos las costas de África, el Mediterráneo y el Egeo. ¿Y tú, has trabajado mucho con él?

—Poco más de dos años, y más de dos mil clientes.

—Es muy complaciente con la compañía, trabaja encerrado en esa oficina solo por agradar a su padre.

—Le debe mucho a la empresa, gracias a ella, puede llevar la vida que lleva.

—¿No conoces la historia verdad?

—¿Qué historia?

—Te contaré, pero no le digas a Airan que te lo he dicho.

—No hablo mucho con mi jefe.

—Ya veo como son las relaciones entre vosotros y me da mucho gusto —conjeturó y rió ante el descubrimiento como alguien que se acuerda de un chiste gracioso.

Benjamín conocía a Airan de toda la vida, había nacido en la misma ciudad, asistido a los mismos colegios y competido al seducir a las

mismas mujeres. Eran buenos amigos y socios en algunos emprendimientos financieros. Sabía que Airan era un hombre lujurioso que jamás habría permitido que una mujer tan hermosa como Moira se escapara de sus garras. Si la relación entre ellos era estrictamente laboral, se debía al hecho de que la joven era quien lo había rechazado y, conociendo a su amigo, más de una vez. Aprovecharía ese descubrimiento para liarse con Moira en sus narices.

—Hace seis años, la empresa corrió un serio peligro de quiebra. Los acreedores presentaron una demanda, y los clientes abandonaron la cobertura de servicio ante los rumores que comenzaron a correr por la ciudad, que no eran para nada falsos. Airan, en ese entonces, solo se dedicaba a invertir en el mercado bursátil, pero con la crisis de la empresa decidió invertir allí y salvarla del pozo. En un principio, solo lo hizo

aportando fondos, la empresa se recuperaba por pocos meses y volvía a caer, su padre insistía para que se hiciera cargo de la gerencia general, pero no quiso aceptar el puesto. Después de ver durante meses cómo la empresa oscilaba por la cuerda floja, aceptó integrarse a la gerencia, pero solo como responsable de un departamento.

—El departamento de Ventas.

—Exactamente. Airan no será un buen vendedor, pero tiene un ojo excelente para rodearse de gente que sabe hacer muy bien eso que él quiere conseguir. Armó un equipo virtuoso y un año después, la empresa de servicios sociales SB volvió a ser la primera en la ciudad y se expandió a ciudades vecinas.

—Veo que conoces muy bien a tu capitán.

—Es un viejo amigo —aseveró, y en sus palabras transmitía el cariño que sentía hacia Airan—. Te invito un trago.

—Una gaseosa, ya ha corrido demasiado alcohol esta tarde.

—Vale, una gaseosa, voy por ella. Id hacia la proa, no podéis perder la imagen de la costa francesa agrandarse frente a vuestros ojos.

—¿Es el puerto Saint Nazaire?

—Sí, atracaremos dos horas en Nantes para reabastecernos.

—Sobre todo de whisky y ron —rezongó, sin intención de que Benjamín oyera.

—No creo que Airan los quiera ebrios todo el viaje —repuso.

Moira veía con otros ojos a Airan a partir de lo que revelara su amigo. Habría jurado que era el hijo irresponsable del dueño al que siempre debía salvar de problemas económicos y soportar los escándalos que cada tantos meses las revistas sacaban a relucir. Nunca hubiera imaginado que había rescatado de la quiebra a la empresa de su

padre con ganancias que generaban sus propios negocios. El capitán del barco y jefe de oficina estaba sorprendiéndola ese día. Primero, con sus habilidades náuticas; segundo, porque no se aprovechara de la borrachera de Mara, en cinco minutos no podría haber llevado a cabo ninguna proeza sexual, y tal como le había dicho Benjamín apenas llegó a la popa, él ya estaba en la bitácora del capitán, y por último, por ese solo día que todavía no llegaba a su fin, lo que podría depararle otros descubrimientos, se enterara, por el propio asistente y amigo, de que no era el hijo malcriado y mantenido que pensaba.

A medida que avanzaba, el viento que la nave cortaba con su fina y afilada proa le alborotaba más el cabello, y decidió atárselo en un nudo; la brisa marina volvió a desatárselo y ya no peleó contra él. Airan, parado en su pequeña bitácora, observaba el andar de Moira, los rayos del sol que

le iluminaban sus castaños cabellos lo hacían resplandecer en un tono rojizo que el viento marino separaba y volvía a unir caprichosamente. El fino y transparente pareo que se había colocado sobre las bragas de la bikini resaltaban sus largas piernas y era mucho más excitante que la carne expuesta de Mara y la de Isabel. Su cuerpo estaba brillante y dorado por las horas de exposición al sol, era una delicia. No desaprovecharía la oportunidad que esperó por dos años y no estaba seguro si se repetiría en el futuro. Decidido, salió e interceptó a Benjamín.

—¿Qué hacías con Moira?

—Hablar.

—¿Se puede saber de qué?

—De ti.

—No te hagas el gracioso.

—No bromeo, hablábamos de ti. Ha dicho que no eres mal jefe.

—¡Qué bien!

—Tomaré unas gaseosas con tu empleada, le mostraré algunos secretos de la costa francesa y...

—No, no lo harás. Preparad el desembarco.

—Corregidme si no estoy en lo cierto —instó con una mueca—. Estás interesado en la bella Moira y no en la exuberante Mara. ¿O acaso irás por las dos?

—No seas necio —lo amonestó disgustado.

—¡No sería la primera vez! —se defendió.

—No, pero no lo haría con gente con la que trabajo. Una a la vez.

—La empleada Samanta no tiene ese obstáculo.

—Espero que este viaje no signifique perder un lindo grupo de trabajo.

—No has concretado nada. ¿Vas por Moira?

—No lo sé, tú solo no te acerques a la dama.

—No sueles ser tan indeciso, amigo.

—Decidiré pronto. No te preocupes demasiado. Ahora, hazte cargo del desembarco.

—Como ordene, capitán. No olvide llevar las gaseosas.

Moira llegó al vértice de la proa y la inevitable imagen de la película *Titanic*, con Leo DiCaprio, Kate Winslet y la música de Celine Dion de fondo, se agolparon en su cabeza junto a las miles y miles de parejas en el mundo que emulaban la escena de ambos parados en la proa del barco con los brazos extendidos, enfrentándose al imponente océano. Sonrió, ella no lo haría jamás. No haría el ridículo de esa manera. Se asomó sobre la baranda para mirar el mar desde su posición y era fascinante ver el agua abrirse al medio para dejar paso al casco de la nave que se movía a toda velocidad; era una imagen atrapante. Las aguas del mar Cantábrico se arremolinaban chocando contra el casco metálico,

y su furia producía una espuma blanca, furibunda, que quedaba a su paso y podía verse extendida por varios metros desde la popa. Estuvo varios minutos absorta en la imagen de las aguas cantábricas abrirse ante el paso del yate cuando divisó una figura tallada en madera muy fina de la que no se había percatado con anterioridad, era un dragón blanco adherido al vértice de la proa, extendió las manos por debajo de la segunda baranda más cercana al piso y tocó la cabeza del dragón. Una corriente eléctrica atravesó por sus dedos ni bien los apoyó en la escultura y se retiró exaltada, tomándose los dedos que conservaban un resquicio del magnetismo recibido.

—¿Qué haces allí tendida?

—¡Airan! —exclamó, levantándose en el acto.

—¿Mirabas el dragón?

—Si —afirmó todavía agitada, la presencia de Airan unido a la corriente era una mezcla excitante

—. ¿La figura recibe algún tipo de energía?

—¿El dragón? —preguntó lleno de asombro, Moira asintió con la cabeza—. No, solo es ornamental, como en los *drakkar* vikingos. ¿Por qué?

—Por nada, es solo una pregunta estúpida —adujo, poniéndole voz a lo que creía que en ese instante pensaba Airan—. Así que *drakkar* vikingo —comentó, reponiéndose de la agitación.

—De niño, mi abuelo siempre contaba que mis antepasados lo fueron, aunque no hay nada certero.

—De ahí deben venir tus destrezas y gustos por la navegación.

—Puede ser, algún día haré un estudio genealógico de mi familia. ¿Y tú, qué origen tenéis?

—Mis viejos son argentinos, y mis abuelos maternos, españoles. No sé más que eso. En el '76 comenzó un período siniestro en Argentina, ellos

se exiliaron en España, en casa de familiares de mi abuela, que se quedó del otro lado del charco; en ese año nací. En el ochenta y tres, al regresar la democracia en Argentina, regresaron a su país cargando dos hijos españoles. En el dos mil dos, viajé sola para encontrar una oportunidad laboral que en ese momento no podía encontrar allá, di un par de vueltas por España hasta que hace dos años conseguí trabajo en una buena firma, fin de la historia —terminó el relato sonriendo.

—El regreso de la hija pródiga. Es muy adorable el acento que tienes al hablar, no es del todo argentino, tampoco puede decirse que sea español. Ese fue uno de los motivos por el cual te he contratado.

—Creí que lo habías hecho por el título de técnica en finanzas.

—No. Para convencer a una persona de comprar un seguro, hay que seducirlo, no

enseñarle finanzas. Tu manera de hablar es muy seductora, ni hablar de tu figura —bromeó haciendo un paneo del cuerpo semi cubierto de Moira—. Al oír tu voz por teléfono, la gente debe de pensarte tal como eres en realidad, tu voz es muy sincera y transparente —la elogió.

—Te agradezco la sinceridad, pero estaba mejor cuando pensaba que tanto estudio valía la pena.

—Eres muy buena persuadiendo a la gente, es una habilidad que no se consigue con facilidad.

—¿Has visto a Benjamín? Fue a buscar unas gaseosas, pero está demorando mucho —preguntó para cortar con la conversación personal y amigable que estaba manteniendo con Airan. No era recomendable dejar que se acercara demasiado si una mujer no estaba segura de querer acabar en su cama y ella era un mar de incertidumbre.

—Benjamín está ocupado, estará a cargo de atracar el barco en el puerto de Saint Nazaire. ¿Te he aburrido con la conversación? Puedo ser mejor compañía si me esmero.

—Esperaba a Benjamín.

—Yo te puedo enseñar la costa francesa —aseveró y se paró detrás. Ella giró para mirar el mar—. En una hora estaremos a pocos metros y podrás observar en detalle esos acantilados —le informó y, con el brazo extendido, le enseñó el lugar.

La proximidad del cuerpo de Airan detrás del suyo le agitaba la sangre. Sus palabras suaves y su perfume cautivante eran más efectivos que el más potente afrodisíaco. Benjamín era tan guapo como su amigo, pero no podría haberla atontado de tal manera que la explicación que daba sobre la geografía del lugar sonara como el idioma ruso para sus oídos.

Capítulo III

Moira se unió a Benjamín y a Airan en las tareas propias del abastecimiento, y cada uno le explicaba algún funcionamiento o procedimiento distinto sobre la actividad que realizaban. En las horas que estuvieron en Saint Nazaire, nunca volvió a asaltarle la angustia o el arrepentimiento de encontrarse en ese lugar. Lo había pasado realmente bien, estuvo muy entretenida entre los dos hombres que la instruyeron sobre navegación como al mejor de los marineros. Benjamín resultó ser tan diestro y amante del mar como lo era Airan, y esa pasión podía apreciarse en sus palabras y en el empeño que ponía para enseñarle cada detalle; además, descubrió que no era un asistente más del yate, sino que hacía ese viaje como invitado, él era capitán de su propio navío y

las tareas que realizaba eran solo como colaborador, mismo papel que tenía Airan cuando navegaban en la embarcación que le pertenecía. No estuvieron más de dos horas en el puerto, esperaron el turno para abastecerse de combustible y luego dieron una caminata por el muelle, observando las demás embarcaciones lujosas amarradas a la costa. Los demás dormían. Hasta Alan con Selena se habían rendido a las tentaciones licenciosas que provocaron los bebedores.

Airan aprovechó el paseo por el muelle de Saint Nazaire para arrebatarse a Moira de la influencia de Benjamín, a quien le guiñó un ojo pidiéndole en el gesto que los dejara solos. Llevó a la mujer hasta una saliente costera donde el olor a combustible y aceite ya no dañaba las fosas nasales, y juntos vieron como el sol se perdía en el mar. No hablaron mucho mientras el descenso del

Señor de la Vida indeclinablemente desaparecía ante sus ojos para dejar el cielo de un tono púrpura que recordaba que había pasado por allí como la estela que dejaba el barco al surcar el océano.

Regresaron a la embarcación y se encontraron con la única pareja que ya lo era antes de iniciar el viaje, observando lo mismo desde la nave. Moira dejó a Airan junto a la pareja y se dirigió al camarote que le habían asignado, para asearse y cambiarse de ropa.

De la cocina del yate, un olor exquisito se filtraba hacia cubierta, y Moira se relamió los labios al percibirlo, había comido muy poco al mediodía y a esa hora moría de hambre; el aroma que subía desde la cocina no hacía más que acrecentar su apetito. El barco había comenzado su marcha y la próxima parada sería al día siguiente en Cornualles, una legendaria ciudad portuaria al

sur de Inglaterra, estaba muy ansiosa por llegar a ese lugar para descubrir una geografía que Airan describió de lo más pintoresca.

Benjamín la interceptó cuando Moira caminaba hacia el comedor y a pesar de que Airan le había indicado que tenía que controlar las bombas del sótano, se tomó unos minutos para conversar con la única mujer que podía convertir al lobo libidinoso y desconsiderado de Airan en un cachorro de gato mimoso, paciente y atento. Una clara advertencia lanzada por su amigo referida hasta dónde podía acercarse a Moira para mantenerse a salvo de su ira pesaba sobre su cabeza, Benjamín estaba dispuesto a desafiarlo.

—¿Has descansado? —preguntó a sus espaldas.

Moira se asustó por las palabras, no había advertido su cercanía. Con la mano en el pecho para refrenar los latidos acelerados, se volteó para enfrentarlo con una sonrisa.

—Sí, he descansado —aseveró, y luego fingió enojo—. ¿Era necesario asustarme de ese modo?

—No fue mi intención. Estabas muy distraída.

—Ese olor a comida me lleva de las narices y todavía falta una hora para la cena.

—Con que era eso, tenía la esperanza de que estuvieras pensando en mí. Venid.

Benjamín le tomó una mano y la hizo volverse sobre sus pasos para dirigirse a la cocina; allí, el aroma era mucho más provocador. Benjamín sonrió a la cocinera que, junto con dos asistentes, estaba terminado de preparar la cena.

—Alicia, qué tienes para ofrecer a esta señorita que no puede esperar para probar tus delicias —lisonjeó a la cocinera, que reía de los halagüeños comentarios.

—Solo por ser tú, os obsequiaré unos canapés de mariscos. Te calmará el apetito pero dejará el suficiente para que disfrutes la cena —señaló la

elegante señora que no tenía la apariencia típica de una cocinera, con un delantal como era de esperar de alguien que no quiere manchar la ropa con los preparados propios de una comida, era más parecida a un ama de llaves de la regencia inglesa; era delgada, extremadamente alta, un rodete de pelo entrecano le proveía por lo menos cinco centímetros más de altura, y le estiraba la piel de los huesudos pómulos, tenía postura severa pero mirada tierna y con amabilidad seleccionó los bocadillos para ella.

—Alicia prepara la mejor comida de altamar que hayas probado nunca.

—No intentes salvarte con halagos, Benjamín. Todavía me debes una —lo regañó la mujer y acercó a Moira un plato de canapés coloridos y de un aroma envolvente—. Solo por tratarse de ti, dejé que entraran a mi cocina —indicó Alicia, que remarcó que solo Moira, entre todos los pasajeros,

era la benefactora de sus favores.

—Gracias —atinó a decir con una sonrisa tímida y a punto estuvo de preguntar «¿por qué?», pero lo dejó como estaba y salió sin esperar a que Benjamín terminara de agradecer por la distinción.

Benjamín la alcanzó a los pocos pasos y le apoyó una mano en el hombro al subir las escaleras que los llevaba al nivel superior donde se encontraba el comedor.

—Le agradaste a Alicia —señaló, y Moira lo miró sonriente—. No es poca cosa, a esa señora no suelen agradarle las mujeres que viajan en el yate.

—Parece una mujer severa, pero estoy segura que tiene una apreciación adecuada de las personas —proclamó con falsa humildad, girando el plato para relamerse el botín obtenido gracias a la impresión que causó en la mujer a cargo de alimentarlos en el mar.

—No creí que fueras tan humilde —replicó a las palabras opulentas de la joven.

—La gente brillante siempre lo es —remató y sus carcajadas se escucharon hasta en la cabina del capitán... sobre todo en la cabina del capitán.

Se terminaban de acomodar en las sillas del comedor cuando una alta figura hizo su aparición por una de las entradas de espaldas a la pareja que no paraba de reír de las pullas que se lanzaban. Airan llegó para ver el momento en que Benjamín le daba de comer un bocadillo en la boca y ella lo aceptaba gustosa.

—¿Benjamín, has controlado las bombas de agua? —preguntó muy serio.

Moira observó que Airan también se había aseado, se cambió la ropa clara que tuvo durante el día por pantalones negros y camisa gris plomo debajo de una chaqueta negra, se sacó el gorro de visera y estaba peinado de la misma manera que lo

hacia los días de reunión de ejecutivos con el dueño, o sea, su padre. Un solo día de exposición al sol le había dejado la piel dorada, y sus ojos celestes resaltaban sobre la piel cobriza.

—No, todavía no lo he hecho —suspiró la respuesta, sabiendo que su amigo se había enfadado por pillarlo en esa situación—. De camino a las bombas, hallé a esta señorita que desfallecía de hambre y como buen caballero no pude hacer otra cosa más que complacer las necesidades de la dama.

—Pues veo que el plato de la dama está casi vacío, lo que significa que podrá llegar viva a la cena. Si no revisas esas bombas, no podrás asegurarle que llegará viva a la siguiente estación.

—Exageras, Airan —instó Benjamín, abandonando la mesa con gesto de disgusto—. Además, podrías hacerlo tú, has terminado con la programación de la embarcación.

—Eso es lo que haré —replicó Airan con gesto y tono más severo que antes.

Moira no sabía lo que estaba ocurriendo entre los amigos que esa misma tarde parecían tan inseparables, pero entendía que en un lugar como en el que estaban, un descuido o la falta de disciplinas para cumplir las tareas eran muy peligrosas y podían llegar a ser mortal. Benjamín era muy divertido y atento, pero en aquella cuestión apoyaba a Airan.

—¿Te puedo acompañar? —interrogó al saliente capitán, que se volvió y se quedó mirándola varios segundos.

Moira se levantó al hacer la pregunta, vio como Airan se detenía y se quedaba observándola, no sabía qué hacer durante los instantes silenciosos que siguieron a sus palabras. Por su cabeza pasó la inevitable deducción que la miraba de esa manera porque había hecho una pregunta inapropiada; ese

día ya lo había hecho muchas veces, y el hombre solo podía juzgarla de descerebrada. Estaba por sentarse cuando Airan extendió la mano para que la cogiera y le sonrió.

Abandonaron el espacioso comedor y en su salida se encontraron con Isabel y Mara, que llegaban al salón y, sin disimular su sorpresa, dirigieron sendas miradas a las manos unidas. Airan solo les obsequió un «buenas noches» y sacó a Moira del comedor.

La noche era estrellada, y el viento marino enfrió el exterior de manera considerable. La sala de máquinas, en la que solo habían permanecido por diez minutos, estaba caliente, y el contraste al salir hizo temblar a Moira y exhalar un gemido.

—¿Tienes frío?

—Sí, hay un cambio sustancial entre la sala de máquina y aquí.

—El comedor estará templado, ya todos deben

estar ahí —señaló y abrazó a Moira para compartir su calor con ella.

—Si nos ven llegar abrazados, pensarán que pasamos la tarde en el camarote como lo hicieron ellos.

—A mí no me molestaría que lo pensaran —terció.

Airan deseaba que los hombres creyeran que había sido así, aunque sabía que de nada valdría, pues el único hombre que podía arrebatarse la presa que ya había declarado suya, sabía que eso no era verdad.

—A mí me importa —lo contradijo Moira y se liberó de sus brazos para volver a sentir un incómodo frío, estaban cerca de una de las entradas al comedor, pero en ese ángulo se ocultaban de las paredes de cristales y las miradas que las atravesaban. Moira retrocedió un paso y dejó que Airan siguiera solo, cuando se volvió

para interrogarla con la mirada sobre su actitud, habló atropelladamente.

—Iré a buscar un abrigo —se tomó de la baranda de estribor y giró para llegar a la escalera que la llevaba hasta los camarotes.

Airan se quedó mirando la espalda de Moira y sonrió ante su huida. Cada vez le gustaba más y estaba más decidido a concretar algo con ella durante esa travesía que desde un principio la tuvo como invitada exclusiva y que solo la fuerza de su deseo habría hecho la jugada para que terminara exactamente donde la quería. Nunca desestimó el poder del deseo en cuestión de mujeres. Averiguaría lo ocurrido con el viaje que tenía planeado hacer a Ibiza junto a su novio y aprovecharía esa situación para borrar de una vez y para siempre al refinado y apático arquitecto de la cabeza y del corazón de Moira.

Moira se asustó al sentir el frío que la golpeó

cuando sacó el brazo de Airan de su hombro y se separaron sus cuerpos, era irracional sentir el aliento congelado en pocos segundos, pero podía ver el vaho de su respiración como no podía hacerlo segundos atrás. Airan. No había otra cosa en su cabeza desde la tarde. Airan hablándole al oído cuando se acercaban a la costa francesa. Airan haciéndole bromas acerca de las francesas. Airan cogiéndola de la cintura para ayudarle con alguna tarea marina. Airan tomando su mano para ayudarle en el muelle del puerto de Saint Nazaire. Airan y las risueñas explicaciones para enseñarle alguna maniobra naviera. Airan y el atardecer. Airan. Airan y sus palabras, y su cuerpo. ¿Cómo no caer en la tentación como lo hacían las demás? Benjamín era igual de atento, igual de simpático, tan o más guapo que Airan, pero Moira no se estremecía con su sonrisa o con su roce. No volvió a pensar en Santiago ni en su traición desde que

Airan llegó hasta ella en la proa del barco antes de desembarcar en Francia. Su congoja por lo que había pasado en Gijón no existía. Su pensada venganza de hacer con Airan lo mismo que Santiago con Malena se estaba saliendo de sus carriles. Al planearlo, solo pretendía compensar el profundo dolor que la infidelidad le había causado, demostrarse a sí misma que ella era capaz de tener al hombre que se le ocurriese, levantar su pisoteado ego y, además, devolverle a Santiago un poco de frustración. No tenía dudas que un amorío con Airan Bersé llegaría a sus oídos, se movían en los mismos círculos y compartían la misma actividad recreativa. En esos esporádicos encuentros, Santiago y Airan no cultivaban una amistad subyugados por un interés en común, solo se limitaban a expeler tibios saludos formales, pero como en cualquier ambiente donde hay gente, los chismes llegaban a

todos los oídos.

Atracción entre ellos hubo desde el momento en que se habían conocido. Moira utilizó todas sus armas para repelerla durante todo el tiempo que estuvo sola, y luego se escudó detrás de Santiago para evadir las emociones que le despertaba Airan si se proponía coquetear con ella. La fascinación que en un solo día había ejercido era un sentimiento nuevo que juzgaba de altamente peligroso para intentar jugar con eso, estaba vulnerable y debía repensar su venganza si tenía a Airan como protagonista.

En pocos segundos llegó a la conclusión de que quizá sería más conveniente concretarla con Benjamín, era menos peligroso para su mente. Demostraba su interés compitiendo con Airan por sus favores, o al menos simularon hacerlo durante la tarde y, además, no lo vería a diario en el trabajo, situación que podría resolver renunciado a

sus tareas y buscando nuevos horizontes. Si lo razonaba con detenimiento, no quería seguir en Gijón.

Llevando su mente por derroteros sin salida, llegó hasta el camarote, la puerta se abrió al menor contacto y entró. No recordaba para qué había bajado, el único objetivo era alejarse de la fuerza gravitatoria de Airan, que la hacía permanecer a su lado con total normalidad, como si tuviese que ser así por alguna ley científica y tan cierta como la normalidad del hombre que camina sobre la tierra sin pensar por qué lo hace.

Parada frente a la cama de dos plazas de radiante cobertor de raso azul, sobre sábanas blancas bien tendidas que esperaban que las estrene, definía su futuro en el barco cuando su vista se desvió hacia el armario empotrado en una de las paredes del pequeño camarote y una punta de papel de regalo azul sobresalía por la ranura

entre la puerta y el marco. Caminó hasta él y sacó el regalo que otrora tenía diferente destinatario. Había olvidado el caballo. En su momento, creyó que los asistentes del barco lo llevarían al camarote de Isabel, pero allí estaba. El pesado artilugio medía más de cincuenta centímetros, lo tomó y algo molesto le cosquilleó en el antebrazo. Con cuidado, volteó el paquete y la tarjeta que había colocado en un rincón del regalo apareció ante sus ojos,

Con todo mi amor por siempre, Moira.

Entendió, entonces, el comportamiento de la cocinera, el de los pocos tripulantes hombres que la dejaban vagar por sus puestos de trabajo sin protestar, lo que no dejaba de sorprender a Benjamín, que cada vez que ella se hacía cargo de una actividad que le correspondía a alguno de los marineros, resaltaba que a otra persona no se lo hubieran permitido.

La tarjeta y el comportamiento de esa tarde junto a Airan cerraban con el círculo de atenciones que había recibido. Era obvio que Benjamín no estaba al tanto de lo que sabían los otros tripulantes, no lo imaginaba cuchicheando sobre los invitados con los empleados del barco. Moira arrancó la dedicatoria y salió del camarote.

Al entrar al comedor, estaban todos ubicados a la mesa esperando que sirvieran la cena. El clima era distendido, y las risas de las mujeres se oían desde la cubierta, el cálido comedor con sus paneles de cristales permitía observar las estrellas y los protegía de la nocturna y fría brisa marina. Ninguno de los seis tripulantes más desfachatados y fiesteros padecían de bochorno por el comportamiento de la tarde y tal podía observarse por la actitud bulliciosa de algunos, pensaban repetir en la noche.

—Te esperábamos —comentó Benjamín.

—Los criados te esperaban para servir la cena, si fuera por mí habría comenzado a comer hace tiempo. Muero de hambre —se quejó Jordi.

—No seas grosero, Jordi —lo reprimió Isabel.

—Perdonad, Moira, no quise sonar tan agresivo, es que muero de hambre —se disculpó sinceramente, sobre todo ante la mirada dura que le dirigía Airan.

—Disculpad todos por la demora, pensé que era momento apropiado para entregarle al capitán y jefe un detalle sencillo por el bello viaje al que nos ha invitado —dijo Moira.

—No te olvides que trabajamos como mulas para conseguirlo —intervino Josué.

—No tendríais que haberos molestado. Como dice Josué, lo habéis ganado trabajando duro.

—Sin embargo, en nombre de todos te hago entrega de este obsequio —adujo con solemnidad y entregó el pesado paquete al nuevo dueño.

Los demás se quedaron mirando la entrega y nadie osó desmentir la participación que Moira hizo de todos. Expectantes, al igual que el agasajado, que se tomaba su tiempo en romper el papel de regalo para descubrir qué guardaba en sus entrañas brillantes, Airan hacía especulaciones sobre el contenido, pesando y midiendo las dimensiones. Moira, después de pesarle su pesada carga al nuevo titular, se sentó a un lado de Airan, en el lugar que estaba destinado con anticipación, obviamente, dispuesto de esa manera por los asistentes de la cocinera.

—Es pesado y duro —aventuró Airan, sopesando el contenido del envoltorio.

El plástico con burbujas de aire impedía que Airan delineara con precisión la silueta del objeto que tenía en las manos y después de dos minutos de inspección ocular y táctil, decidió romper el metalizado papel azul. Con la misma rapidez se

deshizo del recubrimiento plástico, y el lustroso corcel blanco emergió ante la vista de los comensales que por unos minutos olvidaron su consagrado apetito.

Airan admiró maravillado la detallada escultura en madera y observó a Moira con una mirada interrogante.

—De todos nosotros —ratificó ella.

—Gracias —dijo Airan sin apartar la vista de sus ojos—. A todos —agregó instantes después, participando a todos del agradecimiento, pero estaba seguro que solo Moira había comprado aquel hermoso ejemplar, lo que no tenía claro era si él era el destinatario original del obsequio—. Es un regalo admirable —enfaticó, rotando el caballo en sus manos para deleitarse con los pequeños detalles que hacían de la obra una maravilla.

—¿Podemos comenzar a cenar? —lloriqueó

Mara, que no encontraba nada especial en el regalo y estuvo a punto de confesar que no tenía parte en ese obsequio. No le agradaban esas bestias gigantes y olorosas, jamás habría comprado un presente semejante a ningún hombre, pero a juzgar por la expresión encantada de Airan, el regalo le había agradado, así que mantuvo la boca cerrada.

—Claro que sí —concedió Airan, y los asistentes comenzaron a entrar al comedor con bandejas de comida.

Todos se vistieron para la ocasión como si se tratase de una cena de gala, las mujeres de elegantes y brillosos vestidos, y los hombres de elegante sport: jeans y chaquetas, zapatos bien lustrados, prolijamente peinados y agradablemente perfumados. La vestimenta informal del almuerzo fue reemplazada como si todos asistieran a una fiesta. Benjamín, el más reacio a la formalidad en

medio del océano, también se había vestido para la ocasión y se veía muy diferente de pantalón negro y camisa de seda negra, intimidaba con esa ropa.

Isabel prestaba atención a las miradas: Moira miraba a Benjamín, Airan la observaba a ella y Mara utilizaba cualquier excusa para apoyarse sobre la mesa y hacer que sus pechos, poco protegidos por un escaso escote, resaltaran sobre el borde y le llenara los ojos a Airan que solo le dirigía una mirada a los ojos y le sonreía muy de vez en cuando. Benjamín alternaba su mirada y su conversación entre Moira, Airan y las pocas sutiles señales que le lanzaba Mara utilizándolo como intermediario para ganarse la atención de Airan, aprovechando sus ubicaciones pegadas. La mesa era ovalada con una capacidad para veinte personas. Airan estaba en la ubicación más cercana a la puerta con salida hacia la bitácora del

capitán, con Moira a un lado y Benjamín en el otro, y tenía que hacer un esfuerzo importante para entender lo que decía Alan al otro extremo de la mesa, flanqueado por Selena e Isabel. Durante la comida, consistente en livianos platos de mariscos con vegetales, la conversación no era muy fluida y se trataba exclusivamente de la figura del caballo blanco. El regalo fue pasando de mano en mano, y cada uno conjeturó alguna apreciación.

—Para mí, es la imagen de un caballo normando —aventuró Jordi—. De la época de Ricardo Corazón de León, prestad atención al manto del caballo, tiene un león tallado.

—Yo creo que es una réplica del corcel de Don Quijote —especuló Mara, componiendo un aire intelectual, y todos comenzaron a reír. Mara tenía veintitrés años, era muy sensual, tenía algunos tibios dotes para la venta y la entrada a la plantilla comercial de SB se dio a pedido del padre de

Airan, que con la incorporación pagaba un favor a un colega.

—El caballo de Don Quijote era flaco, de mala figura y tenía poca alzada, solo un artista muy generoso podría atribuir una figura como esta al pobre Rocinante —desestimó Alan riendo con ganas.

Mara, con gesto adusto, aguantó las pullas de los demás.

—Fue solo una opinión —afirmó con aplomo.

—A mi parecer, es el caballo de algún hidalgo importante. Mirad esas marcas en la montura —expuso Alan, con la pieza en las manos, señalando lo que veía.

—Quizá solo sea una figura sin alusión a nada en especial —lanzó Isabel, aburrída de que los hombres pusieran su atención en la figura de la bestia.

—No. ¿Ven esas marcas en los costados? —

refutó Alan antes que Isabel terminara de decir la última palabra. Con entusiasmo colegial, señaló lo que consideraba marcas representativas de alguna cultura y cuando recibió la aceptación de la mujer que estaba a su lado continuó—: Tienen un significado y un origen, tal vez sea el tallado de un corcel persa, de la época del rey Jerjes.

Benjamín tomó parte en la discusión y pidió que le acercaran el caballo, lo estudió con esmero, mirando a cada lado de la figura; con el dedo recorrió las caladuras que le conferían aquellos detalles a los cuales los hombres le atribuían un significado y un linaje, se tomó un tiempo más que generoso para llevar a cabo la inspección con ojo clínico.

—¿No has preguntado por su origen? —indagó Selena a Moira, adjudicándole la autoría de la compra al conocimiento de Airan, que la miró sonriente.

—No —negó y siguió cenando.

—¡Qué pena no haber entrado a esa tienda! Nos habríamos librado de esta aburrida conversación —dijo Isabel.

Nadie tuvo en cuenta las palabras de Isabel y esperaban con ansias las teorías que Benjamín demoraba en exponer ante los comensales.

—Es un retrato del caballo del Rey Arturo —dictaminó con seguridad—. Las marcas, la espada y los símbolos de aquí lo demuestran —dijo, señalando unas rayas que para la mayoría de las personas habrían pasado desapercibidas—. Y al parecer es de una talladura muy antigua, yo le daría cientos de años.

—La pintura parece nueva —acotó Jordi, desestimando la longevidad que Benjamín atribuía a la talladura de madera.

—Puede ser, o se conservó en un lugar adecuado, el pulido es nuevo. El tallado es

antiguo, lo podéis apreciar en las letras y en los detalles de los adornos de la montura.

—No podéis estar hablando seriamente —
adujo Jordi.

—Claro que sí, tengo una maestría en Historia Europea.

Ante las palabras de Benjamín, todos miraron a Airan buscando confirmación a la versión del amigo del capitán.

—Aunque no lo crean, es cierto, y su padre es catedrático en la Universidad de Gijón, no en historia, pero tiene mucho que ver.

Benjamín no lo mencionó, pero sin pérdida de tiempo dedujo que el restaurado regalo que Moira le había hecho a Airan debió valer una pequeña fortuna, un precio muy alto para calificarlo de presente sencillo, como lo había catalogado.

—¿Qué dicen esas escrituras? —interrogó Rody.

—Es muy difícil saber su real significado, tendría que consultarlo con historiadores que se especializan en escritura antigua, los que son muy escasos. Lo que puedo asegurar es su antigüedad, he visto escrituras rúnicas en tallados similares a este que tienen más de mil doscientos años.

—¡No puede ser! Algo así valdría una fortuna —comentó Alan, que parecía el más instruido en las cuestiones históricas, sin contar al diplomado Benjamín.

Las palabras del joven provocaron una nueva oleada de miradas dirigidas a Moira.

—Tiene que ser una falsificación o una réplica —objetó ella, que sentía como las miradas pesaban sobre su rostro cada vez más.

—No seré parte del regalo si tengo que gastar una fortuna —admitió Mara, preocupada de tener que desembolsar una suma grande de dinero por un regalo del que no estaba enterada antes de esa

noche.

—Nadie pagó una fortuna por nada, es un simple presente. ¿Por qué tanto alboroto? — protestó Moira, comenzando a enfadarse con sus compañeros de trabajo, que no comprendían que no pediría parte del dinero que gastó en el obsequio que ni siquiera compró pensando en Airan y del cual solo quería librarse. Conociendo los hechos, lamentaba no haberlo arrojado al bote de basura, le habría provocado menor malestar.

—Bien, dejad el corcel descansar a un lado y terminad la cena —propuso Airan—. Se hace tarde para una velada tranquila bajo la luz de las estrellas, con música suave, poco alcohol y nada de drogas —dijo y sorprendió a todos—. Mañana desembarcaremos en Land's End, en el condado de Cornualles, Inglaterra. No deberíamos acostarnos tarde y, además, os recomiendo tomar todas las precauciones para evitar incidentes indeseados en

el futuro, somos todo adultos, cada uno es libre de hacer lo que le plazca, pero nunca está demás un buen recordatorio. Esta tarde no pudimos desembarcar en la ciudad de Nantes porque el ochenta por ciento de los viajeros estaba ebrio en algún camarote —regañó a todos sin mencionar nombres—. No sería agradable que mañana ocurriera lo mismo.

—¿Qué haremos en Land's End? —preguntó Selena, y Airan dio por terminada la *recomendación*.

—Recorrer el paradisíaco lugar, tomar sol en sus playas, conocer a su gente —empezó Airan—. Una vez que desembarquemos, cada uno podrá hacer lo que le venga en ganas, siempre y cuando regrese a la hora acordada para seguir camino a Irlanda. Estaremos aproximadamente siete horas en la ciudad, embarcaremos para partir después de las diez de la noche.

—¡Eso será genial! —clamó Samanta—. ¿Has estado en ese lugar? —preguntó a su capitán.

—Sí, es muy bello, sus costas son excepcionales, hay construcciones antiquísimas y su clima es ideal para gozar del mar al atardecer. Antes de atracar, pasaremos por un brote de islas de altos acantilados y espesa vegetación perfumada que impregna su aroma a los viajeros que se acercan a sus costas.

—Parece agradable —manifestó Isabel.

—No te entusiasmes mucho, Isabel, en ese lugar no hay centro comercial —replicó Jordi, y el resto rió ante el gesto de fastidio que lanzó la mujer.

—Se dice que entre el cabo Land's End y las islas Sorlingas se encontraba Lyonesse —comentó Benjamín, ajeno a cualquier conversación. Él se quedó reflexionando sobre el caballo blanco que Moira le entregó a Airan.

—¿La tierra del rey Arturo? —indagó Samanta.

—¿La del caballo? —agregó Mara antes que Benjamín le diera una respuesta a su compañera.

—En efecto, la próspera tierra del legendario Rey Arturo —asintió—. Se comenta que en ciertas épocas, si la marea está baja, pueden verse emerger campos que pertenecieron a esta ciudad perdida; otros, los más creativos, aseguran que las tierras que aparecen cada cierto tiempo son un portal que puede sumergirte en el tiempo. Muchos afirman haberlas visto, hay fotos poco creíbles del lugar y se escuchan historias de gente que se perdió allí y nunca más hallaron.

—Esas son puras anécdotas de fantasía —se mofó Rody del tema—. El rey Arturo, los caballos blancos y todo el cuento de los caballeros de la mesa redonda jamás existieron.

—No todos opinan lo mismo, Rody. A propósito, ¿qué sabes tú de historia? —preguntó Selene de mala gana, desestimando el comentario

del joven escéptico.

Rody era el más joven de los hombres; con veintiocho años, y seis trabajando en la empresa, se ganó el puesto cuando Airan entró a la firma y vio en el prolijo y moreno muchacho de la mensajería un carisma especial. Y no se había equivocado, Rody era muy bueno para la venta.

—¿Qué opinas, Benjamín? —preguntó Selene a quien parecía tener la única palabra autorizada.

—Es un tema intrigante y opino que toda leyenda siempre tiene su parte real.

—¿Qué pasó con Lyonesse? —quiso saber Alan, parecía interesado en el tema, admitiendo con su pregunta que creía en la existencia de la legendaria tierra.

—Dice la leyenda que se perdió en el mar después de la muerte de su rey.

—¿Y pasaremos por allí? —preguntó, entusiasmada, Selene, abriendo grande sus ojos

celestes.

—Cerca —contestó Airan—. Llegar hasta el punto que menciona Benjamín nos costaría tres horas de demora en el desembarco en Land's End, siempre y cuando no pretendan bajar en las islas cercanas.

—¿Podríamos encontrar las tierras que mencionáis?

—Si la marea nos ayuda... podríamos —aseveró Benjamín a Samanta.

—Me gustaría pasar por allí, quizá sea nuestro viaje de la suerte —dijo Alan.

—No me importaría desviar el destino, después de todo es un viaje de placer. Podemos cambiar la ruta original si todos estáis de acuerdo —consintió Airan al ver las caras de entusiasmo que el tema de la tierra del rey Arturo trajo a la mesa.

—Estaría bien ver un par de ruinas, tendré un tema interesante para hablar con las mujeres. He

descubierto en este viaje que a ellas les atraen los intelectuales —dijo Jordi, aludiendo sin duda a Benjamín, que tenía la atención de todas las mujeres.

—Tú deberías guardar esos comentarios interesantes para relatar a tu novia —lo amonestó Samanta.

—En Madrid no hay islas del rey Arturo —replicó, dejando claro que su novia no sabía su destino real.

El grupo entero estuvo de acuerdo en llegar hasta el lugar señalado por Benjamín, y si no había ningún avistaje misterioso, continuarían hacia las islas Sorlingas, manteniendo la posibilidad de desviar completamente la primaria ruta trazada y desembarcar en alguna de esas islas para pasar los días restantes. A partir de ese momento, toda la conversación se centró en la experiencia que vivirían al día siguiente en el lugar y los hallazgos

que podrían descubrir. Más entusiasmados que con el itinerario inicial, los viajeros comenzaron a sentir una ansiedad propia de niños exploradores ante la jornada que los esperaba. La velada que tenía pensada Airan quedó a un lado para hacer planes de desembarco en alguna de las islas desiertas y paradisíacas descritas por Benjamín.

Acabada la cena, salieron a la terraza, y una música suave que concordaba con la suave brisa nocturna los acompañó. En pequeños grupos de dos o tres personas se dividieron para conversar sobre el tema excluyente de la noche: las tierras del rey Arturo. Benjamín era el más solicitado por los grupos que por momentos se aglomeraban y después se volvían a separar. Moira con Samanta y Benjamín, que se alejaba cada tanto de las preguntas inacabables de las dos mujeres para contestar a las otras inquietudes de los viajeros, estaban más alejados de los demás.

—El tema que has traído a este viaje llenó de expectativas a todos —adjudicó Airan.

—¿Yo? —preguntó Moira con curiosidad y se volteó hacia Airan, que le había hablado sobre los hombros, apareciendo desde atrás.

—Tú has comprado ese caballo —la acusó, caminado hacia adelante para alejar deliberadamente a Moira de Samanta y de Benjamín.

—¿Acaso no te gusta el regalo?

—Es una pieza maravillosa —la alabó—. Lástima que no pensabas en mí durante la compra. ¿Puedes negarlo? —la desafió.

—No. No lo haré.

—Ese obsequio era para Santiago, ¿verdad? —afirmó, pero le puso la nota interrogante al final.

—Sí.

—No tenías que hacerlo —la regañó, y Moira lo miró extrañada—. No me mires de esa manera,

lo que quiero decir es que puedes devolverlo a la tienda y pedir el reintegro del dinero. No puedo aceptar algo tan costoso.

—No te preocupes por mi economía, tengo un buen trabajo —objetó.

—Hablo en serio, nadie más que tú y yo sabremos que no me quedaré con el regalo que con gentileza compartiste con el resto.

—No puedo aceptarlo, no lo quiero. Si no lo aceptas, puedes echarlo al mar —dijo ella—. Nadie más que tú y yo lo sabremos —agregó, reivindicando con palabras susurradas el gesto confidencial que Airan dio al asunto.

—Me encanta como suenan en tus labios las palabras tú y yo —susurró, acercándose más. Moira se vio sola con Airan en un rincón de la terraza, y la frase que pretendía ser una burla terminó colocándola en una situación incómoda.

—No seas zalamero conmigo, Airan, no

conseguirás nada. Id a cortejar a Mara —detuvo el avance antes que su fuerza de voluntad, que trabajaba a pleno en ese instante, declinara a sus alocadas ideadas de venganza y de enredos con un hombre para enmendar su mancillada estima gracias a la traición de Santiago.

—No me interesa Mara. Es muy joven.

—¿Desde cuándo?

—Desde que subiste a la pasarela del Catalina's.

—Solo vine a disfrutar del viaje y a pensar.

—¿Qué pasó con Santiago? ¿Por qué no vino contigo?

—Terminamos.

—No puedo creerlo.

—Pues creedlo o no. No me interesa.

—No seas descortés, Moira, no te he hecho nada —se defendió, sintiendo que Moira

descargaba en él su bronca.

—Lo siento —se disculpó—. No quiero hablar de Santiago, no quiero hablar de mi relación y no quiero hablar contigo —dijo enojada y se alejó hacia el extremo opuesto, dejando a Airan solo en el rincón solitario.

Benjamín, de soslayo, observó lo que pasaba en el rincón en el que Airan fue llevando a Moira y la interceptó de camino hacia el centro más iluminado del lugar, le ofreció un trago compuesto de frutas y, sonriendo, le dio la espalda a su amigo, que lo miró con furia.

—Solo tiene un poco de ron —le aclaró.

—¿Han concluido las clases? —lo interrogó al notar que los demás se sentaron en una gran ronda a un costado de la piscina.

—Al menos las de historia sí. Isabel está calentando el ambiente con una descriptiva narración de alcoba.

—Lo imagino, ninguna clase de historia antigua podría con ella.

—No creí que aguantara demasiado, pero se comportó bastante bien en la cena.

—A veces pienso que Isabel está viviendo la etapa adolescente que se saltó al ser madre tan joven.

—Es una mujer hermosa y muy joven aún, tuvo mala suerte en su casamiento con Fausto, ya de adolescente le gustaba abusar de las drogas y el alcohol.

—¿Lo conoces?

—Claro, y a Isabel, de toda la vida.

—Deduzco que tienes la misma edad que ella.

—De niños, íbamos juntos al colegio Airan, Isabel, su ex y yo.

—No lo sabía, ninguno habla de ello en la oficina.

—Moira, ¿quieres caminar por el nivel de abajo? —la invitó Benjamín, sabiendo que Airan lo seguía con la mirada en cada movimiento.

—Por supuesto, aquí la fiesta se ha suspendido —bromeó, mirando al resto del grupo sentados en las reposeras formando un círculo para escuchar las calientes anécdotas que en ese momento habían pasado a boca de Josué.

Airan estaba junto al grupo, pero no oía las palabras del historiador de turno, su atención se centraba en el camino por el que se habían perdido Moira y Benjamín desde hacía más de quince minutos. Mara estaba a su lado y le acariciaba la nuca, por momentos le parecía agradable, y en otros le fastidiaba tanto que deseaba arrojar a la joven sobre la borda. Si Benjamín conseguía con tan poco esfuerzo lo que a él venía costándole años de insistencia infructuosa, reparar su ego equivaldría a años de terapia. No permitiría que su

amigo le hiciera perder tanta plata con el loquero. Determinado a evitar cualquier acercamiento íntimo entre su mejor amigo y su deseo más esquivo, se levantó de la reposera y salió en búsqueda de la pareja perdida.

Capítulo IV

El día estaba espléndido, un sol radiante brillaba en un cielo celeste libre de nubes, y las aguas cristalinas del Atlántico dejaban ver las puntas rocosas de las piedras emergidas en aquel sitio paradisíaco, el clima cálido calentaba más los ánimos de los expectantes viajeros que se aferraron a la borda al oír el grito de Benjamín.

—¡Tierra a la vista!

Desde la cabina del capitán, de la cual no salió en todo el día, Airan avizoraba lo mismo que su amigo y redujo la marcha, sorprendido. Pidió a su asistente que se hiciera cargo del timón y salió junto al resto del grupo para acercarse más a aquello que parecía un espejismo. No pensaba dirigirle la palabra a Benjamín en lo que restaba

de viaje, pero aquello era más apremiante que la interrumpida traición de su amigo. Cada vez que recordaba que halló a Benjamín cómodamente acostado sobre la cama de Moira, le daba ganas de pegarle un puñetazo en la nariz. Ella quiso minimizar el hecho comentándole sobre unas piedras que le estaba mostrando a Benjamín, pero no la escuchó. Con severidad pidió a quien creía su amigo que se hiciera cargo del timón para reemplazar al mismo asistente que en ese momento comandaba la nave y salió del cuarto. Comprobó, muchos minutos después del cruce de palabras que habían mantenido fuera del camarote de Moira, que, efectivamente, Benjamín tomó su turno en la bitácora del capitán y que el ayudante pudo retirarse a descansar, algo que él mismo intentó, pero le costó horrores. Lo único que pasaba por su cabeza era irrumpir en el camarote de Moira y exigir una explicación sobre lo que había pasado

esa noche, pero sabía que era una ridiculez, y era consciente que ese pensamiento era propio de un demente. Tener a Moira tan cerca pero tan lejos a la vez lo desequilibraba. Estaba convencido que el único obstáculo entre Moira y él era la falta de oportunidad; hasta ese día, nunca pudieron estar a solas el tiempo suficiente para que desplegara sus armas seductoras, sin embargo, con ese viaje se demostraba a sí mismo lo equivocado que estaba; a pesar de tener todo el tiempo y haber desplegado un encanto que hasta el día anterior era infalible con cualquier otra mujer, Moira prefería a Benjamín, y eso lo llenaba de un sentimiento que podía definir como frustración por el fracaso, algo desconocido para Airan Bersé en cuestión de mujeres. Reto de por medio, nunca fue abatido por Benjamín en una conquista y jamás se interpuso cuando su amigo le aclaraba seriamente que estaba interesado en una mujer en particular, hecho que

hasta esa noche fue una regla recíproca entre ambos.

—¿Observas lo mismo que yo? —preguntó Benjamín, acercándose a Airan; la conmoción momentánea le hizo olvidar la discusión.

—Lo mismo estaba por preguntarte —respondió.

—¿Cuántas veces pasamos por este lugar?

—Decenas, nunca hubo nada allí —afirmó Airan con seguridad.

—Será un viaje inolvidable. Nuestro viaje de la suerte —emuló a Alan, mirando azorado una elevación que sobresalía diez metros sobre el mar, parecía una vieja torre que había perdido el techo.

Los tripulantes, ignorantes de aquel hecho, exclamaban maravillados sobre el avistamiento de los vestigios, y sus cámaras digitales disparaban sus flashes para retratar e inmortalizar el recuerdo con una fotografía.

—¿Eso es parte de Lyonesse? —preguntaban todos, pero ninguno esperaba la respuesta, las mujeres estaban convencidas que se trataba de la mitológica tierra de la que habían estado hablando la noche anterior. A los hombres, nadie los convencería de que no eran un poco más de ruinas como las que podían verse por toda Europa, y se mofaban de ellas.

La torre emergida estaba en una porción de tierra semi hundida. Escapaba de las garras del mar junto a unos peñascos bajos, la embarcación se acercaba lentamente y por debajo de las aguas que atravesaba podían apreciarse con claridad una fracción de tierra plana que parecía dividida en campos, era imposible determinar desde la borda de la nave el tamaño de la tierra, la vista se perdía en las profundidades, y el terreno parecía extenderse hacia abajo. Borearon el terreno emergido que impedía acercarse a la torre sin que

el barco encallara y continuaron viendo tierras sumergidas.

Benjamín y Airan se alejaron del grupo sin compartir lo que sabían, dejaron que los demás conjeturasen sus propias conclusiones, subieron a la cabina del capitán e inspeccionaron cada mapa físico y virtual con que contaban. Benjamín aportó su propio portátil para buscar en la red información sobre la tierra que obstruía el paso de la nave, y nada nuevo surgía. Con un asombro cada vez más profundo, descubrieron que el moderno y computarizado radar del yate no reconocía la tierra que estaba frente a sus narices, para la máquina nada tendría que aparecer ante ellos en ese lugar.

—Si nos topábamos con esta sorpresa por la noche, habríamos encallado —admitió Airan.

—¿Por qué no aparece en el radar?

—No lo entiendo. Tampoco aparece en los

mapas o en internet.

—Chequeamos dos veces las coordenadas, y la trayectoria con el satélite es la correcta —adujo Benjamín.

—Ismael, estás muy cerca —advirtió Airan, que no dejaba de mirar asombrado las extrañas tierras y las maniobras del timonel de turno.

—Ismael, virad a la derecha —recomendó Benjamín.

—Más rápido, Ismael —apremió Airan, caminado hacia él para hacerse cargo de la nave.

—¡No responde! ¡No responde! —gritó Ismael.

Airan se hizo cargo de maniobrar el yate, utilizó toda su fuerza, todo su conocimiento y experiencia, pero la nave no respondía, no cambiaba el rumbo ni aminoraba la velocidad para que el impacto del golpe contra un enorme risco, a un costado de la torre, fuera más suave.

—¡Nos atrae! —gritó Airan.

—¡Nos estrellaremos contra el risco! —gritó Benjamín—. ¡Apagad los motores!

—¡Nada responde!

El grupo, entusiasta en un principio, veía aproximarse la nave peligrosamente al risco más sobresaliente donde se alzaba la torre y comenzó a alejarse de la proa instintivamente.

—¿Qué ocurre allá arriba? —gritó Rody hacia la cabina del capitán, en la que se veía a Airan hacerse cargo del timón con Benjamín a su lado.

—¡Chocaremos! ¡Quitad el condenado barco de este lugar! —gritó Jordi, agitando los brazos para captar la atención de los dos hombres, pero ninguno lo miraba.

—Ya no causa gracia la broma —dijo en voz baja Samanta, que retrocedía hacia el comedor, llevándose en su marcha atrás a las sorprendidas Isabel y Selene.

Alan salió corriendo hacia la cabina para saber

qué estaba pasando, y los demás hombres lo siguieron. Las cinco mujeres se quedaron juntas en la puerta del comedor observando, sin poder creer como la torre estaba cada vez más cerca de ellas.

Moira miraba la torre que se elevaba imponente sobre sus cabezas y pensaba en las leyendas de las que hablaron la noche anterior y en el caballo que le había obsequiado a Airan. Era todo muy surrealista para que estuviera ocurriendo, más bien, como si los hombres hubiesen aprovechado el regalo para sugestionarlos y ese día llevarlos hasta ese lugar. El miedo no formaba parte de sus sentimientos, estaba enojada por el susto que Airan y Benjamín les estaban haciendo pasar a todos para satisfacer su morbo.

—No ocurrirá nada —afirmó, categóricamente, Moira, y se puso al frente de las mujeres para tapar la visual de la torre—. Airan y Benjamín deben estar matándose de la risa. ¿Por qué creéis

que se marcharon cuando aparecieron las tierras que nos dejaron pensar que eran inesperadas en este lugar?

Las mujeres recapacitaron unos instantes, y luego Mara replicó:

—¿Pero no ves que estamos a un tris de hacernos astillas contra esas rocas?

—Por un instante, también pensé que era una broma —acotó Samanta—. Pero estamos a punto de estrellarnos —continuó, mirando a Moira, que seguía enfrentándolas.

—Esos hombres saben lo que hacen —dijo Moira, pero los hechos no acompañaron sus palabras; en ese instante, un sacudón del yate golpeando piedras con el casco las hizo acabar en el suelo a las cinco.

—¿Decías?—preguntó Isabel a Moira, que le cayó encima.

—Creo que no lo saben.

—¡El barco se ha detenido! —gritó Samanta.

Con lentitud, las mujeres se pusieron de pie antes de que los hombres llegaran.

—¿Chicas, están bien?

—Sí, y no precisamente gracias a vosotros, nobles caballeros que dejáis solas a las damas en el momento de mayor peligro —reclamó Selene a su novio, que fue el primero en bajar de la cabina.

—Disculpad, amor —resopló con sinceridad—. Ha sido todo muy rápido, el barco estaba descontrolado, y no sabíamos cómo detenerlo.

—¿A qué te refieres con que estaba descontrolado?

—Los controles no obedecían, hay una especie de atracción magnética que arrastró al barco hasta este lugar a pesar de los esfuerzos de Airan por alejar la nave.

—¿Por qué nos detuvimos? —indagó Samanta.

—Los motores se apagaron solos al encallar

entre las dos piedras en las que se ha encastrado el barco —explicó Josué, llegando detrás de Alan—. Airan, Benjamín y los tripulantes del barco intentan volver a encenderlo, pero, a saber, todavía no lo logran.

—Iré a la proa a observar el panorama general —informó Moira, y el grupo la siguió.

El barco reposaba entre dos grandes riscos que emergían de las aguas cristalinas y lo amarraban justo en la mitad; allí, como un estacionamiento propio pensado exclusivamente, se detuvieron los motores. Las rocas tenían su origen en la porción de tierra sumergida; a un costado del risco más alto que tenían a la derecha, más piedras formaban una especie de camino que podrían fácilmente atravesar para llegar a la torre y a lo que podían, momentáneamente, definir como tierra firme, si lo deseaban. El grupo de viajeros se dividió en dos, cada uno miraba a un costado del barco la piedra

que lo detenía y lo contenía en ese lugar.

—Los motores y el sistema de comunicación están muertos —anunció Benjamín, acercándose al grupo de cinco en el que se encontraba Moira.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Selene.

—Airan sigue intentando con los motores, quiere que revisen sus móviles para saber si alguno de vosotros tiene señal.

Una hora después, todo seguía igual, totalmente incomunicados y varados entre dos rocas. La marea bajaba, dejando cada vez más al descubierto el casco del yate.

—Nada de lo que hagamos servirá hasta que no vuelva subir la marea —afirmó Airan al grupo.

El capitán había subido no hacía más de diez minutos de la sala de máquinas donde intentó dar vida al motor o a los intercomunicadores.

—¿Cuándo ocurrirá eso? —indagó Selene.

—La marea sigue bajando ahora mismo,

calculamos que tendremos una caladura apropiada para sacar la nave de entre las rocas, si es que los motores vuelven a funcionar, al llegar la noche — completó Benjamín.

—¿Nos quedaremos en el barco hasta el anochecer? —preguntó, fastidiada, Mara, que a pesar de las circunstancias, lucía su diminuto traje de baño azul—. ¿No podemos bajar a la isla?

—Es peligroso, pero quien quiera pasar saltando las piedras que llevan hasta tierra *firme* —entonó la última palabra dubitativo—, puede hacerlo. No nos iremos dejando atrás alguno de vosotros —dijo Airan.

Benjamín llevó aparte a Airan para hablar confidencialmente con su amigo.

—Airan, no deberíamos perdernos la oportunidad de recorrer este lugar, no sabemos cuándo volverá a ocurrir que sus tierras queden expuestas nuevamente. Además, deberíamos

revelar al resto lo que en realidad ocurre con esta isla.

—No nos creerían, ya oíste a los muchachos, culpan al sistema computarizado del barco por el encastre en esas piedras, nunca creyeron en la fuerza que nos arrastró ni en que la isla no era detectada por los radares.

—Pues allá ellos. El radar estaba ante sus ojos, si alguna vez tienen la posibilidad de volver por aquí, os darán cuenta solos; mientras tanto, nosotros, que sabemos lo que realmente está pasando, no deberíamos desaprovecharlo.

—Tú no puedes negar el estirpe investigador que llevas en las venas a pesar de la lucha que libras en deshacerte de ella —se jactó de Benjamín, que nunca quiso seguir los pasos de su padre, una eminencia en la investigación de construcciones histórica de España.

Benjamín, después de terminar el colegio,

estudió historia presionado por su padre. Obtuvo el título universitario que lo acreditaba como historiador, lo colgó en el estudio de su progenitor junto con las decenas de diplomas que el hombre había conseguido por mérito propio y se dedicó a las finanzas e inversiones, actividad que realizaba paralelamente junto con el estudio de la Historia Europea y de la cual obtuvo, en tres años, las mismas ganancias económicas que su padre pudo alcanzar después de más de veinte años de ejercer su profesión.

—Quizás ha llegado el momento de escuchar los consejos de mi padre.

—¿Cuáles? ¿Los que dicen que es anti-ético conseguir ganancias por no hacer nada, solo por colocar dinero en una bolsa de valores financiera y esperar sentado?

—Es lo que siempre me ha molestado, él cree que solo partiéndose el alma y levantándose a las

cinco de la mañana el dinero es ganado dignamente.

—Lo sé, por eso se ha congradado conmigo desde que me puse a trabajar de verdad en la empresa de mi padre.

—Eso lo enfureció todavía más que cuando contrajiste matrimonio y aparentemente habías sentado cabeza. Tu divorcio jugó en mi favor, pero nada puedo hacer con el hecho de que mi padre piensa que soy el único que gana plata improductivamente, y eso es producto de mi falta de madurez.

—Es cierto, en ocasiones eres muy inmaduro, y lo pude comprobar anoche.

—¿Qué insinúas?

—¿Insinuar? Nada, te lo digo abiertamente, lo de anoche ha sido una burrada de tu parte.

—Tú ves lo que quieres ver y no entiendes motivos.

—Era muy evidente lo que ocurría en ese camarote, y creo que fui muy claro cuando te advertí de lo interesado que me trae esa tía desde hace dos años.

—La dama no parece opinar lo mismo — acicateó Benjamín, recalcando las dos primeras palabras—. Sin embargo, no debes preocuparte por mí, Moira no está en mi lista de conquistas... por ahora.

—Ni ahora ni nunca. No lo permitiré.

Benjamín no aguantaba las ganas de reír a carcajadas por la inusual explosión posesiva que encendía la cara de Airan al discutir sobre Moira, parecía un tomate a punto de reventar y lo más seguro era que con esa explosión se ligaría un violento puñetazo. La cara de Airan hasta parecía hinchada de bronca, y las aletas de su nariz se agitaban con la respiración forzada. Benjamín decidió que no lo provocaría más, ese día se

estaba complicando mucho para que lo completara poniéndose pusilánime con su amigo.

—Es toda tuya, amigo, te advierto que de mi parte no habrá acercamiento hacia la joven, pero no rechazaré su compañía si se acerca.

—Hablaré con la gente de la tripulación para que amarre el barco a las rocas, no nos arriesgaremos a sufrir un imprevisto pleamar lo saque de su prisión antes de regresar. Id a preparar al grupo que quiera desembarcar —indicó a Benjamín, que no perdió tiempo en reunirse con los viajeros para proponerles la expedición.

Los navegantes en su totalidad aceptaron la propuesta de Benjamín. En solo media hora cargaron en las mochilas alimentos y sus cámaras digitales. Sin mucho esfuerzo, cruzaron el puente de rocas que debían atravesar antes de poder moverse libremente por aquella isla misteriosa. Una vez en tierra, continuaron el ascenso hacia la

torre, desde esa altura podrían ver el lado opuesto al cual no habían podido llegar con el yate. El calor hacía que la tarea de ascender fuera una odisea mucho mayor, la torre estaba sobre lo que parecía ruinas de un antiguo castillo del que solo quedaban piedras amontonadas untadas de almejas, mejillones y otros tantos crustáceos, sobre los cuales se asoleaban las algas marinas que abandonaron el mar. Ver de cerca esos detalles confería más veracidad a las palabras de Benjamín y de Airan, que afirmaban que esas tierras no deberían estar allí, o que no lo estuvieron antes, y se trataba de un bloque emergido recientemente. Al llegar al santuario que les interesaba, también encontraron crustáceos marinos y algas adheridas a la construcción que el tiempo y las aguas del mar no pudieron destruir como al resto de la fortificación. Desde esa altura, más de cinco metros sobre el nivel del mar, podían apreciar la

superficie completa, sin contar las piedras que emergían como puñaladas sobre la superficie de las aguas, no superaba el kilómetro a la redonda. Del otro lado de la elevación el panorama era idéntico, solo algunas piedras solitarias y luego el camino para llegar a la torre.

—Mirad —señaló Benjamín; con atención, observaba una grieta en la torre tubular de piedra.

—Parece una ventana —indicó Selene.

—Quizá lo fue en su momento —comentó Alan.

—¿No hay puertas? —preguntó Mara.

—Al parecer, este era uno de los lugares más altos de la construcción, es lógico que no tuviera puertas exteriores —aclaró Benjamín.

—¡Entremos! —apuró, entusiasmada, Samanta.

Rody se adelantó para ingresar primero.

—Si encuentro un tesoro, no lo compartiré con ninguno de vosotros —advirtió y se internó en la grieta seguido de Samanta, Alan, Selene y

Benjamín.

—Yo no entraré, soy claustrofóbica —dijo Isabel, descartando su turno y dejando el paso libre a Josué y a Jordi.

—Me quedaré contigo, no quiero toparme con ningún animal desagradable —comentó Mara, arrugando la nariz como si aquello que imaginaba se materializara frente a sus ojos, y se volteó para seguir a Isabel hacia la colina de piedras en la cual Ricardo vagaba sin intenciones de seguir al grupo dentro de la torre.

—Yo entraré —afirmó Moira y se corrió para dar paso a las salientes mujeres que desistían.

Un pie de Moira se posó sobre una roca que cedió ante su peso y resbaló.

—¡Te tengo! —dijo Airan sonriente, aprisionándola con las manos en la cintura evitando que cayera.

Ella le devolvió la sonrisa, era la primera vez

en el día que le dirigía la palabra y se acercaba. Durante toda la mañana estuvo mirándola con el ceño fruncido y evitaba los grupos en los que formaba parte.

—Vamos, démonos prisa o se quedarán con el tesoro escondido —bromeó Airan y la guió hasta la abertura sin soltarle la cintura.

Una vez adentro, una escalera otorgaba a sus curiosos visitantes dos alternativas: dirigirse hacia arriba o hacia una especie de sótano actual, en la antigüedad tuvo que haber sido parte de los niveles inferiores de la torre. Los que primero ingresaron no estaban a la vista.

—¿Hacia dónde? —preguntó Airan pegado a la oreja de Moira.

—Hacia arriba, deben dirigirse hacia la ventana que se veía desde el barco.

Lentamente, y con sumo cuidado, ascendían los escalones de piedra que se sentían fuertes y

seguros bajo los pies, las manos absorbían la textura de la pared apoyándose contra ella y podían sentir bajo sus palmas los crustáceos marinos adheridos. La estructura curva obligaba a la escalera a seguir su fisonomía, con lo que después de pocos pasos perdían la visión de lo que quedaba atrás y tampoco podían ver si había alguien escalones más adelante. La escalera curvada terminaba en una puerta abierta, al ingresar podía verse la ventana avistada desde el barco, pero sus compañeros no estaban en allí.

Moira se acercó a la ventana y divisó un jardín florido junto a una pradera verde que se extendía en la lejanía.

—¡Qué bello es! —exclamó extasiada.

Airan se acercó a la ventana para observar lo que miraba Moira, pero se encontró con el mismo paisaje de ruinas que había visto desde la colina.

—¿Qué te parece tan bello?

—El jardín.

—¿Cuál jardín? —preguntó Airan y le apoyó las manos en los hombros para acercarse más a la ventana y por unas milésimas de segundos, ante el contacto con Moira, pudo ver jardines llenos de flores y caballos blancos galopando por la pradera verde que se extendía hasta el mar, una corriente pasó por sus cuerpos e hizo que Airan se alejara de Moira, y ambos dejaron de ver los jardines, la pradera y los caballos.

—¿Qué fue eso? —preguntó Airan, que volteó a Moira tomándola con las dos manos de los hombros.

—No lo sé —dijo más sorprendida todavía y miró hacia un rincón de la pared—. ¡Mirad esto!

Un alto relieve sobresalía un centímetro de la pared, era la escultura en piedra de un caballo con la ornamenta muy parecida a la que había obsequiado a Airan. Ambos se acercaron a la

figura empotrada y observaron los detalles; curiosamente, la habitación en la que estaban no tenía crustáceos adheridos a las paredes y podían observar con claridad las inscripciones y tallados. La medida del caballo era similar a la del tallado en madera, no más de cincuenta centímetros de alto por aproximadamente cuarenta de largo y sin dudas poseía las mismas inscripciones y en la montura presentaba el mismo diseño.

—Es igual al caballo que me has obsequiado —declaró Airan, atónito por la coincidencia.

—¿Entonces, es cierto que esta isla no tendría que estar en este lugar? —interrogó Moira sin dejar de mirar el relieve, pero atenta a las palabras y expresión sobrecogida de Airan, que no dejaba de demostrar su desconcierto.

Como todos los demás, Moira daba poco crédito a la versión oficial sobre las tierras en las que habían desembarcado, pero esa coincidencia

no pudo ser preparada de antemano y, además, la visión que tuvo de los jardines extendidos hasta donde la vista podía llegar y la verde pradera con caballos blancos galopando que terminaban abruptamente en los acantilados del oeste no podía haber sido creado en su mente por la sugestión inducida de Airan o la de Benjamín. Después de las visiones, Moira comenzaba a apreciar de otra manera la historia de la isla.

Airan extendió la mano para sentir el relieve al mismo momento que lo hizo Moira, y un hilo visible de energía unió sus dedos como un puente azul. Guiados por la extraña fuerza, se apoyaron en la figura y ninguno pudo retirar la mano; una fuerza incompresible las mantuvo adheridas a la pared y ambos pudieron ver la imagen de ellos cabalgando en el corcel blanco, muy alegres y unidos. Se sonreían, y Airan enlazaba amorosamente la cintura de Moira, que apoyaba su espalda

apaciblemente en el ancho pecho del hombre. Josué entró en la habitación, y la imagen y la conexión se acabó.

—Aquí estaban —dijo entusiasmado, y se quedó mirando a los dos, que se voltearon hacia su voz con los ojos desorbitados—. ¿Interrumpo algo? —preguntó al ver cómo Airan enlazaba la cintura de Moira, y ella descansaba la espalda en su pecho.

—No. No. ¡No! —repitió tres veces, cada vez más fuerte, saliendo del embotamiento mental que la experiencia le dejó y se apartó de Airan, que la miraba sin decir nada. Se acomodó una acomodada musculosa blanca debajo de las tiras de la mochila y luego metió las manos en los bolsillos delanteros del corto jean azul.

—Los otros fueron hacia abajo. He venido a buscaros.

—¿Qué hay allá abajo? —preguntó Moira.

—Puro escombros, piedras y algunos pedazos de madera. Pero todos creen que si hay algún tesoro en este lugar, lo encontrarán allá abajo y no aquí —razonó.

—Es sensato —afirmó Airan, sin dejar de mirar a Moira, que empezaba a sentirse incómoda con esos ojos celestes y cristalinos enfocados profundamente en ella—. Iremos para allá, solo dadnos un minuto y os acompañaremos en la búsqueda del tesoro.

—Claro —consintió Josué, reconociendo haber llegado en un momento inoportuno, y desapareció del cuarto, dejando a la pareja a solas.

—Ha ocurrido otra vez.

—Este lugar está embrujado.

—Siento que ya estuve en este sitio, me resulta familiar. Tú me resultas familiar.

—Sé de qué hablas, puede ser esa rara energía lo que nos lleva a sentir de esa manera. Bajemos

con el resto para saber si a ellos les ha ocurrido lo mismo.

—Está bien.

Moira emprendió la marcha hacia las escaleras, y Airan la detuvo para estrecharla en sus brazos y acercar su boca a la de ella. El beso fue suave, agradable. La boca de Moira encajaba a la perfección con la de Airan, que exploraba el relleno y rosado labio inferior. Airan pasó sus manos por debajo de la mochila para apretarla contra sí y que sus generosos senos se posaran sobre su pecho. Un gozo indescriptible nació en ambos después de varios segundos de comenzado el encuentro. Lentamente, la calma inicial que comandaba el beso se fue transformando en desesperación y necesidad. Airan clamaba por apoderarse de la boca de Moira, que no oponía resistencia al asalto, por el contrario, buscaba la forma de pegarse más al ancho cuerpo del hombre

que la estrechaba con fuerza y le devoraba la boca con frenesí. Ninguno de los dos podía controlar la desesperación que asoló a sus cuerpos por fundirse el uno con el otro. Moira tomó la cara de Airan con ambas manos para acariciar su rostro mientras él comenzó a murmurar palabras incomprensibles pero cargadas de sufrimiento y un amor puro. Agitados, jadeantes y enceguecidos de pasión, transformaron el beso suave del inicio en un medio para absorber la dulzura y la esencia del otro y grabarlo en la memoria. Sus lenguas se recorrían, se exploraban, se encontraban y se abrazaban queriendo quedarse así por siempre. Un ruido los sacó del trance, sus bocas se apartaron lentamente, pero siguieron abrazados un poco más. Airan sonreía con ternura y no quería dejar de tocarla. Moira lloraba y no sabía por qué.

—No comprendo lo que sucede en este lugar, pero me agrada —susurró Airan, besándole la

punta de la nariz.

—Sigo afirmando que está embrujado —
decretó Moira, secándose las lágrimas.

Estaban nuevamente frente al relieve, en algún momento descontrolado retrocedieron hasta terminar frente a la figura. De reojo, a Moira le pareció ver una luz que la atravesaba, se apartó un poco del cuerpo de Airan y quedó esperando a que volviera a ocurrir.

—¿Qué has visto ahora? —preguntó Airan, soltándola a regañadientes para volverse hacia lo que observaba con atención.

—Era como una luz, la misma que nos unió anteriormente. Atravesó el relieve y se perdió hacia aquel rincón —contestó, señalando con el dedo índice la dirección donde se había perdido el haz de luz.

Airan miró la figura, luego la ventana y por último la abertura sobre sus cabezas por la falta de

techo para saber si era posible que algún reflejo de afuera lo hubiese iluminado, pero el sol estaba totalmente opuesto a la única ventana que tenía el cuarto de la torre y no se avistaban filtraciones en la húmeda pared.

—¡Ahí está de nuevo!

—¿Estás segura?

—Sí, observad.

Los dos fijaron la vista en el relieve, esperando que volviera a suceder y, efectivamente, ocurrió solo minutos después, un rayo de luz comenzó en la cabeza del corcel y se perdió mucho después de surcar con su brillo toda la extensión de la imagen.

—Venid —dijo Airan, cogiéndole la mano, y tocaron la pared que continuaba cuando el relieve acababa.

Ninguna energía extraña corrió por sus cuerpos, pero tanteando el lugar por donde había pasado el extraño haz, descubrieron unas grabaciones,

parecían viejas y erosionadas letras esculpidas en la pared. Airan pasó los dedeos sobre ellas y barrió con la mano restos de plantas marinas y algunos pequeños sedimentos que dificultaban la visión. Parecen runas vikingas, de esas que hablaba mi abuelo.

—Sí, son runas —afirmó, con seguridad, Moira, acordándose del pedazo de piedra que había tenido que pagar por un tonto descuido que le costó muy caro.

—¿Qué sabes de escritura vikinga?

—Tuve que pagar un alto precio para saber de ellas.

Airan la miró confundido, y Moira largó una pequeña explicación para borrarle el ceño.

—En una casa de antigüedades, sin intención, toqué una horrible piedra que cayó al piso y se rompió. La dependienta me adjudicó la responsabilidad de la rotura, y después de pagar la

fortuna que valía la vieja piedra, me explicó que los garabatos dibujados en ella eran runas vikingas muy viejas. Todo ello ocurrió el día que compré el caballo —aclaró—. Los garabatos son iguales a estos, no le presté demasiada atención, pero estoy casi segura.

—Son símbolos, no garabatos —la corrigió Airan, sonriendo por el mohín encolerizado de Moira que le agradaba más a cada minuto y deseó volver a besar.

—Perdón, símbolos. Olvidaba que estaba hablando con un descendiente de los bárbaros vikingos.

—No eran ni más bárbaros ni más salvajes de lo que lo eran los hombres y mujeres que vivieron por aquellas épocas.

—No quise ofender, pero lo poco que leí sobre ellos fue muy sanguinario —se disculpó sin querer dilatar la discusión.

—Me hubiese gustado comparar estos símbolos con los que sabes fehacientemente que son escrituras vikingas.

—Personalmente, no podría asegurar que son runas verdaderas, sin embargo, amenacé a la dependienta con llevar la piedra a un historiador que pudiera certificar la autenticidad e iniciarle una demanda si me había timado, y a ella pareció no preocuparle el asunto.

—Será que está segura.

—Lo mismo creo yo, igualmente, al regresar las haré certificar. Si la quieres, todavía la tengo en la cartera que está en el yate.

La veta investigativa de Airan salió a relucir es ese instante, le propuso a Moira ir a buscar el modelo para comparar las escrituras y también convocar al historiador certificado. La idea de que Benjamín tomara un papel protagónico en aquella expedición no lo hacía muy feliz, pero una

ansiedad extraña lo movía a querer saber más sobre las escrituras y, además, estaba seguro que después del beso compartido, si Moira tenía alguna intención de liarse con Benjamín, quedó completamente olvidada.

Airan no le soltó la mano en todo el periplo que realizaron para ir en búsqueda de las piedras, comprobaron que la marea seguía bajando y la partida de esa isla estaba cada vez más lejana. Tampoco dejó de tomarle la mano al bajar las escaleras en búsqueda de los demás, que seguían en el nivel inferior de la construcción buscando tesoros perdidos. Moira se dejaba guiar, se sentía a gusto cerca de Airan, era muy extraño, pero quería estar en contacto con el aroma que se desprendía de su cuerpo y con el calor que nacía en la unión de las manos. Buscaba ese contacto, lo necesitaba.

Del grupo de buscadores de tesoros, Benjamín

y Alan abandonaron la exploración subterránea para subir a la torre cuando le informaron del hallazgo y de las piedras que Airan cargaba en la mochila de Moira para hacer una comparación de la escritura.

Alan sacaba fotos del relieve y de las inscripciones desde todos los ángulos mientras Benjamín, con un pedazo de piedra partida, comparaba los símbolos.

—Sí, definitivamente, las inscripciones y símbolos son iguales —afirmó Benjamín—. Alan, tomad fotos en alta resolución para que pueda enviarlas a analizar cuando regresemos a Gijón.

—¿Son runas de los sanguinarios vikingos? ¿Qué hacen aquí? Están muy lejos de las tierras nórdicas —preguntó Moira con verdadera inquietud.

—Es poco lo que sabemos de esta cultura, apenas si se encontraron vestigios de su existencia

—respondió el diplomado.

—Pero lo poco que conocemos nos relata la crueldad de aquellos hombres salvajes. Airan no los cree sanguinarios. ¿Qué opinas tú, Benjamín?

—En este caso, estoy de acuerdo contigo, Moira. Los vikingos dejaron pocas huellas, pero, lamentablemente, llenas de sangre. Se puede deducir que eran extremadamente violentos; sus incursiones, letales, aniquilando pueblos enteros. Hay dos personajes, hermanos o pertenecientes a la misma familia; algunos aseguran que al interpretar con más profundidad los escritos sobre ellos se puede deducir que fueron gemelos, pero se encontraron unos dibujos que algunos presumen que son sus retratos y puede apreciarse que no fueron físicamente iguales. A pesar de la duda sobre el parentesco real, lo que sí se puede saber con seguridad es que fueron los máximos exponentes de la expansión sangrienta del imperio

vikingo. Y eso es todo lo que sabemos de esa cultura. Se cree que esa misma ferocidad que los llevó a la gloria fue consecuencia de la decadencia temprana de la cultura vikinga. El apogeo de los brutales guerreros del norte solo duró doscientos años.

Benjamín hizo silencio y continuó con su cometido, luego volvió al relato anterior.

—Vaeroy, si no recuerdo mal; el apellido de los vikingos era Vaeroy.

—¡Vaya, qué familia! Su madre ha de estar orgullosa... los más despiadados vikingos de la historia —aventuró Moira sobre la información—. ¿Has oído, Airan? —indagó con talante recargado luego del apoyo de Benjamín a sus conocimientos de historia.

—Nada de lo que dicen está comprobado fehacientemente. Son solo suposiciones — defendió Airan a sus supuestos ancestros de una

exposición que ya conocía—. Mirad esto — advirtió, cortando el debate histórico.

El pedazo con forma rectangular encajaba en un faltante de pared y daba la sensación de que las escrituras coincidían. Los cuatro se quedaron sorprendidos ante el hallazgo y por varios minutos solo analizaron la continuidad de los símbolos de la pared a la piedra.

—¿Has dicho que esta piedra se ha partido? ¿Dónde está la otra parte —preguntó Benjamín.

Silbó al comprobar que el segundo pedazo también encajaba a la perfección y, al parecer, eran parte de la pared que tenían enfrente.

—¡Alan, no dejes de sacar fotos! —pidió Benjamín emocionado.

Airan sentía un cosquilleo extraño, suponía que era por el descubrimiento, la emoción que visiblemente embargaba a su amigo era contagiosa, así que parte del cosquilleo se lo

atribuyó a ese motivo y creía que lo más movilizante era la cercanía conseguida con Moira, ella no se apartaba de su lado y permitía que la tocara como nunca antes lo había hecho, y eso le hacía padecer una expectativa que le recordaba a sus épocas de adolescente.

—Ayudadme, por favor —rogó Benjamín a la pareja que observaba su accionar—. Quiero echar un vistazo desde lejos.

Moira se colgó la mochila a los hombros e hizo lo que Benjamín solicitaba. La piedra partida en dos rectángulos casi perfectos fueron sostenidas por Moira y Airan, cada uno tomaba una mitad.

—Deberán apartarse un poco para que pueda ver el cuadro entero —indicó Benjamín.

Moira extendió su brazo derecho, y Airan su brazo izquierdo, y dejaron el centro al descubierto para que Benjamín pudiera observar el cuadro completo. Alan había cambiado la modalidad de la

cámara digital a película para poder grabar el descubrimiento. El rectángulo que formaban las dos mitades de piedras quedaba incrustado en el centro de la escritura completa.

—Los pedazos están muy separados, unidlos un poco más —indicó Benjamín.

Moira bajó su parte y los pedazos se unieron formando a su alrededor un haz de luz de bordes azules con cuerpo blanco e inmediatamente imágenes de una terrible destrucción cegó sus ojos y los de Airan a la realidad que los circundaba, podían ver piedras cayendo al mar y gente desesperada gritando en el castillo como no podían hacerlo sus compañeros.

—¡Kyran! —gritó Moira en un rugido desgarrador, y Airan se acercó para abrazarla.

—Estoy acá. No llores. Todo acabará pronto —dijo Airan, sin dejar de ver la destrucción que se desataba a su alrededor.

Airan soltó la piedra para abrazar a Moira, que seguía sosteniendo una parte contra la pared, o eso era lo que creía, quiso despegarle la mano de la piedra y no pudo.

Benjamín tomó a Airan y lo sacudió, estaba actuando y hablando irracionalmente, y no podía hacer que entrara en razón. Se aferraba a Moira con desesperación y no dejaba que la muchacha se levantara para salir de ese lugar.

El caos comenzó en ese mismo instante, Benjamín y Alan escucharon un estallido y, seguidamente, los gritos de sus compañeros que seguían en la planta baja de las ruinas.

—¡Airan, debemos salir! —gritaba Benjamín, intentado separar a su amigo de la mujer que no dejaba de llorar.

—¡Moirg! —gritó Airan al momento que los hombres unieron sus fuerzas para arrancarlo de los brazos de la mujer.

Una vez separados, Airan se calmó, pero volvió a hablar en una lengua desconocida.

—Llegaré hasta ti, lo prometo —aseveró con tranquilidad, envuelto en un trance que impedía que notara la realidad apremiante. Moira pudo comprender esas palabras, los demás no.

—¡Llévatelo, sacaré a Moira! ¡Qué todos regresen al barco!

Benjamín estaba tan confundido y asustado que le costó reaccionar con rapidez, en el mismo momento que Airan y Moira unieron los trozos de piedra, un terrible estruendo sacudió la isla, y lo que quedaba de la vieja construcción comenzó a desmoronarse al tiempo que se oía el mar ganar terreno sobre la superficie. Benjamín estaba seguro que no disponía de mucho tiempo para salir, extendió las manos para tomar a Moira, pero una desconocida e insólita fuerza le impedía tocarla.

—¡Kyran! ¡No me abandones, Kyran! —era lo único que gritaba Moira y no sacaba la mano de la piedra a pesar del pedido desesperado de Benjamín.

Benjamín oía como subía el agua cada vez más rápido por las escaleras, y su desesperación crecía, el lugar se estaba hundiendo y él tenía que salir de allí y sacar a Moira. Pedazos de piedras caían de la torre que también se desintegraba con el subir de las aguas. No sabía el destino de los demás, oyó algunos gritos, pero no estaba del todo seguro de que hubieran huido a tiempo, la rapidez con la que el agua ganó la isla era desmedida. Temió lo peor e intentó nuevamente desprender a Moira de la pared. El agua estaba ya entrando al cuarto, su única escapatoria era la única ventana que tenía la torre. Benjamín miró hacia las escaleras y vio como se formaba un remolino en el agua que subía, un oscuro y destructor vórtice se

tragaba la torre desde adentro. Tomó a Moira, luchando contra las fuerzas que lo golpeaban para que no la tocara, pero ella no reaccionaba, seguía gritando el extraño nombre en una lengua parecida a la que habló Airan y no intentaba ponerse de pie. El hoyo crecía sin piedad, el agua le golpeaba las piernas con violencia y los arrastraba hacia sus entrañas. Ya no había tiempo, no podían salvarse.

Capítulo V

Los rayos de la luna parecían buscar el verdadero fondo del profundo abismo, no se podía percibir nada claramente a causa de una espesa bruma que lo envolvía todo y sobre la cual estaba suspendido un magnífico arco iris parecido a ese puente estrecho y vacilante que decían que era el único paso entre el Tiempo y la Eternidad.

Edgar Alan Poe

—¡Remen con fuerza! ¡Remen! ¡No paren de remar! ¡Remen! ¡Remen! —ordenaba el hombre encargado de la embarcación, agitado por el esfuerzo para replegar las velas del barco, la situación era desesperante, pero no escapaba

nerviosismo junto con sus palabras.

—¡Nos hundirá! —gritó uno de los marineros, que sí dejaba salir el miedo en sus exclamaciones.

—¡Claro que no! ¡Remen! —volvió a repetir la voz tranquila, pero enérgica. El hombre terminó de trabajar con la pesada vela mayor de lana de la nave y se paró en la proa del barco, que se inclinaba peligrosamente sobre el vórtice del remolino de agua, la pared giratoria estaba a punto de engullirlos en el abismo negro, solo la habilidad física de los tripulantes y la férrea voluntad del *hersir* los mantenía luchando contra aquella fuerza imponente, el mar en ese momento era escenario de una lucha de corrientes marinas que llegaron para estremecer las tierras polares en una contienda que llevaba siglos.

—¡Kyran! —gritó Gunnar con todas sus fuerzas, dudoso de que su voz llegara a los oídos de su *hersir* sobre el bramido del viento que se

confabulaba con el mar para aterrar a los privilegiados seres que presenciaban aquel espectáculo colosal.

El capitán, con sus ojos celestes encendidos y sus sentidos más alertas que nunca, oyó el llamado y se volvió hacia su tripulación; a pesar de la ferocidad del viento, del lamento estremecedor del hoyo que estaba solo a metros, la bruma y el agua que castigaba los cuerpos y enceguecía las miradas, vio a Olaf con el brazo partido que no podía sostener el remo por más tiempo. Apenas se mantenían a flote con la fuerza hercúlea de todos, el *hersir* no podía darse el lujo de perder un remo. Con la velocidad de un rayo, Kyran tomó el lugar de Olaf y comenzó a remar junto con los demás. La embarcación, castigada por las olas que la balanceaba como a una pluma en el viento, se alejó pocos metros de la pared giratoria. Kyran manejaba los remos como si se tratasen de dos

sogas, sin el menor peso, eso facilitaba la tarea de los demás, que hacían menos fuerza para maniobrar mejor la embarcación, sacándola de las garras del peligroso remolino. El estrepitoso ruido de las aguas y el viento enredándose entre sí y chochando contra las rocas salientes de las islas que se enfrentaban asustaban a los navegantes, pero no los abatía, ellos no dejaban de luchar contra la fuerza demoledora del furioso torbellino. El golpe de las olas era tan violento que las aguas terminaban convertidas en sustanciosa espuma blanca; salir del alcance del peligroso remolino indicaba una nueva amenaza: estrellarse contra las rocas de las islas y terminar espumados contra ellas. Nubes negras emergían del espectacular despliegue de fuerza que demostraba el mar en ese lugar, y los rayos coronaban la actuación de los brazos del sol que se filtraban por ellas para incrustar un arco iris como promesa de que el

lugar seguiría existiendo al terminar aquel espectáculo imponente que involucraba al sol, a la luna, al viento, al mar, a la tierra y a ellos mismos.

En vista de la titánica furia de Thor, demostrada con la descomunal tempestad, la embarcación de Kyran no tenía salvación, quisieron involucrarse en aquella batalla de corrientes marinas que luchaban para imponerse en el lugar y quedaron en medio de algo gigantesco del que era casi imposible escapar. Su tío, el mejor navegante de las tierras del norte, le había advertido innumerable veces sobre el Moskentraumen del Oráculo, y él siempre desestimó el poder destructor de aquellas aguas furiosas; en ese momento tan inoportuno descubría su error.

Las manos de Kyran se detuvieron para admirar aquello que ocurría a su alrededor y, al mismo instante, un rugido atronador acompañado de una ola gigantesca como si la hubiese golpeado el

mismo Mjølfnir, el martillo de Thor, salió del centro del abismo y los arrojó con su fuerza muy lejos del vórtice del torbellino. Después de eso, las aguas comenzaron a calmarse, la bruma desapareció con rapidez empujada por el viento, que también dejó el lugar, llevándose a las nubes y al arco iris. El sol iluminó con fuerza, opacando a la luna que había ganado su espacio por pocos minutos mientras la guerra de corrientes abría el túnel del tiempo, como lo llamaba su padre, no porque creyera que ese lugar trasladaría a algún humano a otra época, sino porque quien caía en él se convertía en parte de los relatos que se transmitían de padres a hijos en las largas noches de invierno, y eso hacía perdurar el nombre del desgraciado que se había desintegrado como las migajas del pan en las mañanas. Su padre era un escéptico; algunos afirmaban que el túnel lo abría Thor para ayudar a las almas perdidas que

vagaban arrepentidas y sin consuelo por la eternidad, y para ello debía luchar contra Hel, dios del submundo donde estaban las Nornas, las ancianas que tejían los hilos de la vida. Thor debía rescatar el alma y cambiar los hilos. No siempre ganaba Thor en esa batalla apocalíptica. A pesar que los hombres del norte eran, mayoritariamente, supersticiosos y crédulos de las hazañas del dios guerrero, Kyran era tan escéptico como su padre; para él, aquella tempestad no era más que otras de las tantas que Thor ponía en su camino para probar la fortaleza de los hombres.

—Parece que ha terminado —dijo Gunnar, masajeándose el brazo derecho después del esfuerzo realizado.

—Odín nos quiere vivos para la próxima batalla. Thor sabrá que somos los mejores navegantes de sus mares —alardeó Asgueir, riendo de lo ocurrido.

—No tienes al poder de Thor, Asgueir —alertó Gardar, el más fervoroso aficionado a las leyendas de los dioses y el narrador de esas odiseas en los largos viajes por el mar y en las noches frías y oscuras del crudo invierno—. Podría volver a intentarlo, todavía estamos en medio del Oráculo.

El sitio por el que navegaban era considerado por los hombres de Lochlann como un oráculo en el cual podían comunicarse con los dioses, se trataba de un grupo de islotes rocosos que formaban un círculo perfecto, en un lugar muy solitario y frío, mucho más al norte de las tierras que habitaba el último clan de las Lochlann.

Los demás navegantes, hasta el momento, serios y asustados, todavía pensando que lograron escapar por muy poco, asintieron con la cabeza a las palabras de Gardar y luego comenzaron a reír. Las carcajadas servían como canal aliviador de la tensión acumulada en sus hombros. Riendo,

miraban los copos de espuma que levantaban vuelo y abandonaban las rocas que alfombraron de blanco, y sus carcajadas sonaban cada vez más fuerte.

—Creí que terminaría como espuma roja —dijo Finn, un joven pelirrojo que por primera vez salía a cazar con Kyran, y provocó que los demás hombres se limpiaran las lágrimas que saltaban a causa de las carcajadas.

—Sospecho que Gunnar ensució sus pieles —se burló Asgueir.

Gunnar era otro de los jóvenes cazadores que acompañaba al *hersir* Kyran, el cazador y nuevo jefe de guerreros.

—No debo ser el único —replicó Gunnar, sin desmentir el comentario de Asgueir.

—Salgamos de este lugar macabro antes que empiece otra vez —ordenó el *hersir* Kyran, tomando otra vez su puesto en la proa del barco—.

Olaf, debes aguantar hasta llegar a la isla —dijo al hombre con el brazo partido sentado en un rincón de la embarcación.

—No se preocupen por mí, no ha sido más que un rasguño —replicó, tratando de colocar las dos partes del hueso de su propio brazo dentro de la piel rasgada.

Los diez tripulantes de la embarcación angosta y liviana tomaron sus puestos junto a los remos y guiados por Kyran, lanzaron la nave nuevamente hacia las aguas del mar para seguir el camino hasta las islas de las morsas. Faltaban tres días de peligroso viaje para llegar hasta el lugar donde se encontraba una importante colonia de gigantes animales que proveería un nutritivo alimento a todo el clan en los duros, fríos y cortos días de invierno. El viaje de caza duraba un mes y solo podía realizarse el último mes del otoño para aprovechar las primeras nevadas abundantes que

ayudarían a conservar la carne hasta llegar a casa, las aguas de mar todavía no estaban congeladas, y el sol prestaba su luz por pocas horas antes de su letargo invernal.

—¿Qué es eso que se ve en aquella playa? — indagó Asgueir, mirando hacia un costado de la embarcación.

—Parece una persona —dijo Gunnar, dejando de remar por un segundo para mirar mejor la figura tendida en la playa.

—No puede ser una persona, Gunnar — desestimó Finn—. Nadie habita estas tierras y no hemos visto ninguna embarcación cerca.

—Thor ganó la batalla esta vez —afirmó Gardar, todos los tripulantes de la nave se voltearon para mirar al hombre que puso sonido a los pensamientos que todos tenían al ver la figura tendida en la diminuta playa de una isla rocosa.

—¡Es un hombre de carne y hueso, no es ningún

alma flotante! —aseveró Kyran—. ¡Hay que virar!
—gritó a sus tripulantes, espabilándolos del comentario de Gardar.

—¿Y de dónde ha salido? —preguntó Olaf, que se levantó de su sitio para observar de lo que hablaban.

—Se habrá arrojado de alguna embarcación que se tragó el hoyo que abrió el oráculo —conjeturó Steinn, el más viejo de la tripulación y el más crédulo de las leyendas, pero en vista de que lo que tenían frente a ellos era un cuerpo, no un alma, no podía menos que apoyar a su *hersir*.

—Estamos perdiendo un tiempo valioso para marcharnos —se quejó Asgueir, preocupado de que el fenómeno marino volviera a producirse—. Si es un hombre que se arrojó desde alguna embarcación, estará muerto —afirmó, intentando convencer a sus compañeros de dar marcha atrás y alejarse.

—No seas cobarde, Asgueir —lo amonestó Kyran—. ¡Remen! —ordenó, encausando la nave en dirección al extraño tendido en la playa.

En pocos minutos, se acercaron hasta el punto en el que se encontraba un cuerpo casi desnudo; a poca distancia podían distinguir que se trataba de una mujer que, en apariencias, confirmaba las palabras de Asgueir. La embarcación de poco calado permitía un desembarco muy próximo a la playa, Kyran salió caminado del agua y llegó hasta la mujer. No presentaba golpes ni lesiones sangrantes, estaba congelada, pero al colocarle la mano frente a la nariz, Kyran sintió un tenue aliento tibio de su boca entreabierta.

—¡Está viva! —gritó a sus hombres, que ya planeaban utilizar el cuerpo como cebo para facilitar el acercamiento a las morsas, impidiendo que el desvío momentáneo quedara sin provecho.

Kyran la volteó para separar su cara de la fría

arena de la playa y que lograra respirar con mayor facilidad. Le corrió los cabellos de la cara y su asombro quedó reflejado en una pétrea mirada fija en la mujer. Steinn llegó hasta él, y su semblante se asemejó mucho al de su *hersir* cuando vio a la mujer que descubría.

—¿Qué hace ella en este lugar?

—¿Cómo voy a saberlo? Hace meses que no pisamos nuestras tierras.

—No la llevaremos a la caza, ¿verdad?

—¿Pretendes dejar a la mujer que mi hermano quiere por esposa en este lugar para que muera? Te dije que no era un alma.

—Las almas se las lleva Thor hacia el Valhalla, no las deja en la tierra —proclamó Gardar, que desembarcó con ellos para observar de cerca a la mujer que apenas tenía una diminuta piel cubriéndole los pechos, pero no estaba convencido de sus propias palabras.

—¡No podemos llevarla!

—¡No podemos dejarla! No sobrevivirá hasta que regresemos por ella.

—No sobrevivirá aun si la llevamos con nosotros.

—Nuestras mujeres son fuertes, Steinn, todas las mujeres de las tierras del norte lo son, aunque pertenezcan al clan enemigo. Tú sabes eso, eres el más viejo de mis hombres.

—¡Está desnuda! —objetó, entonces, el único hombre que se atrevería a contradecir las palabras del *hersir* Kyran.

—La corriente seguramente le arrancó la túnica y sus pieles. Volvamos al barco, debemos marcharnos.

Con el nuevo tripulante en los brazos, Kyran retornó a la nave seguido de Steinn, que no paraba de poner mala cara en aquel asunto, y de Gardar, que parecía hechizado por la presencia femenina y

no le sacaba los ojos de encima, la habría tocado si el *hersir* lo hubiera permitido. La mujer que traía de las narices a Harek, hermano de Kyran, y a la cual había jurado poseer a cualquier precio, aparecía en esas lejanas y frías tierras. Kyran solo podía pensar que su hermano pasó por el lugar y abandonó a su suerte a la mujer para que la muerte la encontrara lejos de sus tierras después de saciar su lujuria innumerables veces. A simple vista, la mujer no presentaba rastros de golpes, los que no faltarían si Harek la había violado, y eso le daba esperanzas. Hasta donde él sabía, Harek deseaba a Moirg Narvjk con toda la fuerza de su lujuria y varias veces, excedido de hidromiel, alardeó ante los hombres que no iba esperar al matrimonio para poseerla; ese comportamiento huérfano de sentido común fue el motivo del alejamiento de Kyran de las tierras de Hordaland mucho antes del período de caza, después de asistir junto a su clan al *thing*

de los hombres de Lochlann, en tierras de Halogaland, hogar del *konungr* Sigurd Ingunn.

Moirg era la hija mayor del jefe del clan Narvjk de las tierras de Rogaland, grupo que se enfrentaba con el clan Vaeroy de Hordaland por el tráfico comercial en las aguas que comunicaban con las tierras grandes del sur. Para terminar con los conflictos bélicos que databan desde hacía más de un siglo entre ambos clanes, el *konungr* Sigurd Ingunn de Halogaland, rey que pretendía la unión de los treinta clanes noruegos, decidió, en la última cofradía noruega, la unión de los dos únicos pueblos que retrasaban esa coalición por medio de un matrimonio que enlazara a las familias. Según el mandato real, la hija mayor del *hould* Einarr Narvjk de Rogaland debía desposarse con el hijo primogénito del *hould* Hanok Vareoy de Hordaland, ese era Kyran.

Los recuerdos de esa última reunión se

agolparon en la cabeza de Kyran mientras dejaba a la mujer en un lecho de pieles en la bodega del navío. El padre de la mujer aceptó, no de buena gana, el mandato real, pero él rechazó el matrimonio alegando que su nueva condición de *hersir* de guerreros de su clan no le dejaría tiempo para complacer a una esposa y mucho menos engendrar con rapidez el heredero que uniera realmente las sangres de los clanes, también expuso que a pesar de ser el primogénito nunca sería *hould* del clan, honor que dejaría a su hermano Harek.

Einnar Narvjk no estuvo de acuerdo; para él, Harek Vaeroy era un joven idiota, y el tiempo no podría concederle la virtud que le faltaba desde la cuna para estar al frente de un clan. Fue la oportunidad del jefe del clan Narvjk para rechazar a un Vaeroy, destacando que su hija primogénita solo contraería matrimonio con un par. A Harek

podía ofrecerle una hija menor y de todas maneras llevar a cabo la unión de las familias.

Harek no tomó ese rechazo de buena manera, empezaron las recriminaciones y en pocos minutos la lista de acusaciones de un clan contra otro se hizo interminable, sacando a luz viejas disputas que tomaban fuerza a medida que el hidromiel se iba agotando de los barriles.

El último *thing* noruego no terminó bien; a las reclamaciones subidas de tono siguió una batalla colosal entre clanes que formaban colisiones en un momento, y en el otro levantaban sus armas contra sus aliados. Fue la última vez que los dos clanes estuvieron reunidos e intentaron un pacto de paz que terminó con el regreso a casa llevando a algunos muertos, a varios heridos y la promesa de continuar la batalla en la siguiente oportunidad que estuvieran cerca.

Pese a todo, la orden real seguía en pie. La

unión por matrimonio debía producirse antes que comenzara la siguiente primavera, bajo apercibimiento de sitiar las tierras de ambos clanes con la fuerza de los clanes unidos para intervenir y desterrar el poder del *hould* que pusiera cualquier impedimento para que no se cumpliera. Ante las amenazas recíprocas de ataques, el *konungr* Sigurd Ingunn, contando con el apoyo de veintiocho líderes, dispuso que el clan que atacara al clan vecino en ese tiempo no sería sancionado con el destierro del *hould*, sería totalmente aniquilado.

Una vez en Hordaland, los hombres del clan comenzaron sus propias *things*, que se extendían durante días en la fortaleza Vaeroy para recibir las órdenes del *hould*. La época de la preparación de la tierra y el sembrado había concluido, el verano se aproximaba y era momento de planear los viajes comerciales que incluían las incursiones a

pequeños poblados, sobre todo si eran adeptos a la iglesia de Roma para saquear sus reliquias, que se vendían a buen precio en los pueblos mediterráneos, y luego el tiempo de caza antes de comenzar el invierno; además, ese año, debían decidir qué harían con el edicto real, tenían al *konungr* Sigurd Ingunn y a veintiocho clanes pendiendo sobre sus cabezas, presionando para firmar un acuerdo de paz con los Narvjk.

Hanok Vaeroy debía convencer a Harek para que aceptara a Halldora, la segunda hija del *hould* o, lo que era más difícil, imponer a su hijo mayor que aceptara el casamiento con Moirg Narvjk y que dejara de lado sus tercas decisiones de ceder el liderazgo del clan a su hermano menor y nunca unirse a una mujer. Hanok comprendió el primer día de asamblea el motivo por el cual su hijo había tomado tales decisiones, pero no las compartía en absoluto.

Antes de comenzar una reunión en la casa del señor del clan, todas las mujeres de la familia eran enviadas a otros hogares. La asamblea duraba por lo menos una semana, y los hombres perdían el control luego de los largos días de reuniones donde se debatía poco y se bebía en exceso, lo que se transformaba en detonador de todo tipo de abusos con cualquier mujer que hubiera en el lugar, por ello se traían muchas esclavas, siervas y prostitutas para esas ocasiones.

El primer día de asamblea, Hanok Vaeroy, sentado a la cabecera de una ronda de hombres, en el salón principal de la fortaleza, franqueados por sus hijos Kyran y Harek, dispuso con palabras efusivas y gestos vehementes que empezaba en Hordaland la era de la reconstrucción; en un futuro cercano no irían a la guerra contra sus vecinos Narvjk, validarían el mandato real y lo cumplirían. Pasaron varios decenios para que un *hould* de

Hordaland estimulara a sus hombres a que se quedaran en el clan para restablecer y agrandar sus granjas olvidadas y por eso arruinadas. Los continuos años de lucha contra los Narvjk y el ocuparse solo de navegar esperando el avistaje de naves enemigas los llevó todos los veranos pasados, única estación del año con tiempo generoso, comida abundante y frondosos recursos para construir fuertes y protegidos hogares, pero nada de eso se hacía en Hordaland en post de la guerra, que en ocasiones eran simples escaramuzas de una o dos naves solitarias, y otras, batallas sangrientas con excesivas y valiosas pérdidas, que se multiplicaban al llegar el invierno a consecuencia de chozas destartaladas y sin protección contra el recio invierno que se llevaba a los más vulnerables del clan: los niños, los ancianos y los heridos en batalla.

Algunos de los soldados y miembros libres que

presenciaban la reunión del clan se opusieron con fervor a las nuevas directivas del *hould* Hanok Vaeroy, alzaron su voz más allá de lo recomendable para dirigirse a un soberano, pero el *hersir* de los guerreros, Kyran Vaeroy, se levantó para acallar los clamores de oposición. Con ese sencillo acto, en silencio, su padre reconoció con júbilo que su plegaria fue escuchada y concedida por el supremo Odín. Gracias a todas sus ofrendas, Kyran fue elegido y tocado con su lanza *Gungnir*, para que Thor guiara sus pasos en esa nueva era; la próxima vez que se enfrentaran a los Narvjk vencerían. Estaba seguro que sería así, pero no ocurriría ese verano.

Los hombres Vaeroy estaban acostumbrados a la guerra y sin ella se sentían desorientados. El hombre que más se oponía a mantener la paz era Harek Vaeroy, que encontraba apoyo en el antiguo *hersir* de guerreros, que estuvo al frente del

ejército Vaeroy los últimos años de mandato de su abuelo antes que su padre ocupara ese lugar de privilegio. Contar con ese valioso apoyo le garantizaba a Harek poder disponer también de los hombres que estuvieron bajo sus directivas los años precedentes, los viejos lobos de mar seguirían las órdenes del depuesto *hersir* sin dudar. A simple vista, podía observarse que el motivo de Harek para reiniciar las luchas con sus vecinos no tenía nada que ver con las antiguas disputas de territorios ni rutas comerciales, la motivación de Harek era subsanar su ego herido a causa del rechazo público del *hould* Einarr Narvjk como esposo de su primogénita.

La hija del jefe del clan enemigo era una mujer hermosa, delicada y claramente distinta a todas las mujeres que Harek conocía. No supo por qué lo hizo y tampoco le importaba, pero cuando su hermano mayor rechazó la mano para aceptar el

ofrecimiento, su cuerpo se convulsionó de excitación al saber que esa mujer sería suya. Harek sabía que su hermano se tomaba con mucha responsabilidad el nuevo cargo de *hersir* del ejército Vaeroy, pero hasta ese día ignoraba que había renunciado a tener una familia y, lo que era más importante, delegado en él la sucesión del título a la muerte de su padre. Ese día, mientras luchaba contra los Narvjk, se juró a sí mismo que se quedaría con la mujer a cualquier precio. Estaba dispuesto a utilizar todas las tretas con tal de conseguir a Moirg Narvjk; si era necesario secuestrarla, lo haría, pero necesitaba la ayuda de su hermano para llevar a cabo esa incursión a las tierras de Rogaland, y la decisión de su padre de proclamar la veda a las batallas contrastaba con sus intereses.

La entusiasta idea con la que Harek pretendió convencer a Kyran de desobedecer las órdenes de

su padre consistía en una incursión sorpresiva y rápida, sin escudos ni estandartes que los identificaran, el rapto de la mujer y la promesa de que no habría saqueos, violaciones ni incendios en la aldea, solo matarían a los que opusieran resistencia y saldrían de las tierras de Rogaland tan rápidamente como llegaron. Ningún Narvjk esperaba un asalto a tan pocos días de la última *thing*, hecho que otorgaba la seguridad de no sufrir bajas entre sus hombres. La más descarada justificación para llevar a cabo sus planes, fundamentaba en que solo estarían cumpliendo con el mandato del rey, no sería en calma y amigablemente como lo ordenó, pero el monarca no podría negar que su vasallo cumplía la orden real.

Harek solo se encontró con la reprimenda de su hermano mayor, que lo obligaba a que siguiera con las imposiciones dictaminadas por el *hould* del

clan. Desde entonces, Kyran sabía que lo único que le quedaba a Harek para llevar a cabo la venganza, que consideraba ineludible y obligatoria para salvar su orgullo, era buscar el apoyo en los soldados que sirvieron a su abuelo y odiaban con fervor a los Narvjk.

Dada la nueva situación, Harek sabía que su única alternativa era ganarse el consenso del antiguo *hersir* Styrmir, al que todavía le dolía la destitución a sus funciones, pese que su padre, al hacerlo, no lo vedó del todo del mando de los hombres, sino que lo excluyó a jefe de seguridad de la fortaleza. Harek utilizaría el resentimiento que sacaba a la luz Styrmir cada vez que el hidromiel se apoderaba de sus sentidos. De una forma o de otra conseguiría a la mujer y consumaría el matrimonio ordenado por el *konungr* Sigurd Ingunn, y cuando fuera el momento de tomar las riendas del clan, lo primero que haría

sería aplastar al clan Narvjk de una vez y para siempre.

Kyran miraba disgustado como su hermano hacía reuniones secretas con Stymir. Su sangre se agitaba al verlos, sabía que estaban tramando algo que iba en contra de las órdenes de su padre. Desde que Harek conoció a la mujer que el *hould* Narvjk le negó como esposa, su actitud había cambiado. Cansado y fastidiado con la actitud de su hermano, lo enfrentó.

—¿Qué tramas, Harek? —preguntó, llegando de imprevisto a una de sus reuniones.

Harek estaba notablemente borracho y se balanceaba meciendo una jarra de hidromiel que se volcaba hacia un lado y hacia el otro. Sin importarle que el contenido mojara el pecho de quien habló a sus espaldas, se giró para enfrentar al *hersir* Vaeroy y a su evidente furia.

—¡Tú eres tan cobarde como mi padre! —dijo

igualando su ira.

—Ten cuidado con lo que dices, Harek, te perdono porque estás perdido de hidromiel, pero nuestro padre no será tan amable —le advirtió Kyran, intentando mantener la calma. Si dejaba fluir su furia, Harek podría acabar muy mal y en su estado no sabría qué habría ocurrido ni por qué al despertar del siguiente día—. Lárguense —ordenó a los soldados—. Hermano, si no te tranquilizas, obligarás a nuestro padre a tomar medidas para que ninguno de los soldados te obedezca.

—¿O será que tú influirás sobre él porque estás resentido de que la mayor parte de los soldados prefiera mi decisión de seguir la guerra contra los desgraciados Narvjk?

—No tienes injerencias en las decisiones, hermano. Tendrás que esperar a que nuestro padre deje de ser el jefe de Hordaland para poder tenerlas, y espero que en todo ese tiempo que falta

madures lo suficiente para entender que un asunto de faldas no tiene nada que ver con el pueblo.

—Esos desgraciados nos han robado, atacado y secuestrado mujeres desde el principio de los tiempos.

—Nosotros a ellos también, es hora de poner fin a esta guerra.

—No soportaré que un sucio Narvjk diga que no soy digno de merecer a su hija.

—No es eso lo que ocurrió en el *thing* del *konungr* de Halogaland. ¿Acaso estabas tan borracho que no lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo. Me despreció por ser un segundón, al igual que todos los *hould* que estaban en la asamblea. Tú y mi padre nada hicieron para defender mi honor.

—Declaré públicamente que nunca asumiré como *hould* del clan Vaeroy, que ese honor será tuyo. Siempre seré el *hersir* de los guerreros

Vaeroy, esa es mi misión. Sirviendo a mi padre o a ti. Harek, debes pedirle sabiduría a Odín para guiar sabiamente a tu clan el día que llegue esa responsabilidad hasta ti, solo después de eso podrás defender ese honor del que hablas.

—No impediste que me humillara con el rechazo.

—Reconozco que la joven es hermosa, pero al menos debes permitirte conocer a la otra hija de Einarr Narvjk, quizá tenga más belleza que su hermana mayor —inquirió Kyran, totalmente en calma, no le gustaba estar de malas con su hermano, todavía era muy joven e imprudente. Necesitaba del buen consejo de su padre y del propio para llegar a ser un buen *hould* en el futuro.

—Dicen que la otra hija de Einarr es igual a él. ¿Sabes lo que eso significa?

—Que tiene los ojos muy celestes —conjeturó Kyran sonriendo.

—No estoy bromeando, Kyran, y estoy dispuesto a raptar a Moirg y traerla aquí para celebrar el matrimonio, aunque no creo poder esperar tanto para consumar nuestra unión.

—Padre no permitirá que uses a los guerreros para llevar a cabo esa campaña.

—¿Y tú?

—Obedezco las órdenes de mi *hould*.

—¡Sois unos cobardes, los dos! —volvió a repetir Harek, trastabillando hacia atrás, y Kyran lo tomó de la solapa del chaleco de cuero que tenía sobre una túnica larga y lo acercó pegando sus narices.

—Te he advertido que no lo repitieras. Pasarás el resto de la primavera trabajando en el Nokar —dijo, recobrando la furia que intentaba disipar, y lo empujó.

Harek no pudo dominar su cuerpo y cayó de espaldas al césped, volcando sobre sí el resto de

bebida que quedaba en el jarro de madera.

—Esto no quedará así, hermano —balbuceó mientras se levantaba a duras penas, enredándose en sus propias ropas. La larga túnica se había metido entre sus piernas, con un pie aprisionó una punta de la tela e hizo que volviera a caer.

—No, claro que no —asintió Kyran—. Te embarcarás en el Nokar y no regresarás hasta principios de primavera —dijo y lo levantó del piso con una sola mano.

—¿Acaso te has arrepentido de rechazar a Moirg después de mirarla bien y la quieres para ti?

—Estás muy ebrio, hermano, mejor ve a dormir antes que te confine unas semanas en el pozo de los esclavos rebeldes antes de embarcar.

—No estoy ebrio —negó Harek, enarbolando su cuerpo como si se tratase de un mástil—. Verás cómo convenceré a nuestro padre de hacer lo que

quiero y evitaré que me envíes lejos. Moirg será mía por las buenas o por las malas.

Los ojos verdes de Kyran brillaron de un celeste intenso repentinamente, y a Harek hasta le pareció que su hermano se elevaba unos centímetros sobre su cabeza cuando se paró a su lado.

—Harek, no habrá guerra este verano, lo entenderás por las buenas o por las malas — parafraseó Kyran, que no podía evitar tener esos episodios violentos cada vez con más frecuencia. Su sangre bullía a la más pequeña provocación, y sentía la necesidad de aplastar aquello que lo irritaba; estaba aprendiendo a controlar su mente, pero todavía era responsable de episodios que después no recordaba.

Kyran dejó ir a Harek, no quería que notara el cambio en sus ojos y se tomó varios minutos para volver a la calma, se arrancó el chaleco de piel

que le apretaba el pecho y salió rumbo a la laguna que estaba detrás de la fortaleza, residencia de toda su familia. Al regresar, discutiría con su padre la posibilidad de enviar a Harek en el Nokar, barco que trasladaba el cobre que los esclavos extraían de las minas del este. Cuanto más lejos estuviera Harek de los problemas, más tranquilos estaría el clan, y tal vez podrían organizar una nueva asamblea para tratar de conciliar el matrimonio de Harek con la hija del *hould* de Rogaland y cumplir con el mandato del rey antes de la primavera. Sin Harek presionando obsesivamente, hasta era posible llegar a un acuerdo con Einnar Narvjk, convenciéndolo de aceptar a su hija primogénita como esposa del futuro líder Vaeroy, pagando una buena dote por ella. La decisión con respecto a su propio futuro era inalterable.

Moigr causó un gran impacto en los hombres de

la *thing*, y él, por supuesto, no era la excepción. Todos los hombres que la conocieron hablaban de la belleza de la joven de ojos celestes como el cielo, pero había creído que se trataba de exageraciones propias de los relatos de invierno. No era así, la muchacha era más bella que cualquier descripción afanada que pudiera haberle hecho el mejor de los narradores de historias. No era tan alta como la mayoría de las mujeres vikingas, ni tan robusta como ellas, ni parecía tan fuerte, sin embargo, había fuerza en su mirada, firmeza en sus pasos y altanería en sus gestos. Su piel parecía porcelana clara, y su figura representaba con perfección a las valquirias de Odín. Definitivamente, el favor de Odín jugó en su contra en aquella ocasión.

El conflicto no se calmó en los días posteriores, Harek estaba decidido a raptar a la hija del *hould* Narvjk y cada día convencía un

poco más a su padre, después de todo, Hanok Vaeroy había conseguido de la misma manera a dos de sus tres esposas.

Kyran batallaba a diario contra las absurdas peticiones de Harek, su padre se inclinaba lentamente hacia ellas. Decidido a no tomar parte en aquella situación que declarararía una guerra que no podían ganar, el *hersir* Vaeroy se embarcó con sus hombres hacia el sur antes de tiempo, para intentar evitar la confrontación y que el tiempo metiera cordura en la cabeza de los hombres que dirigían a su clan. Su padre no se atrevería a consentir una incursión a las tierras de Rogaland si él no estaba al frente. Confiaba que el *hould* compensaría con sentido común la juventud e impulsividad de su joven hermano que, a los veintitrés años, todavía no contemplaba las consecuencias que podía tener para el pueblo actuar sin tener en cuenta las réplicas de sus actos.

El viaje a las tierras del sur demandó más tiempo del planeado. El intercambio de pieles, marfil, buenas lanzas guerreras, espadas y flechas que fabricaban los herreros del clan, le valieron un buen cargamento de telas, copas, semillas, especias y algunos buenos caballos entre otros productos menos importantes que daban el toque de distinción a la familia noble del clan, pero retrasaba el viaje en demasía. Con el tiempo ajustado por la demora en el viaje de regreso, Kyran envió dos embarcaciones con parte de sus soldados custodiando el cargamento hacia Hordaland, y él, con una pequeña tripulación de solo diez hombres, siguieron el rumbo al norte, a las tierras de las morsas. Quería una caza temprana de jóvenes ejemplares nacidos en la última primavera para aprovechar su carne tierna y sus suaves pieles, y dejar el margen de tiempo necesario para realizar una segunda expedición de

caza y conseguir el marfil de los animales adultos antes de terminar el otoño. Camino a la primera cacería estaban cuando los arrastró una corriente hacia el oráculo y, curiosos por saber qué estaba pasando en el lugar, dejaron que la caprichosa marejada los guiara. Después de enfrentarse al episodio marino más impactante de sus vidas, en una de sus islas encontraron a la mujer.

Kyran olvidó la caza de las morsas jóvenes, lo único que tenía en mente era la mujer frente a él, no estaba muerta, pero todo hacía suponer que pronto lo estaría, no emitía una sola señal de conciencia, dolor o frío.

—No sobrevivirá —aseguró Olaf, acercándose a la muchacha e inspeccionándola antes de emitir su juicio.

—¿Qué habrá hecho Harek? —interrogó Asgueir, coincidiendo con los pensamientos de Kyran.

—Tenemos que regresar a Hordaland, no podemos seguir al norte —dijo Kyran, comenzando a temer por lo que podría encontrar al llegar.

—Algunos de los hombres que regresaron ya podrían habernos alcanzado si ocurrió algo grave en la aldea —estimó Gunnar, pensando en el grupo de hombres que desde hacía una semana debería estar en el clan.

—Quizá fueron apresados o asesinados por los hombres del clan Narvjk —intervino el joven Finn.

—No —negó Kyran—. Si Harek logró raptar a la hija del *hould* Narvjk, harán lo mismo con las mujeres Vaeroy, no entrarán en una guerra abierta con la amenaza del rey pesando sobre los clanes. —Lo que más preocupaba a Kyran eran sus hermanas, Arnleif y Dalla, de trece y catorce años, ellas sufrirían las mismas vivencias que la hija de

Einmar Narvjk.

—Si regresamos, no tendremos tiempo de llegar a las tierras de las morsas por el marfil —adujo Steinn.

—Volveremos con más hombres, más naves y llevaremos la misma carga de una sola vez. Regresaremos a Hordaland. ¡Ahora! —ordenó Kyran.

La mujer se movió en un tenue temblor, y rápidamente el *hersir* se sacó el chaleco de piel y la envolvió con su calor todavía apesado en la gruesa prenda, la mujer suspiró complacida al sentir el tibio abrigo; después de unos minutos, abrió los ojos.

—¿Airan? —preguntó al mirarlo, estirando los brazos pidiendo su protección. Antes de que Kyran reaccionara, volvió a cerrar los ojos.

Capítulo VI

Moira escuchaba el grito de los hombres y los guturales sonidos producto del esfuerzo. Se sentía caliente y protegida dentro del nido de pieles que formaron sobre su cuerpo. La voz de Airan dando órdenes la tranquilizaba, las mantas de pieles que la tapaban por completo tenían el aroma conocido del cuerpo de Airan. No sabía qué había ocurrido, lo último que confusamente recordaba era el agua subiendo por las escaleras de la torre y a Benjamín gritándole para sacarla de ese lugar, pero se encontraba atrapada contra la pared. Quería sacar las manos del hueco, soltar las piedras y tomarse de Benjamín, pero no pudo. Luego, todo fue nebuloso, el agua sacudía su cuerpo haciéndola girar de un lado a otro, el zumbido feroz del viento ayudando a las olas en la

destrucción; todo se mezclaba y se fundía en ese caos de agua, viento, rugidos, poder y estrago. En un momento, abrió los ojos ante la inmensidad de lo que ocurría a su alrededor y pudo ver una luz al final del abismo que se abría como una garganta voraz y vertiginosa, pero no había más recuerdos de lo ocurrido hasta que despertó junto a Airan. De alguna forma, lograron rescatarla de la fatalidad que pensaba inevitable. Le dolía el cuerpo, le pesaban los ojos, su cerebro seguía girando dentro de su cabeza y, de a ratos, sentía una profunda punzada de dolor que nacía en la sien y luego se extendía por toda la columna vertebral.

Tiempo después de lidiar con los mareos y la confusión general, intentó salir de su refugio caliente para hablar con Airan y saber el estado de sus compañeros, pero las fuerzas no regresaban a su cuerpo, y el dolor no paraba de apuñalarle la sien alocadamente, así que no volvió a intentarlo.

Se quedó bajo los cobertores en silencio, escuchando el movimiento de los hombres en la cubierta del barco, ninguna de las voces era conocida, solo la de Airan. Hablaba en una lengua que no comprendía, no era un idioma que pudiera reconocer. Una nueva oleada de angustia le provocó estremecimientos en el cuerpo, que fueron recibidos por las puntadas en la cabeza; imaginó entonces que el bello yate de Airan había naufragado y fueron rescatados por otra embarcación que llegó en su auxilio, motivo por el cual desconocía las voces y el idioma. Quizá sus compañeros estaban en su misma situación. Saber que Airan se encontraba bien y estaba en condiciones de ponerse al frente del grupo para trabajar con la tripulación de ese barco hacía que el dolor fuera más suave.

Dolorida de permanecer en una posición, se movió para descansar su cuerpo sobre el otro

costado y algo se le clavó en la espalda; tanteó con las manos y se encontró con las piedras que reconoció al instante. No quiso imaginar cómo terminaron junto a ella en ese lecho. Pensó en Airan y justo en ese momento volvió a escuchar su voz que ordenaba a los hombres el regreso a casa; en esa ocasión lo reconoció claramente y pudo entender sus palabras. Moira se relajó, pronto estarían en Gijón, sus fuerzas regresarían y confiaba que todos los tripulantes del *Catalina's* hubieran sobrevivido al extraño comportamiento de la naturaleza. Con la calma renovada, se quedó dormida.

—¿Vivirá?

—Al menos hasta que llegue a Harek. Ha reaccionado, ahora duerme —respondió Asgueir a Finn, observando a la muchacha bajo las pieles.

—Harek no sabrá que nosotros la tenemos —

ordenó una voz potente y grave que rebotó con fuerza en las paredes de la bodega y se metió como una flecha en los oídos de sus hombres. Kyran se agachó para entrar al lugar y llenó el pequeño espacio con su gran cuerpo, imponiendo implícitamente el silencio de la tripulación—. Si no ha ocurrido nada grave en la aldea, la llevaremos directamente hasta tierras Narvjks —informó—. Iros a dormir.

—¿Y si ocurrió? —preguntó Fynn, abandonando el recinto que se había vuelto muy pequeño después de que Kyran ingresara.

—La mataremos frente a su gente —dictaminó, con los ojos encendidos.

Atracaron en una isla después de un extenuante día de navegación donde sus fuerzas se exigieron al máximo para ganar terreno y acercarse todo lo posible a sus tierras. Desde las islas donde vivieron el episodio del Moskentraumen del

oráculo y encontraron a Moirg tenían por delante cinco días de navegación para llegar a Hordaland. Kyran estaba decidido a acortar el tiempo a la mitad. Exhausto después de la rigurosa jornada, cenó venado que cazaron los jóvenes principiantes y bajó para saber si la mujer Narvjk seguía con vida; allí se encontró con dos de sus tripulantes que quisieron saber lo mismo. Kyran levantó las pieles y vio a Moirg acurrucada sobre sí misma, estaba caliente, y su piel clara y suave se estremeció cuando una correntada de aire frío se coló por la abertura. Pudo notar que sus cabellos fueron cortados casi hasta los hombros, pero jamás ese detalle podría opacar la belleza de una cara armoniosa de nariz recta, rellenos y brillantes labios rojos que resplandecían como la mañana soleada, grandes ojos celestes que le dedicaron una mirada gélida y asesina la única vez que se enfocaron en los suyos el día que rechazó el

matrimonio, y un cuerpo esbelto que le llegaba a los hombros y podría, sin problemas, acunar en su pecho. Lo que más lo perturbaba era que después de ese día conocía sus curvas sugerentes y provocadoras, y estaba seguro que no podría olvidarlas por un largo, largo tiempo.

Kyran también estaba en desacuerdo con el hecho de que el *hould* Narvjk despreciara el enlace de su hermano con la belleza que tenía enfrente; después de todo, Harek asumiría como *hould* del clan Vaeroy, pero la sensación de saber que esa mujer no estaba comprometida con su hermano le sacudía el cuerpo, y su lujuria se disparaba en su cabeza como una flecha encendida; también dudaba que de existir algún compromiso con Harek, ese hecho le evitaría la dura excitación que padecía con solo mirarla.

Kyran aprovechó el largo viaje y la soledad de las noches para aprender a dominar sus reacciones

y su nueva fuerza, hizo enormes avances conociendo su propio cuerpo, su mente y su concedido favor. Kyran era más que un guerrero, se había convertido en un *berserker*, solo unos pocos hombres desde el inicio de los tiempos eran elegidos para recibir la furia asesina de Odín en la batalla. Otros lo heredaban de sus procreadores *berserker*. Su arma, un hacha de doble filo, poseía desde ese día el poder que le confería el mismo martillo de Thor por ser un elegido de Odín para usar sus poderes en la tierra. Los *berserkers* veían multiplicada su fuerza cuando luchaban; su olfato se agudizaba como el del lobo hambriento; sus oídos captaban los más imperceptibles sonidos, y sus ojos se volvían más precisos que el del halcón peregrino. Kyran sabía que con esos dones, por siempre, sería el *hersir* de los guerreros Vaeroy hasta que Odín lo llevara al Ragnarok, momento en que formaría su ejército para luchar contra los

demonios aliados de Hel. Tan solemne privilegio tenía su correspondiente gran perjuicio, estaba dotado para procrear una nueva casta que él no estaba dispuesto a continuar, sus hijos varones nacerían con sus mismas condiciones. En ocasiones, el *hersir* de los Vaeroy no podía más que considerarse una bestia sin corazón, no condenaría a su descendencia al poder salvaje, desmedido, sanguinario y descontrolado del *berserker*. Jamás tendría hijos, por eso decidió que no se casaría nunca y delegó la responsabilidad a su hermano menor para que sus hijos continuaran la estirpe Vaeroy.

Tener tan cerca a esa mujer, que lo tentó desde el momento en que lo miró a los ojos, era todo un reto para mantener controlado al *berserker* que moraba en él, era dueño de una lujuria voraz y desmedida desde que se consagró un guerrero de Odín. Si la cosa se complicaba demasiado, no

dudaría, terminaría lo que su hermano empezó y luego dirigiría a sus hombres a una guerra abierta con el eterno clan enemigo.

Moigr tembló, y no fue un solo estremecimiento, su cuerpo se movía sin voluntad, y Kyran bajó las pieles, sus hombres se marcharon al comprobar que la mujer seguía viva, pero él siguió observando el respirar pausado de la mujer. El bulto en el que transformó la joven cuando bajó los cobertores con brusquedad, no paraba de agitarse. No era un hombre de sentir remordimientos o pena por nadie, pero saber que la muchacha comenzó esa turbadora agitación a causa de su prolongada y obscena observación, le provocó una especie de culpa o recriminación hacia sí mismo por dejarse dominar por la avidez de su deseo que no lo dejó ocultar ese cuerpo casi desnudo que se cobijaba debajo. La mano grande y caliente de Kyran se posó sobre los cobertores a

la altura de la cadera de Moirg. Después de unos segundos, ella dejó de temblar, y la escuchó hablar, levantó las pieles para que repitiera eso que dijo, pero descansaba plácidamente en el tibio nido.

Moira despertó empapada de sudor y sin ninguna molestia física. Todos sus dolores y malestares se disiparon con el descanso. Corrió las pieles y se levantó, estaba en una bodega sucia, nauseabunda, con restos de pescados muertos y podridos. El sitio no era espacioso, estaba oscuro y no había nadie más. Voces de hombres se oían sobre la cubierta y por lo que podía apreciar, el rescate llegó en un bote de remos, seguramente, de algún pescador que estaba cerca de la isla. Antes de salir de su guarida para anoticiarse de la situación del resto de sus compañeros, paseó la mirada para cerciorarse que se encontraba sola, se

sacudió el extravagante y enorme chaleco de piel que le llegaba a las rodillas, se aplastó el cabello y, con los brazos cruzados sobre sus pechos para comprimir la prenda e impedir que se vieran por el hueco de las mangas, fue en búsqueda de Airan.

Los hombres la miraban de la misma absorta manera con la que Moira los observaba a ellos; un escalón antes de salir de la bodega ya pudo observar que el panorama no era el que esperaba encontrar. Jamás habría imaginado aquel escenario: hombres de pelo largo y enmarañado, tupidas barbas que iban desde el más platinado de los rubios hasta el más profundo negro, sin dejar de lado las numerosas tonalidades que podía adquirir el rojo. Algunos vestían pieles de animales; otros, túnicas atadas en la cintura descuidadamente, y el resto, con improvisados pantalones que se asemejaban a taparrabos gigantes hechos de cuero sin pasar por el proceso

industrial, y sobre sus torsos, chalecos peludos cubriendo sus grandes espaldas. Brazaletes de bronce o cuero extendido hasta los codos y sandalias de tirantes de cuero que cubrían toda la pantorrilla protegida con medias de piel. Lo que parecían piedras o huesos se podían apreciar atrapados entre las trenzas que se escapaban de la maraña enredada de cabello y que caían sobre los hombros de los hombres más cercanos. Había visto el aspecto de los pescadores de Gijón y algunos eran realmente grandes, barbudos, sucios y mal vestidos a causa de su trabajo, pero estos hombres, combinados con la embarcación y la manera de vestir, parecían de una película de la edad media. Prestó atención al barco y, para su asombro, también se parecía a una embarcación de la época, cabeza de dragón incluida en el mascarón de proa.

Azorados en un principio, lujuriosos después, y

por último, un tanto temerosos de la actitud de la mujer que aparecía semidesnuda frente a todos, especulaban que se había vuelto loca o era una hechicera. La segunda alternativa, además, explicaba que hubiera sobrevivido desnuda a la voracidad de los habitantes, a la soledad y al frío bestial de la isla de los lobos. Ninguno se animaba a hablar, la observaban impávidos; la mirada de la mujer se paseaba por cada uno de sus rostros y sus cuerpos sin pudor alguno, como las prostitutas que visitaban cada verano en las grandes tierras cálidas del sur, que canjeaban su calor y caricias a cambio de unas pocas monedas. Asgueir fue el primero en reaccionar al ofrecimiento de la mujer y se adelantó, estaba por tomarle los brazos cuando Kyran lo detuvo.

—No olvides que es la mujer que pretende tu futuro *hould*, Asgueir —le recordó sin darle una orden directa para que detuviera su avance.

—Solo le daré lo que está pidiendo a gritos.

—No la oigo gritar —replicó Kyran, moviéndose dos pasos hacia Asgueir, que no retrocedió ante la advertencia del *hersir*.

—La mujer parece perdida —enunció Gunnar, justificando el atrevimiento para aparecer de esa manera frente a un grupo de hombres.

—No parece perdida —refutó Asgueir cuando Kyran le dio alcance.

—Sigán remando, debemos llegar a las cuevas verdes antes del anochecer —dispuso, hablando con calma.

—Tú —llamó a la mujer, ella no respondió.

Por la forma en que la miraba el gigante rubio que se acercaba, Moira suponía que le estaba hablando. No entendía ni una sola palabra de lo que hablaban los hombres, pero era evidente que era sobre ella, y una nueva punzada le taladró la cabeza en el instante mismo que el gigante, que

tenía el mismo tono de voz y había confundido con Airan, se paró delante y volvió a hablar. Moira se cogió la cabeza con ambas manos al sentir el profundo y punzante dolor que la obligó a cerrar los ojos.

—Te dije que todavía está desorientada —aseveró Gunnar a Asgveir.

Kyran la cogió de un brazo y la llevó de regreso a la bodega maloliente. Moira no abrió los ojos mientras era arrastraba por la escotilla, y eso hacía que tropezara con todo lo que había en su camino y terminara encima de la espalda del gigante.

—Quédate aquí, tienes prohibido salir de este lugar —ordenó Kyran con voz severa—. Hasta llegar a Hordaland eres nuestra prisionera. ¿Comprendes? —preguntó Kyran malhumorado, sacudiendo a la mujer que se fregaba la cabeza con signos de dolor y no prestaba atención a sus

palabras—. ¿Comprendes? —repitió.

Hicieron falta varios segundos para que la vista de Moira se acostumbrara a la penumbra de la bodega y su cabeza dejara de martillearle la sien; levantó los ojos hacia el hombre que no le soltaba el brazo y lo miró con atención. Debajo de la barba espesa, del mismo color dorado que el cabello que le pasaba los hombros, se escondía la cara de Airan, pero más viejo; la voz era la misma y hacía iguales muecas y gestos al hablar, similar altura, pero este hombre era excepcionalmente más ancho y vestía con una especie de falda de cuero que le llegaba a las rodillas, donde empezaban a entrecruzarse las tiras que le mantenían unas sandalias primitivas sujetas a los pies. No tenía el torso desnudo, una tosca tela marrón, con un orificio que permitía introducir la cabeza, le cubría el pecho y la espalda y era sujeta por un cordón del mismo cuero que le vestía la parte

inferior del cuerpo.

—¿Dónde estoy? —preguntó sin miedo al hombre que, al parecer, era capitán de la embarcación. El capitán salvaje.

—¿Qué te ocurre, mujer? ¿Por qué hablas de esa manera? —le recriminó Kyran.

—No puedo entender lo que dice. ¿Quién eres? —preguntó exasperada.

—Mujer, no sé lo que quieres conseguir hablando esa extraña lengua, pero sé que comprendes. ¡Quédate aquí! —exigió, empujándola hacia las pieles.

Moira cayó sentada sobre el bulto en el que despertó; la actitud ruda del hombre la atemorizó. pero, al mismo tiempo, el parecido con Airan le despertaba una tranquilidad que nacía en sus entrañas.

—No puedo comprender. ¿Alguno de los hombres habla español? —indagó con calma

cuando Kyran abandonaba la bodega.

—No provoques mi ira, Moirg Narvjk — advirtió.

No pasó por alto la última palabra pronunciada por el gigante, Moira se alarmó, creía haber escuchado su nombre pero con la entonación propia del idioma que él hablaba.

—Moira —dijo ella pausadamente y se señaló a sí misma—. Moira —repitió su nombre sin dejar de señalarse—. ¿Me conoce? ¿Cómo me habéis rescatado de la isla? ¿Dónde están mis amigos?

Kyran se quedó perplejo ante el descaro y atrevimiento de la mujer que, a pesar de su advertencia, se levantó y caminó hacia él; pocas osaron desobedecer sus órdenes y, por lo general, recibían un castigo si lo hacían. Esa imprudente parecía no temer las consecuencias de la indisciplina.

—Mujer, no sé qué educación te ha dado tu

padre, pero en el futuro no desdeñarás una orden mía, o de ninguno de mis hombres. Eres una prisionera, te comportarás como tal o te ataré a la proa y harás el viaje un tanto incómoda y fría — manifestó con más enfado que antes y volvió a empujarla hacia las pieles; después de eso, desapareció por la escotilla.

Moira quedó sentada donde cayó, ese malnacido la había lastimado. En sus brazos quedaron las marcas de los dedos del hombre. Sintió como la embarcación ganaba velocidad después que el gigante comenzara a gritar a los hombres tal como lo había hecho con ella. Estaba perpleja, la situación superaba cualquier conjetura que pudiera imaginar. El hombre la arrastró hasta ese sucio lugar y, por lo que podía entender por los modos rudos en que fue tratada, se trataba de un rapto. Seguramente, era algún grupo fundamentalista que la encontró a la deriva,

averiguó su nombre y pediría algún rescate a... a... ¿A quién? ¿Navegarían hasta Gijón para solicitar rescate a Santiago? Él era un profesional reconocido en la ciudad, y si sabían su nombre, podían haber buscado en internet, en las redes sociales, ella aparecía junto a Santiago en todas las fotos y hasta habían anunciado un posible matrimonio al finalizar ese año. Todo era muy extraño; los hombres, su manera de vestir, de hablar, la embarcación, todo parecía surgido de una pesadilla maléfica, y afirmarían que el gigante podía hablar español, ella pudo comprender la orden de regresar a su tierra. El dolor en la sien la atacó con una punzada más aguda que las anteriores, la obligó a cerrar con fuerza los ojos y a tenderse sobre el bulto. Allí se quedó quieta, esperando a que pasara.

—¿Qué ocurrió allá abajo? ¿Dijo lo que ha

pasado? —preguntó Steinn a su *hersir*, que había estado pensativo y de mal humor desde que saliera de la bodega, varias horas atrás.

—No dijo nada, habla una lengua extraña.

—¿Por qué?

—Se niega a contar lo que pasó, como su padre se negó a entregársela a Harek.

—O como tú te negaste a desposarla —replicó Steinn, que al ver el ceño tétrico de Kyran, agregó frunciendo el suyo de la misma manera—. Esos malditos Narvjk se creen más que los Vaeroy. Espero que Harek haya matado a muchos de esos bastardos.

—El ejército de Styrmir nunca pudo derrotar a los hombres del ejército Narvjk con la totalidad de los hombres preparados para la batalla, no deseo imaginar lo que un grupo reducido de soldados viejos y borrachos pudieron hacer para salir con vida y, además, llevarse a la hija del *hould* de

Rogaland.

—El ataque sorpresa tiene que haber jugado en su favor.

—¿Por cuánto tiempo?

—Mañana llegaremos a nuestras tierras y sabremos lo que ha pasado. —Steinn se alejó, masajeándose los cansados brazos, y dejó descansar al *hersir*. El viento y unos pocos hombres mantenían a la embarcación en movimiento mientras el resto reponía fuerzas para llegar al otro día a Hordaland. A pesar de todo el esfuerzo realizado, no lo pudieron alcanzar antes del tercer día.

Kyran no paraba de pensar en la mujer. Si lograba hablar con ella, sabría lo ocurrido y podría preparar mejor a sus hombres para enfrentar lo que vendría. Podía recurrir a la tortura para sacar la información que quería; no le agradaba esa alternativa, pero no dudaría en

aplicarla si con ello podía mantener a salvo a sus hombres. Resuelto a saber lo ocurrido en su ausencia, se levantó del cómodo asiento que se había forjado en un rincón del navío y bajó a la bodega. Prendió una vela y se acercó a las pieles. La mujer no dormía, se asustó al verlo y se arrinconó sobre la madera del casco de la nave que tenía detrás.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó sin disimular su repudio hacia la joven, no sabía lo ocurrido, sin embargo, la consideraba culpable.

Moira entendía que la estaba interrogando, pero no conocía el idioma.

—Sé que comprendes lo que pregunto, mujer, será mejor que respondas lo que quiero saber —le advirtió, mostrándose más impaciente y temerario.

—No puedo entender, no conozco su idioma. ¿Cómo sabe mi nombre?

Kyran se acercó a la mujer para intimidarla con

su cercanía, y ella se recluyó más sobre sí misma.

—Habla nuestra lengua, mujer, o haré que desees haber muerto en la isla de los lobos —la amenazó con furia no fingida. La mujer lo irritaba, no soportaba que lo desobedecieran por más bella que fuese la dama que se atrevía a hacerlo.

Moira vio sobre sí al hombre peligroso que hablaba con rudeza y tenía miedo de emitir sonidos. ¿Acaso no podía comprender que no hablaba su extraño idioma?

—¡Habla! —rugió Kyran, y Moira se desprendió cinco centímetros de la base de pieles a causa del susto.

No solo Moira se estremeció al escuchar el grito, algunos de los hombres que dormían despertaron y tomaron su escudo y sus lanzas, que siempre tenían cerca, y bajaron a la bodega preparados para el combate.

Antes que llegaran a poner un pie en la bodega,

con otro grito, Kyran envió a sus hombres nuevamente a descansar y volvió a concentrarse en Moirg, que no se había movido de su posición. Esperó unos segundos a que hablara, luego se puso en cuclillas y con su dedo índice pretendió levantarle el mentón; una vibración desconocida y sobrecogedora le conmovió el cuerpo e impidió que su dedo tocara el rostro de la joven. Se apartó con rapidez y habló en tono bajo pero lleno de ira.

—Tus hechizos no podrán salvarte cuando llegue tu hora —la intimidó con desdén.

Moira abrió los ojos, sorprendida, la misma energía que podía comparar a la corriente eléctrica apareció por primera vez en la torre de la isla y la compartió con Airan; después, el desastroso caos y el despertar en aquella embarcación desconocida.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó, temerosa, en inglés. Necesitaba imperiosamente comunicarse

con ese hombre que la miraba con una furia asesina cargada en sus ojos celestes iguales a los de Airan. En ese instante, recordó que en la inspección anterior no había reparado en el celeste de sus ojos—. Yo soy Moira —insistió con su nombre en el mismo idioma con el que había iniciado la conversación—. ¿Qué harán conmigo? —El tono de voz de Moira era suave y pausado, no quería provocar ninguna reacción que violentara más al gigante que la amenazaba.

El plan daba resultado, Kyran se tranquilizó al escuchar las palabras temerosas y suaves de la mujer; no la entendía, pero comprendió que preguntaba por su nombre e indicaba el suyo, como si él no la conociera. La gruesa vela impregnaba el rostro de Moira de un blanco brillante en la penumbra de la bodega como el resplandor de la luna en la noche, y Kyran podía apreciar todos los gestos. Sabía que no eran

fingidos, aparecían a causa del temor y de la confusión. Recordó que algunos hombres, después de un golpe duro en la cabeza, no recordaban su vida pasada por un tiempo, ni siquiera a su familia o su propio nombre; quizás era lo que estaba sucediéndole a la mujer. Pero nunca había visto u oído de alguien que olvidara su propia lengua, y eso lo hacía sospechar de las intenciones de la mujer Narvjk.

—Kyran Vaeroy —dijo señalándose—. Soy el *hersir* de los guerreros Vaeroy, hijo del *hould* Hanok Vaeroy de Rogaland —profirió orgulloso y esperó con suma atención las muecas que la mujer haría luego de la exclamada presentación.

Ningún gesto de desprecio, ira o asco apareció en el rostro de la joven, más bien parecía aliviada de poder tener un mínimo de comunicación entre ellos.

—Kyran Vaeroy —dijo Moira con una

acentuación que no podía asemejarse a la del hombre, era muy difícil pronunciar las palabras al igual que él lo hacía.

Kyran apenas reconoció su nombre en los labios de la mujer, abrió demasiado la boca para dejar escapar las palabras, nadie de las tierras del norte hacía semejante movimiento al hablar, podía verle todos los blancos dientes y la lengua cuando lo hacía. Kyran asintió con la cabeza para aprobar lo que había dicho, y ella suspiró.

—¿Recuerdas qué ocurrió?

Moira negó con la cabeza, no a la pregunta, sino al impedimento que surgía para comprender lo que quería saber el hombre.

—No puedo entender —dijo en inglés, pero se sobresaltó cuando Kyran se abalanzó sobre ella para tomarla de los hombros y sacudirla.

—¡Me engañas mujer! —gritó, confundiendo la negación de Moira.

En esa oportunidad, el contacto violento no encontró resistencia desconocida que impidiera que el jefe de los guerreros Vaeroy descargara su frustración en los hombros de la mujer que se sacudía como una rama seca en sus brazos. El *berserker* interno despertó ante el contacto de la mujer con un deseo descontrolado y desconocido para Kyran, el sentimiento lo desquiciaba y no tenía control de sus acciones, la tiró sobre las pieles y de un manotazo, le arrancó el chaleco de piel, que la lastimó al rasgarse. Kyran también se arrancó la parte inferior de la ropa y con el miembro erguido a punto de estallar, se arrojó sobre ella para violarla. Moira intentaba sacudirse y gritar para resistir el asedio, pero el hombre era extremadamente pesado y extraordinariamente fuerte. Temió que la muerte la encontrara antes que la violación, no podía respirar aplastada debajo del cuerpo del gigante que se montó sobre ella, lo

que le impidió seguir gritando y comenzó a llorar rogando en silencio que algo sucediera para impedir lo que con seguridad iba a pasar. El gigante estaba fuera de control; con una sola mano, Kyran le inmovilizó las suyas sobre la cabeza, y con la otra le separó las piernas para posicionarse en medio.

—¡Kyran! ¿Qué haces? —gritó Steinn, que volvió a bajar a la bodega alertado por los gritos desesperados y desgarradores de la mujer. Jamás Kyran había violado a una mujer y castigaba con la muerte si uno de los hombres lo hacía—. ¡Será la esposa de tu hermano!

—Sal de aquí, Steinn. Harek debe estar muerto por culpa de esta hechicera —dijo fuera de sí.

La interrupción momentánea permitió que Moira soltara una de sus manos de las garras del hombre y en su desesperación, la agitó hacia un costado y tocó una de las piedras. La cogió con

fuerza y blandió el elemento hacia la cabeza de su atacante. Kyran advirtió sus movimientos y detuvo el golpe tomando el objeto y, otra vez, la luz azul cayó sobre él como un estremecimiento que le agitaba la sangre en todo el cuerpo e hizo que se apartara de la mujer con la misma violencia con la que se había arrojado sobre ella. La piedra arrebatada irradiaba un haz azul que le iluminaba la mano, y no podía despegársela de los dedos. Miró hacia la abertura de la bodega; Steinn había abandonado el lugar después de sus gritos y no era testigo de lo que ocurría.

Moira tomó el otro pedazo y se recluyó sobre sí misma, intentaría golpearlo si volvía a atacarla; aunque el hombre fuese más rápido, más fuerte y más salvaje, no dejaría de defenderse, aún si le fuera la vida en ello.

Los dos se miraban estupefactos, la luz se fue apagando con lentitud como los ojos de Kyran,

Moira notó ese cambio y ante sus propios ojos, volvían a ser de color verde esmeralda. Varios segundos se quedaron apabullados por el poder de la piedra.

—¿Quién eres tú? —preguntó Kyran con calma.

—Me llamo Moira, soy española.

—¡Mientes! —rugió Kyran, entendiendo correctamente. No abandonó el modo extraño de entonar las palabras y el nombre de la propia mujer sonaba extraño en sus labios; además, no conocía el origen de las tierras que testificaba.

—¡No!

—Tú eres la primogénita del *hould* Einarr Narvjk de Rogaland —ladró Kyran—. La mujer que despreció a mi hermano y a la cual entregaré para el enlace.

—No soy esa mujer, mi nombre es Moira y no estoy comprometida, no conozco a su hermano ni a ese Narvjk que ha mencionado —negó llorando—.

Acabo de romper con mi novio y de perderme en una isla que desapareció bajo el mar.

—Tus palabras rociadas de lágrimas no me engañarán como cuando quisiste hacerme creer que no entendías la lengua de los hombres de Lochlann.

Moira, hasta ese momento, no se daba cuenta de lo ocurrido, levantó la piedra que tenía en las manos y la miró impresionada. Ya no tenía dudas de la responsabilidad de las piedras en todo aquello. Debía estar maldita o embrujada y la llevó hasta ese lugar con esos hombres y estaba segura que no le gustaría enterarse en qué tiempo se encontraba. Dejó de llorar, tenía que persuadir a ese hombre de que la llevara al mismo lugar donde la había encontrado para regresar a casa, primero tenía que convencerlo que no era la mujer de la que hablaba, con cuidado extendió la mano y le mostró la otra mitad de la piedra.

Kyran caminó hacia un rincón alejado de Moira y con un pedazo de cuero volvió a formar una prenda igual a la que vestía antes de arrancársela y regresó. Miró la piedra en manos de la mujer y se recostó sobre unos barriles sin intenciones de acercarse.

—Ahora que nos entendemos —advirtió con ironía—, cuéntame qué pasó —instó, controlando con mucho esfuerzo la fiereza que la mujer provocaba en él y dando por seguro que la suerte de Moirg Narvjk era responsabilidad de Harek.

—Vio y sintió lo que pueden hacer estos pedazos de roca, me trajeron hasta aquí —afirmó, sin dejar de interponer el elemento entre los ojos de ambos—. No sé nada de hombres Vaeroy ni de Narvjk.

Kyran no podía negar que la piedra había ocasionado episodios extraños y emanaba una desconocida fuerza que era absorbida por el

cuerpo que la sostenía; sintió cuando la energía liberada de la insólita y, sin lugar a dudas, embrujada roca ingresó en él. Era como el regalo de Odín, la fuerza fue depositada en él a cambio de cientos de toneles de hidromiel, único alimento del dios. A Kyran se le ocurrió que el *hould* Narvjk, al no tener hijos varones, recibió el poder de Odín en forma de mágicas piedras que a partir de ese momento quedaban en su poder.

—No soy quien piensa, yo...

—¡Calla, mujer Narvjk! —Kyran estiró su mano—. Entrégamela —exigió, acercándose.

Esa piedra era la única que podía sacarla de allí o hacerla despertar de esa espantosa pesadilla. Si se la entregaba al gigante, perdería esa posibilidad y ni siquiera sabía con exactitud si solo se encontraba muy lejos de casa o la distancia era más impensada de lo que podía concebir.

—No puedo, es lo único que puede llevarme a

casa.

—Yo te llevaré a casa —afirmó Kyran, sonriendo con malicia—. Entrégame esa piedra y no oses desobedecer, mujer, mi paciencia está llegando a cúspides impensadas esta noche. No sigas tensando la soga, puedes ahorcarte, Moirg Narvjk de Rogaland, futura esposa de Harek Vaeroy de Hordaland, hijo del *hould* Hanok Vaeroy y futuro *hould* del clan.

Toda la parafernalia de palabras, incoherentes para Moira, se perdía en la confusión de los nombres y la pronunciación cerrada. Kyran se acercó más, le arrancó el otro pedazo de piedra de las manos y salió con una sonrisa de satisfacción. Su cara tenía la expresión de alguien que recibe un regalo, y Moira no pudo evitar la comparación con la cara de satisfacción de Airan al entregarle como regalo el caballo blanco.

Se quedó sola. Como pudo, se colocó el

rasgado chaleco y se tendió angustiada sobre las pieles, comenzaba a creer que ese sería su último viaje, no tenía esperanzas de salir con vida de aquella experiencia, si es que ya no estaba muerta y ese era el infierno que se merecía. Un hombre bajó, y Moira se sobresaltó, no tendría fuerzas para resistir otro intento de violación, y el muchacho, a pesar de aparentar ser mucho más joven que su jefe, era igualmente muy grande, sus largos cabellos refulgieron de rojo fuego cuando se agachó sobre la gruesa vela para levantarla.

—El *hersir* Kyran ordenó apagar la vela — informó con pesar, compadeciéndose.

Moira no comprendió una sola palabra, pero advirtió que el joven la trataba con lástima. Seguramente, todos los hombres de Kyran Vaeroy pensaban que el capitán la había violado y se apiadaban de ella, eso la dejó más tranquila, hubiese sido mucho peor que los demás estuvieran

peleando por el turno para divertirse con su cuerpo.

—¿Dónde queda Hordaland? —preguntó temerosa, el joven no era tan intimidante como los otros.

—¿Qué lengua hablas, mujer? Tú perteneces a los clanes guerreros de Lochlann, Odín descargará su furia en ti por renegar de tu origen y hablar una lengua forastera.

El joven, vestido de túnica marrón, de escasa barba roja en el rostro, salió después de regañar a Moira, que se quedó en silencio y a oscuras rogando no volver a ver a ninguno de esos hombres salvajes. Con desesperación, golpeó las pieles para descargar su enojo y maldijo la hora en que entró a la tienda a comprar el regalo para Santiago. También lo maldijo, a la dependienta y a la vida en general. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Cómo escaparía de esos hombres?

Cerró los ojos, nada útiles abiertos en la oscuridad, y otro punzante dolor en la sien se presentó con imágenes: mujeres ataviadas con pieles sobre un rústico vestido, sonreían y conversaban en una construcción de piedra y madera, muy arcaica pero cálida y familiar. Niños de cabellos oscuros corrían entre las mujeres que entraban y salían del salón de pisos de juncos con una gran fogata en medio de la estancia delimitada por un alto círculo de piedras de un gris muy oscuro que impedía que el fuego se expandiera por los juncos del suelo. Todas vestían de la misma manera y tenían pañuelos cubriendo sus cabezas. Era una serena reunión familiar, reían y estaban alegres, intercambiaban géneros y lazos que sacaban de un arcón de madera y, cada tanto, alguna de ellas alimentaba el fuego de la hoguera con gruesos leños apilados a un lado del salón. De repente, la armonía familiar se rompía y un hombre

gritando entraba al salón. Moira no entendía lo que decía, pero era evidente que eran malas noticias, todas comenzaron a correr y se perdían por pasillos oscuros. Gritos, alaridos y choques de espadas se oían desde el salón en el que minutos antes reían alegremente. Las mujeres escondidas hablaban en murmullos. Solo comprendía una palabra aprendida ese día: «Vaeroy». Vaeroy entremezclada entre frases desesperadas. Vio que una mano se posaba en el hombro de una de las mujeres ocultas, un brazo grueso con un brazalete de cuero negro fue lo primero que descubrió antes de ver al hombre con la espada en la otra mano; una armadura de brillante acero le cubría el torso hasta los genitales, y un oscuro casco aterrador solo dejaba expuestos los ojos y la boca. El hombre la arrastró de los cabellos, la sacó del pasadizo y la condujo al salón de piedras. Allí todo era muerte y destrucción. Varios hombres

yacían muertos y ensangrentaban el piso de juncos y paja; los muebles que poblaban las paredes estaban destruidos; los estandartes, pisoteados, y varias sillas ardían en la hoguera junto al cuerpo de un hombre caído. Algunos de los soldados todavía luchaban resistiendo con sus últimas fuerzas el sorpresivo ataque. La mujer quiso liberarse, y el hombre la golpeó en el rostro, cayó al suelo y aprovechó el momento para tomar una lanza que estaba junto a su dueño muerto, con ella pretendió ensartar al bastardo que la había golpeado; cuando giró hacia él, un brazo la sacudió con fuerza. La imagen se disipó de su mente.

Capítulo VII

—Despierta, mujer Narvjk. Despierta —ordenó Kyran, sacudiendo el cuerpo de Moira.

Con el sabor amargo de la furia y el frenesí convulsionando su cuerpo, Moira se levantó hacia su atacante y lo golpeó con toda la fuerza posible; tan fuerte fue el impacto que gritó de dolor al sentir los huesos de su muñeca derecha dislocarse. Kyran retrocedió varios pasos por el golpe recibido en el rostro y sacudió la cabeza para despejarse el atontamiento momentáneo que el certero puñetazo le dejó como obsequio, nunca hubiera adjudicado tamaña potencia al puño pequeño de la mujer Narvjk.

Más encolerizado por su falta de cuidado que por el golpe de la mujer, intentó arremeter contra

ella con la mano abierta, pero la misma potencia que aplicaba en el brazo para golpear, lo impactó de lleno en el pecho y lo hizo estrellarse contra la madera del casco del barco.

—¡No! —gritó Moira todavía vagando entre la realidad y las imágenes que proyectaba su cabeza. El puñetazo dado a Kyran la colocó irremediabilmente en su desconocida realidad, y quiso protegerse del golpe amenazante levantando su mano herida y se dio cuenta que el dolor no fue solo parte de sus alucinaciones y volvió a gritar.

Impresionado y confundido, lo único que Kyran tenía claro era que ese segundo golpe no se lo había dado la mujer Narvjk, ella ni siquiera vio lo ocurrido, al mirarla, se descubría la cara para lamentarse por el dolor.

El azote nunca llegó y al escuchar el golpe contra las paredes del barco, supuso que el *capitán salvaje* había descargado su furia contra

alguna cosa de aquella decadente bodega. Moira no tenía inquietud por saber el motivo que llevó al gigante a sentarse en el piso, solo se preocupaba por el dolor que comenzaba a inmovilizarle la mano.

Kyran sintió cuando los huesos de la delgada mano de la mujer se corrían de su sitio al dar en su cara, sabía que el dolor era intenso, y el sufrimiento que la mujer no trataba de ocultar aplacaba parte de su furia. La peculiar Narvjk estaba protegida por algún hechizo desconocido, y le agradaba que se hubiera dañado sola. Moirg Narvjk era muy diferente a lo que pensaba. En general, las mujeres, sobre todo aquellas que ostentaban alguna posición de privilegio, no mostraban los sentimientos tan efusivamente, menos aún si sufrían. Las mujeres de Lochlann soportaban con estoicismo el enojo, el dolor, la tristeza y el padecimiento sin exteriorizarlo. Esa

particular mujer de Lochlann, que milagrosamente rescató de la isla de los lobos con vida, no paró de llorar, gritar, gimotear y poner cara de perro hambriento desde que había despertado. Fue el motivo que lo llevó hasta ella esa noche; la mujer había comenzado a gritar cada vez más temerosa y desesperada. Sobre cubierta, atento a los sonidos que salían de la bodega, aguardó unos minutos para que el sueño se calmara por sí solo, pero prestó atención a sus hombres, y todos lo miraban recriminándole que hiciera algo para callar a la condenada mujer. Steinn aplicaba a la mirada una ración de reproche, acusándolo de ser el causante de las pesadillas por lo que había hecho esa tarde. Sin replicar, encendió una vela y bajó.

—¡Por Odín, deja de llorar, mujer! —gritó irritado, no estaba acostumbrado al llanto.

—¡Me has roto la mano, maldito infeliz! —acusó Moira sin parar el llanto, sabiendo que el

gigante no podía entender; habían vuelto las trabas idiomáticas. Si ella no entendía, él tampoco.

—Vuelves a hablar con esa lengua que ofende a los dioses.

—Si quieres comprender lo que digo, trae la piedra, idiota —refunfuñó por lo bajo.

A pesar de no entender, Kyran sabía que la mujer lo estaba insultando y maldiciendo, su mirada se lo daba a entender con claridad.

Moira sintió algo caliente cayendo por la frente, se soltó la mano lastimada para pasarse los dedos; sin ver, ya sabía que sangraba. Se había cortado la cabeza con una madera del casco al tirarse hacia atrás para protegerse del golpe que nunca existió y, sin embargo, la había lastimado. La sangre no caía en abundancia, pero una vez que sorteó los cabellos que se atravesaban en su camino se hizo constante.

—Te mataré por esto, no descuides tu corazón

—lo amenazó Moira, y se sorprendió ella misma con las palabras que salieron de su boca, pero su mente no comprendía.

—¿Qué estás diciendo, mujer? No hagas juramentos que no puedes cumplir —acotó Kyran sonriendo; al parecer, sus palabras incoherentes le causaban gracia.

—¡Maldito bastardo salvaje! —gritó, consciente de lo que decía.

Kyran guardó en su memoria esas palabras, ya sabía que eran insultos y los tendría en cuenta cuando hablara con la mujer Narvjk en el futuro, cogió lo que antes utilizaba Moirg como única prenda de vestir y se la arrojó cerca de la mano sana.

—Límpiate la sangre —ordenó y salió del lugar.

Llorando de dolor por la muñeca que comenzaba a tener una severa inflamación, se

limpió el rostro ensangrentado y presionó sobre la herida un pedazo de piel para detener la hemorragia. Creyó que se quedaría a solas, pero Kyran apareció a los pocos segundos y le ofreció amigablemente la piedra partida. Ella se la arrebató de las manos y la colocó en su regazo. Kyran no se amedrentó con las malas formas, sonrió y con el otro pedazo de piedra en la mano le habló con calma.

—Tienes que volver los huesos a su lugar si no quieres que tu mano termine como ofrenda para Thor —señaló despreocupado, el silencio que siguió anunciaba que ella seguía sin comprenderlo.

Moira entendió lo que decía el *capitán salvaje*, pero no se atrevía a mover la mano de la posición en la que estaba y no pensaba dirigirle la palabra al responsable de su sufrimiento.

—Coge la piedra —ordenó Kyran, mostrándole su propia mano conteniéndola.

—¡Ya está! —gritó, enseñando la piedra. Seguiría esa estrategia, lo dejaría pensar que sólo cogiendo la piedra comprendía su idioma, podría ser útil en otra ocasión—. ¿Puede entenderme ahora mal...? —iba a insultarlo, pero calló.

—Tienes que colocar en su lugar los huesos —repitió Kyran.

—No puedo. No sé hacerlo —lloriqueó.

—Tendría que dejar que se ponga negra antes de cortártela, solo eso podría compensar la ofensa que con esa mano has infringido contra el *hersir* Vaeroy, pero excusaré tus actos atribuyéndoselos al sueño perturbador que has padecido —concedió—. Y para compensar lo que te has hecho en la cabeza, la colocaré en su lugar.

Moira lo miró escéptica, si ese salvaje tomaba su mano era muy probable que se la arrancara de cuajo, pero tenía razón en decirle que debía colocar los huesos en su lugar.

—Lléveme a algún hospital o a ver a algún médico —pidió e iba a replicar sobre el hecho adjudicándole la exclusividad, pero no quería ver a ese hombre otra vez enfadado, se sosegó para hablar con calma.

—La piedra está perdiendo eficacia entre nosotros, solo entiendo algunas de tus palabras. ¿Qué es un hospital? ¿O un médico?

—¿Acaso no hay hospitales donde vive? ¿No existen los doctores, médicos o enfermeros? ¿Gente que cura las heridas o a los enfermos?

—Esas son tareas de mujeres, tú debes saberlo, mujer Narvjk. ¿Qué clase de educación te ha dado tu padre?

—Nunca he colocado nada más que una gasa esterilizada en alguna herida poco importante, y mi padre me ha dado la mejor educación que podría tener.

La cara de desconcierto de Kyran llegaba a

puntos cómicos, las palabras desconocidas que pronunciaba la mujer Narvjk junto con la abierta entonación lo cautivaba, se quedaba prendado al movimiento de sus labios.

—No entiendo nada de lo que dices, mujer —dijo después de unos instantes de inercia, esperando a que sus labios volvieran a emitir sonidos.

Kyran tomó con fuerza la mano de Moira y le dio la espalda, aguantando los chillidos estridentes que lanzaba. Estudió la muñeca con detenimiento y luego se volteó hacia ella.

—Nada grave —diagnosticó y acto seguido dio un potente tirón al brazo entero, varios huesitos sonaron al mismo tiempo—. Listo —dijo al terminar y soltarle la mano.

Moira no tuvo tiempo de gritar como había pensado hacerlo; antes de poder reaccionar, Kyran rasgó un pedazo de fino cuero y se lo lanzó.

—Véndalo. ¿Sabes hacer eso?

—Claro que sí —afirmó ella, tomándolo con furia.

—¿Por qué gritabas en sueños?

Moira no podría explicarle que no estaba dormida, el salvaje no entendería. Tomó la piedra que dejó a un lado y respondió.

—Tenía una pesadilla, eso es todo.

—¿Soñabas con alguna lucha?

—Sí, en mis sueños asesinaba a un hombre ensartándole una lanza en el corazón.

—Eres toda una caja de sorpresas, Moirg Narvjk, mi hermano no se aburrirá contigo.

—No me casaré con su hermano, no soy esa mujer que cree.

—Mañana por la tarde llegaremos a la bahía de Balladh, mandaré un mensajero al pueblo antes de desembarcar, y ruega que no regrese con malas

noticias porque será el último día que verás el sol.

—Es muy poco caballero.

—¿Tu padre te llevó a las tierras grandes del sur? —indagó, curioso de que la mujer conociera esa palabra—. Ya comienzo a entender tu enseñanza, imagino que también eres experta en armas y montas caballos como un hombre, por eso me has golpeado con tanta rudeza. Tenía otra imagen del *hould* Narvjk, ha sabido suplir la ausencia de hijos varones contigo.

—No conozco a ese *joul* Narvjk —pronunció a su manera el rango de su supuesto padre y arrojó la piedra lejos, ya no quería hablar con ese bruto que amenazaba con asesinarla al otro día. Si quería matarla, que lo hiciera en ese mismo momento, le haría un favor.

Kyran cogió la piedra y se la tendió para que la tomara una vez que terminó de vendarse la muñeca. De mala gana, ella la aceptó.

—Terminarás de oír lo que tengo que decir; obedecerás, mujer Narvjk, y nunca volverás a atentar en mi contra o no responderé por lo que pueda hacerte, sueños o no.

—Tus amenazas me aburren, *capitán salvaje* — balbuceó Moira antes de tomar la piedra, adivinando, por el tono de voz que repetía, lo mal que lo pasaría al día siguiente—. ¿Decía? — preguntó con inocencia.

—Eres prisionera de los Vaeroy y obedecerás.

—¿Cuál exactamente es el cargo del que me acusa?

—Tú debes saber.

—No recuerdo nada de lo ocurrido después de que la isla en la que estaba comenzó a ser tragada por el mar.

—Falta poco para saber la verdad, y tu memoria podrá refrescarse con las palabras de los hombres Vaeroy.

El capitán salvaje hablaba de clanes, y ella pertenecía al grupo de los Narvjk, como la llamaba constantemente. No estaba en la cabeza de Moira asumir lo que las circunstancias le demostraban a gritos, era muy descabellado pensar que fue arrojada a otra época, que el hundimiento de la isla la hubiera hecho pasar por algún portal del tiempo.

—¿Puedo hacer una pregunta? —indagó a Kyran.

—Eres tú la que debes responder a mis preguntas, mujer. ¿Cómo terminaste en esa isla? ¿Qué ocurrió en Rogaland?

—No puedo responder a eso, no lo sé.

—Entonces, yo tampoco responderé.

La sangre bullía en el cuerpo de Moira, quizá muriera al otro día, y ese hombre no quería aclarar sus dudas. La asesinarían en lugar de otra persona y no sabría al menos si había valido la pena, no

imaginaba en qué época debía decir su epígrafe que pereció. Un escalofrío recorrió su cuerpo e hizo que brotara una ira que nunca había sentido. No era de tener mal genio ni siquiera en situaciones límites, como cuando encontró a Santiago con la compañera de trabajo en su propia cama. Hasta ese día, esa fue la peor situación que vivió en su vida, pero eso no hizo que su carácter explotara. Ante el siniestro capitán del barco que la amenazaba una y otra vez con asesinarla, tenía ganas de romper todo y tomar un palo para partírselo en la cabeza y lo hubiese hecho si habría uno a mano. Su cuerpo le exigía que actuara, que saliera de esa situación y escapara de aquellos hombres, hasta sentía una fuerza superior vagando por sus venas, pero su razón se recluía en la vieja y *civilizada* costumbre de esperar y actuar con cautela ante los hechos.

—¿Recordaste algo, Moirg Narvjk? —indagó

Kyran ante el silencio y la mirada perdida de la mujer en un punto de la bodega.

—No quiero seguir siendo civilizada —susurró por lo bajo.

—Juegas con tu propia vida mujer, habla claro —le advirtió, comenzando a perder la paciencia.

—Sí, creo recordar que mi padre... el *hould* Narvjk —conjeturó con cuidado, estudiando las reacciones del gigante, pronunciando correctamente el título y especulando que de aquella manera podría obtener alguna información —, salió con sus hombres hacia Camelot a visitar al rey Arturo.

Kyran la observó sin decir nada. Moira no sabía mucho de historia, pero, según Benjamín, el lugar donde había ocurrido todo era la perdida Lyonesse y tendría que haber alguna relación entre ese lugar y el que se encontraba, no perdería mucho más que su vida, que, al parecer, ya estaba

muy comprometida, si trataba de sonsacar información a través de asociaciones que a ella le sonaban ridículas, pero podrían ser el puente que la llevara a casa. Kyran esperó varios segundos antes de despotricar.

—Ahora juegas conmigo, mujer Narvjk, ese rey pasó por este mundo hace más de trescientos años.

Sorprendida de la importante información que le brindaba el capitán, Moira buscó en su memoria el dato que Benjamín había dado en la última cena compartida en el yate. Contó, como historia pintoresca, que quienes aseguraban que el místico rey Arturo y la tierra de Lyonesse era real, databan su vida en la primera mitad del siglo IV, eso le daba hacia el año 550. Si el capitán salvaje no se estaba burlando de ella y pasaron trescientos años desde su desaparición, podía calcular que estaba transitando por mediados del siglo VII o sea, aproximadamente, en el año ochocientos

cincuenta.

—¡Dios, no puede ser! —exclamó Moira.

—Te sellaré la boca, mujer infiel —vociferó Kyran, y fue a buscar otro pedazo de cuero, ataría a la infame que hablaba de Dios, el mismo que veneraban los bretones de la isla de Lyonesse.

—Esperad, esperad —rogó Moira al ver el enfurecido avanzar del gigante con la cinta de cuero en la mano.

—No quise decir exactamente con el rey en persona, tiene negocios con la gente de ese lugar.

—No volverás a reírte de mí —ladró Kyran, más furioso todavía—. Ningún hombre de Lochlann puede acercarse a esa isla prohibida; el lugar y toda su gente están hechizados.

Kyran le tapó la boca con el cuero, le ató las manos a su espalda y los pies. Mientras tocaba ese cuerpo suave, un molesto cosquilleo que corría por sus venas se intensificaba más a cada segundo.

Cogió la piedra y salió de la bodega para reunirse con sus hombres y para que la fría brisa marina calmara la excitación que le provocaba esa mujer. Eso lo enfurecía todavía más que sus envenenadas palabras. Descubrió que tenía contacto con los bretones del sur, gente hechizada y extraña que no parecía de este mundo; allí, Moirg Narvjk habría aprendido esos trucos de luz y a provocar esos estremecimientos para impedir que la tocara.

—¿Qué ha dicho la mujer? ¿Por qué gritaba? —preguntó Asgueir a un agitado Kyran que respiraba aceleradamente.

—Esa hechicera merece morir. Deberíamos arrojarla al mar antes de llegar a Hordaland.

—La mujer Narvjk ha alterado tu humor en estos tres días más que los hombres de Hordaland desde que tu padre te designó *hersir* del ejército.

—Ve a tomar un remo; si estás holgazaneando, jamás llegaremos —amonestó a su hombre—. ¡A

toda velocidad! —ordenó al resto, que corrieron a tomar sus posiciones cuando oyeron al *hersir* Vaeroy reprender a uno de sus amigos.

Kyran fue a pararse cerca del mascarón de proa para que el viento marino con todo su poderío le pegara en la cara y aplacara su ira.

La situación de Moira empeoró con la última visita del capitán del navío. Atada de pies, manos, la boca sellada y tirada de costado sobre las pieles, comenzó a evidenciar movimientos extraños que hasta ese momento no había percibido, era algo casi imperceptible pero real, y con ello se dio cuenta que los puntos rojos en sus piernas no se debían a la irritación causada por las pieles, sino a las pulgas y piojos que abundaban y compartían el tibio espacio con ella. Casi le parecía oír los pasos y saltos de las diminutas alimañas, su mente gritaba que era imposible y

culpaba a la autosugestión que la agobiaba como responsable de esos sonidos. Para olvidarse de los parásitos con los que convivía en esa sucia bodega, volvió al extraño episodio que Kyran interrumpió bruscamente. Moira estaba segura que no dormía, pero ¿cómo podía explicar esas imágenes y el golpe al capitán salvaje? Todo lo que estaba viviendo era inexplicable e inverosímil. Partiendo de esa base, dejó que su cabeza comenzara a armar un rompecabezas con las pocas piezas que tenía hasta el momento. Después de poseer las piedras, que deberían cargar con alguna antigua maldición, cada uno de los pasos la llevaron hasta ese lugar: abordó un barco para hacer un viaje del que no tendría que haber sido parte, se desviaron de la ruta trazada originalmente para hacer la travesía, terminando en una isla misteriosa y, según recordaba, encallaron de manera más misteriosa todavía;

después, la inexplicable energía aparecida entre ella y Airan en la torre en ruinas que los llevó a descubrir ese lugar en el que encajaban perfectamente esas malditas rocas que la dependienta de la tienda de antigüedades del centro histórico de Gijón le había obligado a pagar con una falsa acusación. ¿Por qué a ella? ¿Le habría ocurrido a cualquier persona que hubiese comprado las piedras? Aparecer en un barco antiguo, en un año difícil de determinar pero segura que era muy alejado del propio. Lo más llamativo era que las piedras atravesaron con ella ese túnel atemporal que todo le hacía suponer que había cruzado. La situación habría sido interesante y hasta agradecida si no hubiese estado atada y el *capitán salvaje* no la amenazara tan seguido con asesinarla al finalizar el viaje. El gran parecido con Airan era escalofriante; mientras más lo pensaba, más se convencía de que había un vínculo

entre Airan y su posible antepasado. Varias veces en la oficina, el hombre se había jactado de sus ancestros y su origen vikingo, lo que la llevaba a pensar que podría estar entre esa gente. Era extraño, como todo lo que le ocurría, pero no sentía miedo. Moira había vivido circunstancias mucho menos traumáticas que la habían aterrado, sin embargo, ante los acontecimientos que se desarrollaban en su inaudita realidad, estaba en calma. La joven dedujo que el hecho de no pertenecer a ese lugar le daba la categoría de espectador, nada podría ocurrirle en un tiempo que no era el suyo y si aplicaba un poco de racionalidad al asunto, estaba segura que pronto despertaría de esa pesadilla.

Al parecer, en ese tiempo, también había alguien semejante a ella, no dejaban de llamarla mujer Narvjk, eso pronto se resolvería al arribar a la tierra a la que se dirigían y encontrar a la mujer

en cuestión. ¿Qué haría entonces? Solo quedaba hacer que el capitán salvaje se disculpara por los golpes, el intento de violación, las ataduras, y en compensación la llevara hasta el mismo lugar en el que la encontró para hallar el camino de regreso a casa. ¡Eso era! Moira sonrió con entusiasmo, todo se resolvería cuando comprendieran que no era la mujer que creían. Con las muecas que la sonrisa inconsciente provocaba, se aflojó el cuero que le sellaba la boca y pudo correrlo hacia abajo, liberando sus labios de esa presión.

Mujer Narvjk, le gustaba el mote que temporalmente tenía adjudicado, si hubiese nacido en esa época, y ella fuera esa mujer, también le agradaría el nombre Moirg; en verdad, era muy parecido al suyo cuando lo pronunciaba en voz alta, en boca del capitán salvaje sonaba muy diferente y no podía darle esa pronunciación aunque lo desease.

—Moirg Narvjk de Rogaland —pronunció en voz alta para regodearse del apelativo, y eso bastó para que nuevas imágenes aparecieran ante ella.

La escena familiar era la misma que antes: conversaban apaciblemente mientras otras mujeres entraban y salían con los niños jugueteando alrededor de sus piernas en un rústico salón de piedras tapizado de varios estandartes de cuero colgados en la pared. Prestó más atención a las vestiduras de las mujeres, y todas tenían largas túnicas cubriendo sus cuerpos y sobre ellas algo que podía asemejarse a un chaleco de piel, y medias del mismo material le cubrían los pies que calzaban sandalias iguales a las que tenían los hombres de la tripulación. Alegrementemente, las mujeres sacaban cosas de un arcón hasta que todo se alteró por la presencia de los invasores. Observó cómo escapaban y se escondían en el pasadizo oscuro, y una de ellas era sacada de los

pelos por un guerrero que la golpeaba y la arrojaba al suelo. Hasta allí, la imagen se presentaba como si fuera una silenciosa espectadora, pero luego era ella quien estaba en el suelo y tomaba, de las manos de un muerto, una lanza para atacar al agresor. El hombre que la había golpeado no esperaba esa reacción, y sus ojos saltaron de sus cavidades cuando la lanza de punta afilada le perforó el pecho; el atacante cayó de rodillas, y ella arrancó el arma de su cuerpo para repeler el ataque de otro de los invasores que corrieron la misma suerte que su compañero. De uno de ellos tomó una pesada hacha y se unió a los pocos hombres que quedaban para proteger la casa. Rompió cráneos y quebró costillas de los atacantes; a los pocos minutos, los asaltantes quedaron abatidos. Uno de los hombres gritó que venían por ella y debían huir.

Seis hombres la rodearon y salieron de la casa.

El sol del atardecer le iluminó el rostro; el lugar en el que estaban era paradisíaco: verde césped en un llano que se cortaba abruptamente por un acantilado y daba paso a la espectacular vista del mar regado de islas; solo sus figuras fantasmagóricamente ensangrentadas desencajaban en el cuadro. Se metieron por los cientos de recovecos que ofrecía el lugar hasta descender al mar donde varios navíos, semejantes al barco en el que navegaba, esperaban amarrados a las rocas de la orilla. Sin perder tiempo. se alzaron en uno de ellos y comenzaron a alejarse.

—¡Debemos alejarnos antes que descubran que huimos por el despeñadero norte! —gritó uno de sus hombres.

—Moirg, coged esto. Úsalo —ordenó el hombre al mando, y ella obedeció sin protestar. Era una pesada armadura que le cubría el pecho y la espalda, pero le dejaba los brazos descubiertos;

después, se colocó un casco oscuro, tomó un arco y el carcaj que estaba junto con otras decenas de armas en un rincón de la embarcación.

—¿Cómo puedes saber que venían por mí, Kodran?

—Bajaron por la costa sur, y los guardias los interceptaron. Le preguntaron por qué estaban allí, y los Vaeroy respondieron que querían hablar con el *hould* Narvjk —contó Kodran, moviendo los remos alocadamente, junto con el resto de los escasos tripulantes del *drakkar*, para escapar por un canal que se perdía entre altísimos acantilados. No tomaron la ruta de mar abierta para que a los invasores no les fuera fácil divisarlos—. Los bastardos sabían que tu padre no está en sus tierras. Los Vaeroy, comandados por Harek, dijeron traer regalos para su prometida.

—¡Esa no soy yo! —exclamó Moirg.

—Tampoco lo es Halldora, ningún compromiso

se celebró en el *thing* ante *konungr* Sigurd Ingunn.

—Los guardias de la costa sur, al ver que no eran muchos, impidieron que amarren sus navíos, pero esos hombres solo eran un medio de distracción; otros Vaeroy se descolgaban por el acantilado oeste directamente a la fortaleza. Allí comenzó la lucha, y entre los gritos se escuchó que Harek Vaeroy ordenaba a sus hombres que sacaran a la hija primogénita de Einnar Narvjk —informó Ottar.

—Mi padre matará a todos los Vaeroy, comenzando por Harek.

—Eso sucederá cuando regrese. Mientras tanto, tenemos que escapar de los hombres que quedaron en las embarcaciones debajo del desfiladero oeste; según Ottar, llegaron en tres naves pequeñas, no deben ser más de treinta.

—Debemos desviarnos hacia el sur e ir hasta la corte del *konungr* Sigurd Ingunn para informar del

ataque Vaeroy; el rey se encargará de enviar tropas para atacar al clan que osó romper su promesa de fidelidad —ladró, furiosa, Moirg.

—No podemos dirigirnos al sur, estarán esperando allí, sabrán que lo primero que haremos será informar al rey del ataque —dijo Ottar.

—Aguardaremos aquí antes de retomar la ruta hacia el sur —estableció Kodran ojeando las altas paredes de rocas que los resguardaban de la vista de los hombres Vaeroy.

Los planes para llegar hasta la corte del rey no resultaron como esperaban, a las pocas horas pudieron divisar a dos *drakkars* que los seguían. La velocidad que impusieron a la veloz y liviana nave en la que huían no bastó para salir del alcance de las flechas Vaeroy. Moirg, con su arco preparado y con su carcaj a la espalda, era la única que replicaba al ataque con flechas. Dos de los hombres de la embarcación fueron heridos con

disparos mortales. La embarcación perdía velocidad. y la distancia entre perseguidos y perseguidores se acortaba. Kodran y Ottar recibieron varios flechazos en sus cuerpos, Moirg era la única que quedaba viva una hora después de comenzada la persecución. La noche se cerraba sobre el mar, y la única manera de sobrevivir era entregándose. Ya había bajado el arco cuando recibió un flechazo en un costado del cuerpo. Esperó tendida en el suelo, junto a los hombres muertos, la llegada de la primera de las embarcaciones.

Solo dos de los hombres Vaeroy subieron a la embarcación Narvjk y la pasaron a su nave. La noche se cerró rápidamente sobre ellos, lo que facilitó la tarea de Moirg; con su complicidad, se deshizo de los diez Vaeroy que navegaban junto ella. Con sus últimas fuerzas después de la enorme cantidad de sangre perdida con el esfuerzo, enfiló

la nave hacia el norte para alejarse de la enemiga.

La imagen que veía Moira se fue perdiendo como la embarcación que comenzó a navegar a la deriva cuando la oscuridad también colmó su cabeza y solo quedó el ruido de las olas que chocaban con fuerza contra el barco, impulsadas por el viento, hasta que también desapareció en un murmullo suave.

Moira se despejó de las visiones y, en un acto reflejo, llevó sus manos atadas al lugar donde recibió la herida de flecha y con la punta de los dedos se palpó, no necesitaba la luz de la vela para reconocer la herida que le atravesaba un costado. Nunca se había lastimado en ese lugar, no tenía ninguna cicatriz que le marcara el cuerpo. Al tacto parecía una lesión vieja, curada desde hacía tiempo atrás; eso no coincidía con los hechos recientes. Estimaba que una herida de esa intensidad llevaría semanas para sanar

definitivamente y muchas otras para quedar firme y con la piel con una sensibilidad normal como podía sentir.

Las cosas se complicaban más, su cabeza era un hervidero de sensaciones y recuerdos de una vida que no era la suya, pero que sentía cada vez más cercana. La angustia por el destino de las mujeres que quedaron en la casa Narvjk le oprimía el pecho. Un rostro se cruzó en sus pensamientos, un hombre grande, adulto, tan barbudo y ancho como lo era Kyran Vaeroy, vestía pieles y cuero como él, de ojos celestes y cabellos oscuros iguales a los de Moirg. No necesitó una nueva oleada de imágenes para saber que ese hombre era el padre de Moirg Narvjk. ¿Su padre?

Capítulo VIII

La dejaron en un sucio sótano. El capitán salvaje no estaba cuando fue llevada por los hombres a una especie de caverna, en apariencias, un almacén subterráneo fabricado de piedras. Al entrar, escaleras de tierra descendían en varias direcciones, pronto la oscuridad ganaba el lugar y solo los que conocían el camino podían moverse adentro.

A tres días de permanecer en ese lugar, su cordura se diluía como una fina nube en el cielo, bombardeada por imágenes, sensaciones, angustias y miedo; su existencia era pura confusión. No sabía qué época era la real, a cuál pertenecía. La dolorosa incertidumbre por el destino que corrieron las mujeres del clan de Moirg, su madre,

sus hermanas menores, sus tías y primas, solo era contrarrestada por la certeza de que su padre iría a buscarla y se vengaría por lo que habían hecho los malditos Vaeroy. Como si tuviera momentos de lucidez, dentro de la nebulosa ilusoria en que vivía, Moira se tocaba la cicatriz en un costado del cuerpo, y el relieve notorio tres días atrás era menos palpable, su piel estaba cada vez más fina, tersa y suave en ese lugar, y su cabeza comenzaba a dudar de la existencia de la marca, parecía más bien un rasguño sin importancia y estaba segura que pronto ni siquiera sería eso.

Durante su permanencia en la oscura, húmeda y solitaria caverna solo recibió un vaso de agua de olor y sabor putrefacto, pero que bebió como si tuviera en sus manos la mejor champaña del mundo, y dos trozos de algo similar al pan. No tenía noción del tiempo, ni un hilo de luz se filtraba por los rincones del almacén, no sabía si

era de día o de noche, lo único que podía apreciar era la vibración de la tierra bajo el peso de animales pesados. Sus sueños se mezclaban con sus visiones, era imposible saber si había dormido en todo ese tiempo o si lo que le faltaba era despertar.

Voces se oyeron dentro del almacén, hombres descendían por las escaleras y se acercaban a la celda.

—¡Mujer Narvjk! —llamó uno de los hombres—. Acércate a tu destino, el *hould Vaeroy* quiere hablar contigo.

Moira no comprendió la frase completa, pero reconoció cuando la nombró «mujer Narvjk» y también el significado de «*hould Vaeroy*». Al parecer, el nombramiento era una especie de título de nobleza, el *capitán salvaje* lo había pronunciado varias veces durante sus diálogos en la nave. La gruesa puerta se abrió; ella esperaba

parada frente a los hombres mostrando un coraje que no sabía de dónde venía, pero que la obligó a erguirse como si no temiera. Descubría que su actitud era desafiante frente a esos hombres e intentó bajar la cabeza para no mirarlos a los ojos, pero una fuerza extraña impidió que lo hiciera; muy por el contrario, dio un paso al frente para quedar debajo de la barbilla del hombre con una espesa, larga y oscura barba que le cubría casi toda la cara y que medía, según su no muy confiable apreciación, al menos cuarenta centímetros más. Él le arrojó una pesada capa sobre el cuerpo y después la tomó sin cuidado por el brazo para sacarla del lugar; en pocas zancadas llegaron a las escaleras, que la obligaron a subir a empujones, al abrirse la puerta principal los rayos del sol inundaron sin aviso el rellano y lastimaron sus ojos.

Cruzaron un patio enorme, de un lado podía

apreciar una gran casa de piedras; al otro costado, lo que parecían caballerizas. Con un movimiento osado, giró la cabeza para mirar a sus espaldas y pudo ver decenas de chozas pequeñas, nada comparables con la casa a la que era llevada a la rastra.

Dentro, la hicieron pasar a una sala. Grandes pieles de animales cubrían parte de las paredes que contenían candelabros que sostenían gruesas velas, sillas de madera cubiertas con cojines de cuero rodeaban una mesa redonda que se encontraba a un lado de un círculo de piedras de aproximadamente cincuenta centímetros de alto en el que ardía una llamarada que calentaba toda la estancia. La hoguera, como la de sus visiones, no tenía conducto para dejar escapar el humo; sin encontrar corrientes de aire que se filtraran, subía sin desvío y escapaba de la construcción por las aberturas laterales del altísimo techo abovedado,

únicos respiraderos de la sala sin ventanas. Moira pudo ver como las mujeres de la casa la espiaban mientras atravesaba el lugar, ninguna se mostraba abiertamente. La casa olía a humo de hoguera y de las velas que ardían en algunos rincones, era el olor predominante que se mezclaba con el de comida.

Kyran vio a los hombres trasladar a la mujer Narvjk hasta el lugar donde la interrogaría su padre, estaba ansioso por saber cómo actuaría la mujer frente al *hould* Vaeroy. Su actitud en el trayecto que hacía custodiada por los soldados era la que esperaba, observaba todo a su alrededor para estudiar el lugar; solo un Narvjk conocía esas tierras, y ese era el más peligroso de todos: el padre de Moirg. La mujer nunca pisó esas tierras, por lo tanto, la observación era razonable. Sin proponérselo, sonrió ante los gestos elocuentes de dolor y fastidio que ella emitía al tropezar con

alguna raíz o piedra en el patio o, ya en la casa, con las que sobresalían del piso, era torpe para moverse sin calzado, no lo hubiera pensado de la hija predilecta del *hould* Narvjk.

Kyran ordenó a unas criadas asear a la mujer Narvjk y vestirla con ropas adecuadas para ser interrogada por el jefe del lugar. Los indecentes e inadecuados harapos que tenía desde que subiera a la embarcación estaban sucios, manchados, pestilentes al igual que el cuerpo que la poseía, pero eso no podía borrar la altanería y arrogancia de Moirg Narvjk, tampoco su belleza arrebatadora.

Kyran no estaba de acuerdo con la decisión de su padre, pero no opondría objeciones, no era el mejor momento para comenzar disputas internas cuando el ejército del reino estaba en camino a las tierras Vaeroy. Si el plan de su padre daba resultado, la mentira acabaría cuando Harek

estuviera recuperado; si el plan fracasaba, el destino de todo el clan Vaeroy estaba condenado.

Las siervas actuaron con rapidez y precisión, Moira observó el desprecio en sus formas y gestos, la despojaron de los restos de lo que en su día fue ropa, le lavaron el cuerpo y le colocaron una túnica blanca hasta los pies que ajustaron a su cuerpo con cintas de cuero que se entrecruzaban en varios lugares; después de tantas ataduras, le gustó el resultado final. Le calzaron unas sandalias con base de cuero que seguía el mismo procedimiento de adherencia: cintas del mismo material entrelazándose a su pantorrilla, y luego, se dedicaron a su cabeza. Limpiaron sus cabellos y lo peinaron con un cepillo que al pasar dejaba los dientes incrustados en el cuero cabelludo, no tenía el cabello tan largo como presentaban las mujeres que la aseaban, y ellas murmuraban sobre eso. No podía entender las palabras de las mujeres, pero

sus gestos eran elocuentes.

Un hombre ataviado de una imponente túnica de piel marrón y negra, trabajados brazos cubiertos de brazaletes de cuero negro que le envolvían desde las muñecas hasta los codos, parecidos a los que utilizaba el *capitán salvaje*, entró a la estancia seguido de cuatro mujeres elegantes que vestían túnicas iguales a la que le habían colocado. Ellas no vestían ni se movían de la misma manera que lo hacían las mujeres que conoció minutos atrás. Ninguno de los presentes le dirigía la palabra a Moira, en eso, todos coincidían. La cara del hombre que presidía la reunión le resultaba familiar, tenía la sensación de haber visto y hablado con él en otro momento, y estaba segura cuál sería su tono de voz. Las mujeres que la atendieron se retiraron de la habitación, y el *capitán salvaje* se unió a los presentes.

—Moirg Narvjk —dijo, con solemnidad, el

hombre parado frente a ella, y pudo entender que había mencionado el nombre que le adjudicaban —. Estamos ante una situación muy difícil, has embelesado a mi hijo Harek, y eso lo llevó a cometer la locura que podría ser la causa de la destrucción de mi pueblo; no me extraña, eres una mujer muy hermosa.

El hombre hablaba, y Moira entendía solitarias palabras en el discurso. A Kyran no le pasaron desapercibidos los gestos de confusión de la mujer y supo que pretendía actuar de la misma manera que lo había hecho en su primer encuentro. Se acercó a ella y le puso en las manos el trozo de piedra que le permitiría a la mujer Narvjk entender las palabras de su padre. Moira no se negó a sostenerla y a partir de ese momento reconoció al padre de Kyran, *hould* de los Vaeroy, y comprendió horrorizada el destino que le deparaba.

—No queremos comenzar una sangrienta guerra contra los Narvjk, y tampoco contra los clanes aliados al *konungr* de Halogaland, que, enterados del ataque, están llegando a nuestras tierras. Por eso cumpliremos con la voluntad de tu padre de aceptar el matrimonio con mi hijo Kyran. Eso calmará las hostilidades y unirá a los clanes por medio de lazos de sangre.

—Mi padre no pasará por alto el asesinato de sus hombres en ese ataque cometido en tiempos de aparente paz —replicó Moira, recordando las imágenes del asesinato de los hombres que trataban de alejar a Moirg Narvjk de los Vaeroy.

—También he perdido muchos hombres a lo largo de esta inagotable contienda que llevan los Vaeroy y los Narvjk. Dos de mis hermanos perecieron bajo la lanza implacable de tu padre, y en la última escaramuza, el propio Harek ha resultado mal herido por tus propias manos, mujer

—aclaró el *hould* Vaeroy—. Un viejo *hersir* y varios de sus hombres no volvieron de las tierras Narvjk. Por eso, el matrimonio con mi hijo Kyran compensará esas pérdidas y alegrará al *konungr* Sigurd Ingunn de Halogaland.

—No me casaré con un hombre que pertenece al clan que atacó a mi gente —adujo con desesperación, buscando una excusa que impidiera ese matrimonio al menos hasta que apareciera la verdadera mujer Narvjk.

—Tu padre ha ofrecido ese acuerdo, y tú estabas presente en ese acto. Los ataques entre clanes son mucho más viejos que el hombre más anciano de tu clan o el mío, sin embargo, tu padre estuvo de acuerdo con el enlace. Al regresar de su viaje al sur, el *hould* Narvjk encontrará que se ha cumplido con su voluntad y al llegar a las tierras Vaeroy, será recibido como familia.

—¿Qué ha ocurrido con las mujeres de la casa

Narvjk?

—Ninguna mujer ha sufrido heridas. Si mi hijo Harek se ha arriesgado a raptarte, ha sido por el rechazo público del que fue víctima, y por su acto irresponsable se quedará sin aquello que tanto ansía —dijo aludiendo a ella—. Eso será castigo suficiente. Hombres Narvjk o Vaeroy no debían morir, tu desprecio al rechazar a Harek ha sido responsable de esas muertes.

Moira no tenía palabras para refutar el ridículo planteo del *hould* Vaeroy. No conocía esa parte de la historia, miró a Kyran, que permanecía con gesto aburrido a la derecha de su padre, y supo que estaba resignado a cumplir el mandato del jefe del clan. El gigante rubio tenía el cabello arreglado, estaba ataviado con una túnica igual a la de su padre y tenía prolijamente recortada la espesa barba. Con las ropas limpias y sin el gesto ceñudo lanzando amenazas no aparentaba ser el

salvaje que conoció en la embarcación, podía encontrarlo mucho más joven y parecido a Airan Bersé.

No tenía otra opción más que aceptar ese matrimonio que le imponían, no conocía el lugar, no estaba segura en que época se encontraba; si había alguien menos perverso en toda esa situación, ese era Kyran Vaeroy a quien presentía confiable, seguramente, por el parecido a su jefe en la vida a la que estaba dispuesta a volver, o al menos sería asesinada por una mano que le resultaba familiar, eso sería mejor que morir en un tiempo desconocido por otras desconocidas. De todas formas, no había forma de eludir la decisión del *hould* del clan, salvo que tomara una daga y se cortara el cuello ella misma, lo que no sería tan descabellado teniendo en cuenta la realidad incierta que atravesaba.

Mientras Moira hilaba pensamientos inconexos,

Kyran se paró a su lado, y la unión quedó sellada en pocos minutos. El *hould* Vaeroy pronunció unas palabras en las que Moira no se interesó, y al volver su atención al hombre parado ante ella, se daba por terminado el acto.

—Vivirás en esta casa, y cuando tu padre llegue a las tierras Vaeroy, lo recibirás como una de las señoras. Ese día firmaremos el último tratado de paz faltante entre los clanes noruegos que tanto añora el *konungr* de Halogaland —pronunció hacia Moira y luego se volvió hacia su hijo—. Ya sabes lo que debes hacer Kyran, aloja a tu esposa en tus aposentos. Eres responsable de todo lo que la mujer haga en esta casa.

El dictamen de su padre, adjudicándole la absoluta vigilancia de la mujer, resonaron en la cabeza de Kyran. Esa mujer era extraña y peligrosa, los hombres sobrevivientes a la incursión a las tierras Narvjk narraban cómo la

hija del *hould* de Rogaland asesinó a los que la sacaron del escondite y cómo, por muy poco, no asestó un golpe mortal en Harek; solo los rápidos reflejos de su hermano evitaron que la lanza manipulada por Moirg no se ensartara en su corazón. Ninguno pudo explicar a Kyran o al *hould* Hanok Vaeroy cómo la mujer terminó en un islote del Oráculo, un lugar tan lejano de las tierras Vaeroy y mucho más de las tierras Narvjk. Los hombres que regresaron a Hordaland, cargando en su embarcación a Harek moribundo, afirmaban que navegaban muy por delante de la nave que traía a la mujer Narvjk custodiada por los soldados Vaeroy, la noche no les permitió ver el momento en que la nave desaparecía. Después que llegaron a la aldea y dejaron a Harek al cuidado de las mujeres para que intentaran mantenerlo con vida, una cuadrilla salió a buscarlos, pero los hombres encontraron solo dos

cadáveres degollados. Los soldados llegaron a la conclusión que los hombres Narvjk que creían muertos, no lo estaban. Algunos habrían logrado sobrevivir y rescataron a la mujer, pero sus heridas eran profundas y murieron un tiempo después, dejando a la mujer sola, moribunda y a la deriva.

Kyran tenía sus dudas con respecto a la ayuda que supuestamente recibió su flamante esposa, en apariencias. Si le preguntaban a él, diría que la mujer asesinó a todos sus raptos, luego, intentó huir al norte y se perdió en las heladas aguas del océano, y este se encargó de hacerla encallar en aquella isla. Pero nadie daría crédito a esa versión, él tendría que encargarse de descubrir los secretos de la mujer antes que su hermano estuviera en condiciones de hacerse cargo de ella y a los golpes le borrara toda habilidad. Harek, normalmente, era un bruto con las mujeres; si

estaba enojado era brutal, y la mujer Narvjk había despertado su ira, de eso no tenía dudas. A pesar de todo lo que había hecho, sentía pena por el destino que le esperaba a Moirg Narvjk junto a su hermano, pero él no estaba para lamentarse por ella. Cumplió con la orden de su padre, con el que estuvo debatiendo durante tres días los pasos a seguir para no ser aplastados por los ejércitos que estarían acechándolos los próximos meses, y, sobre todo, para no sufrir la ira del *hould* Einnar Narvjk cuando se enterase que su hermano Harek había llevado a cabo las amenazas que gritó en la *thing* de los treinta clanes a pesar que su padre se despidió bajo la promesa de paz entre los clanes. A Kyran solo le quedaba fingir hasta que llegaran las tropas lideradas por el *konungr* de Halogaland, para mostrar que la voluntad del *hould* Narvjk se había cumplido, y luego esperar lo más peligroso, que era el desembarco del

propio Einnar Narvjk en las tierras Hordaland. Recuperado su hermano, podría hacerse cargo de la mujer. Después que todo eso ocurriera, llegaría su libertad y continuaría como había planeado. Con la parte del plan referida a su hermano, Kyran no estaba de acuerdo, objetó ante su padre esa decisión, consideraba que la irresponsabilidad de su hermano debería ser castigada y no premiada otorgándole en bandeja lo que deseaba, pero su padre replicó que había solo dos maneras de impedir que Moirg Narvjk acabara en manos de Harek; la primera era dejársela para él mismo, pero eso estaba fuera de discusión. Kyran no se quedaría con la mujer, en primer lugar, porque había dispuesto su vida sin una mujer atada a él, y en segundo lugar, porque eso le valdría el odio definitivo de Harek y la disolución del clan. La otra alternativa de su padre era para Kyran más tentadora, pero igualmente surgirían los

inevitables conflictos con Harek, ya que debería esperar un tiempo prudencial para llevarla a cabo, debían apaciguarse las aguas primero, y para eso Harek se habría recuperado, por lo tanto, el asesinato de la mujer no era una solución. De lo que Kyran estaba seguro era que nadie le haría cambiar su pensamiento respecto a su destino, no había hombre, mujer ni escritos extraños que le hicieran cambiar su actitud frente a sus obligaciones.

Moira fue guiada por su flamante esposo por largos pasillos oscuros en la gran construcción de piedra, no era muy diferente a los pasillos y a la oscuridad que vivió en la caverna en la que la dejaron los últimos días y hasta temió que el capitán salvaje la estuviese guiando nuevamente hasta ese lugar; justo cuando sus esperanzas de no volver al agujero negro declinaban, el hombre se desvió hacia otro pasillo y abrió una puerta de

madera de grandes bisagras de hierro negro.

—Te quedarás en este lugar —farfulló colérico—. No saldrás de esta habitación bajo ninguna excusa. No me obligues a encadenarte a la pared —enfaticó Kyran.

Moira se había quedado con el trozo de piedra en la mano y podía entender sus amenazas.

—Yo tampoco quería casarme —espetó Moira, a la defensiva—. Es grosero, bruto y parece una bestia. Lléveme hasta el lugar en el que me ha hallado y terminemos con esta farsa.

Kyran parecía no escuchar las palabras de Moira mientras hablaba. Él miraba las disposiciones de la habitación, se acercó a la cama gigante cubierta de pieles y sacó de un costado un arcón de madera repleto de las armas más aterradoras que Moira jamás había visto. Sin esfuerzo, arrastró el pesado baúl hasta otra puerta que se abría a un costado y lo metió dentro. Moira

pudo reconocer hachas, espadas, lanzas, mortales bola de hierro con púas que pendían de una cadena con mango de madera, cascos de hierro que cubrían la cara de los hombres dejando solo la abertura de los ojos y la boca, y otras armas que no sabía reconocer pero que eran tan mortales y macabras como las que sí reconocía, y el miedo la embargó por primera vez desde que pisó aquella extraña tierra.

—No soy la mujer que creen, la guerra es inevitable. Esa mujer de la que hablan debe estar en otro lado, deberían estar buscándola si desean complacer a su padre —dijo, intentando llamar la atención del hombre, con la voz tan temblorosa que ella misma no sabía si era fingida o con miedo real.

—Ya he visto lo astuta que eres, mujer, intentas confundir con tus palabras. A mi padre le hablabas del ataque sufrido por tu gente, preguntabas por tus

mujeres y sabías el destino de Kodran Narvjk. No te molestes en seguir enredándome, no podrás conmigo, y tus habilidades con las armas no te servirán si no las tienes en las manos.

—No podría levantar una de esas, mucho menos atacar con ella.

—No es lo que dicen los hombres que te vieron asesinar a los soldados Vaeroy y herir a mi hermano.

—¡No soy esa mujer! —gritó histérica.

—No levantes la voz, mujer, y deja de tomarme como un idiota. Todos te conocen, Moirg Narvjk —dijo acercándose, bajando la cabeza hasta casi pegar su nariz con la de Moira—. Te quedarás en este lugar —ordenó y salió del cuarto cerrando con fuerza la pesada puerta.

Moira escuchó como el hombre trababa la puerta desde afuera y luego los pasos que se alejaban por el pasillo oscuro; se relajó al

quedarse sola. Ya no estaba en el tugurio, oscuro, mojado y maloliente del que la habían sacado hacía apenas horas y, además, no se concretó el ataque brutal que esperaba como consumación del matrimonio con el salvaje. Caminó hasta la cama, se sentó sobre las pieles y estudió el lugar, allí tampoco había ventanas. Un hogar más pequeño del que había en la sala ocupaba una porción de pared, estaba apagado, y el lugar, tan frío como una cueva; al menos allí podía cubrirse con las pieles. Las paredes desnudas mostraban las grises piedras y las uniones entre ellas, una mesa de troncos unidos y cuatro sillas estaban regadas por el lugar. Divisó otros dos baúles en el rincón más retirado de la chimenea y caminó hacia ellos para inspeccionarlos, si tenía suerte, encontraría más armas allí con las que poder exterminar a todos los Vaeroy. Después de ese pensamiento, se asustó, sus personalidades se mezclaban. ¿Ella no podría

empuñar un arma, o sí? Comenzaba a creer que no estaba soñando la más horrorosa de las pesadillas, sino que se había vuelto loca. Sacudió la cabeza, nada tenía sentido. Abrió la tapa de madera y encontró túnicas, chalecos, pieles, trozos de cuero de animal, lazos, tiras de cuero, lo que parecían ser medias de piel, entre otras prendas no identificables. Al parecer, era el armario del salvaje. Sacó una prenda que le llamó la atención y la observó maravillada, era un sobretodo de terciopelo negro con piedras preciosas incrustadas a un lado, y del otro, un bello escudo bordado con hilos brillantes, el diseño era de dos lanzas cruzadas sobre los acantilados y el mar; debajo, otros pequeños bordados que parecían ser semillas diseminadas en la base. Era una prenda pesada, Moira la estaba bajando para seguir con la inspección cuando la puerta se abrió de golpe y pegó un respingo tomando involuntariamente la

piedra que había dejado apoyada sobre el otro baúl.

—No encontrarás armas en ese lugar, no hay ninguna a tu alcance, mujer.

—No buscaba armas.

—No te creo —arremetió con brusquedad—. No creeré nada de lo que digas, mujer, no confío en ti y tú tampoco me agradas en absoluto —agregó, demostrándole a Moira que siempre estuvo atento a sus palabras—. Si por mí fuera, estarías en el fondo del mar. Solo mi padre te quiere viva, no desafíes a tu suerte —le advirtió, dejándole en claro que el hombre era más salvaje de lo que pensaba y tendría que andar con cuidado si quería mantenerse con vida—. Aquí tienes comida, engúllela, no me obligues a hacértela tragar.

—Comeré luego.

—¡Ahora, mujer! —le ordenó y llegó hasta ella para tomarla del brazo y hacerla caminar hasta la

mesa en la que apoyó la comida.

Kyran estaba al tanto del tratamiento que recibió la mujer mientras estuvo en la fosa y sabía que le llevaron comida una sola vez, por orden suya, y que durante el viaje hasta Hordaland no había probado bocado. Si quería que el *konungr* Sigurd Ingunn la encontrara con vida, debía hacerle comer.

Con la misma furia con la que extendió el brazo para atraparla, lo retiró al sentir la descarga de energía salir del cuerpo de la mujer. Los dos se quedaron parados uno enfrente del otro, observándose con furia. Kyran miraba las manos de Moira y le arrebató la piedra.

—¿Qué has hecho? —preguntó, rojo de ira.

—No entiendo lo que dice si no tengo eso —respondió Moira señalando la piedra.

—Será mejor que comiences a responder cuando te pregunto, mujer. Nadie acudirá en tu

ayuda si comienzo a castigarte.

—Diga lo que quiera, no puedo entender —dijo Moira, y se alejó de Kyran dándole la espalda.

—¡Mujer! —rugió Kyran e intentó colocarle las manos sobre el hombro desnudo, la energía que se desprendió del cuerpo de Moira fue mucho mayor a la anterior, igual que la furia que lo embargaba —. ¡Te mataré, hechicera! —vociferó enajenado.

Moira, de espaldas, lo oyó maldecir y supo que amenazaba con hacerle daño, se dio vuelta cuando levantaba la mano para descargar el golpe sobre su cabeza, y sus ojos lo fulminaron con una mirada azul que paralizó el movimiento de Kyran.

—¡No puede ser! —gritó, indignado por el descubrimiento, y detuvo el golpe.

—¡Claro que sí, bastardo! ¿Cómo crees que hubiera podido asesinar a todos tus hombres de otra manera? —dijo Moira igual de furiosa que Kyran.

—Oigo que recordaste el idioma, mujer — advirtió con una sonrisa en los labios—. No podrás fingir otra vez que no puedes entenderme —agregó, abandonando el enojo.

—Ya sabes que no puedes hacerme daño —dijo Moira y cayó desvanecida.

Kyran evitó que golpeará contra el suelo tomándola en brazos; con suavidad, la depositó en la cama y se quedó examinándola, lo que acaba de descubrir era más valioso que encontrar un tesoro perdido. Moirg Narvjk era un guerrero de Odín, era un *berserker* al igual que él. Era imposible que su padre hubiera pactado con Odín para que recibiera sus favores, si tenía esos dones, solo se podía explicar mediante la herencia de sangre, y eso le anunciaba que no solo los hijos varones heredaban el honor de pertenecer al ejército de Odín, también las mujeres lo recibían. Encontró la explicación de por qué nunca habían derrotado al

ejército Narvjk. Einnar Narvjk era otro *berserker*. Eso complicaba absolutamente todo, los *berserkers* no podían matarse entre ellos.

Kyran miraba la cara plácida de Moirg con los ojos cerrados y la boca entreabierta, y su deseo crecía endureciendo su cuerpo, volviendo doloroso cualquier movimiento. Si no salía del cuarto en ese instante, cometería una locura, debía dejar a la mujer y descargar la lujuria que lo consumía con la primera mujer que se cruzara en su camino. Sin volver a mirarla, abandonó la habitación y salió presuroso a buscar a la criada que mejor lo satisfacía; no tardó mucho en encontrarla y sin esperar a estar en un lugar privado le levantó la túnica con desesperación y la penetró antes de que la mujer pudiera pronunciar una palabra. La sometió contra la pared del frío pasillo por casi media hora; la criada lanzaba chillidos de placer con cada embestida, eso en vez

de estimular su deseo, le fastidiaba. Cansado de escuchar los alaridos de la mujer, la abandonó y fue en búsqueda de otra. Su derrotero sexual pasó por cinco mujeres antes de dar el paso final hacia la frustración.

Dos horas después de dejar a Moirg sola en el cuarto y de intentar descargar sus necesidades sexuales con alguna hembra sin poder conseguirlo, a los gritos, reunió a sus hombres en el campo de entrenamiento y comenzó una de las prácticas de luchas más violenta y brutal a la que hubiera sometido a sus hombres en todo el tiempo que llevaba como *hersir* del ejército Vaeroy.

Al despertar, a Moira le costó varios minutos orientarse, olvidó que ya no estaba en la cueva. La falta de luz en la habitación no ayudaba a recordar adonde terminó ese día, se sentó en la cama, el mullido y tibio nido le restituyó la memoria y, una

vez que lo hizo, otros recuerdos surgieron al mismo tiempo, apabullándola: la reunión con los padres de Kyran, su casamiento con él, las amenazas de su flamante esposo y luego la electricidad que surgió cuando él quiso tocarla; eso había provocado que se desmayara. Nada recordaba de la confesión, ignoraba que poseía esa fuerza, la situación se ocultó en algún rincón escondido de su memoria. Para ella, el desmayo lo provocó la energía liberada ante el contacto directo de las manos de Kyran con su piel, el estrés que padecía y la falta de alimentos. Eso le recordó que Kyran intentó solucionar el último motivo de su desvanecimiento, la habitación era una cámara de frío, pero no impidió que saliera de la cama para hallar la comida, tanteó con las manos y los pies hacia la dirección en la que estaba la mesa y no le costó mucho tiempo encontrarla, pero sí varios tropezones y un golpe

en la rodilla con una de las sillas de troncos. Olía de maravillas. No necesitó de la luz para meterse grandes trozos de comida en la boca, no le importaba lo que ingería mientras su gusto fuese medianamente aceptable, y para ser honesta, Moira debía admitir que todo era delicioso. Una carne muy tierna que se desintegraba ni bien se la metía en la boca era de lo más sabroso. Después, reconoció el sabor a pescado y pan de avena. La oscuridad le permitía comer aglutinándose la boca con las manos, nunca comió de esa manera, no al menos desde que había dejado los pañales, y realmente le resultaba placentero. Al terminar, buscó en el baúl de ropas de Kyran y dejando de lado el bello sobretodo de terciopelo que reconoció al tacto, tomó una de las túnicas que reposaban en un costado y se limpió las manos y la cara, luego volvió a guardarla en el mismo lugar sin ningún cuidado.

Satisfecha su necesidad más urgente, una nueva comenzaba a tomar importancia, había prestado atención a las disposiciones del cuarto, y salvo la puerta del pequeño cuartucho en el que el *capitán salvaje* había guardado el baúl con las armas, no había otra puerta que no fuera la que daba al pasillo. Aquejada por la necesidad de usar un baño, intentó abrir la pesada puerta y en eso estaba cuando un empujón seguido de una antorcha le cegó los ojos.

—¿Intentando escapar, mujer? —preguntó Kyran, apartando la luminaria hacia un costado.

—Necesito ir al baño —balbuceó, temblando de frío.

—¡Contéstame con nuestra lengua, mujer!

Otra vez las trabas en la comunicación impedían que se entendieran, Moira se volteó buscando la piedra, le pareció haberse tropezado con ella en su camino hasta la mesa y se agachó

tanteando el piso. Kyran la siguió con la antorcha e iluminó lo que buscaba.

—Necesito ir al sanitario con urgencia —apremió con desesperación.

—¿Adónde? Tú no saldrás de aquí.

—Necesito ir...—gritó y se cruzó de piernas para detener el chorro que escapaba por su entrepierna.

Kyran entendió la necesidad de la mujer y después de colocar la antorcha en un soporte de hierro en la pared, retiró debajo de la cama una bacinilla muy rústica.

—Aquí tienes lo que necesitas.

—¿Tengo que hacerlo en esto? —preguntó horrorizada, mirando el sucio pero al menos vacío recipiente.

—Sí —afirmó Kyran categóricamente.

—No puedo si está mirando.

Las costumbres poco habituales de la mujer desquiciaban a Kyran, pero no dijo nada cuando abandonó el cuarto. La mujer Narvjk estaba por hacerse encima y no quería presenciar un espectáculo tan humillante, si lo pensaba bien, lo merecía por arrogante.

Se quedó sola, Moira miró con asco el recipiente que el *capitán salvaje* había ofrecido, pero lo usó y por primera vez lloró a causa de su penosa situación. Aliviada de sus necesidades básicas, en poco tiempo la angustia desapareció, y con el frío congelándole los huesos, se metió en la cama a jugar con la piedra, esperando que Kyran apareciera. La espera no fue larga, él entró a los pocos minutos, y Moira se sobresaltó al ver las decenas de cortaduras, moretones y raspones en todo su cuerpo. Sus gruesos brazos sangraban en varios sitios y tenía despellejadas las rodillas, un violáceo tono le cubría parte del labio inferior

y el mentón; en la apremiante necesidad de unos momentos atrás, no notó la larga lista de lesiones que Kyran agregó a su cuerpo en una sola tarde, parecía como si se hubiera metido en una jaula con decenas de gatos salvajes y hambrientos. Lo notorio en ese momento era que se había dado un baño, el hombre chorreaba agua de sus cabellos y se había cambiado de ropa.

Con rapidez, Kyran cruzó la habitación de lado a lado y, sin decir nada, se acuclilló frente a la hoguera pegada a la pared y en poco tiempo tuvo listo un fuego reconfortante; se quedó allí parado por varios minutos, parecía meditar.

Kyran estaba frente a un gran dilema, la mujer estaba destinada a ser la esposa de su hermano Harek, pero el descubrimiento de esa tarde lo hacía imposible, su hermano no sobreviviría un día con la mujer si ella no deseaba que lo hiciera. Exceptuando a su familia, nadie en la casa sabía

que Moirg se quedaba en ese cuarto porque simularon una boda. A todos, incluyendo a su guardia personal, se informó que la prisionera se quedaría en la casa por razones de seguridad y para mantenerla con vida hasta que Harek estuviera en condiciones de hacerse cargo como esposo. Lo más difícil de llevar adelante para Kyran era hacerle creer a Moirg que era realmente su esposo sin tocarla. Era ella quien debería convencer al ejército del *konungr* de Halogaland, y sobre todo a su padre, de que su voluntad se había cumplido y, además, estaba conforme con la situación. De esa manera, se sellaría el pacto de amistad entre las familias y concluirían las constantes, agotadoras e inútiles luchas. Pensarlo era fácil, llevar a cabo la ardua tarea de dormir en el lecho junto a la mujer y fingir desprecio para no consumar la unión era algo totalmente distinto.

—¡Duerme, mujer! —vociferó malhumorado.

Moira sintió escalofríos al escuchar las palabras rudas del capitán salvaje, era un hombre muy grande. Ella no era virgen, pero si la trataba con violencia durante el acto sexual, que juzgaba inevitable, podría lastimarla severamente. Lo que tenía claro era que no opondría resistencia, no tenía oportunidad ante Kyran Vaeroy si quería tomarla, y dado los hechos, era algo que estaba destinado a ocurrir, y si lo pensaba fríamente, tener al gigante jefe de los soldados Vaeroy de su lado era mucho más inteligente que luchar contra él para que la lanzara a la cueva sucia, oscura y llena de sabandijas que en poco tiempo acabarían con su vida, se comerían su cuerpo y nadie nunca sabría lo que había ocurrido con ella. La imagen de toda su familia y la bella casa de Buenos Aires cruzaron por su cabeza. ¿Cómo estarían sus padres? Con lágrimas por el recuerdo, se terminó de acomodar en la cama y se cubrió con un

cobertor fino de piel.

Kyran vio los ojos brillantes de la mujer, que estaban de un azul en calma inundados de lágrimas, y creyó que tenía miedo. Un *berserker* jamás lo demostraba, ni en las peores situaciones, sin embargo, la mujer estaba a punto de derramar una lágrima. Algunas de sus dudas se despejaron ante lo que estaba pasando. A él le ocurrió lo mismo cuando Odín le concedió la gracia, los primeros meses fueron muy difíciles, no sabía lo que le ocurría y a menudo la furia de Odín lo inundaba y luego no recordaba nada de lo hecho mientras estuvo bajo su influencia. Era necesario aprender a controlar la fuerza, pero eso llevaba tiempo y, al parecer, Moirg Narvjk no lo había conseguido aún y hasta dudaba que supiera lo que estaba pasando. La muchacha acababa de cumplir los dieciocho años, Odín no usaba niños en su ejército. Parte del comportamiento de Moirg

Narvjk comenzaba a ser entendido por Kyran, quien se dedicaría a saber si la mujer era consciente de sus actos. Lo que no entendía era por qué insistía en no conocer la lengua que hablaban todos los guerreros de Lochlann y solo la interpretaba cuando tenía ese pedazo de roca con aquella extraña escritura en la mano.

Capítulo IX

La noche era un infierno para Kyran, no pudo permanecer más de una hora junto a la mujer antes de sentir un deseo calcinante que lo hizo levantarse exaltado de la cama y salir disparado del cuarto para enfriarse en la tormenta de nieve y viento que doblaba los delgados pinos hasta que la punta tocaba el manto de nieve. Regresó en el instante exacto en que su cuerpo comenzaba a congelarse y la mujer ya estaba dormida. Intentó pegar los ojos para obligarse a descansar después de un día de feroz entrenamiento junto a sus hombres, pero el sueño no llegaba. El dulce aroma del cuerpo de la mujer le sofocaba las fosas nasales, y su miembro se encabritaba endurecido y doloroso.

Moira fingía dormir a su regreso, lo sentía revolverse de uno a otro lado en la gran cama que favorecía el mantener los cuerpos distantes. Ella tampoco podía dormir, expectante de lo que haría su flamante esposo que no le dirigía la palabra. El momento de la consumación no llegó como esperaba y juzgando la actitud del gigante, podía asegurar que el matrimonio forzado lo irritaba tanto como a ella, ese era un punto a su favor, si trataba bien al capitán salvaje y, además, conseguía que la relación no pasara de una mera cuestión formal para evitar el enfrentamiento con los soldados que se acercaban para castigar al clan por el ataque a la familia de la mujer con quien la confundían, podría regresar a su vida sin consecuencias indeseables y, sin traumas mayores. El gigante rubio que la amenazaba constantemente y la trataba con desprecio era la única persona que podía ayudarla a regresar a su tiempo, y debía

ganarse su confianza para que ocurriera. Ese hombre, ni ningún otro, jamás creerían su historia de no pertenecer a ese tiempo que de la nada e inexplicablemente apareció en esa época de la que todavía nada sabía, su solitaria alternativa era conciliar relaciones con el hombre que estaba acostado a su lado para saber exactamente dónde y a qué tiempo fue a parar. Sueño, pesadilla o realidad peculiar, Moira no dudaba que el mundo en el cual se había sumergido no transitaba los primeros años del siglo veintiuno.

—*Hersir* Vaeroy —lo nombró con suavidad, volteándose hacia Kyran—. Sé que no comenzamos bien esta relación, pero podemos llegar a un acuerdo —propuso con timidez y no obtuvo ninguna respuesta—. Sé que no le agrado y que su padre lo ha obligado a aceptarme como esposa para evitar la guerra con los hombres del rey, con los Narvjk y con el resto de los clanes

aliados. Sé que la paz o la guerra depende de lo que diga en el momento que todos estemos cara a cara.

Moira esperaba respuestas del Vaeroy, pero se mantenía en un obtuso silencio, y eso no concordaba con la nueva relación que estaba proponiéndole. Según el padre de su esposo, muchos Vaeroy perdieron la vida en la incursión que llevaron a cabo a la tierra de los Narvjk, y muchos otros, en las tantas luchas que libraron a lo largo de la enemistad que comenzó siglos atrás. Moira calculaba que lo propio había ocurrido con los hombres Narvjk, por eso volvió a intentar palabras conciliadoras, aludiendo a los muertos de ambos bandos.

—Hombres Vaeroy y hombres Narvjk han muerto por los incesantes enfrentamientos. Me apena el pasado y lo siento, pero ya nada podemos hacer por los muertos; solo, tratar de proteger a

los vivos y que cesen las hostilidades entre los pueblos. Que deje de correr la sangre de los hombres de Lochlann —aclamó con su mejor oratoria, apelando al lugar de origen de los pueblos tal como se lo escuchó decir a él.

Kyran seguía inmerso en el silencio, Moira llegó a pensar que se había quedado dormido, y la ira amenazó con salir en forma de grito para despertar al desgraciado que no se había quedado un segundo quieto y que, cuando comenzó a hablar, utilizó sus palabras como canción de cuna, y todo el esfuerzo por ser amigable con el capitán salvaje cayó en saco roto. Reprimió el impulso de sacudirlo hasta que despertara y con brusquedad se volteó para volver a darle la espalda, enojada y frustrada por la falta de resultados en su propósito pacificador.

—Estoy de acuerdo —aceptó él mucho tiempo después. Moira ya había dado a sus intenciones la

calificación de totalmente inútiles.

—Obedeceré la orden de quedarme en este lugar y aceptaré ser una esposa nominal si recibo un trato acorde a mi condición —dijo, volviéndose hacia Kyran, que no se había movido, pero que abrió los ojos.

—¿Esposa nominal? ¿Qué es eso?

—Una esposa en apariencias, fiel y contenta.

Kyran sabía que esa era la única condición que existía, pero oírlo de la boca de la mujer no hacía otra cosa que acrecentar su deseo, ¿Cómo podía llamarla esposa, convivir con ella como tal, pero no poder gozar de ese cuerpo que lo atormentaba? Una nueva alternativa se abrió camino en su cabeza y se dijo que la idea de Moirg era muy razonable, si ella se mostraba más amigable y cesaban las hostilidades entre ellos; esa nueva situación haría que su deseo arrollador mermara por el simple hecho de dejar de pelear, y en él no

despertaría el apetito sexual, voraz y exacerbado que lo dominaba cuando la ira invocaba los poderes de Odín.

—Al amanecer, comenzaremos de nuevo —afirmó y le dio la espalda preso de un sueño pesado que llegó después de apagarse con brusquedad su sed sexual.

—Hasta el amanecer —se despidió, suspirando por el nuevo giro que comenzaba a dar esa experiencia, y, bostezando, también le dio la espalda a Kyran para entrar en un sueño tranquilo.

El despertar trajo consigo una calma como hacía mucho tiempo Moira no sentía, estaba segura que el acuerdo con Kyran Vaeroy traería muchas respuestas a sus interrogantes y también a parte de la solución que le permitiría regresar a su tiempo. Tenía que haber un nexo entre su tiempo y el de Kyran, y otro entre las tierras en las cuales desapareció con las tierras donde fue hallada, pero

solo estando en buenos términos con la gente de ese lugar podría conseguir respuestas. Esa mañana, una pequeña luz comenzó a alumbrar en aquel oscuro laberinto en el que entró su vida.

Kyran no estaba cuando Moira despertó y salió de la cama, el cuarto estaba aseado, y la bacinilla, limpia. Las criadas de la casa hicieron su trabajo en silencio y rapidez en la habitación en la que se encontraba la mujer Narvjk, le temían. La noticia que le adjudicaba la herida que casi lleva a Harek a la tumba, dejó perplejas a la mayoría de las mujeres, conocían al hijo menor del amo y sabían lo diestro y hábil que era con las armas y en las batallas. Solo su hermano Kyran era capaz de vencerlo en combate. Todas aseguraban que el hijo del *hould* Hanok Vaeroy vengaría esa humillación, con el sufrimiento perpetuo de la mujer, al recuperar la fortaleza de su cuerpo. Las criadas y esclavas destinadas a atender los aposentos que

ocupaba Kyran y su huésped tenían prohibido hablar con la mujer o responder a sus preguntas, también estaban alertadas que tenían que avisar a cualquiera de los soldados si veían a la mujer afuera de la habitación en la que el *hersir* Kyran Vaeroy la destinó para su completa y estricta vigilancia. Las criadas dejaron dos jarros con agua limpia y un trozo de paño prolijamente doblado e impecable que, al extenderlo, era igual a la túnica que dejaron el día anterior, además de un bello y largo trozo de seda azul. Después de asearse como podía con los elementos que tenía a mano, estudió la túnica; la tela era suave y brillante, nunca había visto nada parecido en las tiendas de Gijón. Supuso que con el lazo de seda tendría que seguir las mismas formas que las criadas dieron a la tira de cuero el día de su boda y dedicó buena parte de la mañana a tratar de sujetar la túnica. Cansada de intentarlo, se sentó en la cama, furiosa. Nada daba

resultado, lo único que conseguía era parecer una salchicha mal atada. Se enredaba en la seda y arrugaba el lienzo, pero no lograba armonizar los géneros. Harta de luchar contra su falta de creatividad a la hora de inventar diseños, se quitó la túnica y, desnuda, se dejó caer sobre las pieles. Kyran entró después de su dimisión con la prenda y la encontró echada en la cama sin tender.

—No debes estar todo el día durmiendo, mujer —la amonestó después de recuperar el habla y le dio la espalda antes que su deseo dominara su voluntad, colocó demasiada leña en una hoguera que no necesitaba ser alimentada, y el calor se unió al que con mayor intensidad desprendía su cuerpo para acrecentar su tormento.

Moira se levantó con rapidez, se colocó la túnica que había quedado tirada a un costado y tomó la piedra, Kyran parecía de buen humor ese día.

—No puedo colocar este lazo como corresponde —dijo, enseñándole la seda azul y justificando su desnudez usando un trato familiar en el diálogo como no lo había hecho hasta entonces—. Necesito a una de las mujeres para que me enseñe a poner esto correctamente.

—¿No sabes vestirme sola, mujer? —preguntó, sorprendido, Kyran.

—Nunca lo he hecho, en la casa Narvjk hay muchas criadas —contestó Moira varios segundos después de pensar una respuesta que no la hiciera quedar como idiota.

—Ya veo. Enviaré una criada, luego, saldrás de la habitación para dirigirte a la sala. Hoy compartirás los alimentos con mi familia.

Kyran llegó a la habitación para llevarla hasta la sala dónde la familia se reuniría para el almuerzo; dado lo ocurrido, primero tendría que salir al viento helado para aplacar el fuego que

corría por sus venas antes de presentarse con su padre. Quedarse a ayudar con la ropa no era conveniente en su estado.

—¿Qué ha ocurrido, hijo? ¿Dónde está la mujer?

—Tuvo un problema con la ropa, he enviado a una criada para que la ayude.

—Eso es, Kyran, debes mantener satisfecha a esa perra hasta que su padre llegue y compruebe lo bien que la tratan los Vaeroy —dijo Hanok, relamiéndose de lo astuto que se sentía ideando ese plan que estaba seguro que daría los resultados que deseaba—. Llévale telas para que pueda hacerse vestidos y no se aburra con el encierro. Regálale algunas joyas y procura pasar tiempo con ella, trátala bien. El ejército que moviliza el *konungr* de Halogaland está a cinco días de aquí, solo el clima los está demorando, y eso enfurecerá todavía más al ejército de aliados.

—Haré lo que ordenas, padre —convino—.
¿Cómo despertó Harek esta mañana?

—Tu madre dice que la fiebre ha vuelto con fuerza, está muy débil —informó su padre—, pero no dejaremos de aprovechar esa situación, el *konungr* de Halogaland en persona verá cómo ha quedado Harek después de visitar las tierras Narvjk. Él no puede ser muy duro con la acusación, ha raptado a una de sus cuatro esposas, además, sabrá que el castigo que se le ha impuesto a Harek fue prohibirle a la mujer.

—La mujer Narvjk será la esposa más feliz de Lochlann cuando llegue el *konungr* de Halogaland, padre.

—Así se habla, hijo.

Padre e hijo se acercaron a la mesa de los soldados que quedaba del otro lado de la hoguera central, ambos querían recordar con su presencia la advertencia de que cualquier acto de desagravio

hacia la mujer sería castigado con dureza. Los hombres apenas conversaban en murmullos, sabían que ese día Harek había empeorado y transitaba la cornisa que separaba los vivos de los muertos; además, un gran ejército se acercaba sin desviaciones y con paso firme para atacar Hordaland, todo gracias a la mujer que estaba en esa casa y que ese día compartiría la comida con ellos. Al ser informados sobre la presencia de Narvjk, la guardia personal de Kyran se había negado a asistir a la comida en la casa, pero, obligados por su *hersir*, no tuvieron más alternativa que estar presentes, y el ambiente era pura tensión antes de la llegada de la mujer.

Los murmullos cesaron, y todas las miradas se dirigieron hacia el lugar por el que se hacía presente la mujer guiada por el custodio de la puerta de la habitación que ocupaba. Kyran se alejó de la mesa de los soldados para salir al

encuentro de Moirg, que aparecía por uno de los pasillos que convergían en la sala, la tomó del brazo y la llevó hasta la mesa donde estaba su madre junto a sus hermanas y otras mujeres de la familia. Su padre se acomodó en su sitio habitual y que presidía; a su izquierda, el espacio quedaba vacío. Kyran ayudó a Moirg a ubicarse en el lugar asignado y fue a ocupar su lugar a la derecha de su padre. Moira daba la espalda a la mesa de los soldados, por eso no podía ver las miradas, mezcla rara de lujuria y furia, lanzadas hacia ella, pero sí era testigo del menosprecio de todas las mujeres presentes en la mesa. Sus vecinas de mesa eran: a un lado, una de las hermanas presentes en la boda, y del otro, una mujer mayor, que Moira presumía pesaba más de cien kilos, que se volcaban hacia ella y la obligaba a pegarse a la hermana de Kyran, que emitía claros y sonoros resoplidos de fastidio y, a su vez, también se

corría para no pegarse a su cuerpo y murmuraba bajito con la mujer contigua.

Apenas probó bocado en la comida más incómoda que tuvo en la vida.

Kyran miró todos los movimientos de Moirg, a pesar de la descortesía de todos los que estaban en la mesa, ella no devolvía la mirada insultante, bajaba la vista o la enfocaba hacia él. La mujer estaba distinta esa tarde, sin tener la cara enfurruñada o roja de ira era mucho más bella; la criada había hecho un buen trabajo con el lazo de seda azul, estaba diferente a todas las demás. Una parte de la seda le cruzaba por el cuello y resaltaba el blanco cremoso de la piel y lo esbelto y elegante de sus formas. El pelo de Moirg no tenía arreglo, era extremadamente corto en la parte delantera y absolutamente caótico en su parte posterior, que le pasaba los hombros; era como si lo hubiese hacheado un leñador, ninguna mujer se

atreví a llevarlo de esa manera sin cubrirse la cabeza, pero ella lo hacía, y los mechones delanteros que terminaban bajo el mentón enmarcaban el rostro y lo hacían ver más bello si eso era posible.

Concluido el almuerzo, Kyran se levantó y tomó a la mujer para llevarla hasta la habitación, ese primer encuentro con la gente Vaeroy había salido según lo planeado; los hombres creían que se trataba de una cautiva con privilegios, y Moirg, que pertenecía a la familia como esposa de Kyran. Algo en la actitud de Moirg incomodaba a Kyran, pero pensó que con lo tenso de la velada ella dejaría pasar por alto el detalle de las llaves para no agregar más tensión al asunto, pero estaba seguro que registró en su memoria ese descuido de su parte. Ninguna mujer casada dejaba de colgar en sus faldas el llavero que la identificaba como tal. Recordando el pacto de paz entre ellos la

madrugada anterior, Kyran conjeturaba que el reclamo sería de forma amigable, pero no dejaría de notárselo ni bien estuvieran solos en la habitación, y eso traería consigo una nueva complicación.

—Todos en esta casa me odian —afirmó Moira, enfrentándose a Kyran cuando la puerta de la habitación se cerró.

—Mi hermano ha empeorado, y su vida peligra otra vez.

—No es mi culpa.

—Tú lo has herido.

—Atacó a mi gente.

—Ya no es tu gente, ahora lo son los Vaeroy, y hasta que no demuestres que formas parte de ellos, seguirán viéndote como enemiga.

—Nunca dejarán de odiarme, presumo que no verían con malos ojos si desapareciera de este lugar y quedaras viudo.

—En eso tienes razón, por eso no puedes moverte de esta habitación.

—¿Por qué no me dejas ir y ya?

—¿Olvidas que un ejército de más de mil hombres se acerca para hacer justicia por el ataque y para saber de ti?

—¿Y luego qué?

—Tendremos que esperar la visita de tu padre con sus hombres.

—¿Y cuándo ya nadie venga por mí?

—¿A dónde irías? —preguntó Kyran, solo por curiosidad.

—Al norte.

—No sobrevivirás en el norte, los inviernos son mucho más rudos allá, y tú ni siquiera sabes vestirte sola —reclamó Kyran con ironía, sabiendo que Moirg era capaz de sobrevivir a cualquier situación, aunque ella todavía no lo sabía.

—¿Cómo mi padre pudo entregarme en matrimonio a un hombre de gente enemiga? — preguntó en un susurro, pero la pregunta no era dirigida a Kyran, no entendía la decisión del *hould* Narvjk.

—¿No recuerdas lo qué pasó?

—¡No! —negó, era mucho más sencillo que explicar que no había estado presente en esa *thing*, como él llamaba a lo que parecía una asamblea; no le quedaban ganas de explicarle al gigante que ella no era la persona que él pensaba.

—Yo rechacé ese matrimonio.

—Por eso, mi padre me ofreció a tu hermano — interrumpió Moira, comenzando a indignarse con las costumbres de la época.

—No, tu padre quería que tú fueras la esposa del heredero al título de *hould* Vaeroy, y ese no soy yo, es mi hermano Harek, por eso rechacé el matrimonio —comentó Kyran con absoluta

paciencia—. Tu padre rechazó a Harek por no ser el primogénito, y tú apoyaste esa decisión. Ofreció a tu hermana, como segunda hija, para esposa del segundo hijo del *hould* Vaeroy. ¿Cómo no puedes recordar el escándalo que se armó?

—¿Por qué no serás el heredero del título de tu padre? —preguntó Moirg con inquietud.

—Eso a ti no te concierne, mujer.

—Eres mi esposo, tendría que saberlo.

—No daré explicaciones, solo te recuerdo lo ocurrido. Al parecer, tienes una mente débil — señaló con ironía.

—No recuerdo nada —afirmó Moira, validando con una sonrisa sardónica las palabras de Kyran.

—Resentido con el rechazo, Harek decidió raptarte.

—¿Por qué no a mi hermana?

—Piensa que eres más deseable que tu hermana

Halldora.

—Halldora... —repitió Moira con voz tenue y se quedó mirando unos troncos en la pared. La risa fresca de una joven rubia, de ojos verde transparentes y palabras suaves apareció en su cabeza, esa niña jamás habría sobrevivido todo lo que ella soportó si el hermano de Kyran la hubiese raptado en su lugar. Halldora estaba enferma, y su corazón le decía que no que viviría por mucho tiempo más.

—Debo ir con mis hombres —dijo Kyran al ver que la mujer se quedaba pensando en otra cosa y la conversación se interrumpía.

—¿Qué haré aquí toda la tarde?

—Descansa.

—No estoy cansada.

—Entonces, puedes ordenar el lecho donde duermes.

—¿Qué hacen las mujeres del clan?

—Lo mismo que las mujeres de todos los demás clanes de Lochlann.

—Quiero hacer lo mismo.

—Hoy no. Te traeré algo para que ocupes tu tiempo, mujer —ofreció y salió del cuarto.

Su padre tenía razón, debía mantener a la mujer ocupada para que no se convirtiera en un estorbo, le llevaría algunas telas, hilos, pieles y cueros para que trabajara en su vestuario, eso la mantendría tranquila los próximos días y podría seguir con sus actividades diarias sin tener que pensar en la manera de entretener y mantener complacida a la mujer Narvjk.

Kyran estaba volviendo con varios rollos de tela, hilos y lo demás necesario para que Moirg pudiera comenzar los trabajos de costuras cuando Asgueir lo interceptó en su camino.

—*Hersir* Vaeroy —dijo el soldado de la guardia personal de Kyran casi sin aliento—.

Descubrimos dos espías Narvjk en los acantilados.

—¿Qué hicieron con ellos?

—Los apresamos, *hersir*. Steinn me ha enviado a informarle.

—Buen trabajo, Asgueir, sigue con la vigilancia de las costas, me haré cargo de los hombres Narvjk.

Kyran dejó el bulto que tenía en los brazos en una mesa en un rincón del pasillo y salió delante de su hombre para conocer a los Narvjk que se habían arriesgado a entrar a Hordaland sin invitación. Cruzó el patio de entrenamiento y allí interceptó a cuatro soldados que empujaban a dos hombres que tenían las manos atadas a la espalda.

—¡Desatadlos! —ordenó—. ¿Estaban armados? —preguntó Kyran.

—No encontramos armas junto a los hombres, varios soldados bajaron a la playa para buscar alguna que hubieran dejado allí —dijo Steinn, el

segundo a cargo de los soldados.

—Gunnar, ve en busca de mi padre, está con Harek.

—Sí, mi *hersir* —contestó el joven soldado.

—¿*Hersir*, los llevará a la casa?—preguntó Finn.

—Lo decidirá mi padre —afirmó al tiempo que inspeccionaba a los hombres, luego se paró delante y los miró a los ojos—. Preséntense, hombres Narvjk —ordenó.

—Skuli Narvjk, hijo de Kodran, sobrino del *hould* de Rogaland, Einnar Narvjk —dijo uno, mirando a Kyran sin amedrentarse.

—Oddi Narvjk, hijo del segundo *hersir* del ejército Narvjk —se presentó el otro con menos altanería que el primero, pero con la misma determinación.

Kyran hizo que se adelantaran con los hombres Narvjk al frente del grupo y los siguió por detrás,

observando sus movimientos. A pesar de vestir con harapos para pasar inadvertidos confundiéndose con granjeros, tenían porte guerrero; eso no hacía más que confirmar lo que Kyran descubrió días atrás: el *hould* de Rogaland era un *berserker* y había creado una efectiva legión de guerreros. Kyran quería conseguir ese mismo resultado en sus propios hombres.

El *hould* Vaeroy, en persona, llevó a los guerreros Narvjk hasta los aposentos donde su hijo Harek, heredero al título de las tierras de Hordaland, luchaba entre la vida y la muerte gracias a la herida letal que la hija de Einnar Narvjk le había infringido.

La actitud de los Vaeroy asombró a los dos hombres que al ser descubiertos pensaron que esos eran los últimos minutos que se llenaban los pulmones de aire, pero a pesar del comportamiento amigable, caminaban con cautela

y sabían que cualquier piedra salida de sitio que provocara un tropezón sería la oportunidad para que los Vaeroy ensartaran una lanza en el corazón a ambos. Cuando el *hould* estimó que la visita había concluido, el hijo de Kodran no tuvo más remedio que plantearle a ese hombre la situación por la que desembarcaron en sus tierras y le hizo saber que la única manera que dejarían de cumplir con su misión era con la muerte.

—*Hould* Vaeroy de Hordaland, agradecemos su hospitalidad y creemos en su palabras. Necesitamos ver a la hija del *hould* Narvjk antes de abandonar Hordaland, hemos venido para saber si ella está con vida y solo si la vemos con nuestros propios ojos, el *hould* Narvjk creerá en la voluntad Vaeroy de firmar el tratado de paz — proclamó Skuli Narvjk, anteponiendo su vida por la fidelidad jurada al *hould* Narvjk. Si el líder Vaeroy lo juzgaba de insolente o irrespetuoso, lo

ejecutaría allí mismo.

—Soldado, eso tienes que pedírselo a su esposo, el *hersir* Kyran Vaeroy. Yo no tengo poder de decisión sobre la mujer —respondió el líder Vaeroy, que no pasó por alto la falta al insinuarlo de mentiroso, pero no podía castigar al Narvjk por la fidelidad demostrada a su *hould*.

El otro guerrero hizo la solicitud a Kyran casi con las mismas palabras que su compañero y dejando en claro que ambos corrían el mismo riesgo para saber si la hija de su líder estaba con vida y que no se irían del lugar hasta tener una prueba irrefutable de la supervivencia de la mujer al ataque Vaeroy.

—Mi esposa los recibirá en la casa grande —afirmó Kyran y les mostró la salida de la salita que se anteponía al boticario en el que las mujeres intentaban recuperar a Harek de sus heridas.

—Tienes visitas —informó Kyran a una

aburrida Moirg, que jugueteaba con la roca sobre las pieles prolijamente tendidas en el lecho.

—¿Yo? —preguntó asombrada, sin imaginarse quién solicitaba por ella.

—Espías guerreros Narvjk han sido apresados por mis hombres, ellos se arriesgaron a venir hasta aquí para saber si seguías con vida.

—¿Qué han hecho con ellos? —preguntó temerosa, pensando que los Vaeroy habían hecho lo peor con esos hombres y el capitán salvaje quería que reconociera los cadáveres.

—Son huéspedes de los Vaeroy y llevarán las novedades al *hould* Narvjk a su regreso.

—¿Siguen con vida?

—Por supuesto, mujer. ¿Cómo si no regresarían a Rolagand con el acuerdo de paz?

Otra preocupación se disparó entonces en la cabeza de Moira, esos hombres podrían no reconocerla como la mujer que buscaban, entonces

los Vaeroy la asesinarían por tomar una identidad que no le correspondía.

—¡Vamos, mujer, camina! Los hombres de tu padre quieren verte —la apremió al ver que se había detenido a sus espaldas y tenía la cara rígida de miedo—. ¿A qué le temes, Moirg?

—No es nada, solo pensaba que los hombres de mi padre son muy valientes y fieles a la familia para llegar hasta este lugar.

—Los Vaeroy también somos valientes, mujer. Si una de nuestras mujeres fuera raptada, también iríamos en su búsqueda.

Moira dudaba que uno de esos salvajes tratara a la mujer mucho mejor de lo que lo hacían con un perro, no valían nada para ellos, y nada de lo que el salvaje rubio pudiera decirle la convencería de lo contrario, pero la actitud de los hombres Narvjk era loable, aunque ese altruismo solo era por la lealtad hacia el líder del clan y no por la valía

propia de la mujer. Con paso lento pero determinado, Moira siguió a Kyran hasta la sala, faltaban pocos metros para encontrarse con los hombres que podrían definir su destino; a su favor contaba con que la primera vez que vio a Kyran y pudo entenderle, le confesó que no era la mujer que creían.

En la sala estaba su suegro, que se había cambiado la ropa con la cual se presentó al almuerzo; sobre una túnica blanca se había colocado una estola de terciopelo negro que se plegaba alrededor del cuello y al caer por los hombros se abría cubriendo todo el torso, las bandas de terciopelo le llegaban hasta las rodillas y la había sujetado en la cintura con la misma cinta de cuero que siempre utilizaba, esa distinguida prenda le hubiera dado una apariencia de cura párroco si no fuera por el hacha colgada a un costado del cuerpo y la daga sujeta a la

pantorrilla, sostenida por las tiras de su sandalia. Detrás de Hanok Vaeroy estaban dos hombres vestidos con ropas andrajosas, de largos cabellos negros y tupidas barbas oscuras que, al verla, inclinaron la cabeza con reverencia.

—Aquí está la hija de Einmar Narvjk —dijo el *hould* Vaeroy—. Como pueden ver, está en perfecto estado, acompañada del esposo que su padre eligió para ella.

—Moirg Narvjk, hemos venido desde Rogaland para saber si te encontrabas con vida.

En parte, Moira sintió alivio al ser reconocida por los hombres Narvjk como hija del *hould* de Rogaland, y, por otro lado, frustración de volver a ser confundida con otra persona por hombres que debían conocer bien a la mujer que buscaban.

—¿Cómo están mi madre, mis hermanas y el resto de las mujeres que estaban en la casa cuando Harek Vaeroy irrumpió en ella? —preguntó,

desafiando con la mirada al *hould* Vaeroy. No supo por qué, pero Moira sintió una imperiosa necesidad de saber de boca de esos hombres la situación de las mujeres que aparecían en las imágenes que llenaban su mente.

—Todas están bien, no han sufrido daños en el ataque —informó, pero Moira podía ver la inquietud en sus ojos.

—No dices la verdad, Narvjk —desmintió Moira, sorprendiendo a todos con el tono altanero y autoritario empleado con sus antiguos hombres.

Kyran observaba la escena y llamaba su atención el hecho que Moirg no decía los nombres de los soldados Narvjk y parecía no reconocer a su primo o lo ignoraba adrede, pensando que de esa manera lo protegía. Era eso o el hombre había mentido con respecto a su posición en el clan.

—Tú —dijo, señalando al otro Narvjk—. Cuéntame sobre las mujeres Narvjk —solicitó, y

el hombre señalado sabía que no podía mentirle a la hija del *hould*.

—Las mujeres no sufrieron daño en el ataque, Moirg. Tu madre, tus hermanas menores y el resto de las mujeres están bien, pero Helldora está muy enferma. Ha empeorado desde que no estás en Rogaland.

Esa información mortificó a Moira, tampoco entendía esa angustia, pero que la muchacha estuviera enferma era algo que ella conocía, al igual que sabía que sus días estaban contados. Imágenes de una conversación acudieron a Moira, estaban en el *thing* del que había hablado Kyran Vaeroy, y ella recomendaba a su padre que ofreciera a Helldora para ser esposa de Harek, ambos sabían que la mujer no llegaría viva al matrimonio. En esa asamblea también pudo ver a Kodran, *hersir* del ejército de guerreros Narvjk, reconoció a sus hijos Ottar, Skuli y Helgi, y a

varios soldados de Rogaland que conocía por sus nombres.

—¡Moirg! —gritó Kyran al ver que la mujer quedaba petrificada frente a los hombres y no respondía a una pregunta.

—No, no estoy herida —respondió ida.

—¿Quién te ha cortado el cabello de esa forma? —se animó a preguntar su primo—. La hija del *hould* tenía el cabello que caía hasta la cintura al salir de Rogaland escapando de los Vaeroy.

—¿Qué ocurrió con Kodran, su hijo Ottar y los hombres que te sacaron de Rogaland? —preguntó el otro soldado antes de que Moira respondiera a la pregunta sobre el cabello.

Moira volvió a la realidad, los miró, reconociéndolos, uno de ellos era el hijo de Kodran y creía que era su primo. Con dolor y una responsabilidad que no le correspondía pero apretaba su pecho de todas formas, contó lo

ocurrido con su familia.

—Skuli, ellos murieron en combate, los dos fueron alcanzados por flechas enemigas, pero también muchos atacantes Vaeroy perecieron bajo sus lanzas al igual que muchos otros a lo largo del tiempo —intentó con sus palabras aplacar la furia que el hijo de Kodran podría dejar salir—. Esta guerra tiene que terminar —ordenó, mirando a los ojos al hijo de Kodran que a pesar de las malas noticias no demostró un solo gesto de dolor ante sus enemigos.

—Tu padre está camino a Rogaland, llegará antes que sea tiempo de sembrar.

—Decidle a mi padre que estoy viva y que se ha cumplido su voluntad. Soy esposa del *hersir* Kyran Vaeroy de Hordaland, primogénito del *hould* Hanok Vaeroy, y viviré en esta casa con mi esposo.

Las palabras eran pronunciadas por Moira,

pero las sentía distantes, como si contara a esos hombres la vida de otra persona; nada de lo que decía lo sentía afectado a su propia vida. De lo que era plenamente consciente, a pesar de la maraña de confusión que tenía en la cabeza, era que sus palabras y actos podrían ser determinantes en la vida de ambos pueblos. Tenía en sus manos el poder de provocar una guerra sangrienta, que seguramente terminaría con el exterminio de todo el clan Vaeroy, o podía llevar la tranquilidad y paz a ambos pueblos respetando la voluntad de sus líderes.

—Él vendrá a verte, querrá hablar contigo.

—Lo esperaremos.

—El *hould* Einnar Narvjk será bien recibido en Hordaland y se le brindará la hospitalidad de la casa, tanto a él como a todos sus hombres — proclamó el *hould* Vaeroy al escuchar sobre la inevitable presencia del Narvjk en tierras

Hordaland.

—Han visto y escuchado las palabras de mi esposa, comprobaron que se encuentra en perfecto estado y satisfecha con su nueva vida —anunció Kyran, dando por terminada la entrevista con Moirg—. Pueden ir por comida y un lecho para descansar antes de regresar a sus tierras.

—Partiremos con la primera marea alta, *hersir* Vaeroy.

—Mis hombres los escoltaran hasta la embarcación cuando sea el momento de partir y los vigilarán hasta que se pierda la vista sobre el mar.

Kyran colocó la mano sobre el hombro de Moirg para acompañarla hacia la habitación cuando uno de los hombres Narvjk, su primo, lo detuvo con una pregunta.

—¿Dónde están tus llaves, Moirg?

—¿Qué llaves? —preguntó, ignorante de lo que

hablaba el Narvjk.

—Las que llevan todas las señoras de la casa —informó.

En ese momento, Moira recordó el manajo de llaves que colgaban de un aro de metal sobre la falda de la madre de Kyran, siempre lo llevaba tintineando en la cintura. Ella se había preguntado por qué la mujer cargaba con ese manajo ruidoso y pesado para todos lados, su primo dio con la respuesta que buscaba.

—El herrero está preparando uno para ella —contestó Kyran y siguió su camino llevándose a Moira.

Capítulo X

Estar cerca de los hombres Narvjk acrecentaron las visiones de Moira, ya no cabía duda que por alguna fuerza misteriosa, inexplicable, intangible pero real, pasó por algún portal del tiempo cuando naufragó la isla. Llegó a esa época a reemplazar a una mujer que, seguramente, había muerto en el ataque que los Vaeroy perpetraron en tierras de Rogaland, y su cuerpo debería yacer en algún lugar alimentando alimañas. Moira no era seguidora de ninguna religión, ni mucho menos de corrientes de pensamientos que proclamaban la reencarnación eterna del alma en diferentes cuerpos a lo largo de la historia de la humanidad. Solo creía en Dios, y en algunas ocasiones dejaba de hacerlo hasta que volvía a necesitar un ente superior que le facilitara pensar que lo efímera de la presencia del hombre

en la tierra se debía a la existencia de algo mejor después de la muerte, y eso conquistaba un poco de ilusorio consuelo en sus momentos de debilidad mental. Sola en el cuarto con varios rollos de telas sobre la mesa y otros artilugios que no sabía reconocer, pensaba en un libro que una compañera de trabajo le había prestado; hablaba sobre las regresiones de las personas a vidas pasadas bajo el efecto de la hipnosis. El argumento le había parecido muy interesante y había dejado abierta una inquietud más profunda por el tema de la reencarnación de las almas, pero en eso había quedado: una curiosidad más socavada y nada más. En ese momento, intentando confeccionarse ropa de la edad media, se arrepentía de no haber investigado un poco más sobre el tema de las reencarnaciones y los testimonios de personas que aseguraban haber regresado en el tiempo.

Tenía mucho tiempo libre, y las criadas

llevaron hasta su nueva prisión más telas de una confección artesanal preciosa y delicada, con las que jugaba a ser diseñadora de modas, pero su creatividad no la acompañaba en esa tarea, se negaba a pensar que no la poseía, el empeño era un reemplazo aceptable. Con Kyran ausente cuando las temerosas criadas entraron en la habitación con los géneros y lazos, intentó mantener una conversación amigable, pero las mujeres no participaron de la comunicación, ni siquiera le dirigían la mirada. El idioma estaba dejando de ser un impedimento, lo que despertaba su asombro, había estudiado por años el idioma inglés, y su conversación no llegaba a ser fluida, pero con esa lengua tenía facilidad para recordar el significado y la pronunciación.

Muy poco había visto Moira a su esposo los días siguientes. Kyran se levantaba antes del amanecer, se ocupaba de llevarle la comida al

mediodía y en una sola ocasión se quedó a comer con ella, luego aparecía en la noche, cansado, sucio, herido y poco comunicativo. Ella no había vuelto al salón a la hora del almuerzo por su expreso pedido, con la excusa de querer aprovechar al máximo el día para completar un vestuario propio, y Kyran estuvo de acuerdo.

Kyran no podía estar cerca de esa mujer, el calvario en el que se había convertido su existencia lo estaba matando; acostarse a su lado en las noches era un tormento, su voluntad apenas podía controlar a la fiera salvaje que despertaba en él cuando inhalaba el aroma de Moirg. Sus sentidos estaban desbocándose. Sabía que no podría controlarse por mucho más tiempo, se lo había dicho a su padre, pero le ordenó no tocar a la mujer si no estaba dispuesto a quedársela y que siguiera con la farsa al menos hasta que llegara el ejército que acechaba sus tierras. Después de

resuelta esa cuestión, podría salir de viaje para reponer las cosas que consumirían con la llegada del *konungr* Sigurd Ingunn de Halogaland, los nobles que lo acompañaban y las tropas que llegaban a consecuencia de la incursión irresponsable de Harek a Rogaland. La jugada de Harek le costaría muy caro a todo el clan Vaeroy, que tendrían que pasar un invierno mesurado con las pocas reservas que quedarían después del retiro de los soldados y con el invierno sobre las Lochlann. Los hombres de Kyran tendrían que hacer un peligroso viaje al norte en búsqueda del alimento más nutritivo de la dieta invernal, y ese sería el final de su calvario. Hanok Vaeroy se comprometió a esperar al *hould* Narvjk en su justificada ausencia y después de esa última visita, Kyran estaría liberado completamente de la mujer. Su hermano Harek, para esas fechas, podría hacerse cargo de ella. Lo que su padre desconocía

era que Kyran no permitiría que su hermano se quedara con la mujer Narvjk. En pocos días, tendría que tomar una dura decisión.

Para su padre era muy fácil planear los movimientos; para Kyran, unos pocos minutos cerca de Moirg se convertían en décadas, el agotamiento extremo al que sometía su cuerpo durante las heladas jornadas de entrenamiento para que no se resistiera al sueño por las noches no servía de nada. Sus hombres, a consecuencia de la intensa nevada y el viento que hubo esos días, caían desplomados al dar la orden de terminar, pero en él, el cansancio pasaba a otro plano cuando ingresaba a la habitación donde Moirg lo esperaba para mostrarle las escasas, ridículas y poco prácticas prendas que había logrado hacer. Verla con esas sedas rodeando y marcando sus curvas lo desequilibraban, dificultaba su respiración y le aceleraba los latidos. No podía

hablar sin ofenderla, quería que se enojara para poder enfadarse también, pero Moirg lo trataba bien a pesar de sus malos modales, que atribuía al cansancio y a las heridas que ocasionaba el arduo día.

Ese día, Moira esperaba a Kyran, había logrado confeccionar su mayor obra de arte, un vestido de frunces bajo los pechos, breteles finos, con un cinturón de raso que le ajustaba la tela a la cintura para luego caer en forma de falda hasta los pies. Sabía que eso no era nada espectacular en términos de diseño, lo espectacular era que ella hubiera logrado algo así. La práctica estaba dando resultados impensados. Jamás en el pasado tuvo que confeccionarse su propia ropa, ni siquiera reparaba las prendas una vez que se rasgaban, así que, para su estima, esa habilidad potencial era sorprendente y esperaba ansiosa a Kyran para enseñárselo.

Kyran entró a la habitación, la observó por pocos segundos y luego desvió la mirada, ningún elogio por la obra de arte que había logrado confeccionar.

—¿No dices nada? —preguntó desilusionada, vivían una imposición, pero al menos ella intentaba mantener una relación amigable.

—Te congelarás si sales con eso, y los hombres caerán al pasar a tu lado, verán tus piernas a través de la tela y no su camino —dijo, enojado, y se acercó al fuego para avivarlo y terminar de secarse.

Moira prestó atención a la falda, Kyran tenía razón, era transparente, faltaban varios siglos para poder llegar a esa liberación. Para salvar su error, habló con resuello:

—Todavía no está terminado, solo quería saber tu opinión.

—Los hombres no opinan sobre ropas de

mujeres. ¿Acaso tu madre no te ha enseñado cómo tratar con los hombres? ¿O a hacer ropa decente? ¿Cómo terminaría vestido si tú fueses quien se encarga de hacer mi ropa? Las costuras son débiles; los cortes, insuficientes, y las formas... ni hablar de las formas.

Kyran estaba más enfadado e irritable que de costumbre, Moira sabía que el gran ejército del rey y el de los pueblos aliados del norte estaban a un día de las tierras Vaeroy y creyó que ese era el motivo de los nervios crispados de su esposo, nunca había hablado con tanto desprecio de sus creaciones.

—Mi madre me ha enseñado con esmero, pero yo nunca me preocupé por aprender, no pensaba terminar mi vida haciendo ropa.

—¿Y cuál era tu destino?

—A ti no te importa.

—Tengo la sensación de que pasabas mucho

más tiempo con tu padre en los campos de entrenamiento que comportándote como la mujercita delicada que haces creer que eres.

—No tengo por qué explicarte nada —farfulló enojada, se volteó hacia un rincón de la habitación y comenzó a tironear de la prenda que con pocos sacudones quedó hecha jirones.

—Eres mi esposa y explicarás lo que yo quiera —dijo muy cerca de su oreja, sin gritar.

Moira se quedó quieta, no había sentido a Kyran moverse. Él le colocó ambas manos sobre los hombros desnudos y comenzó un lento masajeo.

—Suéltame, no eres nada —ladró y se alejó para enfrentarlo cara a cara.

—Soy tu esposo, Moirg, y es hora de ejercer mis derechos maritales.

—No es lo que acordamos —recordó asombrada.

En las noches, le había parecido ver ese brillo en los ojos del hombre, pero pensó que se trataba de algún rayo de luna que se filtraba por alguna hendidura de la pared y le daba ese efecto en la penumbra. En ese momento veía con claridad, sus ojos se volvieron de un color celeste brillante que parecían destilar luz.

—Eres mi esposa, Moirg, no estaríamos haciendo nada malo —dijo, acercándose—. Déjame tocar esas piernas que con tanto gusto mostrabas un rato atrás. Es lo más justo después de provocar a tu esposo esperándolo cerca del lecho, desnuda.

—No estaba desnuda y tampoco quería provocarte.

—¿No? ¿Segura que no, Moirg?

La pregunta la tomó desprevenida y se tomó varios segundos en analizarla, los días anteriores había hecho prácticas túnicas para el uso diario,

pero ese día había realizado la prenda para gustarle a Kyran. Su pensamiento mientras lo hacía vagaba a la pregunta de si al él le agradaría verla con ese vestido de seda azul.

—No —mintió y sintió como el brazo de Kyran se enrollaba en su cintura.

Con fuerza, la ajustó a su cuerpo, provocando que Moira liberara el aire de sus pulmones en un jadeo. Evitaba mirarlo, la asustaba. Moira cerró los ojos para escuchar los susurros, Kyran bajó las manos por su espalda para pasarla por las curvas de su trasero y luego deslizarse por la parte trasera de sus muslos.

—Eres mi esposa, Moirg, quiero verte —jadeó y terminó de rasgar la prenda, que cayó en un bulto azul.

Dejó de tocarla, dio dos pasos atrás y se quedó quieto observando la espalda y las nalgas desnudas de Moira.

—Muchas veces, el cabello largo de la mujer impide apreciar lo bella que es la piel de su espalda —susurró.

—No es mi caso.

—No —negó, la hizo girar para verla de frente y se alejó dos pasos otra vez.

Kyran estaba a punto de perder el poco control que quedaba sobre su comportamiento racional, Moirg tenía un cuerpo armonioso, suave, provocador. Pensar en deshacerse de ese bello cuerpo, o lo que era peor, dejarlo ir para que otro hombre pudiera disfrutarlo, no fue la mejor de las ideas que pasó en ese instante por su cabeza. Una llamarada de deseo y posesión lo quemó desde adentro y no pudo resistir el tomarla. Con furia, volvió a aplastarla contra su cuerpo y esta vez se apoderó de su boca.

Moira quiso resistirse a la invasión de la lengua de Kyran, pero no era rival, en pocas

embestidas, incursionó en su boca, arrasándola. Saqueó todo el sabor que podía y, sin embargo, insistía en quedarse. Sus brazos la inmovilizaban pegando el pecho desnudo al cuero frío que cubría a Kyran, y eso la hacía estremecer. El último pensamiento coherente de Moira fue que el capitán salvaje besaba de maravillas, y se abandonó a la sensación delirante de besar a un hombre varios siglos más viejo.

Desesperado, la empujó, y Moira cayó de espaldas, cerró los ojos esperando sentir el golpe contra el suelo, pero lo hizo sobre las pieles de la cama. Esa situación la volvió a la realidad, el gigante estaba por tomarla y se daría cuenta que no era virgen, eso podría ser trágico para ella. No conocía las costumbres de esa cultura, pero estaba casi segura que esperaba una virgen como esposa.

—Esperad —intentó detenerlo, pero el hombre apenas la miró con los ojos despidiendo llamas

azules y se arrancó la parte baja de las ropas.

Moira quedó sorprendida, era un gigante en cada pulgada de su cuerpo, su miembro erguido era aterrador, y su temor por la falta de virginidad se convirtió en alivio. Jamás Moira había tenido relaciones sexuales con un hombre de miembro tan grande y tan excitado. Su temor ante la penetración no era para nada fingida.

—Eres mi esposa —repitió.

A Moira le parecía extraño que Kyran afirmara tantas veces, como un poseso, la relación que los unía. Como dándose ánimos, las grandes manos comenzaron a recorrer su vientre y sus pechos de manera desenfrenada, se colocó entre sus muslos y le levantó ambas piernas sobre su torso e hizo descansar su erguido miembro sobre la entrepierna de la mujer. Moira lo miró, cerró los ojos, asustada ante la mirada abrasadora que quemaba su propia mirada, y tomó aire antes de ser

penetrada.

Unos golpes insistentes interrumpieron en el momento oportuno.

—¡Largo de aquí! —rugió Kyran enceguecido.

—*Hersir* Vaeroy, un ejército del *konungr* Sigurd Ingunn de Halogaland ha llegado —gritó un hombre desde afuera.

—¡No puede ser! —rugió más enfurecido.

—Llegaron por el sur, *hersir*. No son los mismos que avistaron los hombres acercándose por el este. Estos vinieron por mar.

—Alista a los hombres, Asgueir, avisen a la gente de la aldea. Que suene un cuerno en cada extremo de las tierras de Hordaland, estaré allí en pocos minutos.

—Sí, *hersir* Vaeroy —asintió el hombre desde el otro lado de la puerta, y los dos escucharon como los pasos se alejaban por el pasillo.

Los ojos de Kyran no perdieron su mirada de

flama azul, y por un momento, Moira creyó que retomaría lo que había estado a punto de hacer, se agachó y con desesperación volvió a tomar la boca de la mujer que no decía una sola palabra.

—¡Kyran! —gritaron desde el otro lado de la puerta, su nombre iba acompañado de sendos golpes en la pesada puerta de troncos.

—Asgueir ya ha venido con la noticia, padre —aclaró bufando.

El aporreo en la puerta terminó, Kyran saltó de la cama y en su camino tomó ropa del arcón que estaba en la habitación y se colocó una especie de pantalones de cuero que todavía conservaba algunos pelos del animal que en vida protegían, y sobre cada muslo se ató una cota de maya, lo mismo hizo en la pechera y, sin mirar a su esposa, salió de la habitación para enfrentar a la primera de las amenazas que las acciones de su hermano Harek traían a Hordaland.

Su padre lo miró con desconfianza cuando salió de la habitación, Hanok lo esperaba en el pasillo, preparado para el combate, y portaba una antorcha en la mano para guiar los pasos de su hijo.

—¿Será la mujer de tu hermano o cambiaste de parecer? —preguntó antes de hablar sobre los aliados del *konungr* Sigurd Ingunn que se acercaban por el sur.

—Tengo que hacerle creer a la mujer que es mi esposa —comentó con ironía.

—No debes tocarla si no te quedarás con ella.

—¿Y qué pasa si ella me toca a mí? ¿Tengo que rechazar las atenciones de mi esposa? —indagó, tratando de despejarse de la mente la imagen de Moirg desnuda en el lecho de pieles.

—Esa muchacha sería incapaz de ofrecerse a un Vaeroy.

—Te sorprenderías si supieras todas las cosas de la que es capaz Moirg Narvjk.

—¿De qué hablas, Kyran?

—Debemos organizar a los hombres, padre — dictaminó Kyran al llegar a la puerta de salida de la casa, dejando de lado el tema de Moirg.

El aire frío de la tarde que se perdía fue un bálsamo para la sangre incandescente que corría por sus venas y el cosquilleo molesto y extraño que sentía desde el momento que acostó a Moira en el lecho. En pocos minutos organizó las filas que avanzarían hacia los acantilados del sur y aprestó a los hombres que se quedarían bajo el mando de Steinn dentro de la muralla que rodeaba la propiedad Vaeroy y las decenas de chozas que protegía dentro de su seno. Kyran, montado en su caballo negro, guió al grupo de guerreros Vaeroy que recibiría a la tropa que llegaba a Hordaland por el océano.

Esa noche, nadie descansó en la casa ni en la aldea que la rodeaba, estaban atentos al sonar del

cuerno de los hombres que quedaron en la playa, no querían ser sorprendidos de noche. Era la primera vez que ante una amenaza concreta, Kyran se desempeñaba como *hersir* de los hombres Vaeroy, y eso aportaba una expectativa adicional. En la casa, los criados, los esclavos y mujeres de la aldea preparaban toneladas de comida. Desde los almacenes subterráneos, grandes sacos de granos y harinas eran acarreadas hasta las cocinas que quedaban detrás de la casa grande, dos ciervos de gran tamaño se asaban al fuego de los leños, y en una colosal y ennegrecida olla del más pesado y grueso hierro se guisaban pescados con verduras.

Moira advertía, desde su lejana habitación, el gran movimiento que había en la casa. Nadie dormía, todo eran preparativos para recibir al *konungr* en la casa de Hordaland. Kyran había contado que esas tierras nunca recibieron la

presencia de ningún rey. Si todo salía según planeaban los Vaeroy, esa visita, en principio con fines bélicos, terminaría en un gran jolgorio, y la casa se preparaba para ello. Ella tampoco podía dormir y usaba el tiempo para arreglar el vestido azul, el motivo de su desvelo era el gigante rubio. Salvando las distancias, no podía dejar de comparar a Kyran con Airan, eran tan parecidos que era imposible que temiera la intimidad con él, no dejaba de pensar que el hombre, en ocasiones, sería suave; en otras, rudo; por momentos, dominante, y en otros, sumiso. A Kyran le faltaba la cuota de diversión que suponía podría vivir con Airan, pero cuando la sometió a la observación minuciosa con la más pura y voraz de las lujurias, le pareció estar mirando a los celestes ojos de Airan, y eso le impedía sentir temor y, lo aún más inexplicable, hasta un punto deseaba que ocurriera.

Muy avanzada la madrugada, el sueño la venció

y creyó dormir solo unos minutos cuando la despertaron unos golpes en la puerta y un soldado gritó desde el otro lado que estuviera preparada, su jefe iría a buscarla de un momento a otro. Moira se levantó, se vistió con rapidez, sin olvidar la piedra embrujada que metió en un bolsillo oculto diseñado con ese fin. Estrenaría el vestido que tanta alegría le ocasionó ver terminado. Al ingresar Kyran, terminaba de arreglarse el cabello en un recogido práctico sobre la cabeza.

Sintió temor, ese hombre era completamente desconocido para Moira, ese Kyran la aterró y dio tantos pasos hacia atrás, chocando con la pared. Tenía un casco oscuro que le cubría la mitad de la cara y solo dejaba espacio para que los rayos celestes salieran eyectados por las aberturas de sus ojos, el mismo casco que había visto usar a los Vaeroy en el ataque a las mujeres de Rolagand. Tenía una armadura compuesta por un pesado

chaleco de hierro que cubría su pecho y su espalda; para proteger la piel del roce del metal, llevaba debajo una especie de camisa de piel si mangas, sus muslos tenían la misma protección de hierro sobre pantalones de cuero, se había atado el pelo en la nuca y una cola de caballo amarilla colgaba en su espalda. lo que más atemorizaba a Moira no era la armadura del guerrero Vaeroy, sino su expresión. Era la cara de la muerte personificada en Kyran. Si eso se aparecía ante alguien, sería lo último que estaba destinado a ver, y no le gustó pensar así, todas las ensoñaciones de la noche pasada le parecieron ridículas al estar frente a ese verdadero salvaje. Ese hombre no era de fiar, era incivilizado, un sanguinario que solo pensaba en la guerra y en la conquista. Era alguien tan letal que solo causaba destrucción y muerte. Era uno de los sangrientos hermanos Vaeroy. El recuerdo de las palabras de Benjamín sobre un par

de hombres que causaron estragos en los clanes vikingos y en todas las tierras que conquistaron golpearon su mente y fue como sentir una trompada en medio del estómago, Moira se dobló en dos. No podía hablar a causa de la conmoción que le causó la liberación del recuerdo. «Los hermanos Vaeroy», Benjamín no había dado nombres, pero era más que obvio para Moira que ellos eran Kyran y Harek Vaeroy.

—¿Por qué huyes mujer? —preguntó Kyran, asombrado del pavor en la mirada de la mujer.

Moira pegó un brinco, hasta su voz estaba distinta, más grave, más alta y más aterradora.

—Una comitiva se acerca, el ejército del *konungr* Sigurd Ingunn de Halogaland ya está en Hordaland, debes venir conmigo.

—¿Qué debo hacer? —preguntó temerosa.

Dada la trascendida historia que llegó hasta sus días, estaba segura que ese día se iniciaría la

bestial fama de Kyran Vaeroy a la que próximamente se sumaría su hermano Harek... y dudaba salir con vida.

—Nada —rugió Kyran y salió de la habitación. Moira comenzó a seguirlo lentamente por los helados pasillos de la construcción.

Con un grito, Kyran ordenó que se apresurara, Moira tuvo que correr para estar detrás. Salieron de la casa, y el sol estaba alto, hacía mucho tiempo que Moira no lo veía y la sensación de sentir la caricia tibia hizo que levantara la cara y cerrara los ojos para bañarse con su luz, no sabía cuánto extrañaba esa cotidiana sensación hasta que estuvo allí afuera, no le duró mucho el éxtasis solar, Kyran se volteó al no oír sus pies correr detrás y se volvió para arrastrarla de un brazo.

—Salvaje bruto —farfulló en español para que el hombre no entendiera sus palabras.

Cabalgaron hasta llegar a la muralla que

encerraba la aldea, Moira estaba sin aliento al llegar al lugar, le gustaban los caballos, pero esa bestia infernal que montaba Kyran le aterraba. Llegó con los ojos cerrados y con los puños apretados sobre la piel que cubría los hombros de Kyran por eso no vio el gran ejército que estaba a ambos lados de la entrada. Kyran la ayudó a bajar del caballo de la misma manera en que la había ayudado a subir. Fue un milagro no dar de narices contra el suelo. Se detuvieron donde terminaba la muralla de piedra y estaba el acceso a la aldea. De refilón, Moira advirtió el gran número de hombres que la rodeaban, no estaba preparada todavía para comprender lo que estaba ocurriéndole, se impuso no mirar a los hombres y, para lograrlo, se dedicó a arreglarse la falda, que había quedado hecha un enredo, y no se preocupó por seguir a Kyran. Al terminar de sacudirse, recuperó un poco la compostura, cerró los ojos por varios segundos

para darse ánimos y se enfrentó a su realidad. Pudo observar como la miraban todos los hombres, eso hizo que corriera para acercarse a la única persona que podía aferrarse si sentía miedo. Si Moira hubiese podido saber lo que Kyran Vaeroy pensaba en ese momento, habría corrido hacia el otro lado. Todos esos hombres parecían la imagen de un cuadro de horror, en la cara solo sobresalían las espesas barbas que casi todos usaban, estaban armados con macabras lanzas, escudos, espadas; algunos estaban montados a caballo, y otros esperaban con los arcos listos pegados a la muralla. Tenía la certeza de que todos la culpaban por la situación en que vivían. Moira miró el camino que terminaba en la entrada y divisó un grupo de aproximadamente diez jinetes que se acercaban a todo galope haciendo flamear un estandarte negro y amarillo por delante.

Dos hombres, que conoció en la nave, se

colocaron frente a Kyran cuando los soldados que se aproximaban estuvieron cerca, a él no le tapaban la visión de lo que ocurría, Kyran era por lo menos diez centímetros más alto que ambos, pero la visión de Moira hacia el frente, que espiaba por un costado del cuerpo del gigante, fue completamente anulada.

Moira tomó uno de los brazos de Kyran y lo sintió tenso, podía apreciar los músculos trabados a causa de la expectativa; él no la miraba, no apartaba la vista de los hombres que se acercaban.

—¡Harek Vaeroy! —fue el grito potente que se oyó.

—Mi hijo Harek agoniza —fue el grito del *hould* Vaeroy en respuesta.

El hombre estaba entre los arqueros custodiando el flanco izquierdo dentro de la muralla, Moira lo buscó con la mirada, pero no pudo divisarlo, lo que sí pudo notar fue que la

mayoría de los arqueros eran mujeres, todas con sus armaduras protectoras, pero el armazón de defensa no podía ocultar sus formas.

—*Hould* Vaeroy, sabe a qué ha venido el ejército del *konungr* Sigurd Ingunn de Halogaland y sus aliados.

—Lo sé, y para que sepan que no miento y que no hay ninguna trampa en mis palabras, mi hijo, el *hersir* Vaeroy en persona llevará hasta el *konungr* a la mujer Narvjk, a la que hemos protegido en nuestras tierras para demostrar nuestro deseo de paz —gritó.

Los dos guerreros que estaban delante se abrieron paso, y Kyran avanzó llevando a Moirg a sus espaldas; una vez afuera de la muralla, la hizo salir de atrás y se la mostró a los soldados, que se quedaron a más de cien metros de distancia.

Los hombres hablaron entre ellos y luego hicieron una señal, otorgándole el permiso que

necesitaba el *hersir* Vaeroy para llegar hasta el *konungr*. Kyran, con un potente silbido, llamó a su caballo y saltó a su lomo, ayudó a Moira a montar y esta vez la sentó frente a él.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, Asgveir.

—Por supuesto, *hersir* Vaeroy.

Diciendo esto, Kyran impulsó al caballo para que avanzara hasta donde se encontraba el ejército y el mismo *konungr*. No impidió que a su paso todos miraran a la mujer para certificar que se trataba de la hija del *hould* Narvjk, ningún hombre que la hubiese conocido en la *thing* olvidaría su rostro. Luego, advirtió con brutalidad:

—Será la única vez que permitiré que sus ojos se congracien con la figura de mi esposa de la forma en que lo están haciendo, si lo volvéis a hacer, saldrán de las tierras Hordaland sin ojos.

Los hombres se miraron entre ellos sin pronunciar palabra y se apartaron del camino de

Kyran, permitiéndoles seguir avanzando. La comitiva en la que se encontraba el líder de los clanes noruegos no estaba lejos, varios *hersirs* de clanes aliados al monarca salían al encuentro de Kyran, pero lo dejaban continuar al comprobar que no estaba armado.

Moira observaba a los hombres que quedaban a su paso y se pegaba más a Kyran, la mayoría tenía el rostro oculto bajo fieros cascos de hierro, podía ver las más amplia variedad de tonalidades de barbas tupidas liberarse del pesado artilugio que tenían que soportar los guerreros en la cabeza. Túnicas, pieles, cueros eran los materiales con que los hombres vestían sus cuerpos, y armazones de hierro los protegían. Sandalias de gruesas tiras de cueros se calzaban sobre medias de pieles que se entrelazaban a lo largo de toda la pantorrilla. Todos los hombres llevaban en la mano un escudo de madera reforzado con hierro y las más letales y

aterradoras armas que Moira solía ver en los libros en tiempos que estudiaba historia medieval.

La actitud de la mujer Narvjek desestabilizaba la resolución del *hersir* Vaeroy, estaba preparado para clavarle un puñal en la espalda si la mujer intentaba escapar o tenía la intención de desmentir sus palabras para que los aliados del rey atacaran Hordaland. Kyran conocía las consecuencias de sus actos, pero lo haría por su gente si todo salía mal. La mujer sería la primera en morir si el *konungr* de Halogaland no estaba conforme con el acuerdo que estaba a punto de ofrecer. De las alternativas que Kyran había pensado, varias terminaban con el asesinato de la mujer que en ese momento lo abrazaba fuerte, buscando su protección. Moirg se mostraba temerosa, se refugiaba en su pecho y podía sentir claramente las sacudidas que provocaba el temblor que no controlaba. Rogaland era la puerta de entrada a las

tierras noruegas, pero no podían contar con la ayuda de su vecino para combatir la piratería de los clanes suecos si peleaban entre ellos. Allí estaban los nobles que habían solicitado la unión de los clanes por medio de lazos de sangre, y eso le daría Kyran Vaeroy y no permitiría que la mujer arruinase sus planes con ninguna treta.

—*Hersir* Vaeroy —lo nombró el *konungr* Sigurd Ingunn, saliendo con su caballo desde atrás—. Entregar a la mujer Narvjk no compensa el daño que han provocado sus hombres en tierras de Rogaland y de ninguna manera repara la ofensa que han provocado los Vaeroy a todos los pueblos aliados al desobedecer la orden de su *konungr*.

Kyran se apeó del caballo y, con cuidado, bajó a Moirg, la colocó delante de su cuerpo y le apretó el brazo para que hiciera la misma reverencia que él.

Moira, más sorprendida por la actitud cortés

del capitán salvaje que por la inclinación de cabeza que Kyran, ordenó sin palabras, lo imitó. El líder de los clanes era el único que no tenía casco y tampoco barba, era un hombre delgado, mucho más bajo que el *hersir* Vaeroy y tenía aspecto bondadoso, la túnica negra con símbolos amarillos en el pecho era la vestimenta que lo distinguía del resto, no portaba corona, manto real, ni joyas pendiendo de su cuello o manos. Un hombre joven y simple, Moira calculaba que tendría algunos años más que Kyran, se asemejaba más a un guerrero preparado para la batalla que al monarca de los guerreros de Lochlann.

—El clan Vaeroy ha jurado fidelidad al *konungr* Sigurd Ingunn de Halogaland y está dispuesto a pagar por la falta que imprudentemente ha cometido mi joven hermano, asolado por la humillación de haber sido rechazado públicamente para contraer matrimonio con esta mujer —

comenzó a decir Kyran, y Moira despegó la espalda de su pecho al escuchar cómo culpaba a los Narvjk por la estupidez de su hermano—. Mi hermano agoniza en una cama por las heridas que ella misma le ha abierto, sin embargo, mi padre, el *hould* Hanok Vaeroy, lejos de tomarse venganza con la mujer, ha decidido complacer la voluntad que el *hould* Narvjk proclamó ante vuestros servidores en la última *thing* de nuestro *konungr*.

—¿Qué significa eso, *hersir* Vaeroy? — preguntó el monarca antes de que Kyran continuara con su discurso de exoneración.

—La unión de los clanes a través de lazos de sangre ha sido cumplida, Moirg Narvjk de Rogaland es mi esposa, y desde ahora todos los guerreros de Lochlann debéis nombrarla como Moirg Vaeroy de Hordaland, mujer del *hersir* Kyran Vaeroy.

Kyran esperó la reacción de su supuesta

esposa, pero ella volvió a pegarse a él cuando el *konungr* se apeó de su caballo para acercarse y mirarla a los ojos. Los movimientos de Moirg complacían a Kyran y demostraba a los demás hombres que la mujer buscaba su protección.

El rey se colocó delante de la mujer y se quedó varios segundos sosteniéndole la mirada.

—¿Son ciertas las palabras del *hersir* Vaeroy?

—Sí, señor, Kyran Vaeroy es mi esposo.

—Una parte de la orden encomendada por el *konungr* ha sido cumplida —habló Sigurd Ingunn, volteándose hacia los nobles que habían quedado a sus espaldas—. ¿Qué pasará con la desobediencia? —preguntó a Kyran.

—Como he dicho, mi hermano agoniza, varios guerreros han perecido en la incursión, y mi padre se asegurará que, de sobrevivir, no volverá a intentar nada con la hija del *hould* Narvjk, mi esposa. Es mi deber informarle que ni el *hould* de

Hordaland ni mi ejército fueron parte del ataque hacia los Narvjk, sin embargo, no dejamos de ser responsables de los actos de mi hermano y todos los Vaeroy responderemos por ello.

—Debe asegurarse que tampoco intentará nada con la hija segunda del *hould* de Rogaland —dijo el rey, aceptando las palabras de Kyran.

—Si el *konungr* Sigurd Ingunn de Halogaland y su corte de nobles lo desean, pueden entrar a las tierras de Hordaland, son bienvenidos.

El rey se volvió para pedir el consenso de sus nobles sobre los pasos a seguir, Kyran volvió a preparar la daga que tenía oculta bajo el brazalete de cuero que le cubría desde la muñeca hasta el codo, esperando la respuesta de los nobles; Moirg tenía los segundos contados si los hombres que debatían diez metros adelante no aceptaban el tratado y decidían atacar Hordaland de todas maneras. Sesgando los ojos, Kyran calculó la

distancia que había hasta su caballo y los hombres que tenía a su alrededor, sabía que no saldría ileso después de asesinar a Moirg, pero sus heridas sanarían, lo que le preocupaba era el tiempo que llevaría llegar a la muralla de Hordaland para unirse a sus hombres y que los arqueros pudieran comenzar el ataque. La espera lo impacientaba, y en lo único que podía pensar era que su hermano Harek lo había metido en esa situación por su comportamiento alocado, todo el clan estaba en peligro por culpa de sus caprichos irresponsables.

El *konungr* caminó alrededor de la pareja después de arribar a un acuerdo con sus nobles, los estudió. Moira no despegaba la vista del suelo, estaba convencida que ese sería su último día de vida. Esos hombres no eran civilizados, vivían de la guerra, eran tan sanguinarios como Kyran Vaeroy y no les gustaba la paz, la menor ofensa era utilizada como motivo para comenzar una batalla,

y ella sería el primer blanco elegido por ambos bandos, tenía ganas de llorar a gritos. Su pesadilla solo empeoraba.

—Aceptaremos la generosidad del *hould* Vaeroy. Algunos nobles se quedarán a esperar la llegada del *hould* Narvjk para ser testigos del acuerdo de paz entre ambos clanes —dijo el rey después de dilatar el momento dando tres vueltas completas alrededor de la pareja antes de soltar la decisión.

El suspiro de alivio de Moira no pasó inadvertido por ninguno de los hombres que estaban cerca, y el *konungr* le sonrió antes de volver a montar su caballo para dirigirse a la propiedad Vaeroy y comprobar que todo lo dicho por el *hersir* de ejército Vaeroy era cierto.

—¿Señora, dónde están sus llaves? —preguntó el rey, intrigado, deteniendo a la pareja que estaba a punto de montar sobre el caballo negro de Kyran.

—Aquí están —contestó Kyran levantando un manajo de llaves sujeto con un pesado aro de hierro, —todavía no acostumbra a usarlo y lo olvida al vestirse —la justificó.

Moira le arrancó el manajo de llaves de las manos.

—No volverá a ocurrir, señor —afirmó ante el monarca, inclinando la cabeza a la espera de ser disculpada por la falta que no había cometido.

—Eso tienes que decírselo a tu esposo, muchacha —dijo el rey, sonriendo ante las palabras compungidas de la joven.

La comitiva se movió para llegar a la casa, el único pensamiento que podía sostener Kyran era que si los nobles tenían la intención de esperar la llegada del *hould* Narvjk, quedaban por vivir los días más duros de su vida.

Capítulo XI

Para el anochecer, todas las mujeres de la casa, incluyendo a las criadas y esclavas preferidas por los hombres Vaeroy, fueron enviadas lejos de la casa grande, no era recomendable que ninguna mujer anduviera dando vueltas en una casa con una cantidad inusual de hombres que bebían hidromiel hasta caer dormidos en algún rincón de la casa o hasta que su lujuria despertaba y tomaban a la primera que pasaba en su camino. Durante esa primera jornada, el *konungr*, los nobles y el *hould* Vaeroy llegaron a un acuerdo, solo faltaba la aceptación del *hould* Narvjk y el pacto de paz de los guerreros de Lochlann estaría sellado y podrían comenzar sus planes para avanzar hacia la costa este y de una vez terminar con la superioridad de los guerreros de Hedeby, una

aldea sueca que no les permitía navegar por las aguas que bañaba sus costas y comunicaba directamente con las tierras grandes del sur.

De los presentes, Kyran no dejaba de vigilar al *hould* Lief de Vest-Agder que no sacó los ojos de encima de Moira durante toda la explicación que debió dar su padre. Ella era la única mujer en el *thing* en casa Vaeroy, representante del clan Narvjk. En las largas horas de discusión entre los líderes, se limitó a consentir con movimientos afirmativos de cabeza los dichos del *hould* Vaeroy y presentía que nadie hubiera tenido en cuenta sus palabras en caso de haber emitido alguna opinión.

La mujer despertaba la lujuria de todos los hombres, pero tenían el cuidado de no demostrarlo, el *hould* Lief no cuidaba sus actos, y Kyran comenzaba a perder la paciencia. Solo recordar la transparencia del vestido, con Moirg enseñando sus largas piernas, lo sacaba por

algunos instantes de su incesante y creciente mal humor, que estallaría de un momento a otro, y mataría al hombre con el soporte de madera donde estaba sujeto el papel con el pacto de paz escrito en él. Era su mujer, por unos días sería su mujer y la protegería como si esa unión fuera verdadera.

Culminado el acuerdo, comenzó la jarana. Kyran se llevó a Moirg, y los barriles de hidromiel comenzaron a salir de los almacenes. Los hombres comenzaron con los desafíos para medir su habilidad y fuerza mediante juegos. Algunos eran de contacto, como la lucha con el objetivo de poner de espaldas a su contrincante, y otros de destreza, como el de arrojar la daga a algún blanco fijo o caminar entre brasas, entre otros desafíos menos virtuosos, como el vaciar el jarro de hidromiel en el menor tiempo. La hoguera central rebosaba de leños que ardían con voracidad y mantenía candente los ánimos.

El monarca, los dos *jarls* y tres *houlds* noruegos aceptaron la invitación del líder de Hordaland y se quedaron con sus hombres, los demás regresaron a sus tierras después de que el rey aceptó los hechos tal y como los expuso el *hould* de Hordaland y las resoluciones que había tomado en consecuencia, pues estaba seguro que complacería al *hould* Narvjk. Todos los nobles que acompañaron al *konungr* noruego se llevaron como compensación por el esfuerzo y sacrificio de llegar hasta Hordaland el permiso para cazar en sus vastos y ricos bosques y utilizar el río que atravesaba las Lochlann de este a oeste, permitiéndoles el acceso al mar a través de sus aguas, camino que hasta ese día todos tenían vedado y los obligaba a salir al mar por el sur y enfrentarse con los peligrosos guerreros de Hedeby.

Kyran encerró a Moirg en el cuarto, no podía

enviarla a la aldea con las demás mujeres. No le daría la oportunidad de huir de Hordaland teniendo al *konungr* bajo su techo. A pesar del esfuerzo que hacía la mujer por comportarse complacientemente, él sabía que esa sumisión podía cambiar en cuestión de segundos, la hizo entrar al cuarto, apostó más hombres a la vigilancia y luego regresó a la sala, aprovecharía cualquier desafío para descargar su fastidio con el *hould* Lief.

Cuando Kyran se retiró del salón principal, solo quedaban en pie dos o tres hombres que se chocaban las cabezas entre ellos durante la conversación. El hidromiel no solía afectarlo a pesar de beber en grandes cantidades, pero ese día estaba inusualmente mareado. Al retirarse, varias veces perdió el paso en su camino por el pasillo oscuro y terminó contra la pared, lo que impidió

que continuara su camino hasta el suelo. Al llegar a la habitación de Moirg, ordenó a los guardias que se retiraran y quitó los pesados durmientes que trababan desde afuera la puerta de la habitación.

Moirg dormía, su cabeza apenas sobresalía de entre las pieles, Kyran se acercó y le destapó la cara. La mujer era increíble, su cara era bella; su cuerpo, incitante, y su personalidad, tan cambiante que algunas veces parecía un fiera asesina, y en otras, la mujer más indefensa de la tierra que lo alentaba a querer descender en sus profundidades para conocer sus secretos y su esencia. Su esposa. Recordó al *hould* Lief, su mirada lujuriosa, y sus ojos se encendieron, nadie tenía derecho a mirar a su mujer de esa manera, y la próxima vez se los sacaría al bastardo, no se limitaría a desafiarlo en una lucha a pesar que el resultado lo había dejado complacido, y al *hould* Lief, un diente roto. Se acostó de lado, cubriéndola con su brazo y por

primera vez desde que compartía lecho con Moirg, ella se acurrucó en su pecho; en pocos minutos se quedó dormido.

Moira despertó cuando Kyran se vestía.

—Haces mucho ruido hoy —reclamó, abriendo los ojos gracias a los insistentes golpes que hacía con todo lo que tenía a la mano.

El pavor con el que terminó el día anterior había quedado en el olvido, saber que estaba inmersa en un clan vikingo y que era esposa de uno de los personajes siniestros cuyas sangrientas historias eran de las escasas que llegaron hasta su tiempo sobre esa cultura, despertaba su curiosidad más que su miedo. Ese nuevo día le trajo una renovada e inexplicable confianza.

—Quise que despertaras, hoy comerás junto a la familia —indicó de mal humor —Debes apurarte y no olvides colgar el manajo de llaves

en la cintura de algunas de las prendas extrañas que has hecho.

—¡No son extrañas!

—Nunca he visto nada igual en ninguna ciudad o pueblo conocido.

—Son usados en pueblos que tú no conoces.

—No son muchos.

—Te apostaría a que es así, pero no tiene caso.

—¿Navegabas con tu padre?

—En algunas ocasiones.

—¿Cómo lo permitía tu madre?

—No le molestaba, tenía muchas mujeres para ayudar en la casa.

—Deja de hablar y levántate —ordenó, cortando con la conversación amable.

—No lo haré mientras estés en esta habitación.

—No saldré de aquí sin ti, será mejor que te apures, mujer, no me gusta esperar —resopló.

Moira sabía que era una batalla perdida, y la vergüenza tiñó de rojo sus mejillas, no dormía desnuda, pero eso era lo que menos le incomodaba, usar la bacinilla frente al salvaje y después hacer sus abluciones matinales era lo que la mortificaba. La lentitud fue aliada de Moira en esa ocasión, Kyran se impacientó viendo los retardados movimientos de la mujer, que, sumado a la dolorosa erección que sufría desde que Moira abrió los ojos, hizo que abandonara la habitación blasfemando y prometiendo volver en poco tiempo.

La alta puerta doble de la sala estaba abierta, podía verse la claridad del sol que iluminaba el día, pero no alcanzaba para calentar el aire helado que entraba por ella. Los soldados de Kyran se encargaron de remover a los ebrios, incluyendo a su padre, el monarca y a los nobles; por eso las mujeres regresaron a la casa y preparaban dos

mesas repletas de comida para agasajar a los invitados y sabían que al caer el sol debían desaparecer nuevamente, esto Moira no lo sabía y le pareció normal el movimiento.

—Me gustaría colaborar con las mujeres —susurró Moira al llegar al salón y sentirse incómoda de ver el ajeteo de las mujeres que la miraban con desdén por su holgazanería.

—No —determinó Kyran con su habitual mal humor, temiendo que a alguna criada se le escapara alguna indiscreción con respecto a la situación de la mujer Narvjk.

—¿Por qué? —indagó indignada con la negativa de su esposo a ocupar el cargo que le correspondía.

—Sabes muy bien por qué —contestó Kyran entre dientes, dejando que se notara la irritación que le causaba el tema.

Moira se tranquilizó y siguió al lado de Kyran

sin volver a insistir en el tema, estaban parados muy cerca de la chimenea central que con el portal abierto desparramaba el humo de la hoguera por todo el salón, la pesada puerta se cerró, y el sol fue abruptamente expulsado de la estancia. Su mirada regresó a las mujeres que trabajaban, y una de ellas, con una olla de comida hirviendo, la golpeó en su paso hacia las mesas. Moira se agarró de Kyran para no caer y evitar que parte del espeso líquido del guisado le quemara el cuerpo. Kyran tenía razón, no era bueno que ella entablara relaciones con las mujeres Vaeroy, se iría en poco tiempo y no quería sufrir por nada de lo que hubiera en ese mundo que no le correspondía.

—Estoy muy incómoda sin hacer nada, debe haber algo que pueda hacer sin alejarme de ti, de esa manera evitaría que las mujeres de la casa me miren tan desdeñosamente.

—Lamento tu incomodidad —rebatí sin tener

la más mínima consideración—. Te quedarás a mi lado hasta regresar a la habitación y allí pasarás el resto del día —agregó. Moira creía que Kyran concluiría su discurso, pero volvió a hablar—. Las mujeres te miran de esa forma por lo que vistes, no por lo que no haces.

—Si permitieras que una de ellas me ayude con la ropa, podría hacer algo del agrado del clan.

—Eso no es posible, y ya deja de quejarte, comienza a arderme la oreja.

—¡El encierro me está volviendo loca! —exclamó, pasando por alto la orden de Kyran.

—Sigue haciendo esas ruinas con los géneros.

—Era divertido los primeros días, pero no deseo hacerlo más.

—No saldrás, Moirg, te quedarás en la habitación, sola —la reprendió, molesto.

—No puedes mantenerme encerrada toda la vida —reclamó Moira, olvidando su moderna

lógica.

—Claro que sí, eres mi esposa —le advirtió susurrando las palabras al oído de Moira.

—Esto no es un matrimonio, está muy lejos de serlo —replicó ella con la misma osadía.

—¿Qué insinúas, mujer? —preguntó Kyran frunciendo el ceño.

—Lo que oíste, no viviré encerrada. ¡Quiero ver el sol! —gritó al momento que la comitiva de invitados hacía su aparición por la entrada principal.

—No te quejes, muchacha, he conocido hombres que después del matrimonio mantuvieron a su mujer en la cama por dos meses seguidos —narró el rey, riendo de las palabras de Moira, que él había tomado con un sentido distinto.

Moira retrocedió al ver a los hombres y pegó la espalda al pecho de Kyran, que no se había movido de su sitio, pero al reconocer el tono

jocoso en las palabras del *konungr* de Halogaland se relajó y volvió a alejarse.

—No te culpo, muchacho, yo tampoco la dejaría ver el sol por mucho tiempo —agregó al pasar frente a ellos e ir a acomodarse en el lugar de honor que le habían preparado.

Salvo las incómodas y constantes señas que le hacía el *hould* Lief, las cuales no entendía, la comida se llevó a cabo sin sobresaltos. Los hombres comían, bebían y gritaban, y las mujeres esperaban impacientes que todo acabara para poder escapar de esa sala atestada de hombres olorosos y de malos modales. Cuando al fin ellas decidieron que era momento de abandonar el lugar, Moirg quiso hacer lo mismo

—¿A dónde te diriges?

—Voy con las mujeres, o ¿debo quedarme a beber con los hombres?

—Al *hould* Lief no le molestaría —comentó

sarcástico, conociendo cada mirada lanzada—.

¿Qué te ha dicho cuando pasó a tu lado?

—Creo que quiso saber cómo estaba.

—¿Qué le respondiste?

—¡Qué odio este lugar salvaje y quiero regresar a mi hogar!

Kyran la metió en el pasillo para que los demás no escucharan ni observaran los gestos de disgusto.

—¿Qué le has dicho, mujer? ¿Acaso quieres que la guerra comience dentro de la casa? —preguntó Kyran, la aprisionó contra la pared y apretó los dientes para contener el grito.

—¡Nada! ¡No he dicho nada! He llegado a un acuerdo contigo y yo tengo palabra. Soy una Narvjk, ¿o acaso olvidas quiénes son los que traicionan los pactos? —dijo, y sus ojos comenzaron a brillar.

Kyran sabía que debía sacarla de ese lugar,

pero ir a la habitación significaba cruzar toda la sala, y en el estado en el que se encontraba la mujer era peligroso. No podría dominarla si enfurecía, por eso la tomó por el codo y siguió el pasillo oscuro hasta llegar a la cocina llena de humo, de cacharros sucios y calurosa; sin detenerse, siguieron hasta la pared más alejada de la enorme estancia y por una pequeña puerta, que no se condecía con la proporción de la pared, salieron al exterior. Moira tuvo que doblarse para pasar, y estaba segura que Kyran no cruzaría por allí, pero salió tras ella sin demoras.

El sol bañó el rostro de la mujer y perdió el brillo de los ojos.

—Finn —grito Kyran a uno de sus soldados y silbó llamando a su semental—. Avisa a Asgueir que voy al acantilado.

—Sí, *hersir* Vaeroy.

—No subiré otra vez a esa bestia infernal.

—No tienes alternativa.

—¡No subiré a eso! —despotricó Moira.

Kyran la cruzó sin ningún cuidado sobre el lomo del semental y montó detrás. Antes de que Moira pudiera saber lo que pasaba, estaban cabalgando.

A pesar de estar boca abajo y tener el estómago presionado contra el lomo del caballo que le hacía sentir el rigor de galope en sus entrañas, Moira no podía dejar de admirar el bello paisaje: una pradera verde salpicada con los toques coloridos de las últimas flores antes de las primeras nevadas, árboles que formaban grupos numerosos y marcaban el ritmo del viento, y las chozas con sus techos de pajas que se alzaban no muy lejanas a la casa principal y despedían una columna de humo blanco. Pasando la muralla, la pradera daba lugar a un gran lago que desprendía pequeños cursos de aguas en varias direcciones, y detrás se

levantaba una cadena de sierras.

El caballo se detuvo con brusquedad, y Kyran bajó de un salto, llevándose consigo el bulto que estaba sobre su lomo.

Moira iba a cantarle las cuarenta, no le importaba cuan sanguinario pudiera ser el bruto salvaje, cuando se dio cuenta donde la había dejado; apreciar su nueva posición hizo que no pudiera ni respirar de miedo. Medio pie colgaba del borde de un acantilado que caía al mar. Se olvidó de todo lo que tenía en mente para lanzarle al salvaje y se abrazó a él temblando.

—¿Me arrojarás ahí? —preguntó en un lloriqueo.

—Tendría que hacerlo, no confío en tu palabra, mujer.

—No le he dicho nada al *hauld Lief*.

—¡*Hould Lief*! —corrigió—. ¿Por qué hablabas con él?

—Solo quería saber qué cabaña habitaba, seguramente está preocupado por la generosidad que el clan Vaeroy pudiera tener con una Narvjk. —Los ojos de Moira comenzaron a brillar al mencionar ese apellido, y antes de que Kyran pudiera reaccionar, lo había empujado y salió de la posición peligrosa de la que pendía.

—A los tramposos Vaeroy les gusta matar Narvjks, eso debe haber quebrantado al *hould* Lief —pronunció correctamente, cambiando hasta la manera de pronunciar las palabras.

—Eres una Vaeroy, acaso lo olvidas, esposa —dijo Kyran con el mismo brillo en los ojos.

—Todo cambiará.

—¿Qué harás, Moirg Vaeroy? ¿Arrojarás a tu esposo por el acantilado?

—Lo arrojaré a un abismo mucho más profundo del que no podrá salir nunca.

Kyran se puso en guardia, los ojos de Moirg

agudizaban su brillo, y con sus palabras podía sentir el poder creciendo dentro de su cuerpo.

—¿Desde cuándo recibes el poder de Odín? — preguntó al *berserker* que tenía delante.

—Desde el mismo momento en que lo haces tú —respondió, y Kyran sintió un pinchazo de furia en el estómago al saber que su secreto había sido descubierto por el enemigo—. ¿Te he sorprendido, *hersir* Vaeroy? —indagó con sarcasmo.

—Entendía que Odín mantenía a sus guerreros ocultos del resto de los mortales, pero en verdad, si yo supe tu secreto ni bien te conocí, ¿por qué tú no habrías de hacer lo mismo?

—Odín oculta solo a quien le conviene y a los demás los deja librados a su ingenio.

—Moirg, ¿te han revelado lo que sucede si asesinas a un guerrero de Odín?

—Sé que un *berserker* solo puede ser muerto por otro *berserker*, es todo lo que necesito saber.

—Mil años de maldiciones caerán sobre tu alma, y tu pueblo perecerá bajo el martillo iracundo de Thor por la traición hacia su padre.

—Mil años es poco tiempo y... ¿recuerdas que soy una Vaeroy, esposo?

—¡No eres una Vaeroy, maldita! —gritó, acercándose enfurecido, la quiso tomar del cuello, pero la energía ya conocida por ambos lo impidió, la luz azul atravesó todo el brazo de Kyran, impidiéndole cualquier movimiento.

—No puedes tocarme si no lo deseo, esposo. Nunca lo olvides —alardeó Moirg, sin saber a qué se debía esa fuerza que aparecía entre ellos, pero se encargaría de hacer creer al Vaeroy que la dominaba—. ¿Por qué dices que no soy una Vaeroy?

—El matrimonio debe consumarse para que puedas pertenecer al clan de tu esposo —informó con regocijo—. No eres una Vaeroy, no eres una

Narvjk y nunca serás una mujer, Moirg.

—Puedo ser mujer en cualquier momento, ¿cómo sabes que no lo soy aún? Para eso no hace falta el matrimonio.

—Si no eres virgen, te partiré al medio con mi espada en el mismo lecho.

—¿Cómo sabrás que soy virgen si no tienes intenciones de poseerme?, ¿o te animarás a consumir nuestro matrimonio conociendo mis intenciones?

—Solo presumes. Nunca podrías acabar conmigo, muchacha tonta.

Kyran se acercó y le tomó el cuello para demostrarle que si su intención era lastimarla, podría hacerlo. Moirg se resistió, pero el poder físico de Kyran era superior, y sus pensamientos pasaban muy lejos de hacerle daño. Sin poder controlarse, se apoderó de la boca de la mujer que al ver el verdadero propósito del asalto, dejó que

la lengua de Kyran invadiera su boca. No faltó mucho tiempo para que ambos estuvieran fuera de control, se comportaban como animales en celo, arañando, oliendo, mordiendo y rasgando las vestiduras. Un grupo de añejos abetos los ocultaba de quien podía venir de la pradera y del otro lado el acantilado los protegía de la vista con sus puntas afiladas que sobresalían de su pendiente abrupta. Más que un acto amoroso era una confrontación de poder subyugado a un deseo abrazador, ambos querían ser dominadores y, al mismo tiempo, dominados; sus cuerpos desnudos se pegaban, se fregaban, pero no había saciedad para el deseo que los embargaba. Kyran la tiró al suelo y luego se arrojó arriba, con desesperación le lamió los pechos como un hambriento. Moira jadeaba pidiendo más y le tiraba del cabello para que no dejara de besarle el cuerpo, la barba de Kyran agregaba un cosquilleo erótico que no podía

detener y le estremecía la entrepierna, deseando sentirlo en ese lugar tan sensible. El calor y el cosquilleo aumentaban en ambos a punto de sentirlo cada vez más doloroso a medida que la necesidad de la consumación se hacía insoportable. Kyran la tomó con fuerza de las caderas, decidido a penetrarla, se posicionó entre sus piernas y un dolor insoportable en sus músculos comenzó a inmovilizarle las piernas; la miró a los ojos, que habían recuperado su color habitual, al igual que los suyos; no eran los sediciosos e insaciables *berserkers* los que desfallecían de placer. El deseo desesperado nacía bajo la influencia de los poderes de Odín, pero después eran ellos, un Vaeroy y una Narvjk, que se rasgaban las ropas para poseerse. Furioso y sin entender lo que ocurría, antes que el dolor se lo impidiera, Kyran se levantó de un saltó y fue en búsqueda de la alforja que pendía de la montura,

sacó ropa limpia para vestirse y, al terminar, caminó hacia Moirg, que creyó que la ayudaría a levantarse, pero solo se agachó para tomar el aro con las llaves y luego volvió hacia el semental.

—Aprovecha el camino de regreso para disfrutar del sol —recomendó antes de alejarse.

—¿Cómo regresaré? No conozco estas tierras.

—Es tiempo de que aprendas cómo es tu nuevo hogar.

—¡Esta tierra nunca será mi hogar!

—Solo alardeas, mujer.

—¿Qué ocurrirá si alguien intenta atacarme?

Kyran comenzó a reír, no había nadie en Hordaland, incluyéndose, que pudiera atacar a la mujer sin salir mal parado de la situación, si es que podía hacerlo. No olvidaba que la mayoría de los Vaeroy que se encontraron con Moirg en el ataque a Rogaland podían dar fe de ello.

—Tienes tiempo hasta que el sol toque la punta

de la montaña, si no regresas para entonces, te estaquearé desnuda en el patio de armas —la amenazó—. No creas que no podré encontrarte si escapas. Lo haría con los ojos cerrados, podría seguir tu olor aunque se desatara la peor de las tormentas.

Moira se levantó aturdida, culpaba a Kyran y a sus formas rudas por el dolor que sentía en todo el cuerpo, sus recuerdos obviaban los hechos desde que se había apeado del caballo y regresaban en el momento que Kyran la arrojaba al suelo para saltar sobre ella. Volvió a colocarse como pudo los retazos de tela que formaba una bella túnica con un hombro descubierto, la actitud de Kyran era indescifrable, al momento parecía loco de deseo y pensaba que la tomaría hasta dejarla desfallecida, luego se alejaba sin más, dejándola desnuda, anhelante y dolorida en medio de la nada. Con el cuerpo estremecido y muy sensible comenzó a

caminar en dirección al lago, el sol todavía estaba en lo alto y faltaba mucho para que se cumpliera el límite que le había impuesto el salvaje.

La tierra era bellísima, había un perfume dulzón en el aire que se refrescaba con la brisa marina que subía por los acantilados, el agua era un espejo cristalino que reflejaba con exactitud el frío de sus aguas. Moira disfrutó solo por unos minutos de esa sensación helada en su cuerpo y se sintió limpia como no lo había hecho desde que apareció en aquel lugar, se tomó mucho tiempo para desenredar el amasijo en el que se había transformado su pelo, que sufría la ausencia de champú y acondicionador. Con paciencia, pasó una y otra vez los dedos por las hebras que le pareció sentir las más gruesas, cortas y desparejas, pero otra de las cosas de las que carecía en aquel tiempo remoto era de un espejo y para su salud mental era favorable que sucediera, no quería ni

pensar en la apariencia que presentaría sin maquillaje, sin cremas y con los imperturbables vellos del cuerpo creciendo libremente en lugares en los cuales jamás lo hubiera permitido desde que tenía catorce años. Al terminar de sentirse humana nuevamente y peinar su cabello en pequeñas trenzas para evitar todo lo posible el contagio de parásitos que estaba segura que abundarían en esa época, caminó entre las chozas en su camino de regreso y vio como las mujeres se escondían dentro de sus casas, niños pequeños que jugaban correteándose fueron llamados por gritos desesperados a su paso, y sus madres los refugiaron dentro de las chozas. No se angustió por saber que era mucha la gente que la odiaba en ese lugar, no se quedaría el tiempo suficiente para que ese menosprecio le afectara. Llegó a la pequeña puerta trasera y escuchó a mujeres que caminaban en su dirección desde el interior de la casa, era un

grupo nutrido por lo que podía apreciar a través de las voces, Moira se apartó hacia un costado y se ocultó tras una columna que sobresalía de la pared y tomó con fuerza su piedra rúnica que nunca dejaba.

—La dejaré otra noche en la casa —afirmó una—, Kyran quiere que alguno de los hombres la encuentre y la trate como a las siervas.

—Esa sería una buena venganza después de lo que le hizo a Harek —consintió otra.

—Es lo que busca la Narvjk vistiendo de esa manera tan ridícula —fue el comentario de una tercera, confirmando las palabras de Kyran con respecto a su ropa.

—Kyran no debería permitir que vista de ese modo —adujo la mujer que sonaba mayor, y Moira estaba casi segura que se trataba de la madre de Kyran.

Las mujeres salieron al sol que comenzaba a

debilitarse y siguieron hablando de ella mientras se alejaban de la casa. La madre, dos hermanas de Kyran, las damas que acompañaban a la familia en la mesa, de las cuales desconocía el nombre y el parentesco, y algunas criadas que seguían a sus amas se alejaban rápidamente hacia las chozas. Moira salió de su escondijo y lo último que escuchó antes de atravesar la puerta fue un comentario de su suegra.

—A Kyran no le importa lo que haga esa salvaje Narvjk, todo se lo dejará a Harek.

Las palabras de la mujer alertaron a Moira, no era para nada alentador que la madre de su esposo la tratara de salvaje, pero lo que más la inquietaba era eso de que Kyran dejaría que Harek corrigiera algunos malos hábitos de su mujer. Por suerte, cuando el salvaje herido se levantara de su lecho de enfermo, no estaría en esas tierras y prefería morir intentando llegar a su tiempo que quedarse

más de lo necesario en manos de esas personas.

Por un segundo pasó por su cabeza la idea de preguntarle a su suegra qué había querido decir, pero lo pensó mejor y decidió que no valía la pena el intento, la suerte en aquella decisión estuvo de su lado porque al voltearse hacia la cocina, que ya estaba cubierta de humo y dificultaba la visión, Kyran se topó en su paso al traspasar el umbral hacia las tinieblas. El techo del lugar seguía la estructura de la sala principal, alto, abovedado, con pequeñas aberturas que podían definirse como ventanas que miraban al sur, pero no lo suficiente como para eliminar la cantidad de humo y vapor que salían de las numerosas fogatas en las que se preparaban los alimentos.

—Llegas tarde —la reprendió ni bien la vio.

—Es una suerte que esté en este lugar, me has abandonado a mi suerte en esta tierra desconocida.

—No es excusa. La próxima vez, te azotaré.

—Eres un salvaje.

—No más que tú —replicó y frunciendo el ceño, tomó el nudo que le había hecho a su vestido en la parte del hombro—. Ponte esto —ordenó sacándose el chaleco de cuero que le cubría la espalda.

—Has arruinado mi vestido —dijo ante la cara de desagrado de Kyran que al parecer olvidaba que lo había destrozado con sus propias manos.

—Está mejor que cuando saliste de esta casa, pero es muy descubierto para el ánimo de los hombres que se han quedado bebiendo durante toda la tarde.

El chaleco de Kyran podría cubrir dos espaldas iguales a las de Moira, por eso el hombro caía formando dos mangas y le llegaba hasta debajo de las nalgas, lugar en la que el vestido tenía una rasgadura muy grande, que Moira no había podido disimular y al caminar se abría dejando expuesta

parte de su anatomía trasera.

—Irás directo al cuarto y no te moverás de allí, hoy las mujeres no cenarán en el salón.

—Vi caminar a tu madre, hermanas y a otras mujeres en dirección a las chozas —comentó con intención de averiguar algo sobre las costumbres de esos hombres, no olvidaba la pregunta del *hould* Lief, que quería saber cuál de las pequeñas chozas ocupaba ella—. ¿Por qué debo quedarme en esta casa llena de hombres?

—Es peligroso que la abandones.

—¿Peligroso para quién?

—Sobre todo para mí. Te quedarás en la habitación, no me obligues a amarrarte a la cama.

—¡Estoy harta de tus amenazas! —gritó Moira y pasó entre la gente que, sudada y ennegrecida, seguía su trabajo en la cocina y poca atención le prestaba a ellos dos.

Kyran la siguió enfurecido y cuando estaba por

tomarla del brazo, su padre entró a la cocina para ordenar comida para los hombres.

—Hijo —dijo su padre, frenando la persecución—. Todo está saliendo según lo planeado, no lo arruines provocando a la muchacha —adivinando que la furia de su hijo estaba relacionada con la mujer que acababa de pasar frente a sus narices sin hacer la más leve reverencia—. Déjala que se comporte como quiere estos días, ya habrá tiempo para las correcciones de carácter, y eso es algo con lo que tú no tendrás que lidiar.

—El ejército que esperaba en el mar se ha marchado, y fuera de las murallas solo queda un reducido campamento con la guardia personal del *kunungr* de Halogaland y de cada uno de los nobles que están en Hordaland; el resto de los guerreros han regresado a su tierra.

—¿Asgueir los ha seguido para comprobar que

no fuera una treta?

—Por supuesto, padre, Asgueir y Gunnar los han seguido bien lejos de Hordanlad para asegurarse del retiro de las tropas por tierra, y Steinn con sus hombres lo ha hecho por el mar. Todo está en orden.

—Y tiene que seguir así.

—He pasado a ver a Harek —dijo Kyran—. Tiene mejor color y ha comenzado a hablar, lo primero que quiso saber fue sobre los hombres que incursionaron en tierras Narvjks.

—¿Qué le han dicho las mujeres?

—La verdad —aseveró Kyran—. Y lo que alivia su alma es creer que la mujer Narvjk está muerta. Hablé con Harek y me aseguró que antes de caer sin sentido en el barco, vio como uno de los guerreros asestaba una flecha en la espalda en la mujer.

—Harek sabe que hay heridas que no son

mortales.

—Dijo que todas estaban envenenadas, por eso está tan seguro de haber vengado la muerte de los hombres al creer que la hija preferida del *hould* Narvjk está muerta.

—¿Tú has visto alguna herida en el cuerpo de la mujer? —indagó el padre de Kyran con sarcasmo y curiosidad.

—La mujer no tiene ninguna herida de flecha —respondió cortante y estaba por dar por concluido el diálogo cuando agregó—: Puedo asegurarlo, he visto a la mujer desnuda.

—Comienzo a creer que esa mujer será más dañina para los hombres Vaeroy que todo el ejército aliado junto.

—No me quedaré con ella, padre, y los hombres con los que navegaba hacia el norte también han visto desnuda a la mujer y pueden asegurar que no tenía ninguna herida cuando la

encontramos.

El *hould* de Hordaland se quedó más tranquilo después de escuchar la explicación de su hijo, pero una inquietud le picó en medio del estómago cuando vio los ojos de Kyran al mencionar a la mujer desnuda. Ni bien el *hould* Narvjk dejara Hordaland y a su hija, él mismo se encargaría de deshacerse de la mujer antes que causara estragos entre sus hijos y en todo el clan Vaeroy, no iba a permitir que una sola mujer lograra lo que no pudieron hacer cientos de hombres Narvjk a lo largo de la historia de los clanes.

—Debe seguir creyéndolo hasta que todos se marchen, hablaré con las mujeres —dijo después de un tiempo de reflexión cuando ya Kyran había comenzado con la marcha hacia el salón y le daba la espalda.

—Ya lo he hecho, padre, y obedecerán.

—Tampoco deben permitirle abandonar la

cabaña, Harek es obstinado y ni bien pueda sostenerse en pie, querrá volver a la casa.

—Madre sabe lo que debe hacer, no dejará que abandone la cabaña.

—Tú debes controlar mejor a la muchacha Narvjk, hay hombres de los clanes aliados que aseguran que vieron a tu esposa vagando por el lago.

—No volverá a pasar, padre.

—Eso será lo mejor.

Capítulo XII

Kyran Vaeroy era un bastardo, no había aparecido por la habitación; hacía más de cuarenta y ocho horas que había hablado con él por última vez. Nadie se acercó, las siervas no entraron como cada mañana a retirar la bacinilla, no le habían llevado comida y mucho menos agua en las vasijas de barro. Estaba sedienta, hambrienta e imposibilitada de cualquier intento de aseo; en varias oportunidades, a los gritos, pidió agua y comida al guardia que vigilaba su puerta, pero no hubo respuesta, y su esposo no se dignaba a aparecer. Un pequeño orificio arriba de la chimenea, que permanecía apagada, le indicaba que la noche se cernía sobre las tierras salvajes en la que estaba y ni un solo ruido se oía proveniente de los pasillos.

Kyran no podía exigir más a su caballo, estaba a punto de llegar al límite de sus fuerzas tanto él como el animal. Siete días afuera de la casa, siete días que nadie atendía a la mujer, no le daban agua ni comida, y era el único responsable. Había prohibido que ingresaran al pasillo que guiaba a la habitación de la mujer Narvjk, no había sellado su puerta para que el ruido no la alertara, pero junto con dos hombres sellaron la puerta del pasillo. Equivocado estuvo cuando pensó que las revueltas en Halogaland se resolverían con facilidad. En poco tiempo, un numeroso ejército del este aprovechó la ausencia del *konungr* y sus nobles y decidieron atacarla. Kyran con sus hombres fueron los primeros en unirse a la resistente guardia que a punto estuvo de dirimir. Las primeras batallas fueron rudas, el número de soldados del ejército invasor era mucho más nutrido que la guardia que el *hersir* Vaeroy había destinado a aquella misión,

pero la agudeza obtenida gracias a la intervención de Odín y las nuevas habilidades de sus hombres alcanzó para proteger la fortaleza del rey hasta la llegada de los soldados aliados y la victoria definitiva.

Lo único bueno que Kyran sacaba de la situación, durante su desesperado cabalgar hacia el hogar, era que el *konungr* de Halogaland y los pocos nobles que permanecían en Hordaland proclamando su intención de permanecer allí hasta la llegada del *hould* Narvjk, comiendo de sus granos, bebiendo su hidromiel y agotando a las siervas y esclavas con sus requerimientos lascivos, se habían marchado. El esfuerzo tenía su recompensa, y estaba seguro que el monarca y sus hombres no regresarían a Hordaland en mucho tiempo y, además, gracias a las últimas acciones, todo el clan Vaeroy se había ganado definitivamente el favor del rey, los Vaeroy

demonstraron que estaban en condiciones y tenían la intención de obedecer, servir y proteger a su monarca, tal como habían prometido.

Kyran llegó a Hordaland de madrugada, no se tomó tiempo para pasar por el lago, la sangre seca de los que tuvieron la desgracia de enfrentarlo todavía dibujaba espectros en su coraza de hierro; la cara ennegrecida de transpiración y tierra del camino ocultaba su identidad, parecía una bestia. Unas hombreras de piel de oso pardo y su propio pelo cayendo despeinado, apelmazado y desprolijo sobre sus hombros colaboraban para lograr una apariencia aterradora. Desde las caballerizas hasta la casa había una distancia importante, pero Kyran la cubrió en pocos segundos. Sin perder tiempo, llamó a dos de sus hombres para que lo ayudaran a mover la piedra con la que habían sellado la entrada al pasillo y se perdió por la manga oscura, uno de los hombres lo

seguía desde atrás, iluminando el camino. Kyran lo despidió al sacar la última pesada madera que trababa la puerta de la habitación y tomó la antorcha.

Un olor pestilente lo recibió, y su corazón sintió una puntada cuando su cabeza lo relacionó con la muerte. Moira estaba entre las mantas del lecho. Kyran dejó la luminaria en un soporte y corrió hasta ella para despertarla, pero las sacudidas no tenían el efecto deseado. La tomó en sus brazos, sus manos podían sentir todos los huesos de la mujer, no podía verla con claridad, pero no hacía falta luz para notar el pómulo resaltado en la mejilla chupada por la falta de alimentos y agua; se levantó del lecho y la llevó hasta su habitación. A los gritos hizo que los criados prepararan agua caliente y llenaran la habitación de comida.

—¿Hijo, qué ocurre? —preguntó su padre,

saliendo de la habitación en la planta alta de la casa, lugar en la que tenían sus aposentos todos los integrantes de la familia.

—La Narvjk está muriendo, no sería conveniente contar a su padre como maté de hambre a mi esposa.

—Fueron tus órdenes, Kyran, nadie habría osado desobedecerlas.

—Lo sé. Tengo que revertir la situación lo antes posible.

—Tu hermano ya está en la casa, está en su habitación muy enojado porque nadie le informó de la presencia del rey en Hordaland. Todavía no ha salido, pero ya da varios pasos por día y una vez llegó hasta la cocina, allí se enteró de la noticia.

—Deberíamos cortar la lengua de todos los criados.

—Tu bisabuelo lo hizo, no sirvió de mucho. He

hablado con Harek y ha entrado en razones, aunque no deja de decir que fue a Rolagand por una nota que recibió de Moirg Narvjk.

—Harek inventaría cualquier excusa con tal de no recibir castigo —dijo para que su padre no entrara en el juego de Harek—. Lo conoces mejor que yo, padre —agregó al ver que su padre tenía una nota de incertidumbre en su ceño.

—Lo asegura con tanta firmeza que convence a quien lo escucha.

—Harek es así, ha heredado la habilidad mentirosa del abuelo —concluyó, y luego cambió de tema—. Me alegro por la recuperación de Harek. Faltan pocos días para que la farsa termine y ya no tengamos que mentirle y, quizá, de esa manera, él tampoco lo hará con nosotros. No estamos actuando muy diferente.

—Eso me preocupa, Kyran, tu hermano está cada vez más invadido por el odio hacia los

Narvjk, sobre todo porque afirma que por culpa del mensaje de la mujer Narvjk, toda su guardia personal ha sido asesinada. No sé cómo impediré un encuentro brutal con el *hould* Narvjk cuando desembarque en Hordaland.

—Ese será tu problema, padre, tú has insistido con este plan absurdo. Yo bastante tengo con revivir a la Narvjk, controlarla y, además, seguir fingiendo que soy su esposo —agregó cuando ya se alejaba hacia la puerta de su habitación.

—¿Cómo ha ido con los del este?

—El *konungr* de Halogaland está contento con los Vaeroy y debemos trabajar para que siga de esa manera. Tiene por delante la misión de descubrir al infiel que alertó a los hombres del este sobre la partida del ejército hacia nuestras tierras, lo que propició la invasión, eso lo mantendrá alejado de Hordaland por mucho tiempo —dijo con altanería y se perdió tras la

puerta de su habitación. Allí, dos criados prendían fuego en la inmensa chimenea que ocupaba buena parte de la pared externa, y otros tantos subían pesados tachos de agua caliente para llenar una tina de madera que descansaba en un rincón. El lugar era tres veces más grande que la habitación en la que había alojado a Moira, la cama también. Macabras y perturbadoras armas colgaban de la pared de piedra, estandartes con dibujos del casco Vaeroy, descansando en el lago que se asentaba sobre dos espadones cruzados, todo circundado por el cordón de sierras era el paisaje que destacaban los pesados y anchos retazos de cuero. Baúles mucho más grandes de los que Moira había encontrado en la habitación que creía de su esposo ocupaban los espacios que se aproximaban a las paredes, más de cinco contenedores de oscura madera.

Kyran esperó impaciente que la bañera fuera

colmada de agua caliente, caminaba de un lado a otro sin disimular su turbación. No había pasado mucho tiempo desde que llegó a Hordaland, tuvo la conversación con su padre y los criados cumplieron con su mandato, pero le parecieron siglos. Al quedar a solas, la desnudó con total cuidado y la metió en la bañera, la mujer apestaba tanto o más que él, pero eso era lo que menos le importaba, su preocupación se centraba en la debilidad de su cuerpo. Pudo notar la delgada piel posarse sin restricciones sobre los huesos, no había nada de carne o músculo que rellenara en medio, sin embargo, la mujer seguía siendo hermosa a pesar de la delgadez extrema. Con más cuidado, la sumergió en el agua caliente, y Moirg suspiró con fuerza, eso alentó a Kyran, la Narvjk todavía tenía aliento para luchar.

—Vamos, mujer, tienes que darte un baño, apesta más que las morsas —dijo con humor.

—Mira quién habla, no sé si lo que me ha despertado ha sido el agua o el olor de tu cuerpo —contestó sin abrir los ojos—. Me has dejado más de cinco días sin agua y sin comida. ¿Qué clase de esposo eres?

—Uno muy malo —respondió con pena—. Fueron siete días.

—Los más despiadados y crueles vikingos de la historia —susurró sin aliento.

—¿Qué dices, mujer? —preguntó con voz queda, pero ella no respondió.

Kyran notó que la mujer había podido entender sus palabras sin la necesidad de la piedra y sonrió ante el descubrimiento. Con suavidad, le masajeó los hombros con el agua caliente, le lavó la cara, vertió agua en el cabello apelotonado y luego hundió la mano para fregar zonas ocultas. La mano en sus pechos demoró más de lo debido y cuando llegó el turno de las largas piernas la acomodó de

manera que no se deslizará hacia el fondo y utilizó sus dos manos para lavar los miembros al mismo tiempo. A medida que el cuerpo de Moira quedaba limpio, Kyran estaba cada vez más sucio, mojado y caliente, en parte, por el vapor que salía del agua y, en parte, por la excitación provocada por ese flaco cuerpo desnudo. Sudaba más que en la batalla. Entre caídas y hundimientos de Moira, Kyran se sacó la pesada armadura, se despojó de las hombreras de piel, de las sandalias, de los pantalones y, por último, de la camisa; quedó tan desnudo como Moira, pero menos inanimado, no podía dejar de moverse, no podía parar el temblor producido por el deseo; sus ojos cambiaban de color como su cuerpo de posición para estar cómodo, pero no conseguía calmarse. La bañera era muy estrecha para contenerlos a ambos y era consciente que el cuerpo de Moira había quedado limpio después que lo fregara con tanto ahínco por

más de media hora; levantó a la mujer, la dejó en el lecho de pieles cubierta con un manto de lino blanco y usó la bañera para lavarse su propia mugre y despejar por unos segundos su cabeza de la punzante y dolorosa exigencia de su cuerpo, que clamaba por sumergirse en las profundidades calientes y estrechas de la mujer Narvjk.

En poco tiempo, salió de la bañera sin haber cumplido con su objetivo de pensar en otra cosa, su condición de extrema debilidad era una excusa no valedera para su deseo. Él era un Vaeroy, no sentía piedad, no conocía la compasión y odiaba a los Narvjk, con eso había nacido y crecido buena parte de su vida hasta que su padre se hizo cargo de la vida de los Vaeroy y, de la noche a la mañana, se había pactado un acuerdo con sus legendarios enemigos; días después, terminaba con la mujer acostada en su lecho. Todo ese ajetreo en su vida debía llevarle alguna satisfacción además

del peso de saber que sobre sus hombros pesaba el destino de todo el clan. Otro bache que su mente intentaba poner en el camino del deseo de Kyran, que caminaba hambriento hacia el lecho, era que tomar a la mujer equivaldría a enfrentarse a su hermano, que, por otra parte, era el responsable de aquella situación y merecía un castigo por sus actos desquiciados.

Moira se revolvió debajo del lienzo blanco, las llamas de la hoguera habían alcanzado una buena altura e iluminaban la habitación y la comida descansaba en una larga mesa a un costado de la cama. Kyran tomó aire al llegar hasta Moira, la envolvió en el lienzo y la acomodó en un borde de la cama.

—Debes comer, mujer.

—No lo haré, es mejor así.

—¡Debes comer! —ordenó más airoso pero no enojado, tomó un trozo de carne blanca y se la

acercó a la boca—. No has necesitado la piedra para comprender mis palabras, mujer, has recordado cómo es la lengua de los guerreros de Lochlann.

—No es necesaria la piedra si me tocas —respondió Moira, que se había dado cuenta de ese detalle horas antes que la abandonara.

La primera reacción fue de rechazo, pero el olor de la comida y gracias al baño de agua caliente que la liberó del entumecimiento, había despertado su apetito de manera voraz, y como un animal impedido de comida por varios días, se lanzó sobre la mesa para acabar con todo.

Kyran notó el momento en que sus ojos cambiaban de color y dejó que comiera como quisiera, y él también lo hizo con tranquilidad mientras la mujer tenía la boca ocupada y no podía hacer el reclamo que estaba seguro que iba a llegar en el momento que satisficiera su necesidad

más apremiante, momento que él estaba decidido a satisfacer la suya. No dejaban de observarse mientras los bocados entraban en sus cuerpos, se estudiaban, se medían, se experimentaban como dos contrincantes a punto de batirse a duelo. Kyran no se había molestado en vestirse después del baño, y a medida que el apetito de Moira por la comida exiaba, otro más potente e incontrolable crecía dentro de su cuerpo, empapándola de sudor.

—¿Por qué no escapaste? Habrías podido hacerlo si lo deseabas —preguntó Kyran al *berserker* que tenía delante.

—No seré yo quien provoque la guerra entre clanes.

—Tenías una buena excusa para escapar.

—No, tú sabías que solo dormiría. La falta de alimentos no puede terminar con un *berserker*.

—Es cierto, solo Odín u otro *berserker* puede hacerlo.

—¿No resultó como lo esperabas, esposo?

—En verdad, sí, te quería tranquila y sin causar daño entre mi gente, y así se ha hecho.

—Sigue siendo tu gente, sigue siendo tu clan.

¿No me darás la oportunidad de compartirlos contigo? —dijo con voz seductora y soltó el lienzo que tenía atado sobre los pechos.

El trozo de tela quedó a los pies de Moira; Kyran, sin pestañear, la veía avanzar.

—¿Harás de mí una Vaeroy, esposo? —preguntó Moira, mirando la entrepierna que sostenía su miembro duro y se encabritaba más con la mirada caliente que le lanzaba.

Moira levantó la vista, y los ojos de Kyran lanzaban rayos celestes, estaba a punto de saltar sobre ella, podía oler el deseo saliendo de cada poro con mayor intensidad, y estaba segura que él podía hacer lo mismo con el deseo de ella, y eso acrecentaba su excitación.

La comida y el hidromiel habían reparado rápidamente el cuerpo demacrado de la mujer; en pocos minutos, un cuerpo perfecto y vigoroso lo desafiaba a enfrentarse en una contienda y no había nada que pudiera impedir que se llevara a cabo, no había poder sobre la tierra que lo sacara de aquella habitación antes de salir victorioso conquistando ese bello cuerpo. La mente de Kyran quedó en blanco, no veía nada más que a Moirg; se puso de pie, estiró la mano para cogerla y la pegó a su cuerpo. La piel unida de ambos se rodeó de un haz azul, y el *berserker* que estaba en el interior de cada uno de ellos desapareció. Lentamente, con una sonrisa que se reflejaban en los bellos ojos claros de Kyran, bajó la cabeza para apresar la boca de Moira. La desesperación desenfrenada con la que había iniciado el encuentro dio lugar a la más pura y verdadera ternura, el beso se profundizaba con el duelo de las lenguas que

buscaban explorar el sabor del otro para colmar la necesidad de sentirse cerca, y las manos no paraban de recorrer cada centímetro de piel. El asalto se volvió suave; después de tanto desear, no quería que el tiempo se le esfumara como agua entre las manos. Kyran estaba firmando su condena y al menos disfrutaría cada segundo y lo prolongaría tanto como su cuerpo aguantara. Después de ese día, Moirg sería suya para siempre, y los problemas que iban de la mano de la mujer, también.

La sensación de estar haciendo algo que ya había hecho con anterioridad no dejaba de pasar por la cabeza de Moira, era como una película que se proyectaba directamente en su mente. Las caricias de Kyran, sus besos, palabras susurradas y jadeos eran conocidos para ella. Sentía que ya había tenido el cuerpo de Kyran en el mismo lugar y haciendo lo mismo, y que pasó mucho tiempo

desde la última vez, era un sentimiento de satisfacción por volver a poseer algo que necesitó y deseó por mucho, mucho tiempo y por fin había llegado. Era tanto el regocijo de sentir a Kyran masajeando sus pechos con dedicación, sentirlo recorrer con la lengua sus mejillas y jugar con el lóbulo de su oreja que sus ojos se llenaron de lágrimas.

La osadía no formaba parte de la vida sexual activa de Moira, pero con ese hombre rústico, salvaje, que le hacía hervir la sangre no lo podía evitar, y el cosquilleo que cada tanto aparecía en forma de resplandeciente haz azul intensificaba sus sentidos, el atrevimiento y la necesidad de pertenecer a ese hombre que a su vez sentía que ya le pertenecía. Su cuerpo se convulsionaba con los besos profundos, y sus manos solo anhelaban el contacto con la piel caliente de Kyran. Cuando su deseo no toleró otra cosa que no fuera el miembro

de Kyran llenando su cuerpo, se aferró a la pétrea erección con ambas manos y lo llevó a su entrepierna, haciendo palpar su corazón de manera acelerada con cada roce de la suave cabeza rozada sobre sus íntimos labios hinchados.

Con la respiración entrecortada, el cuerpo a punto de estallar en llamas y el corazón galopando alocadamente, Kyran la acostó en la cama, él tampoco podía seguir con ese tormento.

—Bebería más de ti, pero ya no puedo soportar este dolor —esbozó con la voz arenosa.

—Habrá tiempo para eso —prometió Moira, abriendo sus piernas para que el hombre se colocara en medio.

La extraña sensación que había sentido el día que se encontraron en el acantilado comenzó a perturbar el cuerpo de Kyran, era un cosquilleo molesto que deambulaba por sus venas y se desparramaba a la velocidad del trueno por todo

el cuerpo. El deseo peleaba contra ese malestar, pero Kyran sentía como crecía la extraña sensación y se convertía en dolor que paralizaba su cuerpo. Luchando contra sí mismo y un entumecimiento que lo inmovilizaba, con esfuerzo, se colocó entre las piernas de Moira y apresó la boca húmeda y deseosa para que el placer evadiera el dolor cada vez más punzante que le impedía moverse.

Moira no perdió el tiempo mortificándose pensando que Kyran descubriría en poco tiempo que no era virgen, el deseo la apabullaba, e imaginarse la invasión del bárbaro gigante en su cuerpo le hacía sudar placer y nada más le importaba. Aceptó la invasión de la lengua como preludio de la penetración, sin embargo, pudo notar un cambio en Kyran, la besaba con el mismo frenesí pero al tacto se sentía tieso, frío, y, al notarlo, esa misma corriente helada que paralizaba

los movimientos del hombre empezó a transferirse a su cuerpo.

—¿Qué ocurre, Kyran? —preguntó con los labios pegados a su piel.

—No lo sé —jadeó, el deseo era arrebatador, y el dolor aumentaba a cada segundo—. Pero nada impedirá que te posea, mujer.

—Algo ocurre conmigo, no puedo moverme.

—Yo tampoco —admitió y con el último hilo de fuerza se impulsó dentro de Moira.

Moira gritó al sentir la penetración, un dolor desgarrador le hizo notar su gran error. Kyran sintió como su pene erguido rompía de una sola embestida la débil barrera de la virginidad de su esposa, y un grito de satisfacción surgió cuando llegó al fondo del canal estrecho, caliente y mojado que lo albergaba. El inmenso placer no le duró ni lo que dura un suspiro, otro grito sacudió su cuerpo, provocado por el espasmo más

doloroso que sintió en la vida que lo hizo abandonar el cuerpo de la mujer tan intempestivamente como había entrado. El dolor se centraba en su bajo vientre y se extendía con rapidez al resto del cuerpo, se alejó de Moira y se paró doblado en dos frente al fuego de la chimenea.

—¿Qué me has hecho, maldita hechicera? — rugió enceguecido de furia, creyendo que había sido apuñalado por la mujer, pero se revisó el vientre y no tenía heridas, levantó la vista hacia Moirg, que no respondió y abandonó la habitación castigando la puerta en su atropello.

Ella también sufría en el lecho, el dolor era insoportable, se sentía como invadida por una gruesa columna caliente que la había partido al medio y dejó un descubrimiento que le producía el mismo dolor que el corporal. Su cabeza era una revolución, sus creencias cayeron como castillos

de naipes frente a una ventana abierta, no era ella. No era su cuerpo. No se trataba de una confusión que se solucionaría cuando apareciera la mujer de la época que se asemejaba mucho a ella. Definitivamente, era quienes todos creían. ¿Cómo comprender que su alma o su espíritu o lo que fuera había viajado en el tiempo para tomar posesión de otro cuerpo? ¿Cómo le haría comprender eso a su esposo? ¿Podría revertir el proceso? Si solo su alma había viajado desde el futuro, su cuerpo había quedado en algún lugar del tiempo en el que ella vivía. ¿Podría volver a él? Otro pensamiento se hiló a la pregunta anterior: si su alma no estaba en su cuerpo... ¡Estaba muerta en su tiempo! Cerró con fuerza los ojos y se obligó a cambiar de pensamientos, no quería seguir por la línea que había comenzado y se concentró en el cuerpo del que su alma se había apoderado, en ese momento podía afirmar que todas las imágenes y

visiones de personas y sucesos en esa época no era lo que había vivido la persona que ella pensaba que reemplazaba en cuerpo y alma, sino lo que el cuerpo que ocupaba había vivido antes de su llegada, y los recuerdos guardados en la memoria aparecían ante sus ojos ¿Por qué a ella? ¿Por qué...?

Moira se había encontrado algo más delgada, pero atribuyó a esa experiencia la responsable de la pérdida de peso, también le parecía que su tamaño era más bajo pero solo podía compararse con gigantes, y ellos solo podían medirse ante los jugadores de básquet de la NBA de su tiempo. Su cabello era más grueso y lo sentía desperejo, pero tampoco eran detalles en los que había reparado hasta esa noche. Otra inquietud se hizo lugar en su mente: la edad de Moirg, como la llamaba Kyran, la muchacha era virgen; ella, como el resto de la población del siglo veintiuno que había observado

la historia solo superficialmente, conocía el hecho de que las mujeres en la antigüedad contraían matrimonio a muy temprana edad, no le agradaría saber que estaba viviendo los catorce años, otra vez. Kyran debajo de esa tupida y gruesa barba también parecía muy joven, hizo una mueca al recordar que la primera vez que lo vio le pareció un hombre mayor.

Kyran regresó agotado sin encontrar una respuesta razonable, había recuperado la normal respiración y no le dolía nada, el espasmo pasó sin dejar réplicas dolorosas, y la movilidad del cuerpo era la habitual. Se paró frente a Moirg y la sacó de su trance mental, no estaba enfadado con ella. La mujer había estado tan excitada y entregada como él, pensar en la cara de Moirg momentos antes de poseerla lo hizo excitarse nuevamente y desafiando cualquier dolor, sus ojos se encendieron al recordar como su miembro había

invadido y conquistado ese cuerpo caliente y suave. Estaba por volver a la cama para seguir con la placentera actividad que había dejado trunca, cuando vio un haz azul salir de la nada y golpearlo en el mismo lugar que ya había sentido el espasmo. Irritado, caminó hasta la cama y se echó, dando la espalda a la mujer.

Moirg no entendía lo que ocurría con Kyran, no vio el destello azul que lo sacudió por segunda vez, creyó que estaba irritado por el dolor que lo había aquejado, del cual la culpaba, e impidió que acabara lo que había iniciado, por eso no le dirigió la palabra.

—Debo dormir —confesó Kyran, con una voz que dejaba traslucir el cansancio y no sonaba enojado.

—Duerme, no iré a ningún lado.

—No podrías abandonar la habitación sin que te escuchara, tendrías que matarme para ello.

—No tienes miedo a que lo haga.

—Un poco, pero sé que querrás saber si la próxima vez terminaré lo que he comenzado esta noche —dijo somnoliento y se notaba que sonreía al hablar.

—No estoy muy ansiosa, pasarán varios días hasta que pueda recuperarme.

—¿Te he lastimado? —preguntó, volteándose, preocupado.

—No mucho.

—No debe dolerte ni la mitad de lo que me ha dolido —dijo, acomodándose otra vez de espaldas—. No te irías de mi lecho, lo has disfrutado tanto como yo, Moirg.

Kyran se durmió casi inmediatamente, pero ella se quedó pensando en su situación, el fuego de la chimenea había devorado los leños más gruesos, y las llamas de su interior ya no alcanzaban para iluminar el cuarto, de todas maneras, pudo darse

cuenta que no era el mismo en el que se encontraba hasta esa tarde, era mucho más grande, y la chimenea también, el brillo del metal colgado en las paredes retrataban con fidelidad la forma del arma mortal en el que había sido convertido y todo hacía suponer que pertenecía al hombre que descansaba a su lado, un Vaeroy. Un enemigo vitalicio de los Narvjk, su pueblo, había algo en esa mención que le molestaba, el despertar a la realidad de su existencia le daba una nueva perspectiva a las cosas, y ser una Narvjk no terminaba de gustarle. Recordó las piedras, no todo el viaje en el tiempo había sido insustancial, las piedras estaban allí, no eran producto de su imaginación, Kyran las había tomado, las había usado para comunicarse con ella y se las había sacado de las manos.

Moira también estaba agotada, el resoplo de vitalidad gracias a la ingesta desorbitada de

alimentos iba llegando a su fin por esa noche. Después de conocer la inquietante y abrumadora realidad de estar usurpando un cuerpo ajeno, su cabeza no daba para más. Se acurrucó en brazos del incitante hombre de las cavernas y esperó que el sueño la invadiera sin dejar que los pensamientos volvieran a su caótica realidad.

Capítulo XIII

Manos que se movían sobre su vientre y subían intrépidamente por sus pechos para sobarlos en círculos calientes y apretados la despertaron. Un cosquilleo comenzó en su espalda al tiempo que los labios humedecidos y ardientes de Kyran la recorrían y la entrepierna con el miembro erguido se pegaba a su trasero. Moira, inmóvil, disfrutaba el placer de sentir la suavidad del gigante que consideraba un ser primitivo. Con parsimonia, Kyran terminó de voltearla boca abajo y levantó sus caderas para encastrar su miembro erecto entre sus nalga, su boca bajó hasta la piel de la mujer, y sus manos no se cansaban de recorrer el mismo camino una y otra vez, desde la entrepierna al cuello, demorándose en el valle de sus pechos para darle un sutil y excitante tratamiento a los

pezones con los pulgares de ambas manos.

—Prometo cumplir con mis palabras —jadeó Kyran en su oreja.

—¿Cuál de todas?

—Hacer que pidas a gritos que te posea —susurró, olvidando la causa del fallido intento anterior.

—No recuerdo haber oído esa promesa.

—Acabo de hacerla, mujer —murmuró sobre su piel.

—No alcanzarán tus años de vida para oírlos, Vaeroy —sostuvo Moira en un murmullo complacido que desmentía su determinación de mantenerse indiferente a las caricias.

—Lo lograré en pocos minutos —la desafió, volviendo al silencio para continuar con su cometido.

Kyran era extremadamente complaciente, por momentos era suave, en otros, actuaba con

brusquedad y desaforo, pero sabía qué ritmo imponerle a las caricias y a los besos. Sus enormes manos estaban en todos los puntos sensibles de Moira y en otros que descubría gracias a su pericia. Ni en mil años podría haber imaginado que el capitán salvaje se comportaría de esa manera con una mujer, lo esperaba violento y rápido como una fiera en celo, tomándola sin ninguna consideración y sin ningún gesto de ternura, pero Kyran era mucho más hábil en el jugueteo previo a la penetración que todos sus novios anteriores, y estaba segura que mucho más que buena parte de los hombres del siglo que había abandonado. No pasaron muchos minutos desde las últimas palabras cuando Moira descubrió que tenía los pezones erectos y sensibles a la más mínima corriente de aire tibio que lanzaba la chimenea avivada por Kyran antes de despertarla, la entrepierna caliente y húmeda, ávida de sentir el

contacto de los hábiles dedos sumergiéndose en su calor, y las palabras roncas susurradas al oído que la instaban a entregarse sin condiciones. Kyran tenía una boca dulce que no paraba de saborear la piel de su espalda y su cuello, y un vigía erecto, expectante y listo para entrar en acción apoyado sobre sus nalgas, demostrando con un meneo suave como acariciaría el aterciopelado estuche con delicadeza una vez que estuviera adentro. Sofocó los primeros gemidos, alentada por su obstinación, que le impedía demostrar el placer que sentía y devoraba su razón. Con estoicismo, reprimió los suspiros y jadeos que murieron en su garganta, pero la cesión recién comenzaba, y su cuerpo fue tomando temperatura junto con la chimenea a medida que las llamas ganaban intensidad y hacían claudicar la resistencia de gruesos troncos.

Kyran sabía que Moirg sostenía solo con su obstinación la voluntad de no ceder. Estaba

preparada, lista para recibirlo y, sobre todo, deseosa de hacerlo, pero no daría el brazo a torcer, sabía que si presionaba, llegaría más rápido a su renunciamento, pero no quería despertar al *berserker* que moraba en ella, ni al propio. No deseaba una relación animal en la que lo desafiaría a tomarla con violencia y él no podría abstenerse de complacerla. No después de la noche anterior, que no sabía bien cuál había sido el motivo del espasmo que lo atacó justo en el momento que conquistaba su cuerpo. La mujer era suya, no había marcha atrás sobre ese hecho y la poseería todas las veces que quisiera, pero una fuerza extraña lo persuadía a hacerlo con cuidado, de esa manera lograría el placer y la satisfacción que jamás había podido conocer con ninguna otra.

Un jadeo de Moirg, al rozar una zona sensible de su entrepierna, lo estimuló a repetir el roce y volvió a escuchar el gemido. El movimiento se

repetió hasta que Moirg, en un suspiro desfallecido, cedió ante el delicado y hábil trabajo.

—¿Qué deseas, Moirg? —preguntó, besando su oreja, sabiendo que la contienda estaba ganada.

—Sabes lo que quiero, Kyran.

—No, dímelo.

—A ti —susurró con voz queda.

—No logro comprender —mintió sonriendo.

—Toma mi cuerpo. ¡Ahora! —gritó la orden, y Kyran no se hizo esperar, tampoco podía resistir mucho más.

El dolor en esa oportunidad no lo dejó entrar en el cuerpo de la mujer, el espasmo lo golpeó segundos antes. Despotricando obscenidades, Kyran saltó de la cama, revolvió y arrojó las pieles del lecho por toda la habitación y, desencajado de furia, con los ojos más azules que nunca, tomó su hacha de doble filo y con ella

apuntó a Moirg.

—Tú, mujer hechicera —vociferó con una voz que parecía salida del infierno—. Pagarás por esto —sentenció y blandió el hacha hacia atrás para descargarla con furia sobre la mujer.

—¡Kyran! —gritó Moira aterrada—. ¡Detente! También sufrí el dolor.

Había sentido el intenso espasmo que le impidió levantar la cadera para recibir el miembro de Kyran y reconoció que de la noche anterior el dolor no solo se había debido a la pérdida de su virginidad, se había combinado con ese feroz espasmo.

El hacha no se detuvo, se desvió hacia un costado para quedar ensartada en la piedra del piso, chispas saltaron con el brutal golpe. El hombre se quedó unos minutos con la mirada clavada en el lugar en el cual impactó su arma predilecta y luego, sin decir nada más, abandonó

la habitación.

Tiempo después, cuatro hombres fuertemente armados, con sus cotas de maya y sus escudos en las manos, llegaron para escoltar a Moira hasta la habitación que ocupaba. Allí, todo estaba limpio, el fuego ardía en la chimenea y la mesa rebosaba de alimentos. Moira no entendía lo que sucedía, pero a esas alturas nada podía sorprenderla. Magia, hechizo, maldición, embrujo, cada una de esas palabras con sus significados la afectaban. El dolor era una barrera entre ellos, no estaban destinados a estar juntos; si pensaba en términos esotéricos, podría deducir que ese impedimento era para que no existieran frutos de una relación entre ambos que afectara el futuro conocido. Con esa premisa se quedó, y una parte de su razón sintió alivio de saber que nada indeseable podría nacer entre el sanguinario vikingo Vaeroy y ella; por otra parte, sus sentidos gritaban que no

dejarían de intentar que existiera esa relación.

No vio a Kyran los siguientes tres fríos y tormentosos días. Moira, desde su encierro, podía oír el sonido atronador del viento. Esa vez había sido diferente, cada mañana, dos criadas mudas, o que simulaban serlo, llegaban al cuarto para asearlo, llevarle comida, agua y reponer leños. Moira intentaba una conversación, pero las mujeres eran indiferentes, era lo mismo que intentar recibir respuestas del muro de piedras.

Kyran despertó de madrugada, no sabía cuánto tiempo había dormido, pero su cuerpo le informaba que no había sido el suficiente para recuperar energías. Cerró los ojos para continuar el sueño reparador y no podía conciliarlo, se encontró solo en el gran lecho de su habitación, el fuego ardía templando el ambiente, pero le parecía frío, vacío y muy grande. Pensó en lo agradable que era despertar junto a la mujer Narvjk y sentir

su calor. No quería reconocerlo, pero esa mujer se le había colado debajo de la piel y no podía arrancarla de sus pensamientos en las horas conscientes ni en las de sus sueños. La mujer era tan enigmática como peligrosa, encerraba secretos que ni siquiera ella conocía. Tuvo la suerte de descubrir uno, los dioses quisieron que la fuerza del *berserker* se revelara frente a él antes que a cualquier otro hombre, incluso, antes que la propia Moirg. Kyran se desperezó en la cama y, sin intención de hacerlo, apoyó la cara en el mismo sitio que Moirg, el aroma de la mujer le hizo erizar la piel. Sin pensar, se colgó una túnica y salió de la habitación para dirigirse al pasillo más oscuro de la fortaleza, no padecería una necesidad tan fácil de satisfacer por obstinación. Si lo pensaba con frialdad, no creía que la mujer hubiera lanzado algún conjuro hacia él, ella gozaba de los encuentros íntimos y lo deseaba de la misma

manera, ese sentimiento era imposible de fingir, no era posible simular tanto placer en la mirada, y Moirg destiló pasión en las dos ocasiones en las que estuvo sobre su cuerpo, dispuesto a poseerla. Dijo sufrir dolor. ¿Habría mentido?

Moirg dormía; sin aviso, la envolvió en las pieles que la cubrían y sin ningún esfuerzo la alzó en brazos para llevarla hasta su habitación. Una vez allí, ella quiso reclamar el traslado, pero Kyran se acurrucó en su espalda, le puso una mano en la boca y se quedó dormido.

Moira fue la primera en despertar, pudo realizar sus abluciones matinales sin la vigilancia de Kyran. De uno de los baúles tomó un género de lienzo blanco y se ideó en poco tiempo una túnica que ajustó con un bello lazo de terciopelo negro, se trenzó algunos mechones de cabellos, se sentó a los pies de la cama y probó algunos restos de comida, en eso estaba cuando sintió la mirada en

su espalda y se volteó, apoyando una mano en la gruesa pierna de Kyran.

—Creí que estabas enfadado. Volviste a abandonarme —reclamó, masticando un trozo de pan de avena.

—Cometí un error, entendí que no eres la culpable —dijo y agregó—: ¿Te llevaron comida y agua durante estos días? —preguntó preocupado.

—Sí, me han atendido mucho mejor que en tu anterior ausencia —señaló Moira.

—No he abandonado Hordaland, mujer —aclaró.

Moira lo observó desperezándose como un gato haragán, un gran gato haragán. Ese hombre era hermoso, ni siquiera su versión moderna de Airan Bersé era tan espléndido. Enorme, musculoso, de piel dorada, la espesa barba amarilla no podía terminar de ocultar un rostro armónico y ojos penetrantes que sostenían la mirada y producían

estremecimientos en quien se posaban por primera vez. Le hubiera gustado poder observar su boca, conocía cómo sabía, lo hábil, caliente y suave que era al momento de besar, pero, de todas formas, daría lo que pidiera por poder conocerla sin la barba.

—¿Qué ocurre, mujer? —preguntó al ver que lo miraba hipnotizada.

—¿Y dónde estabas? —preguntó después de reaccionar y tomarse un tiempo para retomar la conversación.

—Durmiendo.

—¿Durmiendo? ¿Todo el tiempo? ¿Acaso tu padre no reclama tus responsabilidades pendientes? —cuestionó con mal genio su abandono por el simple motivo de tener un sueño pesado.

Kyran sonrió, sabía que el reclamo de la mujer era relacionado al descuido con ella y no al que

tuvo con el resto de sus obligaciones en el clan. Esa mujer lo hacía reír, lo hacía enfurecer, lo enloquecía de deseo. Se alegró de haberla llevado al cuarto en la madrugada y que estuviera allí esa mañana. Se acercó, tomó varias trenzas de cabello y las observó con detenimiento antes de responder.

—No, mi padre sabe que descanso al menos tres días después de volver de alguna campaña —informó y siguió jugueteando con su pelo—. Él se hace cargo de los hombres junto con Steinn y Asgveir.

—¿Por qué descansas tanto? No has estado afuera mucho tiempo.

—No duermo en todo lo que dura la empresa.

—¿Y si demoras un mes?

—No dormiré durante un mes.

—No te creo, nadie puede estar tanto tiempo sin dormir.

—Créelo, puedo hacerlo, y tú también.

—¿Yo?

—También puedes estar meses sin comer ni beber, sin tener compañía, pueden herirte con una flecha envenenada y no morirás, tus heridas curarán con la misma rapidez con la que se han abierto. Eres una guerrera de Odín, te protegerá cuando tú no puedas hacerlo, te ha bendecido otorgándote parte de su poder.

Moira se quedó petrificada, lo que decía Kyran no tenía sentido. Ella pensaba que el hombre la consideraría una desquiciada si le contaba que habían transportado su alma desde el futuro a un cuerpo que no le pertenecía, sin embargo, él, con toda la calma del mundo, le informaba que era una mujer favorecida por los poderes de un dios que acababa de conocer.

—Déjame entender —pidió Moira y se tomó un par de minutos—. Soy una especie de semi dios como Hércules o Aquiles.

—¿A qué clanes pertenecen esos hombres? No son Narvjk —preguntó Kyran con preocupación, creyendo que hablaba de otros guerreros de Odín de los cuales no tenía conocimiento.

—No te preocupes, ya no están vivos.

—¿Tú los has asesinado?

—¡No!

—¿Quién entonces? Solo un guerrero de Odín puede matar a otro —afirmó Kyran y la tomó de los hombros—. ¿Quiénes son esos hombres?

—Kyran, tranquilízate, son hombres que vivieron hace muchos años y no son de los clanes de los guerreros de Lochlann.

—¿Quién te habló de ellos?

—Mi padre, son antiguas historias de hombres con poderes sobrenaturales, eran hijos de mujeres humanas con sus dioses.

—Nuestros dioses no pueden tener hijos con humanos, solo otorgan sus bendiciones a los

elegidos.

—Y se supone que yo soy una de esas personas.

—Sí.

—¿Y tú?

—También lo soy.

—¿Por qué no me siento poderosa o no siento que puedo atravesar las paredes con mi fuerza?

—El *berserker* acude al guerrero solo cuando lo necesita, debes aprender a dominarlo. Debes saber usar su poder o te traerá más desgracias que favores —la conminó—. Tú padre debió preocuparse de que lo comprendieras.

—Quizá no le dieron tiempo. ¿Olvidas que me han secuestrado?

—Es una posibilidad —ratificó la primer conjetura, pero desatendió la pregunta final—. Vístete, comenzaremos con las lecciones —ordenó y saltó de la cama para ir en busca de su ropa.

—Por eso nunca te vi tomar ropa de la otra habitación —balbuceó cuando Kyran se alejó.

—Mujer, no enciendas mi enojo, no vuelvas a hablar para que no comprenda —la reprendió, llegó hasta ella y la tomó de un brazo para asegurarse que comprendiera sus palabras.

—El día de la boda, tu padre dijo que como tu esposa ocuparía tus aposentos, sin embargo, me destinaste ¿a dónde?, ¿al cuarto de las criadas? —preguntó enojada.

—Es la habitación en la que guardo mis armas, no deja de ser mía y era más segura para que permanezcas en mi ausencia; cada vez que no pueda estar en la casa, deberás regresar.

Moira se soltó de las potentes garras de Kyran y caminó hacia un costado, no tenía ropa en ese cuarto y por eso se sentó en la cama sin hacer nada mientras el hombre se calzaba unos pantalones de cuero y una ancha túnica blanca con un cordón que

se ataba en el pecho para cerrar el hueco del cuello y la ajustaba a la cintura con otro de cuero trenzado.

—Te traeré ropa —dijo antes de salir del cuarto.

Moira no entendió las palabras de Kyran, pero comprendió lo que había querido dar a entender, iba en busca de su ropa.

Una vez que Moira estuvo preparada, a las corridas, y estaba segura que ocultándose de las mujeres, abandonaron la casa para llegar a los establos y montar en el negro semental que los alejó con rapidez de las miradas curiosas de la gente del clan. El tiempo había cambiado, ese día el sol calentaba la tierra y descongelaba la capa superficial de nieve que se había acumulado. No hablaron en todo el camino, se internaron en un bosque de viejos pinos y frondosos fresnos que tupían el cielo de un verde intenso, y solo al llegar,

Kyran volvió a hablar mientras la ayudaba a bajar de la montura.

—Aquí comenzaremos.

—¿Por qué me ocultas de tu familia? —preguntó enojada.

—No te oculto, ellos no quieren cruzarse en tu camino.

—Mientes. Salimos a hurtadillas de la casa.

—Soy el *hersir* Vaeroy, no me muevo a hurtadillas dentro de mi propia casa.

—No se te ve muy convencido.

—No sabes lo que dices. Calla, mujer, y escucha —ordenó, se sentó al pie de uno de los fresnos más frondosos del bosque, arrastró a Moirg para que se sentara a su lado y enlazó una de sus gruesas piernas con las de la mujer—. Una vez que Odín acepta la ofrenda de quien hace el pedido, otorga parte de sus poderes a un hombre para convertirlo en un *berserker*, un guerrero en la

tierra a quien usará cuando llegue el momento de la batalla por las almas. Un *berserker* es más poderoso, más listo, más hábil, más rápido y vive mucho tiempo más que un hombre común. Su cuerpo se agranda en la batalla; su fuerza se multiplica; su mente se expande; sus oídos se agudizan; su vista se optimiza, y su nariz puede competir con el olfato de los perros de caza.

—Hasta ahora va genial, ¿tiene contraindicaciones?

—No sé lo que quieres saber con tu pregunta. Por momentos, tus palabras son ofensivas, mujer, pero imagino que indagas por el lado oscuro del *berserker*.

—Eso mismo.

—El hombre más viejo de tu clan, el que conoce de las proezas de otros *berserker* que pasaron por las Lochlann y conquistaron las tierras que hoy nos pertenecen, tendría que haberte

enseñado ese lado oscuro.

—Nadie lo hizo. Tú eres un *berserker* —afirmó con renuencia.

—Sí.

—¿Cómo sabes que soy como tú? ¡Soy mujer!

—Hasta que lo vi con mis propios ojos, pensaba igual que tú, las mujeres no podían formar parte de los guerreros de Odín, eso también es parte de las enseñanzas de un maestro, estaban equivocados.

—Tal vez a mi padre le hayan enseñado lo mismo que a ti, por eso mi falta de educación sobre los *berserker*.

—Tal vez... pero nadie en las Lochlann desconoce de las hazañas de los poderosos guerreros.

—¿Tú me has visto convertida en eso que describes como una bestia? ¿Cuándo?

—No es en la apariencia en la que el cuerpo

cambia drásticamente, sino en los sentidos, y son pocos los que notan el cambio; en el fragor de la batalla es casi imposible prestar atención a esos detalles. Los guerreros de Odín no pueden revelar sus poderes.

—¿Cuáles son esos detalles? No he estado en ninguna batalla.

—El más evidente es el brillo en los ojos, los tuyos son de un celeste claro, transparente; cuando pierdes el control, se tornan de un azul estridente, brillante y explosivo.

—Tú me haces perder el control —lo acusó, sabiendo que en los momentos que no recordaba, Kyran se había dado cuenta de la extraña virtud que poseía el cuerpo que ocupaba y que comenzaba a vislumbrar la punta del iceberg en la que se había convertido su existencia.

—Lo sé, y tú a mí, pero yo he aprendido a dominarlo —replicó—. Te enseñaré a hacerlo

para que no cometas locuras que no recuerdes luego.

—¿Te pasaba lo mismo?

—Al principio, es duro lidiar con tamaña responsabilidad, el tiempo va apaciguando los ímpetus, y con el entrenamiento adecuado, la conciencia va dominando a la bestia.

—¿Y en las batallas?

—Es imposible hacerlo, pero al menos recordarás todo lo que has hecho.

—No sé si eso es prudente, esta historia me recuerda a las viejas películas de hombres lobos.

—¿Qué son las películas? Los hombres lobos viven más al norte, cerca de la isla en la que te hallamos.

—¿Hombres lobos? ¿También existen?

—No son lobos, pero van por la vida cubiertos con las pieles de esos animales. ¿Tú padre no te habló del clan de los lobos?

—No, hay muchas cosas de las que mi padre no me ha hablado —dijo Moira con nostalgia, el recuerdo de su padre en la vida que ella consideraba real llegó a su cabeza como un baldazo de agua fría, no podía imaginar lo que estaría pasando en su mundo y lo que debería estar sufriendo su familia.

Kyran observó como la mujer perdía el brillo de sus ojos, que se empañaban con un manto de tristeza y lágrimas, y sintió la imperiosa necesidad de abrazarla, quería reconfortar su pena con palabras tiernas y besar el entrecejo fruncido para que su piel se tensara y mostrara su cara lisa y brillante, pero no lo hizo. Era un guerrero, era el *hersir* del ejército Vaeroy, no lo haría. A pesar de la resistencia que Kyran imponía a sus impulsos, no podía dejar de aceptar que le agradaba estar con la mujer de esa manera: sentados al pie de un árbol, conversando, le gustaba demasiado. Le

complacía la manera de escuchar que tenía la mujer, mirándolo fijo, comprendiendo sus palabras, tenía que reconocer que Moirg Narvjk era una mujer inteligente además de hermosa; cuando hablaba, no podía dejar de mirar sus labios rellenos, que se movían con gracia, y le costaba concentrarse en las palabras de la mujer para responder a sus preguntas, su mente se llenaba de imágenes de él hurgando con su lengua los recovecos de esa boca dulce y lo único que ansiaba era repetir la escena. Desde ese momento, sería muy difícil volver al trato hostil y desatendido hacia la mujer, eso le preocupaba.

Moira dejó de lamentarse y supo que era el momento adecuado para saber dónde y en qué siglo se encontraba, pensó varios minutos antes de hacer la pregunta al gigante. No podía preguntárselo abiertamente, primero porque Kyran se enojaría creyendo que se estaba burlando, y

segundo, porque no eran cristianos y no medían los años cristianos, tendrían otro tipo de medición que no comprendería.

—¿Conoces Roma? —preguntó con prudencia.

—Sí. ¿Y tú?

—No, pero mi padre sí.

—Lo sé, hemos enfrentado a los Narvjk durante dos siglos por el comercio con los pueblos romanos.

—Es un pueblo grande, debería haber lugar para dos clanes.

—No son solo dos clanes, mujer, todos los pueblos del norte, los que están al este, los que están al oeste y los que están del otro lado del gran lago compiten por las rutas hacia los pueblos romanos.

—Dime dónde queda Roma.

Moira esperaba un descripción vaga de los lugares y del tiempo que le llevaría llegar hasta

esas lejanas tierras, con ello pensaba hacerse una idea de donde encontraba, pero Kyran tomó una rama que encontró a un lado de la raíz del árbol y limpió una zona sin hierba para poder dibujar. Observaba sorprendida las apariciones que se producían sobre la tierra, el mapa fue tomando una precisión impensada, apareció la península escandinava, la isla de gran Bretaña, el mar Báltico y el continente europeo hasta el mediterráneo; luego, hizo un esbozo bastante acertado de África. Hasta el polo norte fue esquematizado. Cuando concluyó, la miró con aire de satisfacción por el buen trabajo realizado y comenzó a señalarle puntos dentro del esquema.

Al terminar la explicación, Moira sabía exactamente dónde se encontraba. En su época, era la costa sur de Noruega; sus vecinos, los suecos, eran los hombres que habían querido tomar las tierras del rey, a quienes Kyran, con sus guerreros,

había vencido días atrás, y sus mayores enemigos eran los vikingos daneses. También le mostró dónde fue hallada, mucho más al norte de Hordaland, en su tiempo esas eran las islas de Lofoten, explicó que estaba camino a la isla de las morsas, en su tiempo las islas de Svalbard, cruzando el círculo polar ártico.

—Eres buen cartógrafo.

—Comienzo a entenderte, debes referirte al plano. Ningún hombre de Lochlann puede vivir si no sabe dónde está su tierra; dónde, sus enemigos, y dónde conseguirá lo necesario para vivir.

—Me gustaría conocer Roma, mi padre dice que tienen un calendario distinto al nuestro.

—Es gente extraña, creen en un solo Dios y dicen que su hijo vivió en la tierra hace más de ochocientos cincuenta años.

—¿Estás seguro?

—Sí, he hablado con ellos y repiten la misma

historia.

—Ochocientos cincuenta años —repitió Moira en voz baja, y coincidía con el dato inicial que había tomado como referencia cuando Kyran le habló de Lyonesse.

—Apuesto a que no sabes el tiempo exacto —lo desafió, estaba casi convencida que lo sabría con exactitud.

—Ochocientos cincuenta y cinco años.

—¡No puede ser!

—Claro que sí, cuando te encontré, llegaba del último viaje para comerciar con los pueblos romanos del mediterráneo.

Moira se levantó y caminó alejándose de la protección de los árboles, había retrocedido mil doscientos años. Estaba en medio de un clan vikingo noruego, en un cuerpo que no era el suyo y, según palabras de su esposo, poseía la gracia de una deidad. ¡Tenía un esposo! Había contraído

matrimonio con un gigante vikingo que cada vez le desagradaba menos, y eso no estaba bien.

—¿Qué ocurre? —preguntó Kyran, acercándose por la espalda y colocándole una mano en el hombro.

—¿Cómo me enseñarás a dominar al *berserker*?

—Tendré que hacerte enojar.

—Siempre me haces enojar.

—Hay otra manera de invocarlo, el *berserker* siempre está sediento de lujuria. Es insaciable.

Moira lo miró interrogante.

—¿Ves lo que quiero decir? —señaló.

—Si supieras controlarlo, recordarías las veces que me pediste a los gritos que te poseyera.

Moira enrojeció, recordaba que tres noches atrás se lo había pedido a los gritos, y el calor que subió por su cuerpo hizo que se sacudiera la mano

de Kyran.

—No hablo de la otra noche, eso lo recuerdas —afirmó casi en un susurro—. No te hubiese tomado cuando lo pedías dominada por la bestia.

—Gracias —pronunció enronquecida de vergüenza.

—Hasta que aprendas a dominarlo, después, no tendré compasión de ti, aunque se me paralice el cuerpo para siempre —dijo sonriendo.

—Enséñame cómo se hace.

—Ven —pidió con amabilidad, de manera muy distinta a la orden que siempre debía cumplir Moira.

Ella aceptó su mano y volvieron a la densidad del bosque bajo el mismo fresno, y Kyran la hizo sentar.

—Cierra los ojos, vacía tu mente de recuerdos, no pienses en nada. Concéntrate en los latidos de tu corazón, escúchalos, siéntelo, comparte su

ritmo.

La voz de Kyran era sedante, a Moira no le costaba seguir las indicaciones. Al principio, pensó que sería imposible escuchar los latidos de su propio corazón, pero a medida que se concentraba en su cuerpo, comenzó a escucharlo más que a la voz de Kyran. Primero, con la mente reprodujo su bombear permanente, sin que se diera cuenta, su cuerpo siguió el ritmo y se mecía hacia atrás y hacia delante.

—Qué el latido sea más rápido —indicó Kyran—. Siente la sangre correr por tus venas. Síguela, corre tras ella, alcánzala. Llega a todos los rincones de tu cuerpo con tu sangre.

Moira escuchaba las instrucciones como una voz de ultratumba que la alentaba en una carrera contra ella misma, la apremiaba a que fuera cada vez más rápido, más abrumador, más caótico, más confuso. El sabor del agua salada le llenó la boca,

gritos aparecieron en su cabeza, la seguían para lastimarla. Una mujer, una bella mujer de vestido de gasa blanca que se agitaba con el viento, le hablaba dulcemente, pero el caos la devoraba, el agua se mezclaba con la confusión y todo se perdía en sus ojos.

—Abre los ojos, Moirg —ordenó Kyran con voz potente y autoritaria.

—¿Sigues vivo, Vaeroy? —preguntó con los ojos refulgiendo una luz azul.

—Moirg, entra en tu mente —ordenó con firmeza—. Háblame, Moirg.

—No necesito tocarte para entender —dijo después de obedecer la última indicación.

—No te muevas del lugar en el que estás, querrá sacarte, dominarte, debes quedarte donde estás.

—Me siento más liviana que el aire, creo que podría volar.

—¿Que ocurrió con Harek, en Rogaland?

Moira volvió a sumergirse en el caos, ya no temía, se sentía fuerte.

—Harek llegó a la casa, engañó a la guardia mientras sus hombres subían el acantilado, mataron a todos los centinelas, después, continuaron la matanza en la fortaleza. — Rememoró la escena que había visto varias veces —. No los dejé continuar, asesiné a todos los que entraron a mi hogar —confesó sin que se le quebrara la voz bajo influencia de algún sentimiento—. El hermano de mi padre, el *hersir* Kodran Narvjk, llegó a tiempo para rescatarme, bajamos por el acantilado norte.

—¿Tú invocaste a Harek de alguna manera?

—No.

—¿Cómo terminaste en esa isla desierta tan lejos de Rogaland y de Hordaland?

—No te lo diré, Vaeroy.

—Moirg, regresa a tu mente. ¡Vuelve!

Un ruido distante los alertó, ambos se volvieron al mismo tiempo en dirección al sonido que se acercaba. Por el camino no podía distinguirse a nadie, pero sabían que era cuestión de minutos para ver aparecer al caballo con su jinete.

Kyran le colocó las manos sobre los hombros, y los ojos de Moira se apagaron en ese instante.

—Lo has hecho bien, Moirg, esa es la única manera de contener al *berserker*, conociendo cada poro de tu cuerpo y llegando con más fuerza.

—Creo que podré conseguirlo en poco tiempo.

—No es difícil cuando estás en calma, solo debes concentrarte. Cuando aprendas, pasaremos a la segunda etapa, te haré enfadar, mujer.

El jinete apareció en el horizonte, todavía estaba muy lejos para que pudiera distinguirlos, Kyran la sorprendió enlazando los brazos alrededor de su cintura pegándola a su cuerpo para

beber su sabor en un beso hambriento que fue demasiado corto para ambos.

—Esperad aquí, iré a ver qué sucede con Finn.

—¿Problemas?

—No veo otra razón para que cabalgue hasta aquí si no los hubiera.

Kyran montó en su caballo y salió al encuentro del soldado que a todo galope se acercaba hasta él.

—¿Qué ocurre, Finn?

—Harek viene hacia aquí. Está buscándolo, *hersir*.

—Llévate a la mujer, déjala en la habitación del pasillo oscuro. Me haré cargo de Harek.

—Sí, *hersir* —dijo Finn y sin perder tiempo, espoleó al caballo para que reinicie el galope y cumplir con la orden de su amo.

Moira vio como Kyran seguía en dirección a la

casa y el soldado llegaba hasta ella, reconoció al joven vikingo que había dejado a oscuras la bodega de la embarcación de Kyran, él era uno de los pocos Vaeroy que no la miraba con odio, su mirada celeste, más clara que el cielo, era agradable. Finn esperó que la mujer se acomodara a sus espaldas y cuando ya no sintió movimientos, lanzó al galope a su fornido caballo y tomaron un camino distinto para regresar.

Moira estaba de nuevo en la habitación de armas; después de conocer las dimensiones del aposento de Kyran, le resultaba pequeña. Habían limpiado el cuarto y todo estaba ordenado. Olía a un extraño aroma que ya había percibido cuando paseó por la orilla del lago, caminó hasta una silla de madera que había en un rincón y allí, prolijamente colgados, estaban los vestidos que había diseñado, cortado, cosido y usado desde su llegada a la casa Vaeroy, limpios y despidiendo el

perfume que sentía. Todo en orden, todo limpio, sin nada que hacer y sin saber en qué momento del día volvería a ver a Kyran, se sentó en medio de la cama con las piernas plegadas y cruzadas, como en la más divulgada posición de yoga, y puso en práctica lo que Kyran le enseñó esa tarde. Todos los secretos estaban guardados en ese extraño atributo que poseía el cuerpo de la mujer vikinga que habitaba.

Harek y Kyran discutían sobre la mujer Narvjk. El hermano de Kyran se enteró que no estaba muerta como él pensaba y, además, estaba en Hordaland. Su padre se lo había confesado después de increparle, pero, al igual que Kyran, ninguno revelaba dónde la escondían. Harek revisó la casa, los calabozos, los almacenes y las chozas de la gente del clan, infructuosamente, antes de buscar a su hermano para que explicara por qué

no había asesinado a la mujer de la misma manera que ella intentó acabar con su vida.

A duras penas, Kyran hizo que su hermano regresara a la casa para que tanto él como su padre pudieran hacerle entender con claridad la situación en la que había metido al clan con su irresponsabilidad, no obstante, después de una hora de explicaciones, no había fundamentos que pudieran calmar la ira de Harek. Kyran aunó fuerzas con Hanok para convencerlo que no podía ver a la mujer hasta después de que el *hould* Einmar Narvjk partiera de Hordaland convencido de que su hija vivía conforme como esposa del hijo primogénito del *hould* de Hordaland.

Para calmar la exaltación de su hermano, que no entendía cómo la mujer había sobrevivido a la flecha envenenada, Kyran explicó una y otra vez a su iracundo hermano cómo y dónde la había hallado, pero nada dijo del descubrimiento del

poder que tenía la hija del líder del clan Narvjk, no podía hacerlo.

—¡No esperaré para castigar a esa salvaje que asesinó a mis hombres e intentó hacerlo conmigo! —gritó Harek, repitiendo la misma frase una y otra vez.

—Harek, estás muy débil, no tendrías que haber abandonado la cama —repitió Kyran, cansándose de los desplantes de su hermano—. La mujer Narvjk podría terminar lo que comenzó en Rogaland si te ve en ese estado. Ya conoces de lo que es capaz.

—Siento cierta simpatía en tus palabras, hermano. ¿Acaso estás cambiando de opinión con respecto al matrimonio con la Narvjk?

Kyran estuvo a punto de confesar la verdad, la mujer le pertenecía; a fuerza de soportar un dolor indescriptible, la había hecho suya, pero al momento en que las palabras se agolparon en su

lengua, una cuota de racionalidad cayó sobre ellas y las dispersó. No era momento indicado para revelaciones.

—Solo quiero mostrarte lo estúpido que eres. No te defenderé cuando la mujer esté degollándote, te lo mereces —dijo enfadado.

—Padre, la mujer debe pagar por lo que hizo, ¡soy tu hijo!

—Y lo hará, no tengas dudas de que pagará. Pero debemos esperar que el *hould* Narvjk abandone Hordaland y deje a su hija en manos Vaeroy. No libraremos una guerra contra la alianza de los pueblos de Lochlann.

—¡No somos cobardes!

—Harek, no hay nada que podamos hacer hasta después de la partida del padre de la mujer.

—Padre, déjame hablar con la mujer para saber qué ocurrió con los hombres que la capturaron y viajaban con ella en la nave.

—De eso se ocupa tu hermano. Tú debes volver a la habitación para recuperar las fuerzas que has perdido.

Harek se veía más demacrado que en los últimos días, los huesos de la cara eran más prominentes después de que las mujeres lo tuvieran que afeitar completamente para poder suministrarle los brebajes sin obstáculos, todavía no perdía el color amarillento que empalidecía su piel, y le faltaban muchos días de comida abundante para volver a un estado decente. La fiebre lo había consumido y estaba más parecido a una calavera que al futuro *hould* Vaeroy.

—Debes recuperarte, hermano —recomendó Kyran con firmeza—. Tu alocada incursión nos ha costado casi todas las reservas de granos y carne. Deberás trabajar el doble en las cosechas y este año deberás mojarte los pies con el agua helada cuando salgas con los hombres a la cacería de

morsas para pasar el invierno, todo un ejército debió ser alimentado y complacido mientras tú estabas echado en un lecho de pieles y te recuperabas de la herida que aseguras que fue infringida por una mujer —adujo con desprecio.

—Una mujer que se cree tu esposa —dijo con ironía, y antes que Kyran replicara a sus palabras, siguió hablando—: No te preocupes por las cosechas y la caza, hermano, conozco mis obligaciones, el pueblo no pasará hambre por mi causa.

—No quieras pasarte de listo con tu *hersir*, hermano. Quizá serás el heredero del *hould*, pero sigo siendo tu hermano mayor —aclaró Kyran, dejando entrever la posibilidad que estaba barajando su cabeza, haciendo que Harek perdiera la sonrisa sarcástica que lo caracterizaba.

—¿Quizá?

—No llegarás vivo si sigues actuando con tanta

estupidez —dijo para salvar sus palabras—. Continúa recuperándote, hermano, debes estar fuerte antes de la llegada de los Narvjk a Hordaland —agregó sin intenciones de explicar nada.

—¿Para qué? No lucharemos contra ellos. ¿Acaso debo estar en condiciones para lamer las botas de los Narvjk?

—Debes estar fuerte para no irradiar la debilidad que muestras, pareces más un muerto que escapó de la tumba que el hijo del *hould* Vaeroy.

—Estaré fuerte, no lo dudes, hermano. Una mujer no puede con Harek Vaeroy, ya llegará la hora de demostrárselo a esa perra en celo que tú estás cuidando para mí. ¿No es así, hermano?

—Has recuperado la cordura, es tiempo de que regrese a mis obligaciones, y tú a las tuyas —dijo Kyran, dejando la habitación.

Kyran no veía con buenos ojos lo que había ocurrido en la repentina reunión en la sala grande de la casa, cada vez se hacía más difícil controlar a Harek, su hermano menor había cambiado desde que conociera que sería el heredero de la conducción y destino del clan, cometía abusos de todo tipo, con la bebida, con las mujeres, con las incursiones a los pueblos del norte de la isla grande y en el derroche de mercancía de intercambio en beneficio propio, y daba poca importancia a sus obligaciones dentro del clan. Su padre había dicho que era una actitud pasajera, pero había embarrado a todo el clan con el lodo que preparó para beneficio propio. Reclamar los actos alocados de Harek lo había enfurecido, pero esa furia no podía compararse a la que sintió cuando escuchó a su hermano insultar a Moirg con tanta maldad, su cuerpo reaccionó y abandonó el lugar antes que su hermano se diera cuenta del

cambio en el color de sus ojos.

No había prestado atención a lo que hacía, y cuando lo hizo, se dio cuenta que estaba a punto de ingresar en la habitación de Moirg, no había guardias en la entrada del pasillo y tampoco en la puerta del cuarto, y eso estaba bien para no dar indicios a Harek, pero era un arma de doble filo si pensaba que la mujer podría descubrir que estaba en condiciones de salir del cuarto sin que nada más que una cerradura se interpusiera entre ella y la libertad. Nada la detendría. Kyran sacó el pesado durmiente atravesado entre los portales y entró al cuarto.

Moirg estaba en el lecho sentada con las piernas entrelazadas hacia adentro, era una posición muy sugerente, podía reconocer las curvas de su cuerpo a través de la fina túnica que se había dejado puesta; estaba tan concentrada que no lo oyó. Kyran se acercó y sin pesar qué o por

qué lo hacía, se agachó y apresó su boca, necesitaba sentirla, la discusión con su padre y con su hermano lo había sacado de quicio. Necesitaba calma y sosiego, y solo tener a la mujer en brazos podía brindárselos. La levantó sin soltar su boca, y ella se pegó a su cuerpo, aceptando el beso y participando con una lengua osada que se enroscaba en la suya con la misma pasión. El calor pronto comenzó a apoderarse de sus sentidos, y la cama estaba demasiado cerca, Kyran la apoyó en ella y se despojó del chaleco de piel y de la túnica, con el torso desnudo, se arrojó arriba y sus manos encontraron el camino libre hasta los pechos por debajo de la suelta túnica.

Moira lo tomó de la poderosa nuca y lo pegó a su boca buscando acercarlo más. Era un placer inmenso tener al gigante vikingo de esa manera. El beso y las caricias comenzaban a descontrolarse cuando los dos, al mismo tiempo, comenzaron a

sentir el cosquilleo previo al entumecimiento y al consiguiente dolor agudo que impedía que se acoplaran. La mano del vikingo encontró el canal entre sus piernas, y un dedo se internó con desesperación al tiempo que la luz azul los envolvía y los separaba.

Ese día no hubo gritos, el dolor no los tomó por sorpresa, Kyran se levantó furioso, se colocó el chaleco de piel sobre el pecho que subía y bajaba con la respiración pesada, y Moira se tomaba el vientre. Antes de salir del cuarto, Kyran se paró en la puerta y se quedó unos segundos mirando a la mujer que tenía los ojos cerrados y cara ceñuda por el dolor.

—No volveré a tocarte —sentenció y abandonó el cuarto.

Moira no podía dejar de llorar, odiaba su vida, su pasado, su futuro. Su vida era pura decepción, no sabía la causa que tuvo el destino para hacerla

vivir esa experiencia, no servía para nada. La única persona con la que podía haberse conectado para tener un pasar más llevadero en esa realidad que desconocía, se acababa de retirar de la habitación y era probable que no lo viera por mucho tiempo. Aporreó las pieles, como hacía siempre que la desesperación la abrumaba, y lloró hasta quedarse dormida.

Al día siguiente, despertó con un ánimo diferente, Kyran le había enseñado algo valioso el día anterior, y estaba segura que con ese conocimiento descubriría el motivo por el cual había retrocedido en el tiempo. Se sentó otra vez en la cama, en la posición de meditación de yoga, y puso en práctica las enseñanzas del gigante vikingo.

Al anochecer de ese día, conocía exactamente cuál era su misión en ese segmento del tiempo, estaba allí para solucionar el horror que estaba

por venir y que acabó con todos los clanes vikingos. No estaba segura de poder cambiar la historia de los hombres del norte, pero a su alma condenada le otorgaron una oportunidad, un regalo de los dioses que tardó casi mil doscientos años y no debía desperdiciarlo. Era una responsabilidad demasiado grande para ella. El trabajo no era muy grande ni muy difícil, solo debía reivindicar un hecho, y todo lo demás se acomodaría.

Su alma, mil años de sufrimiento y toda una eternidad sin amor. «Solo un *berserker* puede matar a otro, pero ninguno se anima a enfrentar la ira de Odín y su largo castigo», había proclamado Kyran. Moirg Narvjk lo había hecho. Ella era una asesina.

Capítulo XIV

Mil doscientos años atrás...

Nada salió como idearon con su padre. Los planes tan finamente trazados, detallando el tiempo que demandaría el viaje y el justo regreso a Rogaland con la ayuda necesaria para atacar y eliminar a sus enemigos, fracasaron. El mensajero nunca llegó a Hordaland con el mensaje de Moirg, lo hallaron muerto en un lago; una lanza enemiga le atravesaba la garganta, y la nota semi borrosa con el sello lacrado sin romper descansaba en la alforja que se encontró cerca del cuerpo del joven.

Ningún Narvjk debería haber perdido la vida en la incursión que llevaron a cabo los tramposos Vaeroy, la nota que envió Moirg explicaba a Harek que lo esperaba, sin embargo, jamás lo supo y todo

terminó muy mal. La venganza por las muertes vanas sería muy dolorosa. Ambos clanes planearon una traición para eliminar al enemigo, pero fracasaron.

El tratamiento irrespetuoso del *hould* de Hordaland y el de su hijo mayor, el *hersir* Kyran Vaeroy, fingiendo el matrimonio llenaba de ira a Moirg cada vez que lo recordaba, no terminaba de entender el motivo por el que lo hicieron, pero lo intuía. Ella fingió no darse cuenta de la farsa y acompañó la mentira ante el rey de los treinta clanes de Lochlann. El hombre llegó junto a un ejército para saber de ella, y no era conveniente para los planes de su padre que el rey entrometiera sus narices pacificadoras en la contienda entre Narvjk y Vaeroy.

Moirg creyó que el odio aumentaría día a día, sobre todo, cada vez que se tocaba el cabello cortado con un hacha a la altura de la nuca, justo

en el nacimiento de la larga trenza que le sobrepasaba la cintura. No se equivocó, la convivencia con los Vaeroy le hacía hervir la sangre de furia, sin embargo, ese odio creciente no afectaba al *hersir* de Hordaland, sus sentimientos hacia él eran tan cambiantes como el flamear de los estandartes en un barco. Después de la partida del *konungr* de Halogaland, la convivencia forzada con el hombre más fuerte del clan Vaeroy se había convertido, de la noche a la mañana, de un calvario a una necesidad, sus prioridades chocaban unas contra otras y no tenía control sobre el deseo desbocado que le despertaba el Vaeroy ni sobre la respuesta que ofrecía su cuerpo.

La primera vez que hicieron el amor fue, a su pesar, una experiencia maravillosa. Kyran la trató con suavidad y la guió por senderos de placer que no podría haber imaginado nunca. Él había regresado de defender las tierras del rey y la

encontró moribunda por la falta de atención durante los días que estuvo ausente. El hombre la alojó en su habitación y durante toda una semana estuvo pendiente de que recibiera el alimento necesario para recuperar la vitalidad perdida. Esa semana fue una bisagra en la convivencia, Kyran la trataba con consideración, y ella, a cambio, era amable. Conversaban amigablemente una mañana que se había despertado recuperada, hasta que de repente se acabaron las palabras y sin darse cuenta cómo había ocurrido, sus bocas se acoplaron de la misma manera que sus entrepiernas, enlazándose sin querer terminar nunca con ese momento mágico que compartían.

Jamás Kyran se preocupó de que su compañera recibiera el mismo placer que exigía; hasta ese momento, nunca pensó en ello, pero con Moirg era distinto, estaba dispuesto a alargar su propia agonía con el propósito de sentir por primera vez a

una mujer estallar de placer. Sabía que la relación era imposible, esa noche, en su cama solo quería que la mujer Narvjk fuese su mujer, y ella compensó la entrega de su amante al liberar un orgasmo que provocó un grito de satisfacción tan puro, que él no pudo menos que tener el mismo desenlace. Kyran liberó el deseo que reprimió por días y lo atormentaba desde que había visto a la mujer Narvjk por primera vez. Ninguna de las mujeres con las que quiso descargar esa avidez pudo brindarle eso que sintió con Moirg, era ella y nadie más la que podía apagar el fuego que corría por sus venas.

Moirg dejó de lado cualquier indicio amoroso que la impulsaba a disfrutar de la unión con Kyran Vaeroy y se convenció que esa relación era necesaria para el éxito de la causa que llevaba adelante, pero los encuentros con el *hersir* Vaeroy eran cada vez más apasionados, más

desesperados, más deseados y, sobre todo, más disfrutados por ambos. Esa alternativa nunca pasó por la cabeza de los planificadores.

Un mes, solo un mes después de la llegada de Moirg a Hordaland, el plan que el *hould* de Rogaland trazó para eliminar a los Vaeroy pesaba en la conciencia de la muchacha, que contaba los minutos para volver a disfrutar de la compañía de su supuesto esposo, la nueva excusa mental que le servía de alivio moral pasaba por convencerse que unos pocos días de intimidad con el *hersir* Vaeroy le serviría de consuelo en las largas noches de soledad que le deparaba el destino, era muy probable que el *hould* de Vest-Agder no la aceptara después de entregarse a otro hombre, y si de todas maneras lo hacía para cumplir con el pacto con su padre, la confinaría a una estancia solitaria como a sus otras dos esposas y seguiría con las amantes de las cuales le gustaba alardear

ante su padre.

Kyran hacía lo propio para mantenerse junto a la mujer Narvjk la mayor cantidad de horas al día, las jornadas de entrenamiento con los hombres no llegaba hasta la bajada del sol, como antes de comenzar las relaciones íntimas entre ellos y tampoco se levantaba antes del amanecer para dejarla sola.

Desde el primer día que estuvieron juntos, nunca la dejaba sola hasta después del abundante desayuno en la cama. A veces, despertaban en el cuarto de Kyran, y otras, en la habitación que la había alojado cuando llegó a Hordaland, pero despertaban juntos, y antes de satisfacer su hambre de alimentos, complacían de buena gana su hambre de lujuria. No sabía el motivo, pero Kyran no podía ser rudo con la mujer. Solo logró serlo los primeros días de convivencia, su brusquedad se fue diluyendo y no quedó nada de ella después de

involucrarse sexualmente.

Harek se recuperó lo suficiente para rondar por la casa, y a partir de ese momento comenzaron los problemas. Moirg escuchó la terrible pelea que mantuvo con Kyran. Estuvo a punto de entrar a su habitación cuando se oyó un grito a la distancia ordenándole que no lo hiciera, pero Harek no obedeció. Kyran llegó al tiempo que Harek se paró frente a ella con un látigo en la mano, y lo sacó de la habitación de un empujón que por poco lo arroja por las escaleras de piedras. Ella cerró la puerta, tal como se lo ordenara Kyran, y luego escuchó los gritos, los golpes, las amenazas y los reproches. Harek reclamaba a los gritos que la mujer era suya, que su hermano se la había robado y exigía a su padre que lo obligara a entregarla.

Entendió el motivo de la farsa, no fue por la causa que había pensado, solo era una cuestión de orgullo. Ella rechazó a Harek, y él quería tenerla

de todas maneras. Su alternativa era más noble, pero había olvidado que trataba con los tramposos Vaeroy. Moirg creyó que la mentira era para que las tropas llegadas con el *konungr* de Halogaland se retiraran tranquilos, creyendo en el falso tratado de paz para luego enfrentarse a los Narvjk cara a cara como lo hacían desde siempre, sin intermediaciones. Esa causa era loable, y Moirg hasta esperaba que fuese de esa manera porque formaba parte del plan inicial. El motivo de Vaeroy para un matrimonio fingido no era para nada noble, solo una cuestión de orgullo herido y despecho insatisfecho.

Kyran entró al cuarto, y sus ojos brillaban de forma desorbitada. Moirg se alejó y le dio la espalda, sentía la cara enrojecida de furia y el pulso le temblaba, su ira igualaba a la del hombre, y el enfrentamiento iba a ser más arduo e intenso que el desatado afuera de la habitación.

—¿Me entregarás a tu hermano?

—No, eres mi mujer.

—No era lo que gritaba tu hermano, y tu padre exige que cumplas con tu palabra.

—Eres mi mujer —repitió, pero no pronunciaba la palabra esposa.

—Dejarás a tu pueblo, o dejarás que tu hermano cumpla con su promesa de asesinarme si te quedas. Escuché que lo repetía varias veces.

—Mujer, no eches más leños a la hoguera. Harek es muy joven, le falta madurar y, además, todavía no está del todo recuperado.

—¿Qué harás con tu padre? Parece estar de parte de tu hermano.

—Hablaré con mi padre luego, estará más tranquilo y entenderá que eres mi mujer, nada se puede deshacer. Todo saldrá bien, Moirg —dijo con tono apaciguador, estaba anhelante de encontrar en Moirg la paz que no tenía afuera de la

habitación, y ella parecía una fiera a punto de saltarle al cuello.

—Yo creo que la bufonada va llegando a su final.

—No hay ninguna farsa entre nosotros. Cuando poseo tu cuerpo, no hay engaños. ¿Tú finges que te agrada?

—No.

—Entonces, terminó el día que se consumó el matrimonio que empezó como una mentira. Desde ese día eres mía, Moirg —dijo, admitiendo el engaño.

Sus ojos volvieron a la calma y comenzó a acortar la distancia entre ellos.

—Tú hermano no nos dejará vivir en paz.

—No te preocupes por Harek, ya entrará en razones.

—¿Qué pasará si no lo hace?

—Hablaré con mi padre, es todo lo que puedo decir ahora. De lo que estoy seguro es que eres mi mujer y eso no va a cambiar por nada —declaró a pocos pasos de distancia.

Moirg se alejó, no podía pensar con claridad si Kyran estaba tan próximo, su aroma le hacía perder el control.

—Nunca seré parte de la familia Vaeroy. Tu familia me odia, las mujeres de este lugar me odian y el pueblo de Hordaland se esconde si paso delante de sus chozas.

—Todo cambiará después de que tu padre visite Hordaland y se proclame la paz entre los pueblos.

Esa afirmación de Kyran hizo que Moirg tuviera un escalofrío. En el momento que su padre pisara esas tierras no quedaría ningún Vaeroy en pie para odiar y rechazar, tal vez, habrían tenido alguna oportunidad si la incursión de Harek no se

hubiera valido de tantas vidas cercanas al *hould* Narvjk, pero conociendo a su padre, la venganza por la muerte de su hermano era la condena de todo el clan de Kyran. Su padre no perdonaría ni a las mujeres, quizá los niños fueran llevados para trabajar como esclavos en las tierras de Rogaland, pero le gustaba decir que si se llevaba a cabo una venganza, nunca debía quedar enemigo en pie para replicarla. Hecho que los Vaeroy nunca comprendieron.

Kyran y Moirg bajaron la cabeza al mismo tiempo, los dos sabían que el matrimonio estaba condenado. Caminos diferentes para llegar al mismo sitio, eliminar al enemigo. Al acabar definitivamente con los Vaeroy, según lo pactado, ella contraería matrimonio con el aliado de su padre, el *hould* Lief de Vest-Agder, quien se quedaría con la mitad oriental de la tierra de los Vaeroy, motivo de la alianza en esa campaña.

El *hould* Lief tuvo una participación más que importante en esa conspiración, informó a los hombres de las tierras del este que el *konungr* no estaría en sus dominios y era el momento adecuado para la toma de sus posesiones. Al *hould* de Vest-Agder y a su padre la idea de pacificación y alianza de los pueblos de Lochlann no le parecía buena idea y harían lo necesario para derrocar al rey de los clanes y desbaratar para siempre la idea de la alianza.

Del lado Vaeroy, Harek, poco a poco, iba persuadiendo a su padre que lo mejor era boicotear la supuesta propuesta de paz que traía el *hould* de Rogaland y contar con el apoyo del *konungr* y sus aliados para destruir a los Narvjk.

Del lado Narvjk, el *hould* de Rogaland tenía una estrategia distinta, él quería acabar con sus enemigos justo cuando sus fuerzas se veían

reducidas, el nuevo *hersir* había tenido poco tiempo para entrenar a sus hombres, y el *hould* de Hordaland creía que debían compensar una ofensa. La firma del tratado de paz era el pretexto que nunca tuvieron para poder ingresar a Hordaland, los guerreros Vaeroy eran considerados unos ineptos por los Narvjk, que siempre fueron superiores en la batalla, pero sus tierras eran una fortaleza en sí misma y pese a los depurados intentos de incursión en terrenos de Hordaland, la accidentada geografía del lugar siempre los vencía, por eso sus batallas se daban en el mar. Tenían la oportunidad de entrar a Hordaland, allí los exterminarían en su propia tierra y se quedarían con las valiosas costas marinas. Una vez en posesión de esas tierras, nada impediría a los Narvjk apoderarse del resto de los clanes de la costa oeste, que no eran clanes guerreros. El mar al oeste, clanes débiles al norte y las espaldas

protegidas al este por sus aliados de Vest-Agder, que serían los primeros en ser atacados si los hombres del *konungr* de Halogaland atacaban a los desertores del pacto unificador. Moirg era la llave de acceso a Hordaland.

Harek estaba cada día más repuesto y más obsesionado con llegar hasta la mujer que su hermano protegía en el cuarto. Vivía encerrada, y Kyran estaba descuidando los entrenamientos para protegerla.

El invierno llegó a las Lochlann, y el encierro invernal acrecentaba la discordia. Debido a la situación y al inusual frío brutal del invierno, Kyran no había podido realizar el viaje para la cacería de las morsas, y para evitar una confrontación más grave, que las diarias discusiones que algunas veces llegaban a empujones y hombres metiéndose en medio de los

hermanos para evitar daños graves, sobre todo en el campo de entrenamiento, Hanok envió a Harek a una cacería de venados, necesitaban reabastecerse de alimentos después del malgaste que sufrieron gracias a la visita del *konungr* de Halogaland y sus aliados. Fueron semanas de paz para la pareja y, por suerte, Harek tardó mucho más de lo debido.

La familia entera desaprobó la decisión de Kyran. Su padre lo convenció de esperar a la llegada del *hould* Narvjk antes de hacer el anuncio al resto del clan, pero la nota recibida antes de comenzar la estación oscura diciendo que el *hould* Narvjk visitaría las tierras de Hordaland en primavera dio por tierra esa posibilidad. Informalmente, todo el clan sabía de la relación de Kyran con la mujer y nadie la aceptaba.

La hora de la cena era un desafío para Moirg, se arreglaba para presentarse ante la familia, aprendió a acomodarse elegantemente el corto

cabello y le gustaba la notable diferencia que marcaba con las mujeres Vaeroy, que mostraban sus largas y trenzadas hebras doradas, ella no podía trenzárselo completamente y solo lo hacía con las mechas sueltas que caían a ambos lados de la cara, el resto quedaba suelto, formando definidas ondas con un gracioso movimiento color bronce oscuro, se colgaba las llaves que la identificaban como una de las señoras de la casa y llegaba del brazo de Kyran para acomodarse a su lado en la mesa familiar. El único que le hablaba y la miraba era Kyran, de vez en cuando su suegro hacía alguna corrección o anunciaba con toda pompa que, en tierras Vaeroy, algo de lo que estaba acostumbrada a hacer, no estaba permitido a las mujeres, y con eso terminaba la atención. Las mujeres no tenían reparos en hablar de ella, de criticarla, de insultarla y menospreciarla delante de todos. Durante las cenas, Moirg deseaba que su

padre se hiciera presente para poder cortarle la lengua a esas arpías y clavarle una daga en el corazón al arrogante y ramplón *hould Vaeroy*.

Regresar a la habitación después del largo día, y sobre todo de la insufrible cena, era la recompensa que ambos necesitaban, se quedaban solos y se olvidaban del mundo que los rodeaba. Ese momento hacía que todo valiera la pena, el hecho de compartir noches de placer intenso, de instantes gloriosos y sueños con brazos y piernas enredadas era todo lo que deseaban.

Los días pasaban rápido, y la ansiedad de Moirg crecía día a día, cada vez faltaba menos para que su padre se hiciera presente en Hordaland y todo acabara, estaba decidida a hablar con Kyran sobre el plan, pero siempre que estaba a punto de confesar la verdad había algo que la interrumpía. A Moirg no le importaba el destino del resto del clan, ella pretendía que Kyran

huyera de la contienda para no terminar bajo la espada de algún Narvjk; si de algo estaba segura, era de la superioridad de sus guerreros y la de su padre sobre todos ellos.

Kyran podía oler lo que tramaba su hermano aprovechando ese viaje que demoraba demasiado en terminar, llevaba tres meses de ausencia. No dudaba que Harek estaba haciendo alianzas con otros clanes de Lochlann para formar un ejército que estuviera bajo sus órdenes. Antes que su hermano regresara, decidió salir de Hordaland para que todos pudieran pensar mejor el destino al que dirigirían a su gente. Se llevaría a sus guerreros, a Moirg, e irían a cazar morsas al norte. El invierno había menguado, y los días eran menos rigurosos. Secretamente, enviaría un mensajero a Rogaland anunciando el viaje que pensaba hacer con Moirg a bordo de la nave para que su padre no se encontrara con la sorpresa de su ausencia y si,

después de todo, el *hould* de Rogaland seguía con la intención de firmar el acuerdo en ausencia de su hija, al regresar, el tratado de paz estaría firmado por ambos pueblos y habría un nuevo comienzo para él y Moirg, sin guerras de por medio.

El viaje planeado por Kyran era lo que Moirg estaba pidiendo a los dioses, eso le daba la oportunidad de alejarlo de Hordaland sin tener la necesidad de contarle nada acerca de los planes de su padre. Todo estaba saliendo a pedir de boca, no solo se salvaría Kyran del ataque Narvjk, también lo harían los guerreros que la rescataron de la isla de los lobos antes de morir congelada. No tenía simpatía por esos Vaeroy, pero lo justo era lo justo, y estaba satisfecha de salvar la vida de esos hombres para compensar lo que hicieron por ella. Al menos por un tiempo.

La preocupación de Moirg avanzó más allá, le faltaba definir qué haría al regresar de las heladas

tierras del norte. Su padre no permitiría que los hombres vivieran, podía intentar desviarlos al sur para comercializar las presas que irían a buscar, pero toda solución era temporal; tarde o temprano, los hombres regresarían, acabarían muertos, y ella, entregada al *hould* de Vest-Agder. Estaba escrito.

El día de la partida, Moirg se encontraba ansiosa, y Kyran confundía la ansiedad de la mujer con el temor a navegar en las aguas, recordando cómo terminó la última vez gracias a su hermano Harek.

—No dejaré que naufragues —susurró, pegándose a su oído.

—No temo a navegar —respondió, mirando la inmensa lejanía del océano azul.

—¿Por qué estás tan nerviosa?

—No estoy nerviosa —mintió y se volvió hacia él para regalarle una hermosa sonrisa fingida—. Melancólica sería la palabra adecuada —

argumentó—. Recordaba los viajes con mi padre y descubrí que ya no los volveré a realizar.

—Puedes navegar conmigo cuando quieras.

—Te lo agradezco, Kyran, pero debes reconocer que no será lo mismo.

—Puede ser mucho más interesante —objetó, acercándose para pasar una mano debajo de sus brazos y apoyarla con la palma totalmente abierta entre sus dos pechos.

Esa mañana, Moira despertó con un horrible dolor de cabeza producto de un sueño muy real y perturbador: los hombres de Kyran preparaban las embarcaciones en la playa, tal como lo hacían en ese momento, y ella, parada en el acantilado, en el mismo lugar en el que se encontraba con Kyran a su lado, podían ver como los hombres de su padre salían de entre las rocas de los acantilados cercanos a la playa y masacraban sin piedad a

todos los soldados que acuciados por la sorpresa del ataque no podían llegar a sus armas. El olor de la sangre y la muerte rápidamente llegó hasta su nariz, eso la hizo despertar sobresaltada, con la cabeza y el estómago revueltos. Su pecho se cerraba al recordar el ruido de las espadas penetrar la carne de los hombres Vaeroy, y corrió hacia la bacinilla a descargar el ya vacío estómago. Esa mañana, al ver a Kyran, estaba un poco mejor y sin dar mayores explicaciones, le pidió que la llevara al acantilado, se excusó diciéndole que quería ver las naves antes de partir.

Allí estaba, perdiéndose de nervios a la espera de que el ejército de su padre apareciera de un momento a otro, mirando todos los movimientos e impedida de pensar qué haría si llegaba a ocurrir. Hasta el día anterior, su procedimiento era bien claro: al ver a los Narvjk, se uniría a ellos. Sin embargo, esa mañana estaba angustiada por el

destino de los hombres y por el propio Kyran. No se animaba a pensar qué hubiera hecho en sueños si Kyran en vez de encontrarse a su lado, estaba en la playa con el resto de sus hombres. ¿De qué lado se habría puesto en sueños? Kyran estaba junto a ella, le hacía arrumacos en la oreja, y eso aliviaba su recién descubierta pesada conciencia. Era una Narvjk de cabo a rabo, y la muerte de ningún Vaeroy podría producirle más que satisfacción, pero no era precisamente ese sentimiento el que llenaba su cabeza y le revolucionaba el cuerpo.

El cuerpo de Kyran pegado al suyo le hizo olvidar por breves momentos su constante inspección a la playa, un pensamiento inquietante nació mientras colgaba los brazos alrededor de su poderoso cuello para facilitarle el acceso a su boca. ¿Y si era la última vez que tenía la posibilidad de acoplarse a ese hombre? Una necesidad poderosa e inigualable se apoderó de su

cuerpo y no reprimió su deseo. Kyran removió a tirones el chaleco de piel y bajó un hombro de la túnica para dejar un pecho al descubierto. Moirg lo ayudó a sacarse la camisa y luego guió los labios del hombre hasta su pecho, se lo ofrecía sin ningún tipo de pudor. En ese instante, no sentía angustia por el sueño, Kyran se encargaba de dejarle la mente en blanco cada vez que la tocaba y no había nada que pudiera apagar aquel fuego que los consumía. A fuerza de besos y caricias candentes se fueron acercando a un grupo cerrado de setos que estaban a pocos metros; allí, Kyran ya no se limitaba a acariciar la espalda de Moirg sobre la tela de la túnica blanca. Sin consideración, soltó el lazo que lo mantenía sujeto a la cintura.

—No podremos hacer esto muy seguido durante el viaje —jadeó Kyran, levantando apenas su cara del valle entre los pechos de Moirg.

—¿Estás seguro que debemos hacer este viaje?
—preguntó Moirg, con la voz entrecortada, sin dejar de acariciar y acomodar los largos cabellos de Kyran.

—Sí, si quieres comer en el fututo —afirmó, separándose y sonriendo ante la pregunta.

—Me gustaría ir al sur.

—Podremos ir después de regresar de las islas de las morsas —complació, restregando sus labios sobre el cuello de Moirg.

Kyran se irguió e hizo que Moirg le diera la espalda; sin más juego previo, la penetró. Las palabras terminaron, el ritmo que siempre los dominaba se adueñó de ellos. Moirg gritó cuando llegó el estallido de placer, y Kyran la siguió con el suyo, no podía evitar culminar justo después de la explosión de Moirg, en ocasiones, se obligaba a continuar un poco más, pero su cuerpo no resistía un solo embate más.

Kyran se despegó de Moirg para que pudiera separarse del árbol y sonrió al ver la marca de la corteza dibujada en una de sus mejillas, acarició su rostro, revisó que no tuviera lesiones y luego la ayudó con la ropa.

—Hay una sorpresa esperando por ti —reveló Kyran, sin mirarla a los ojos.

—No me gustan las sorpresas, sobre todo si viene de un Vaeroy —replicó, usando la misma tonalidad poco amigable.

—No es de un Vaeroy, no me agrada sorprender felizmente a nadie. Las sorpresas las dejo para las batallas.

—Son malas noticias.

—Tampoco me gusta disfrazar las malas noticias. Si así fuera, te lo diría, mujer. Tu padre ha enviado dos baúles con tu ropa.

—¿Por qué te enfurece que mi padre lo hiciera?

—Soy tu hombre, ningún otro puede ofrecerte

nada.

—Tendría que haber cargado mis cosas al salir de Rogaland.

—Solo por eso no eché el cargamento al mar.

—¿Mataste al mensajero?

—No, lo envié de regreso a casa.

A pesar del final hosco de un encuentro íntimo tan intenso, durante varios minutos, Moirg olvidó el sueño que la trastornó hasta que Kyran hizo que olvidara al mundo; su afán de ver vencidos y destruidos a todos los Vaeroy decrecía a medida que la necesidad de ver sonreír a Kyran era tan urgente como el aire que llenaba sus pulmones. En un ruego silencioso, tanto para Kyran como para su propia conciencia, su corazón comenzó una súplica silenciosa a los dioses.

Así como los Vaeroy y los Narvjk estaban en guerra desde hacía generaciones, el corazón y la conciencia de Moirg comenzaron una batalla de

voluntades que ni siquiera la propia Moirg se animaba a predecir en qué acabaría o qué decisión tomaría llegado el momento de elegir el bando al que pertenecía.

Capítulo XV

El viaje a las tierras blancas resultó una experiencia única. Con el retraso de varias semanas, comenzaron a navegar a mediados de primavera, cuando las corrientes eran rápidas y caudalosas por los deshielos y el paisaje de la costa de las Lochlann y de las islas que sorteaban era un espectáculo florido y perfumado. La bruma marina era tenue, y el frío, soportable. El padre de Moirg la había llevado en alguno de sus largos viajes hacia las tierras del sur, cuando navegaba por las rutas comerciales, sin embargo, no era una tripulante asidua como hizo creer a Kyran. A medida que se alejaban de Hordaland, el frío era más intenso, y el guardarropa que envió su madre resultó ser sumamente valioso y oportuno, hubiera tenido que vestir las pieles de Kyran si no llegaba

a Hordaland el codiciado cargamento.

Tres navíos realizaban el viaje; la nave en la que se encontraba era la de mayor tamaño y contaba con más tripulantes a bordo. Todos los hombres que conoció en el anterior viaje con los Vaeroy eran parte de la tripulación, salvo Steinn, el segundo a cargo del ejército, que debió quedarse custodiando Hordaland, ya que la tropa entera que se encargaba de esos menesteres pereció en el ataque a Rogaland.

A medida que avanzaban, cruzaban cerca de despobladas islas, que, según Kyran, en invierno eran una única isla blanca cubierta por la nieve en su totalidad. Moira podía apreciar extensiones verdes bañadas de flores que endulzaban el aire que respiraban, peñascos, acantilados y colinas de una belleza virgen que estremecía, islas que formaban laberintos y parecían inacabables. Aves enormes levantaban vuelo en bandada cuando las

embarcaciones pasaban cerca de las costas, y los graznidos de centenares de ellas se acoplaban al rugido del viento y a las olas que rompían furiosas contra las costas rocosas.

El hijo de Odín y la diosa Frigga, el dios Balder de la primavera, vencía en esa época del año al dios Hel y su Niflheim, reino de la niebla, origen del frío y la oscuridad. Balder desplegaba todo su poder sobre las tierras de las que se apoderaba, para compensar el frío y desolación que imponía Hel durante su reinado en la tierra de los hombres. Balder se encargaba de sostener al sol por encima del horizonte lo que duraba su tiempo de poder, dando origen a las bellas noches blancas. Moirg estaba embelesada por el paisaje que descubría día a día, y Kyran se alegraba de haberla llevado en esa aventura, no había peligro posible más que el que pudiera ofrecer el mar o el viento que en días de furia era capaz de destruir a

la embarcación más fuerte y sepultar en sus aguas a los marineros más rudos de las tierras del norte.

Llegar a la isla de las morsas demandó quince días; en ese tiempo, los hombres de la tripulación en la que se encontraba Moirg, lentamente, rompieron con el prejuicio sobre la mujer Narvjk, comenzaron a aceptarla, y algunos, a dirigirle la palabra. Ella se mostraba dispuesta a ayudar y colaborar con las tareas, siempre con su esposo custodiando sus movimientos y sobre todo el de los hombres.

Gardar era el guerrero que más se acercaba. La actitud de los hombres de esa nave se fue contagiando a los otros navíos y cuando llegaron a la isla en la que desembarcaron para capturar el alimento más nutritivo del clan, todos se dirigían a ella como a una integrante más.

Kyran estaba satisfecho con el comportamiento de Moirg y con la respuesta que tenía de sus

hombres. No surgió ningún inconveniente en el viaje, estaba seguro que al regresar a Hordaland esa actitud se prolongaría al resto del clan, y había encontrado en Gardar un aliado impensado para lograrlo. El hombre encargado de las historias invernales se mostró amigable desde el primer día de viaje, compartiendo con ella su habilidad en la narración y escuchando las aventuras que Moirg tenía para contar. Su pesadilla era Harek y el apoyo que pudiera obtener de su padre. Según él, Moirg mató a varios hombres y casi acaba con su vida, buscaría venganza y no pararía hasta obtenerla. Si Harek convencía a su padre de que ella lo hirió tan salvajemente, ordenaría que entregara a la mujer Narvjk. Llegado ese caso, Kyran no sabría cómo actuar. En ese viaje estaba la decisión final.

—¡Llegamos! —gritó Kyran; a pesar de estar siempre alerta a los movimientos de su mujer,

nunca dejó de dirigir la expedición de manera experta.

Las tres embarcaciones se adentraron en la playa alfombrada de enormes bestias que, al sentir el grito de Kyran, se inquietaron y comenzaron un frenético movimiento chocando unas contra otras, las más veloces se internaron en las aguas heladas. La colonia entera se agitó al reconocer a los intrusos que llegaban hasta sus dominios para atrapar a los suyos. Los machos más grandes cerraron filas protegiendo a las hembras y a sus crías, alzaban sus gigantescas bocas y exponían con ferocidad los largos y afilados colmillos que sobresalían de sus mandíbulas.

Los hombres hicieron caso omiso al alarde de gallardía de las bestias, estaban tan casados que serían presa fácil de los colosos de la colonia si no eran lo suficientemente inteligentes para saber que luchar contra esos animales requería de todas

sus fuerzas y lucidez mental. Después de quince días de poco dormir, comer y de mucho esfuerzo físico para navegar por las turbulentas aguas del norte, sus cuerpos serían como muñecos de trapo si caían en las fauces de los animales que estaban dispuestos a dar batalla antes de caer en manos de sus depredadores.

—Dile a los hombres que busquen un buen lugar para armar las tiendas, ocuparé la gruta — dijo Kyran a Gunnar—. Descansaremos hasta que el sol alcance la cima de la colina.

—Sí, mi *hersir* —obedeció y junto con los hombres que oyeron las directivas, salió rumbo a los demás que esperaban cerca del lugar del desembarco.

—Debemos limpiar nuestra propia morada — dijo a Moirg y la tomó de la mano para entrar en una gruta oscura que estaba protegida de los vientos marinos por rocas que formaban un

laberíntico pasaje antes de poder encontrar su lecho. Kyran entró primero para desalojar a cualquier compañero de hospedaje que pudiera haber llegado antes, y para desgracia de varios cangrejos, era más fuerte.

—Listo, puedes entrar.

—No temo a esos animales —aseguró, viendo como sacaba varios cangrejos ensartados en la espada.

—Lo sé, pero las mujeres no suelen cazar la cena.

—¿Comeremos eso?

—Te gustará —afirmó Kyran.

—¿Tus hombres estarán cerca?

—Si te preocupa compartir la escasa cena, no te alteres, cazarán su propia comida.

—No me preocupa compartirla. La cueva se ve grande para que otros quepan en ella.

—No, eso está fuera de discusión, Moirg. No dormirás junto a toda una tripulación.

—¿Y qué he estado haciendo durante los últimos quince días?

—Fue diferente y lo volverá a ser cuando regresemos. Mientras estemos en este lugar, dormirás solo conmigo en esa cueva, mujer. Ya deja de discutir.

—No encuentro la diferencia, pero...

—Ya la encontrarás —la interrumpió Kyran y se acercó para pegarla a su cuerpo y adueñarse de su boca.

—¿Cuántos días nos quedaremos en este lugar?

—Cinco.

—No son muchos días.

—Te aseguro que parecerán muy pocos cuando descubras el lugar al que pienso llevarte después que descanses unas horas.

—No estoy cansada.

Kyran la miró ante la afirmación vehemente y a juzgar por la apariencia de la mujer, no parecía para nada cansada, sin embargo, sabía que debía estarlo, él lo estaba.

—Descansaremos hasta que el sol alcance la cima de esa colina —dijo, señalando una colina baja que no se encontraba lejos.

Al despertar, Kyran envió a parte de sus hombres a buscar la colonia de animales más abundante y donde se encontraba la mayor cantidad de crías, la isla era grande, y los animales se agrupaban por colonias en todo el contorno marino, y al resto, a preparar los navíos para almacenar y transportar la valiosa carga que llevarían a Hordaland, eso significaba romper los duros bloques de hielo de algún glaciar cercano a las naves y acondicionar la bodega para que la

carne llegara en condiciones. Al terminar sus tareas, que no eran para nada sencillas, tenían el resto del día libre hasta la madrugada siguiente, en la que comenzaría la labor que los llevó hasta allí.

Kyran tomó a Moira, le hizo cargar un morral a la espalda con algo de comida y dejaron el refugio para internarse en la isla. Debieron atravesar un largo páramo embellecido con lagos de aguas cristalinas y heladas, un glaciar de aspecto siniestro con su puntas irregulares amenazantes y caminos helados en forma de surcos, un monte de pinos verdes que subía por una colina y luego trepar la colina para encontrar el centro de la isla, un corazón de picos desgastados, despoblados de sus coronas nívicas y pequeños glaciares en deshielo, elevaciones residuales de lo que millones de años atrás fueran montañas imponentes. En la cimas de las colinas no había nieve, pero el viento no entendía de estaciones y

soplaba frío y potente, envolviendo sus cuerpos y ralentizando su marcha.

—Tiene que ser algo muy bueno lo que debes mostrarme si quieres que agradezca el haberme arrastrado hasta aquí —se quejó Moira, iniciando la conversación que fue nula. Al principio, para admirar la belleza del paisaje de los lagos y el monte de pinos verdes que solo le hacía exaltar exclamaciones de entusiasmo, y luego, las palabras se limitaban a la guía de Kyran indicando por donde tenía que trepar para escalar la elevación.

—Te gustará, te aseguro que nunca estuviste en un sitio como este —dijo con fervor.

—Creí haber escuchado decir que no te agradaba sorprender a la gente.

—Mentí.

—¿Mientes muy seguido?

—Solo cuando hace falta —contestó con una

sonrisa pícaro en los labios—. ¿Tú lo haces seguido, mujer?

—Solo cuando encuentro a la persona que se deja engañar.

—Entonces, no me mentirás. Ya sé que tu padre nunca te trajo a estas islas heladas —afirmó.

—Kyran, he navegado con mi padre, pero solo cuando salía en viajes comerciales, y me quedaba siempre en el mismo lugar. No soy una viajera experimentada como tú.

—Lo sabía. El lugar te agradará más de lo que había imaginado —señaló—. Poco a poco, iré revelando en qué otras cosas has mentido.

—Hace mucho frío aquí arriba —exclamó, cambiando prudencialmente de tema.

—Ya llegamos, el frío pasará.

—Quisiera creerte.

—El sol está alto, no deberías tener tanto frío.

—El sol no puede entibiar el viento —objetó al tiempo que pisaba una roca suelta y resbalaba.

Kyran la tomó en el instante en que comenzaba a descender por la ladera sin poder controlar su cuerpo y la alzó en brazos, pegándola a su cuerpo. No sabía cuál era el motivo que lo impulsaba, pero desde que salió de Hordaland, no podía dejar de pensar en el gozo que le produciría a Moirg conocer ese sitio e imaginar el placer que encontraría allí.

—Llegamos, mujer —indicó, bajando su carga a pocos pasos de un grupo cerrado de pinos que atajaba los vientos e impedía que los golpeará con su furia.

—No te has esforzado lo suficiente —alegó, negándose a bajar de sus brazos tibios.

Estaba diferente, Moirg lo veía con una sonrisa fresca, una ansiedad que no podía ocultar ni intentaba hacerlo, era como si quisiese

demostrarle su entusiasmo a cara descubierta.
Algo poco común en el *hersir* Vaeroy.

—Sácate las pieles y las botas.

—¿Aquí?

—No querrás que se mojen.

—Deliras si crees que entraré a esa fuente helada.

—Apestras, mujer, debes lavar tu cuerpo.

—¡Tú también apestras! —replicó ofendida.

—Por eso, también entraré —afirmó y acompañaba sus palabras despojándose de las botas de piel y el pantalón de cuero negro.

—Tú estás acostumbrado a esto —apeló Moirg a las últimas excusas antes de que Kyran terminara de sacarse la camisa por el cuello y la obligara a entrar al agua.

Era una fuente pequeña, de la que se elevaba vapor sobre la superficie, lo habitual de todos los

lagos helados de las tierras del norte, rodeada de algunos grupos de pinos y donde se disfrutaba del más absoluto de los silencios, ninguna criatura viviente, salvo ellos dos, se encontraba en ese lugar. Un aroma a pinos mezclado con un vaho penetrante y para ella desconocido reinaba en el ambiente.

—Ve primero y cuéntame a qué sabe. No me agrada ese olor.

—Tienes que entrar junto a mí. No te tocaré si no entras y refriegas tu cuerpo.

—De acuerdo —concilió Moirg, estableciendo un pacto que sabía que no cumpliría.

Antes que Moirg agregara condiciones a su negativa, Kyran volvió a cargarla con la túnica de piel y las botas puestas y la llevó hasta la fuente. Moirg pateó y dio lucha hasta que sintió el agua, después se quedó paralizada, el golpe contra el agua helada nunca llegó. La fuente producía una

extraña y aromática estancia de aguas oscuras y calientes.

—Advertí que te agradaría, mujer —aclamó Kyran, con una sonrisa de oreja a oreja al ver la expresión de asombro mezclada con éxtasis que lo hacía poner duro.

—¿Por qué omitiste decir que el agua no era helada?

—Era una sorpresa, no quería arruinarla.

—Mis ropas están empapadas.

—Estaremos aquí todo el día, se secarán con el viento helado.

—Tienes razón —admitió, sabiendo que las ropas y las botas estarían en condiciones en pocas horas.

—Te ayudaré a sacártelas —se ofreció Kyran, poniendo manos a la obra.

Con Moirg parada delante de su cuerpo desnudo, deslizó hacia arriba la túnica de piel.

Con sus grandes manos la acarició desde los mulos hasta los pechos, demorándose en cada centímetro de piel. La tranquilidad de saber que Harek estaba muy lejos y no podía hacerle daño confería una calma que hasta ese día jamás había sentido; en otras ocasiones, la desesperación y la necesidad provocaban que tomara el cuerpo de Moirg con arrebató. Quedaba saciado, era la única mujer que podía adormecer a la bestia que había en él, pero no bastaba, necesitaba de la paz que respiraba en ese lugar para estar en plenitud. Su mente desechó la idea que sus hijos serían bestias sangrientas, nada malo podía nacer de esa mujer que estaba destinada por los dioses a pertenecerle. Sabía que en aquel lugar encontraría las respuestas que su alma perturbada buscaba con tanto afán y mirando la profundidad de los ojos de Moirg, descubrió la respuesta. Acarició su vientre y con suavidad la alzó para besárselo justo a la altura

del ombligo, deseando dar la bendición a ese dulce nido que deseaba que estuviera habitado.

A Moirg, la ternura con la que la tocaba, y sobre todo con la que la miraba, la sorprendía, no sabía si le gustaba ese nuevo Kyran. Se animaba a fantasear que ese estado de encantamiento que la unía al gigante podía perdurar más allá de ese viaje, el lazo era cada día más fuerte. Su mente se negaba a pensar en la separación inevitable, no en ese lugar, no en ese instante a punto de convertirse en un único cuerpo. Su cabeza se revolucionó con la idea de concebir al hijo del Vaeroy, era una de las pocas posibilidades de permanecer juntos. Su mente y su cuerpo se estremecieron de deleite, Kyran la miró a los ojos cuando esos pensamientos la atravesaban y fue como si los comprendiera, fue como si estuviera mirando ese hijo en sus ojos.

El agua caliente colaboraba con el calor propio de los cuerpos anhelantes en aquella bendita

soledad y el silencio solo interrumpido por jadeos entrecortados. Kyran se hundió en las profundidades estrechas de Moirg antes de sacarle las botas. Con las piernas entrelazadas en su cintura, su miembro empalado profundamente y su boca absorbiendo su sabor, avanzó hasta mitad de la fuente, donde el agua le llegaba al pecho y se sumergió con ella en brazos. Al emerger, sus bocas se desprendieron para tomar aire. Moirg, con los ojos cerrados, levantó los brazos al cielo, en símbolo de agradecimiento a los dioses, y ese tributo fue para Kyran el emblema que necesitaba para terminar de convencerse que esa era la mujer de su vida y por la que moriría si fuera necesario. Kyran pidió la bendición de Freyr y su hermana Freya, dioses de la fertilidad, de la abundancia y la prosperidad. Al tiempo que Moirg abrió los ojos, las largas pestañas mojadas los coronaban haciendo que brillaran más que nunca, y una

sonrisa vibrante lo instó a adueñarse para siempre de ese cuerpo que le provocaba espasmos de placer. Kyran volvió a apoderarse de su boca y la obligó a tomarlo del cuello, las embestidas se tornaron poderosas, y con cada una, los dos se metían más hondo en el corazón del otro.

Los dioses invocados por Kyran oyeron la proclama y estaban dispuestos a complacerlo, pero había uno que no estaba conforme con ese giro inesperado. Loky había manipulado las cabezas de los líderes de los clanes Vaeroy y Narvjk para engañar y traicionar, y así crear el caos que le gustaba, y ese nuevo rumbo que estaban tomando las cosas no le agradaba.

Al atardecer, la ropa de ambos estaba limpia y seca, y sus cuerpos apenas podían levantarse del nido caliente fabricado por Kyran con musgo y agujas secas de pino. El día fue usado solo para calmar un apetito carnal que nunca estaba

satisfecho. Moirg, dolorida, se levantó para vestirse con la túnica seca, pero cambió de idea y caminó hacia el lecho.

—Debemos regresar —indicó Kyran, viendo que Moirg estaba por tenderse otra vez.

—Quisiera quedarme en este lugar a pasar la noche.

—Te congelarás.

—No, está la fuente caliente y, además, estás tú cubriéndome a cada momento.

—Y lo seguiré haciendo —señaló con la voz enronquecida por el deseo naciente.

—Debes parar si me quieres de pie para bajar la colina.

—No me importaría cargarte.

—Pues a mí sí.

—¿Estás segura de querer pasar la noche en este lugar?

—Es tan bello y tranquilo que no quisiera marcharme nunca.

—Sabía que te gustaría.

—¿Tus hombres estarán esperando?

—Iniciaremos la cacería en la madrugada, comenzarán a inquietarse si no llego a esa hora.

—Creerán que te he asesinado.

—Alguno debe estar sospechándolo. Más de uno piensa que asesinaste a los hombres de Harek y luego huiste hacia la isla en la que te encontramos.

—No sé qué pasó. Lo último que recuerdo es la herida de flecha y a los hombres Narvjk muertos en la nave.

—Herida que no te ha dejado marca.

—No lo entiendo, pero estoy segura que la flecha me atravesó el costado... ¡y no fue solo a la ropa como tú crees! —lo regañó—. Sentí la quemazón de la flecha atravesándome el cuerpo y

la sangre manchar la túnica.

—Pienso que el golpe te asustó tanto que perdiste el conocimiento, la herida no era nada grave.

—¿Y lo demás?

—Alguno de los hombres que estaba contigo estaba vivo y ayudó a liberarte, después, habrá muerto al naufragar la nave en la que viajaban.

—¿Y la herida de Harek? —preguntó, pero no aguardó la respuesta, prosiguió—: Todo lo ocurrido ese día está perdido en mi mente. ¿Guardas rencor por lo ocurrido?

—Harek fue el único responsable. ¿Y tú?

—Comprendí que no tienes ninguna culpa por lo que hizo tu hermano —aseguró, pero su sonrisa se desvaneció, no todo era como Kyran pensaba, no era tan inocente.

Harek solo se había adelantado a ellos, de lo contrario, la incursión la habrían sufrido los

Vaeroy, y no se animaba a pensar el destino que habría sufrido Kyran.

—¿Qué ocurre? —indagó al notar el cambio en Moira.

—Todo es muy confuso; días atrás, eras mi enemigo. Ahora, míranos —dijo, señalando la desnudez de ambos—, y lo más desconcertante es que me agrada mucho estar contigo.

—Suerte que lo digas, eres mi esposa —aclaró, poniendo énfasis en la posesión.

Kyran tenía sus propios cargos de conciencia, su más agudizado instinto le decía que Harek estaba buscando aliados para atacar a los hombres Narvjk cuando llegaran a Hordaland bajo la promesa de firmar un tratado de paz, y de lo que no dudaba era de que los Narvjk vendrían preparados para enfrentar esa situación, y la guerra comenzaría. Podía defender a Moirg del odio de Harek porque era su esposa, pero jamás

traicionaría al clan Vaeroy. No lo haría nunca, aunque eso significara sacrificar su felicidad.

—Pasaremos la noche aquí si es tu deseo. Te prometo que no pasarás frío a mi lado.

—Estoy segura que sabrás cumplir con tu promesa, esposo —concedió y se acurrucó contra el amplio pecho caliente de Kyran.

En esa época del año, la isla de las morsas nunca estaba en penumbras, en la madrugada clara, abandonaron el lecho caliente, después de acoplar sus cuerpos una vez más, y bajaron la colina para encontrarse con los hombres de Kyran que esperaban con las armas preparadas. Los hombres estaban bien descansados, y con miradas de aprobación hacia la mujer, después de ver el talante jocoso de su *hersir*, empezaron a trabajar.

Durante los tres días siguientes, desde la madrugada hasta que el sol bajaba al horizonte para quedarse allí suspendido durante toda la

noche como un faro renuente a abandonar su misión, los hombres trabajaron en la cacería. Kyran encabezaba todas las salidas y era el último en llegar a la gruta, pero nunca estaba cansado. Su energía era inagotable como su apetito carnal. Moira salía con ellos, se quedaba en algún lugar apartado observando la actividad de los hombres y, sobre todo, los movimientos de Kyran. No se cansaba de mirarlo, un cuerpo enorme que movía con absoluta soltura y flexibilidad. Él solo hubiera bastado para doblegar a las bestias que pesaban más de diez veces su peso. Los demás hombres se hacían cargo del animal después de que Kyran lo dejaba inerte, apartado del resto de la población. La faena se hacía en el mismo lugar de la cacería, luego, los acarreaban y ubicaban entre bloques de hielo en las bodegas de las naves.

La bella fuente termal que visitaron el primer día no era la única de la isla, sin embargo, era la

más bella y grande. En ese lugar inhóspito, solitario y frío se encontraban varias vertientes de agua caliente mucho más cercanas, esas oscuras aguas energizaban el cuerpo de aquellos privilegiados que conocían de su existencia, y hasta alguna se acercaban cada tarde después que Kyran acababa con su actividad y hacían el amor hasta caer agotados.

El último día de estadia en aquella isla solitaria, tanto Moirg como Kyran daban rienda suelta a sus sentimientos, ninguno quería fingir ni ocultar lo que el otro le hacía sentir. Kyran se encargaba de complacer con creces los deseos más atrevidos de Moirg. El apetito por su cuerpo no tenía límites y saber eso a ella le provocaba un deseo más intenso. Moirg comprendió que una sola mirada de Kyran cargada de deseo podía hacerle hervir la sangre de tal manera que derretiría la nieve con su cuerpo desnudo. Él era la fuente de

agua fresca, y ella, una sedienta, no había otra opción más que calmar su avidez entregándose a su frescura.

Ninguno de los dos se atrevía a pensar en lo que les deparaba el destino al llegar a Hordaland, pero por la cabeza de Kyran pasaba la certeza de que Harek se encontraría allí urdiendo todo lo necesario para asaltar al *hould* Narvjk y también cumplir con la amenaza que había lanzado hacia Moirg. Por la de Moirg pasaba la visión de su padre junto al líder de Vest-Agder juntando a los hombres necesarios para atacar a los desprevenidos Vaeroy que estarían esperando la visita de su padre para sellar un acuerdo de paz.

Ambos sabían que esa armonía conseguida no duraría un solo día después de poner un pie en Hordaland. Sin saberlo, ambos coincidían en pensar que ninguno traicionaría a su gente.

Capítulo XVI

Ver acercarse los despeñaderos que bordeaban la costa de las Lochlann la llenaba de emoción cuando regresaba con su padre. El límite vertical de esas tierras, cortada caprichosamente por los hielos que la invadieron miles de años atrás y pulidas por la fuerza del océano dibujaba un paisaje que Moirg no había visto en otro sitio. Ese día, la cercanía de los maravillosos acantilados la atormentaba. Su padre había escondido un mensaje entre sus ropas que encontró el último día en la isla. Informaba que esperaría a su regreso para llevar adelante el ataque, no quería que ningún Vaeroy se escapara en esa oportunidad única que se presentaba para abatir a sus enemigos en su propia tierra. En la nota le urgía a que obligara al *hersir* a regresar con prontitud.

Moirg comprendió que estaba tontamente enamorada de Kyran, la atracción que existía entre ambos desde el primer momento que se vieron a los ojos se transformó en necesidad, en interés, en ternura, en pasión, en seducción, en protección. No quería que nada le pasara, no estaba segura de poder consentir que su padre lo asesinara para beneficio de su pueblo. Su corazón se estrujaba de dolor si imaginaba al *hersir* de los Vaeroy atravesado por una espada. Los pocos días pasados en la isla de las morsas y el viaje de regreso fue maravilloso en sus brazos. Tenía algo que nunca soñó tener, sentía emociones que desconocía que existieran y todo era más fácil si Kyran estaba a su lado. Nunca encontró en el Vaeroy al hombre sanguinario, despiadado, peligroso y cruel del que los Narvjk hablaban.

Kyran empezaba a sentir el olor de su tierra y los sonidos de las espadas desde los campos de

entrenamiento, los hombres se preparaban para una batalla. No habría paz. Si en un necio momento de su existencia pensó que podría haber un acuerdo de paz entre Vaeroy y Narvjk, el alejamiento le sirvió para darse cuenta que no era posible. Tantos años de lucha, tantos muertos en nombre de la búsqueda de satisfacción a una ofensa que nadie sabía quien la había iniciado, no podía olvidarse porque los líderes firmaran un papel. Los pueblos se odiaban, los padres contaban a sus hijos horribles historias donde los enemigos sanguinarios, crueles y salvajes eran aliados de Loki y su intención era destruir los pueblos nobles del norte. Los hijos de ambos clanes crecían alimentando diariamente un odio hacia el pueblo vecino, y fue así por generaciones. Nada cambiaría ese sentimiento de los pueblos, no había pacto en papel, tallado en piedra o alianza de sangre que hicieran olvidar a los hombres las

muertes en manos de los Narvjk. Kyran tenía dos alternativas con respecto a la mujer que llenaba todos sus sentidos, la única que podía satisfacer su cuerpo, su mente y su alma, pero a la que poseería un lapso de tiempo insignificante comparado a la necesidad que tenía de ella. Su presagio era tan sustancial que podría haberlo tomado entre las manos como si se tratara de la comprobación material que le entregaba el destino afirmando su profecía.

Kyran observó a Moirg en la proa de la nave abrazada a la figura de dragón de la proa y supo que ella estaba pensando lo mismo, se la veía nostálgica, comenzaba a echar en falta algo que todavía no había perdido. Su corto cabello ondeado se agitaba tanto como sus pensamientos, no tenía el aspecto arrogante y altanero con el que habitualmente se enfrentaba al mundo. Sus hombres, aferrados a los remos, trabajaban sin

mirar a la mujer, se habían acostumbrado a ella, y mientras estuvieran alejados de Hordaland no recordarían que era una Narvjk. Antes de estar en la mira de los centinelas de las costas de Hordaland, Kyran tomó una decisión.

—¡Alto! ¡Detengan los remos! —gritó, y el sonido de un cuerno de alce alertó a las naves que venían detrás.

Los hombres dejaron de remar para mirar asombrados a su *hersir*, pero antes de soltar los remos, ya habían tomado sus armas y sus escudos, preparados para la batalla. Kyran esperó que las otras naves llegaran a su posición y amarró las sogas para mantener a las tres embarcaciones unidas.

—Habrá un cambio de planes —proclamó a los sorprendidos hombres que al comenzar a divisar las tierras remaban con más fuerza para llegar más rápido.

—¿Qué ocurre, *hersir* Vaeroy? —gritó el soldado a cargo de una de las naves.

—Esta nave no llegará a Hordaland, seguiremos hacia el sur para comercializar el marfil. Asgueir, estarás a cargo de las dos naves que llegarán con la carga de alimentos. La mujeres sabrán qué hacer.

—Por supuesto, *hersir*. ¿Qué diré a su padre?

—Que viajamos al sur para conseguir granos, necesitamos reponer lo perdido. Quiero regresar a casa antes que comience la caída de las hojas de los árboles.

Moirg oía las palabras de Kyran y veía las caras desconfiadas de la tripulación. Ninguno de sus hombres osaría contradecir las órdenes o las explicaciones de su *hersir*, pero eso no impedía que no le creyeran. La última noche pasada en la isla de las morsas volvieron a la fuente en el corazón de la isla para disfrutar de la noche blanca

sumergidos en sus aguas termales, y ella le pidió que la llevara al sur sin pasar por Hordaland. Le rogó que disfrutaran un tiempo más de la paz encontrada lejos de los problemas que esperaban al llegar, sobre todo, si recordaba que su padre esperaba su regreso para atacar a los Vaeroy.

No les llevó mucho tiempo adecuar la nave que seguiría hacia el sur, la carga de marfil que llevaban eran importante; además de los animales que cazaron para alimento, los hombres recorrieron la isla en búsqueda de los colmillos de los animales muertos en las playas y el botín fue cuantioso. Una vez que Kyran seleccionó a los cinco hombres que los acompañaría, ordenó a las dos naves recargadas llegar a Hordaland y anunciar su ausencia los siguientes meses.

La tripulación para una nave tan grande era escasa, sin embargo, con Kyran sentado en uno de los remos delanteros no se notaba la falta de

hombres. A medida que se alejaban de las tierras del norte, el clima cambiaba y los recibía un aire tibio que el frío oleaje no podía ahuyentar. No viajaban cerca de las costas, Kyran no quería ser avistado por los centinelas sajones costeros y correr el riesgo de enfrentamientos con navegantes que quisieran apoderarse de su valiosa carga, y no pensaba en el marfil. Bordearon las islas grandes por la costa occidental, alejados de los guerreros sajones, lo que comprendía mucho más camino a recorrer y mucho más tiempo para estar lejos de Hordaland. Los soldados que Kyran eligió para que lo acompañaran en su caprichoso viaje eran hombres que no tenían mucho afecto a mantenerse en tierra firme y gustaban mucho más de la compañía femenina de los puertos que la de sus esposas, por eso no se quejaban y disfrutaban de viajes largos.

Kyran estaba alerta a cada embarcación que se

acercaba, gracias a su desarrollado sentido auditivo, podía detectarlos antes que el resto lo hiciera y desviaba el camino para no cruzarse con ellos. La tripulación no estaba en condiciones numéricas para sufrir ataques. Su preocupación crecía a medida que se acercaban al mar mediterráneo, allí sería casi imposible evadir a cada embarcación que navegara por sus transitadas aguas.

Desembarcaron en varios puertos, siempre de noche. Los hombres de Kyran eran los encargados de buscar albergue para todos: cuando lo conseguían, Kyran y Moirg abandonaban la nave para quedarse lo que duraba el abastecimiento retozando en algún lugar alejado. La intimidad en la nave era limitada, y el deseo, desenfrenado al tocar tierra. Se consumían de unas ganas desesperadas de poseerse que no se aplacaba con una única noche de pasión en tierra firme y los

mantenía expectantes hasta el siguiente puerto.

El primer sobresalto lo sufrieron al entrar en el mar mediterráneo, una embarcación apareció en la noche e intentó abordarlos, pero el número reducido de hombres era engañoso para los desafortunados que lo hicieron. En solo minutos, los seis hombres vencieron a la veintena de piratas que quisieron apoderarse del navío, y sus cuerpos mutilados fueron ofrendados al mar. Moirg observó la bravura y habilidad del *hersir* de los Vaeroy en esa oportunidad, y su poder la sorprendió, le pareció que solo Kyran habría bastado para derrotar a los atacantes y dejó de juzgar como escaso el número de guerreros que viajaba en la embarcación, no hubieran podido con los hombres de Kyran ni si hubieran sido el doble de hombres.

Antes de llegar a destino sufrieron otros asaltos y siempre con el mismo resultado: no podían

apoderarse de la nave y pagaban con sus vidas la osadía del intento. Llegaron con dos embarcaciones amarradas para comercializar en una ciudad dominada por bizantinos; Córcega era el pueblo donde Kyran siempre encontraba buenos negocios para realizar.

Con una carga de semillas, telas, pólvora y algunas joyas, los guerreros de Lochlann emprendieron el viaje de regreso un mes y medio después de dejar la carga de morsas. Encontraron en el camino las mismas pequeñas dificultades que al llegar; el ejército del mediterráneo era hostil y ambicioso, pero el resultado de la lucha siempre era el mismo, con poco esfuerzo eran derrotados y sin derramar una sola gota de sangre de los hombres nórdicos. El verano los encontró transitando las peligrosas aguas mediterráneas y vistiendo ropas livianas, todos los hombres notaron el cambio en el cuerpo de Moirg, el

vientre evidenciaba su embarazo a pesar de las ropas de hombre que Kyran la obligaba a usar mientras navegaban.

—En un mes estaremos en Hordaland —dijo angustiada, dejando claro que la idea no le agradaba.

—Podrás descansar, mujer, y alimentarte como debes para parir un hijo fuerte —conjeturó Kyran, pero por su cabeza no pasaba la misma idea.

—No habrá paz en Hordaland ni en Rogaland —sentenció por primera vez, hablando del supuesto tratado que deberían firmar los pueblos—. Nunca habrá paz. Quizá este hijo no llegue a nacer, tu hermano no quiere complicaciones con su herencia de poder.

Era la primera noche que desembarcaban desde que abandonaron la isla bizantina y la primera vez que la sinceridad llenaba la conversación que mantenían en la cama. Después de hacer el amor,

Moirg se levantó y se sentó en una silla de madera que estaba en un rincón de la oscura habitación que ocupaban para pasar la noche.

—Y tu padre no querrá que un hombre de sangre Vaeroy amenace el suyo —replicó a las palabras acusadoras de Moirg a pesar que pensaba lo mismo que su mujer.

—Mi padre no mataría a un hijo de mis entrañas.

—¿Estás segura, Moirg? —preguntó cínico—. Un Narvjk mataría a su propia sangre si lo considera una amenaza.

Kyran se levantó de la cama y se acercó, el cuerpo grande y desnudo se interponía entre la luz de la única vela encendida del lugar y la mujer, y su sombra se proyectaba sobre el cuerpo claro y brillante que no apartaba la vista de los ojos claros que se pegaban a los de ellas para reclamar su boca en un beso caliente que encendía su sangre

con el primer contacto.

—No dejaré que nada le ocurra al hijo que llevas en tu vientre, mujer.

—¿Y a mí? ¿Me protegerás de tu gente cuando regresemos a Hordaland?

—Eres una Vaeroy, es tu gente.

—Gente que me odia.

—Debes ganarte su aprecio, como ganaste el mío.

—¿Deberé ofrecer mis favores a todos los hombres del clan para ganarme su protección?

Al hacer la pregunta, Moirg sabía que despertaría la ira de Kyran, pero sin darse cuenta se encontró mirando unos ojos de encendidas llamas azules y le faltaba el aire para respirar, la presión de la mano de Kyran sobre su cuello ejercía cada vez más presión y su visión se bifurcaba para hacer más terrorífica la visión de dos seres monstruosos intentando acabar con su

vida.

Kyran, como hacía muchísimo tiempo no le ocurría, estaba dominado completamente por el *berserker* y no tenía control sobre sus actos.

—¡No vuelvas a decir algo así! —rugió Kyran fuera de sí—. ¡Ni siquiera lo pienses, mujer! —agregó en un eco más bajo, pero para nada menos aterrador—. Si solo te viera mirando a un hombre con el mismo deseo que hoy lo haces conmigo, te quemaría los ojos. ¿Escuchas, mujer? —gritó la pregunta.

Moirg estaba al borde de la inconsciencia cuando el grito de Kyran y el impacto de su cuerpo la hicieron abrir los ojos y mirar por última vez la sombra oscura que se cernía sobre ella robándole la vida.

Kyran volvió en sí al ver que los ojos de la mujer se cerraban y su cabeza se volcaba hacia un costado del puño cerrado sobre su blanco cuello.

La tenía apretada contra la pared de madera de la habitación, y su miembro estaba insertado en el cuerpo inerte que solo se sostenía en pie por su causa. Desesperado, le soltó el cuello y la alzó en brazos para llevarla a la cama. No recordaba con exactitud lo que había pasado, en un momento estaba besándola con un deseo hambriento, y al siguiente se encontraba al borde del asesinato. Hacía meses que no tenía esos episodios de dominio del *berserker*, creyó que había aprendido a manejarlo, pero no era así; Moirg tendida en la cama era la prueba irrefutable.

El pecho de la mujer se infló cuando Kyran lo llenó de su propio aire y luego continuó solo el trabajo, pero la mujer no despertaba. Kyran se aseguró de que su respiración se normalizara, le acarició el cuello donde tenía marcas rojas de sus dedos impresos, evidencia de la violencia del estrangulamiento. Después de varios masajes

intentando que las huellas de la brutalidad se borrarán tanto de la piel como de la mente de Moirg, acarició el vientre hinchado con la vida de su hijo y se marchó de la habitación.

Moirg abrió los ojos en el momento en que sintió cerrarse la puerta. Estaba furiosa, el ataque del Vaeroy y su defensa baja, producto de la estúpida confianza que le había otorgado al maldito *hersir* de Hordaland casi le cuesta la vida, y la de su hijo, no volvería a ocurrirle una cosa así.

Sería la última vez que el Vaeroy la lastimaba. Moirg se vistió con rapidez con la ropa de hombre que tenía destinada para realizar el viaje y se dirigió al muelle donde estaban las dos naves, la de Kyran y la amarrada después de acabar con los ingenuos que intentaron abordarlos. Estaba segura que Kyran estaría en una de ellas y si tenía suerte, algunos de sus hombres lo acompañarían esa

noche; acabaría con todos los Vaeroy, ya lo había hecho una vez.

Despertó y se encontró en la nave vacía, imaginó que después del ataque, Kyran la vistió y la llevó hasta el navío como un sucio saco de semillas para arrojarla en la bodega. Lo que no entendía era por qué el maldito Vaeroy la dejó con un puñal ensangrentado en la mano y en la nave que habían capturado de sus atacantes. Moirg arrojó el puñal y se fregó el dolorido cuello, eso le hizo recordar la brutalidad con la que la había tratado el Vaeroy y salió de la bodega para enfrentarse a su verdugo, pensando que lo encontraría en algún rincón de la nave que no era para nada grande. Asomó la cabeza por el hueco y la luz de las estrellas le indicó que no había nadie más, pero en la nave de Kyran podían apreciarse las cabezas que sobresalían de estribor, estaban sentados y era un grupo de cuatro o cinco hombres.

No se movían ni se oían ruidos, Moirg imaginó que estaban dormidos y que el Vaeroy regresó a la habitación.

Era la primera vez que aparecía el *hersir* Vaeroy con toda su brutalidad en aquel viaje. No lo dejaría pasar, le demostraría que no estaba dispuesta a soportar su salvajismo. Moirg cortó la soga que mantenía la pequeña nave amarrada a la embarcación de Kyran y se alejó del muelle y de los Vaeroy. No estaba dispuesta a pensar en los peligros que ese hecho le depararía ni en la colosal y peligrosa furia que desataría en su esposo. Por su cabeza solo pasaba la compensación por el desagravio cometido por Kyran Vaeroy. Acción y reacción, entre Vaeroy y Narvjk siempre fue así.

No creyó que llegaría tan lejos, pero ya no podía ver el muelle y ninguno de los hombres sentados en la otra nave notó que el barco se

alejaba. A la distancia en la que se encontraba, no le importaba el ruido que podía hacer, el amanecer clareaba sus ideas tanto como el día, y sin el avistaje de la nave y los hombres de Kyran, comprendió que lo que estaba haciendo era lo mejor y se reprendió a sí misma no haberlo pensado antes. Separarse de Kyran era la solución, no sufriría por el destino del Vaeroy, no tendría que interponerse ante la voluntad de su padre y se quedaría con una parte del hombre que amaba: el hijo que tenía en sus entrañas era el consuelo que la impulsaba a tomar los remos y a seguir alejándose.

Kyran y sus hombres regresaron con los sacos llenos de vasijas y ornamentos de oro y plata que saquearon de la iglesia cristiana que encontraron en el poblado. Para los guerreros de Lochlann, despojar esos santuarios de sus ricos y delicados objetos era más fácil que robarle la miel a las

abejas. El ataque fue limpio, no hubo muertos a pesar de la furia asesina que inundaba a Kyran cada vez que recordaba las palabras de Moirg y su cabeza recreaba las imágenes de la mujer siendo poseída por su hermano. Abandonar la habitación después de lo que había hecho solo mejoró su mal humor, reunió a sus hombres que rondaban cerca del muelle y organizó una rápida incursión tierra adentro para descargar la energía extra producto de la furia, dejaron solo un hombre al cuidado de la embarcación y se distanciaron varios kilómetros a un poblado sin defensas, habitado por pescadores que no tendrían ninguna oportunidad si decidía atacar una por una las humildes chozas para tomar sus pertenencias y capturar a sus habitantes, pero Kyran solo deseaba las pertenencias de la iglesia y, para fortuna de los hombres y mujeres del lugar, ninguno de ellos se cruzó en su camino. Hasta el religioso huyó a

refugiarse a un granero vecino al ver a seis hombres enormes armados con espadas gigantes, escudos que pesaban más que algunos de los hombres del lugar y cubiertos de pieles que hacían que sus cuerpos aparentaran ser más grandes de lo que eran. Ni un solo gesto podía apreciarse en las caras cubiertas de espesa barba y cascos siniestros que solo dejaban al descubierto los ojos claros de todos ellos. La carencia de signos evidentes en los gestos deshumanizaba a los atacantes, y la gente les temía como si se trataran de bestias que emergían del infierno.

Con el ánimo más tranquilo, pero con una incipiente sensación que le nacía en el estómago, Kyran apuró a sus hombres para regresar al muelle y largarse de ese lugar. La molesta sensación se intensificaba en su pecho y, paralelamente, él aceleraba la marcha, obligando a sus hombres a un trote, para ellos, innecesario.

Los Vaeroy que estaban con Kyran sabían que la causa de la incursión imprevista tenía que ver con la mujer. El terrible humor con el que el *hersir* Vaeroy los arrebató de los pajares donde retozaban con las muchachas que calmaban el ardor de los navegantes en los muelles, no dejó duda a ninguno de ellos que el hombre había reñido con la mujer Narvjk. Después de tantas semanas de armonía, todos sabían que tarde o temprano ese día llegaría, y la mayoría habría esperado más crueldad de parte del *hersir* para saciar su frustración, sin embargo, lo único que parecía necesitar el joven *hersir* era el paseo por la aldea del lugar. No intervino en el saqueo a la iglesia cristiana y dejó que los hombres tomaran lo que quisieran con la condición de hacerlo sin asesinatos, sin peleas entre ellos, incendios ni destrozos. Una vez concluido, regresaron al muelle en el mismo corto tiempo que utilizaron para llegar

a la aldea y aunque nadie decía una sola palabra, todos pensaban que el tiempo alejado de la mujer Narvjk solo le sirvió a Kyran para saber que tenía que regresar rápidamente para rogarle perdón por lo que pudiera haberle hecho, y ese pensamiento compartido hacía que las miradas de soslayo entre sus hombres estuvieran cargadas de diversión cada vez que se encontraban.

La impaciencia se apoderaba de Kyran a medida que se acercaban al muelle; a la sensación molesta en el pecho se sumó un extraño aroma que solo él parecía notar. Al consultar con sus hombres por el olor, ninguno admitió sentirlo. Estaba casi seguro que se trataba de algo relacionado con Moirg, y el trote rápido con el que se acercaba se convirtió en una carrera contra el tiempo. Sus hombres, que hasta unos pocos kilómetros atrás cruzaban miradas burlonas, cambiaron su humor y corrieron a la par de su *hersir*.

A la señal de Kyran, cuatro de ellos siguieron hasta la embarcación, y Gardar continuó a su lado hasta el cuarto en el que dejó a Moirg.

Las millas que la separaban de Kyran se multiplicaban, y su determinación de no regresar a las Lochlann se hacía más firme. Esos meses junto al Vaeroy hicieron que sus ideas cambiaran, se había enamorado de Kyran, no deseaba verlo muerto, pero tampoco quería traicionar a su padre. Se encontraba en una situación difícil, solo podía pensar en proteger a su hijo y no se le ocurría otra manera que alejándose de todos. Su mente se poblaba de miles de alternativas mientras sus brazos se movían con agilidad manejando los dos remos delanteros y llevando la pequeña embarcación a una velocidad que no creía posible que pudiera alcanzar. Se sabía fuerte, pero llegar a dominar esa embarcación, aunque fuera pequeña,

en medio de las impetuosas y constantes olas del mediterráneo la dejó perpleja. Lo aprovecharía mientras su cuerpo resistiera.

Alf, el joven guerrero que dejó en la embarcación, estaba muerto, como los otros tres ladrones que subieron a la nave y quisieron sorprenderlo. Los cuatro hombres terminaron con el cuello cortado y sus armas preparadas en las manos sin usar. Moirg no estaba en la habitación, no había recogido sus cosas, y la nave amarrada para comercializar en el siguiente puerto no estaba, pero Kyran no temía, una voz muy adentro de sus entrañas le decía que la mujer estaba bien. Sus hombres temían que el ataque fuera responsabilidad de los hombres del pueblo, pero él sabía que no era sí, en ese miserable pueblucho nadie se atrevería a enfrentarlos, esa fue una de las causas por la que desembarcaron allí. Kyran

confiaba en su intuición más que en cualquier palabra y la seguiría, no saldría a una búsqueda desesperada por los escondrijos del pueblo para encontrarla, su más afilada percepción se inclinaba a pensar que ella estaba detrás de todo en represalia por el maltrato, pero su corazón tenía votos en lo que se refería a Moirg y no dejaba que su cabeza dilucidara aquella cuestión claramente.

Kyran y sus hombres embarcaron las pertenencias que quedaron en la habitación y zarparon hacia el oeste sin esperar el oleaje indicado. La tarea de avanzar era ardua y los obligaba a usar todas sus fuerzas para ganar velocidad a pesar de la inclemencia marina.

Los vientos que impulsaban a Moirg deberían producirlos el mismo Thor, era la única explicación que encontraba Kyran al tercer día para comprender el motivo por el cual todavía no daban alcance a la mujer. Según las naves que

abordaron para indagar a sus ocupantes que navegaban en sentido contrario, afirmaban que la vieron sola en la pequeña embarcación y que ella misma manejaba los remos y las velas, confirmando la primera conjetura de Kyran de que Moirg huía de él, lo inexplicable eran las muertes.

Dos embarcaciones sumaron gracias a los abordajes para los interrogatorios, y Kyran dividió a sus hombres. Las tres naves con dos guerreros cada una surcaban el ancho mar mediterráneo, pero ninguna avistó a la mujer, la salida al océano estaba cerca y los caminos a seguir se multiplicaban y se complicaban. Si Moirg contó con el favor de Thor durante los tres días que navegó por el mediterráneo, Kyran dudaba que la siguiera acompañando en lo que quedaba del camino y un sentimiento que hacía mucho tiempo dejó de sentir inició una suave punción en el centro de su estómago. Temía.

Al quinto día, Kyran reunió a sus hombres nuevamente. Durante el tiempo que navegó solo con Solvi, pensaba en el posible camino que podría seguir Moirg, y los dioses le dieron la respuesta esa mañana. Más tranquilo con la revelación, el miedo cedió. En varias oportunidades, mientras estuvieron en la isla de las morsas, ella habló de Lyonesse, de lo bello, tranquilo y cálido que era el lugar y, sobre todo, destacó la cordialidad de la gente. Hablaba de la generosidad que encontraba en los pobladores de la bella isla, y sus ojos se iluminaban mientras lo hacía. Al compararlos con la rudeza de las Lochlann y la brutalidad de sus hombres, sus ojos se tornaban turbios y la nostalgia embargaba sus palabras. Kyran estaba seguro que la mujer se refugiaría en la isla, allí la encontraría si sobrevivía al irascible viaje por el caprichoso mar cantábrico.

La primera vez que pisó la isla, llegó en una incursión que su padre minuciosamente planeó para saquear el castillo del lugar, ella estaba escondida en la bodega de uno de los navíos porque su padre le había negado la posibilidad de viajar. Pero no se quedó con la negativa, Moirg se coló a la embarcación en la noche y esperó a que la nave zarpara. La descubrieron media muerta cuando llegaron al lugar y bajaron a la bodega para sacar las armas que usarían contra los pacíficos habitantes de Camelot y la encontraron tirada en el sucio y mojado piso de la nave, temblando y delirando a causa de la fiebre. Einnar Narvjk ordenó abortar la incursión y con un reducido grupo de guerreros, llegaron hasta el castillo en busca de ayuda para Moirg, y las mujeres del lugar le salvaron la vida, tenía solo trece años. Después de eso, regresó varias veces, ya no viajaba de incognito y se quedaba varios

días mientras él seguía la ruta hacia los centros comerciales del mediterráneo. Conoció la leyenda; según las mujeres bretonas del lugar, la isla estaba protegida por el encantamiento del mago Merlín que antes de abandonar para siempre Camelot, lo hechizó para que nunca fuera atacada. Camelot se hundiría en el mar antes de ser destruido, por eso los hombres que llegaban con intenciones de tomar la ciudad y lastimar a su gente sufrían las consecuencias del hechizo. Entre cálidos brezos florecidos y perfumados, y los amables bretones, Moira ensoñó que criaba a su hijo.

La embarcación de Kyran se estrelló contra los traicioneros, solitarios y numerosos conos rocosos que sobresalían pocos metros sobre la superficie del mar y tuvieron que llegar nadando con las cosas que pudieron salvar del naufragio. Los seis hombres perdieron sus armas en el mar que rodeaba esa isla. El prado plano y verde se caía en

el mar, era como si los hombres del lugar hubieran arreglado la costa para que las aguas descansaran unos metros sobre los campos. El aroma de las flores podía apreciarse desde varios kilómetros, y Kyran podía sentir el aroma dulce y fresco, mezclado con la fragancia erótica que desprendía Moirg y que hacía que su cuerpo se encendiera de deseo.

La mujer Narvjk hacía que el *hersir* de los Vaeroy actuara como un estúpido, era la conclusión silenciosa de los hombres que seguían a Kyran, y sorprendidos nadaron hasta la playa. Jamás Kyran perdió una embarcación en el mar ni en las peores batallas, pero no pudo con un grupo de pequeñas piedras que bloqueaban la llegada a la isla, y eso se debía al estado de idiotez que mantenía desde que la Narvjk lo había abandonado. La pobre simpatía que Moirg ganó en esos guerreros se perdió tras los pasos erráticos

que daba Kyran por su causa.

—No tenemos armas, ¿cómo llegaremos al poblado? —conjeturó Gunnar.

—No son necesarias las armas en este lugar, Gunnar. Conoces la historia.

—Son solo historias, Kyran, no pienso morir por fiarme de esa estúpida leyenda —replicó de mal humor.

—*Hersir Vaeroy*, ¿cómo sabe que la mujer está en este lugar? —preguntó Solvi.

—Lo sé, Solvi. Solo lo sé —afirmó Kyran, acomodándose la ropa decentemente—. Son varios kilómetros de camino, escondan sus pertenencias en los túneles de la playa, iré a inspeccionar el lugar desde aquella elevación.

El mal humor y desconcierto de los hombres no dejaba de irritar y, al mismo tiempo, divertir a Kyran, observaba sus miradas de soslayos cuando pensaban que él no podía verlos y hasta podría

adivinar lo que pensaban, sobre todo, después de perder la nave contra las piedras. Conociendo las historias que se contaban sobre esa isla, el naufragio era inevitable, y él no intentó luchar contra la marea que los llevó directamente a las rocas para que las armas que guardaba en su interior se inutilizaran en el fondo del mar. Kyran haría lo que fuera posible por hallar a Moirg, y si eso significaba caminar en una tierra desconocida, encantada y peligrosa sin nada más que la piel desnuda que los dioses habían otorgado a su cuerpo, lo haría sin pensar.

—Este lugar es demasiado bello, da ganas de matar a alguien —exclamó Olaf, los demás rieron y afirmaron que el paisaje de verde césped, regado de flores coloridas y perfumadas y caballos blancos corriendo en los prados detrás de un lago cristalino era repulsivo.

—Este olor a flores lastima mi nariz —se quejó

Gunnar.

—Has oído cosas peores —puyó Olaf.

—No lo creo —replicó Gunnar de mala gana, refregándose la cara barbada con el antebrazo cubierto de un brazalete de cuero negro.

Los seis hombres caminaban hacia Camelot y en el camino se cruzaban con granjas humildes pero de hermosos jardines cuidados; vacas, cerdos, cabras, gallinas, gansos y demás animales deambulaban sin ataduras por el lugar y se los apreciaba gordos y sanos. Gardar intentó capturar un cerdo que serviría de alimento por dos días, pero Kyran impidió que tomara al animal y empeoró el fastidio del guerrero más viejo que tenía el grupo.

—Conoces las condiciones para permanecer de pie en este lugar, Gardar —lo reprendió Kyran.

—Necesito mi puñal y mi escudo, no confío en esta gente.

—Ellos tampoco lo hacen, pero hasta ahora nadie nos ha detenido.

Una mujer con un cántaro de leche se cruzó en el camino de los hombres, y Gardar olvidó sus protestas. La mujer era hermosa, llevaba el cabello claro cubierto con una cofia y vestía un sencillo vestido de algodón sobre una camisa blanca; sus brazos envolvían el recipiente y saludó a los hombres sin el menor temor y mostrando una sonrisa de blancos y parejos dientes. Era la primera vez que Gunnar encontraba a una mujer que no corría a esconderse cuando los hombres Vaeroy merodeaban por algún lugar, y esa actitud dejó al quejumbroso Gunnar sin palabras.

—Ahora temo a esta gente —adujo sorprendido—. No solo el lugar está embrujado —agregó.

—Es solo un poco de desacostumbrada amabilidad —dijo Kyran.

—Toma a tu mujer y larguémonos de aquí —

imploró sin mirar a su *hersir*, no podía desprender los ojos de la espalda de la mujer que seguía su tranquilo camino hacia una granja lejana.

—Allá vienen más —señaló Olaf a un grupo de mujeres con niños correteando a su alrededor que caminaban a su encuentro.

Los primeros en llegar hasta ellos fueron los niños, que los miraron de arriba abajo inspeccionando e investigando la pieles que cubrían sus cuerpos, levantándolas para observar sus calzados y pantalones de cuero. Un grupo de siete niños aprovecharon la lejanía de sus madres para llevar a cabo la inspección. Gunnar le apartaba las manos al pequeño que levantaba sus pieles, pero el niño no cejaba e intentaba a sus espaldas mientras otro lo inspeccionaba de frente.

—¿No tienen calor con esas pieles? —preguntó uno de los niños bretones que investigaba a Olaf.

—Que te importa a ti, niño —respondió en su

idioma.

—Se amable con el muchacho, Olaf —
reprendió Kyran, hablando la lengua del norte.

—Deberían colgarlos de los pulgares por ser
tan atrevidos —importunó Gunnar, de manera que
la niña que lo sometía a su inspección, entendiera
y se asustara con sus palabras.

—¿Eso hacen con los niños del lugar de dónde
vienes? —indagó una niña bonita de rizos
amarillos.

—Sí —afirmó Solvi, frunciendo el ceño para
parecer más siniestro, cansado del toqueteo de los
niños.

—¡Niños! —llamó una de las mujeres—. No
molesten a los visitantes —los regañó y, acto
seguido, sonrió para mostrarles el camino que
deberían seguir, y los niños obedecieron al
instante—. Tú debes venir por la mujer de
Lochlann que se aloja en Camelot —afirmó a

Kyran.

—¿Ella está bien?

—Sí. A pesar de no decirlo, sabemos que te espera.

La mujer que hablaba con Kyran le hacía recordar a su madre y calculaba que tendría la misma cantidad de inviernos, sin embargo, la piel de la mujer bretona era tersa todavía y a pesar que era solo una campesina, no había perdido ningún diente, tenía la piel acanelada, al igual que las otras tres mujeres que la acompañaban, y todas olían a flores, sus cabellos dorados brillaban bajo la cofia que los cubrían y ninguna dejaba de sonreír mientras inspeccionaban a los forasteros.

—Entonces, continuaré mi camino para reunirme con mi esposa.

—Ella no dijo que fuera casada.

—Pues es evidente, se nota nomás mirándole el vientre.

Las cuatro mujeres comenzaron a reír de la declaración de Kyran, haciéndole sentir un idiota. Solo con la mirada dejaron claro que no era necesario estar casada para llevar un niño en el vientre. Kyran habló a sus hombres en su lengua, ordenándoles seguir avanzando y que no se atrevieran a golpear a las mujeres por la falta de respeto hacia su *hersir*. Los hombres, enfadados, se encolumnaron tras él y las dejaron atrás.

—No podrían hacernos daños —dijo la mujer, alzando la voz para que llegara hasta la lejanía en la que ya se encontraban, haciendo notar a los hombres que también comprendían su lengua.

—¡Brujas! —murmuró Gunnar por lo bajo—. Este lugar comienza a asustarme de verdad —agregó luego.

—Creo que también comienzo a sentir temor —compartió Solvi.

—Sabemos que Moirg está aquí —interpuso

Kyran, más para sí que para sus hombres, pero era una forma de cortar con las quejas infantiles de sus guerreros—. La buscaremos, intercambiaremos algunas joyas por una embarcación decente y nos largaremos.

Capítulo XVII

Despertó sobresaltada, ese día volvería a ver a Kyran después de semanas. Nadie le había informado sobre los hombres que desembarcaron en la costa sur de la isla, pero ella estaba segura que Kyran había llegado, el aire llevaba hasta ella el inconfundible aroma de su cuerpo, que le provocaba estremecimientos en sus zonas más sensibles. Se vistió como lo hacían las bellas mujeres de Camelot, una camisa blanca de puro algodón y sobre ella alguna túnica de seda que se sujetaba en la cintura con anchos lazos de terciopelos, sencillo pero elegante. Genéis, la mujer que le salvó la vida cinco años atrás, dejó en la habitación la más variada combinación de túnicas de seda y lazos, también le facilitó una numerosa cantidad de cofias y dos botines de

suave cuero de nutria para calzar en los pies. La mujer la recibió cuando llegó a su casa sin preguntar el motivo de su aparición en la isla, tan alejada de su hogar, llegando sola y de encargo, se ocupó de que comiera en abundancia y descansara para poder aclarar sus complicaciones mentales sin presiones. Moirg no volvió a ver a Genéis desde ese momento, no sabía cuántas horas habían pasado desde que llegó a la isla y perdió la noción del tiempo que estuvo navegando sola por el mar hasta llegar a la isla. Suponía que su mente no recordaba el viaje porque su exigido cuerpo entraba en la inconciencia a causa del sueño y del cansancio sin que ella se diera cuenta, lo que la sorprendía era que nunca perdió la ruta que debía seguir para llegar.

El sueño profundo en el que cayó ni bien Genéis la dejó sola en la habitación fue suficiente para sentir el cuerpo fortalecido y la mente lúcida.

Estaba preparada para explicar a Genéis el motivo de su intempestiva visita y también para enfrentar a Kyran.

Salió del cuarto y caminó por el largo pasillo que la llevaría a uno de los salones de Camelot, donde la familia de Genéis se reunía durante las comidas. Como una de las descendientes directas del legendario rey Arturo, ella ocupaba una torre y todas las instalaciones que se encontraban a su alrededor junto con sus seis hijos, su esposo y la numerosa servidumbre que los atendía. Otras torres del castillo la ocupaban sus hermanos con sus familias y otros descendientes directos de la nobleza que dominó Camelot cuando el Rey Arturo estaba al frente del reino. El castillo con sus nueve torres estaba ubicado en la costa norte de la isla donde los acantilados se alzaban a alturas imponentes, y antes de llegar hasta ellos, el mar ofrecía una barrera natural con altos picos que

emergían de la superficie e impedían desembarcos enemigos y ataques sorpresivos, si es que había guerreros capaces de desafiar la leyenda. Los bretones jamás abandonaban Lyonesse, la protección que ofrecía el lugar solo era dentro de los dominios de la isla, y sus vecinos sajones o los anglos, resentidos por la enorme cantidad de veces que intentaron dominar la isla y fallaron, no dudaban en tomarse revancha atacándolos si osaban abandonar la seguridad de sus tierras y acababan fácilmente con ellos.

Genéis estaba sentada en un patio interno en una manta sobre el césped, y tres de sus hijos más pequeños la acompañaban, los otros jugaban en el jardín con otros niños. La escena destilaba la paz que Moirg necesitaba y sabía que no encontraría en ninguna otra parte del mundo.

—¡Moirg! ¡Despertaste! —exclamó Genéis—. He dormido mucho estando de encargo, pero tres

días corridos... —agregó, levantándose para acompañar a su visitante.

—¿Dormí durante tres días?

—Con sus noches. Ven, siéntate con nosotros, traerán la comida aquí.

Se sentaron sobre la manta, acomodándose las faldas para que no impidieran el movimiento, y Genéis lanzó una mirada interrogante a Moirg, pero no acompañó la expresión con palabras. Moirg hizo que no entendió el gesto y se dedicó a admirar el paisaje que la rodeaba. Estaban a una altura considerable y desde el patio podían observarse las granjas que estaban alrededor de Camelot, los campos de cultivos, los animales merodeando por la pradera y... un grupo de hombres que rompía con la vista armónica del lugar. Era imposible distinguir las figuras desde la distancia y a la altura en la que se encontraba, pero supo ni bien vio el oscuro punto móvil, que se

trataba de los Vaeroy. La espina del presentimiento clavada en su cabeza desapareció tras la visión.

Para entrar a Camelot era necesario atravesar dos murallas, y para llegar hasta la torre norte en la que se encontraba Moirg, debían traspasar un total de seis torres, con sus patios internos, las dependencias de los herreros, los establos, los almacenes y a cientos de bretones que los detendrían para inspeccionar e interrogar. Moirg miró a su amiga y no dijo nada sobre lo que se avecinaba.

Kyran aumentaba su mal humor con cada grupo de bretones que los detenía para inspeccionar e indagar sobre la visita a la isla. Caminaron más de diez kilómetros en menos tiempo de lo que podían atravesar unos pocos metros dentro de la gran muralla de Camelot. Los soldados bretones, de impecables uniformes militares color rojo y blanco con el escudo de dos leones protegiendo la

espada escalibur, estaban armados con una débil espada que los hombres de Kyran podían arrebatarse con suma facilidad y usarla en su contra, pero nunca Kyran trató con gente tan cordial, mucho menos sus hombres, que no sabían cómo responder al trato y no dejaban de observarlo para saber cómo actuaba él ante semejante despliegue de caballerosidad e imitar sus movimientos.

Arnulf, el esposo de Genéis, llegó hasta el patio en el que reposaban las mujeres y anunció a Moirg que unos hombres llegaron en su búsqueda y la esperaban en la casa.

—Esposo —dijo Genéis, haciendo una pausa para mirar a Moirg, que no se inmutó ante la información—. Ayúdame con los niños y dejemos que Moirg hable con esos hombres aquí afuera. ¿Estás de acuerdo, Moirg?

—Claro —solo dijo, y se puso de pie para dejar el paso libre a Arnulf.

—Moirg, ¿estás segura? —interrogó Arnulf, no muy seguro de la idea de su mujer.

—Puedes entrar a la casa y...

—No habrá problemas, Arnulf, uno de esos hombres es mi esposo. De seguro que ya te lo ha dicho.

—El *hersir* Vaeroy.

—El mismo.

—Se ha presentado como tu legítimo esposo.

—Lo es.

—Después de verlo, solo puedo preguntar ¿cómo hiciste para escapar de ese gigante? —indagó Arnulf, un hombre amable que superaba los treinta años y se veía preocupado por la suerte de la muchacha.

—Es muy lento —dijo Moirg, y despejó el paso para que la familia se alejara hacia la puerta de entrada a su hogar.

Moirg caminó hacia los filosos acantilados que se encontraban justo detrás de la cerca del patio, sabía que el humor de Kyran iría desde la furia hasta el frenesí de locura, por eso buscaba un sitio incómodo para colocarse antes que llegara. Si el Vaeroy sacaba a relucir sus salvajes modales, lo arrojaría por el acantilado. No tuvo que esperar mucho tiempo para que la enorme figura de su esposo hiciera sombra tras ella y pusiera sustancia al aroma con el que amaneció impregnada su nariz.

—¿Cómo pudiste llegar tres días antes que nosotros? —preguntó con aparente calma y tranquilidad.

—No lo sé. No remaba muy fuerte.

—No te burles, mujer, llevo despierto muchos días y mi humor está a punto de quebrarse.

—Tuve buenos vientos, Thor está de mi lado —aclaró y se volvió para enfrentarse con Kyran. Tenía un aspecto siniestro, oscuras ojeras se

perdían bajo la desprolija mata de barba amarilla, su largo cabello mostraba desarmadas trenzas que se mezclaban en la maraña dorada. Sus ropas eran un desastre, colgaban en partes que no debían colgar y olían a morsa muerta y en descomposición, sin embargo, ese aspecto solo pudo notarlo al tenerlo cerca, porque el aroma a hombre de Kyran era el que había sentido.

El lugar sentaba bien a Moirg, se la veía hermosa, descansada, despreocupada y olía a flores. Kyran estaba decidido a cargarla sobre sus hombros y sacarla de allí, pero al verla de espalda desde la distancia lo había cautivado su figura. Con un sencillo vestido blanco sujeto en la cintura con lazos coloridos, el pelo recogido a medias y coronado con una prolija trenza, se veía igual a una de las bellas mujeres de aquel maldito bello lugar perfumado por los azahares. Kyran no le daba la debida importancia, pero era consciente de

que en esa isla los ánimos eran domados por el ambiente como si una madre cariñosa guiara los actos de sus niños. Desde que llegó, cada vez que sintió que su genio estaba a punto de explotar, había algo en el aire que lo invitaba a sosegar, y él aceptaba la invitación, estaba seguro que lo mismo ocurría con sus hombres.

—La aventura terminó, Moirg, regresaremos a Hordaland —señaló con serenidad.

—Así, sin más. Sin castigos o penas. No es propio de un Vaeroy actuar de esa manera —acotó Moirg,

—No dije que no habría castigo —agregó y se quedó muy quieto al ver que Moirg dio dos pasos hacia atrás—. Primero, debemos abandonar esta embrujada tierra para poder actuar sin su entrometido hechizo —Kyran estiró el brazo y abrió la enorme mano para que la tomara—. Estás muy cerca del abismo, toma mi mano.

—Si prometes no golpearme.

—No lo haré, llevas a mi hijo en tu vientre. No te dañaré.

—Esa excusa quedó sin efecto. ¿Acaso olvidas lo ocurrido?

—No. Nunca volverá a suceder.

—No lo creo. Eres un mentiroso.

—Solo mentí una vez.

—Fingiendo un matrimonio.

—Lo solucioné, convirtiéndola en verdad — adujo sonriendo, señalando con la mirada su hinchado vientre que sobresalía notoriamente—. No volveré a golpearte jamás. Toma mi mano, Moirg —insistió y se acercó un paso.

Moirg estiró la mano y con el movimiento, su pie se movió hacia una piedra suelta y resbaló hacia el precipicio, Kyran se movió con rapidez al ver que los dedos de la blanca mano perdían altura, siguiendo un cuerpo que comenzaba a caer.

—Te tengo, esposa —aclamó, apretándola contra su cuerpo. El miedo irracional con el que había convivido todos esos días centelleó otra vez en su cuerpo y lo dejó temblando—. Moirg, no volverá a ocurrir y jamás permitiré que nadie te lastime. Tampoco dejaré que me abandones, siempre llegaré hasta ti —prometió, apartándola de su pecho para que lo mirara a los ojos—. Lo juro.

El juramento de un *berserker* no sería roto en toda la eternidad, solo podía expedirlo en el excepcional caso de estar absolutamente convencido de aquello a lo que juraba fidelidad, condenaba su alma a seguir esa promesa hasta el fin de los tiempos. Moirg no sabía que Kyran era un guerrero de Odín.

—Toma, es para ti.

Moirg tomó una pesada caja de madera, no era grande, tenía una extraña cubierta de bordes

irregulares con una piedra que ocupaba el centro y en ella había una dulce inscripción. Moirg levantó la tapa y dentro había una bella cadena de oro con una piedra de ámbar engarzada en hilos de plata. Era una delicia admirar la pieza entera. Ella elevó la vista hacia su esposo, que esperaba sus palabras. Se quedaron varios minutos sosteniéndose la mirada, estudiándose, redescubriéndose.

—Acepto —dijo Moirg después del extenso escrutinio.

—Debes escribirlo —indicó Kyran y le ofreció el puñal—. Piénsalo bien, Moirg, no podrás dar marcha atrás después de dejarlo plasmado en la piedra.

—Estoy segura, al igual que tú —afirmó Moirg aceptando el arma para poder modelar las palabras.

«Siempre llegaré hasta ti, te elijo, Moirg».

«En la tierra, el mar, el infierno y el cielo, te acepto, Kyran».

Fueron las dos líneas que quedaron grabadas en la piedra con la escritura rúnica de los hombres de Lochlann.

Una semana después de la llegada de los guerreros a la isla, la gente de Camelot se acostumbró y ya no los seguían a sol y a sombra. El clima templado y caluroso del lugar los obligó a rasurarse sus espesas barbas y adecentar sus cabellos para soportar un calor al que no estaban acostumbrados. Kyran sin barba asustó a Moirg. Si después del baño necesario y los tres días de sueño reparador ininterrumpido que siguieron, ellos vivieron unos dulces días parecidos a los que pasaron en la isla de las morsas, después que Kyran apareciera con la cara limpia, sin pelos y el cabello recogido en una prolija trenza, podría considerarse que vivían en el paraíso. Moirg

sufría de un inquietante estado continuo de excitación, no podía dejar de tocar a Kyran en todo momento. Le parecía hermoso, su cara suave sin barba mostraba facciones perfectas, nariz recta, pómulos levantados, labios rellenos y apetitosos, y sus ojos claros de forma rasgada tomaron nuevas proporciones en una cara modelada y de piel perfecta.

En la fortaleza principal de Camelot, solo una de las torres estaba deshabitada, ese enorme espacio era lugar de culto para los bretones. La gente del lugar decía que, allí, Merlín hechizó la isla para que nunca fuera atacada por forasteros y dio a los habitantes del lugar el temperamento para poder vivir sin mezquindades mundanas para compartir el fruto de sus esfuerzos, colaborar con sus prójimos y respetar a cada ser vivo como parte importante y fundamental para el equilibrio de la vida. En la isla no había realeza, estratos sociales,

jerarquías ni posiciones. No había ejército armado, los hombres mayores eran los encargados de la protección y cada uno de los habitantes cumplía con su rol de la mejor manera; era lo único que se necesitaba para vivir en armonía, igualdad, justicia y paz.

—¿Qué piensas sobre el hechizo que protege la isla? —preguntó Moirg, atravesando un salón para llegar a la escalera curva que llevaba a lo alto de la torre deshabitada. El lugar tenía muebles viejos, retratos empolvados y estandartes ocultos detrás de telas de arañas; sillas de alto respaldo bordeaban una gran mesa redonda en la que cabrían muchas personas, y en el centro pendía del techo un hermoso pero percutido candelabro que todavía elevaba orgulloso veinte gruesas velas. La gente de la isla entraba al lugar para revitalizarse de la sustancia etérea que le daba esa identidad única, pero jamás tocaba nada. Ni una sola tela de

araña fue removida en casi trescientos años desde la muerte del Rey Arturo. Todo estaba de la misma manera que el monarca lo vio por última vez.

—Genéis aseguró que los guardias no nos detendrían en la puerta y tenía razón —dijo Moirg, alegre de poder estar dentro de la torre.

—Nos permiten estar aquí para pedir protección para el viaje y porque durante las tres semanas ayudamos con los trabajos más pesados y colaboramos en la construcción de dos molinos —arguyó Kyran, mirando sorprendido los objetos cubiertos de polvo pero que no habían perdido su majestuosidad—. Genéis sabe que esta vez no podrás salirte con la tuya.

—¿De qué hablas?

—Partimos en dos días, esta vez no suspenderé el regreso por ningún contratiempo —dijo mirando con seriedad a Moirg, que hizo que suspendieran el regreso en dos oportunidades con excusas poco

creíbles, pero que Kyran aceptó para permanecer unos días más en Camelot—. Hemos ayudado y pagado por nuestra permanencia en este lugar más de lo que debíamos.

—¿Tan pronto? No quiero regresar —aceptó Moirg por primera vez—. Me gustaría que el niño naciera en esta paz, sobre todo me gustaría que pudiera nacer. No puedes prometerme que eso sucederá en Hordaland. Ambos lo sabemos.

La cercanía de la partida hacia sus tierras reabría el miedo y reanudaba la preocupación por el destino que esperaba al llegar. Continuaron el camino hacia lo más alto de la torre, en silencio. Al llegar, observaron un panorama de ensueño por la pequeña ventana que dejaba pasar los rayos del sol, Moirg apretó con fuerza la piedra ámbar que colgaba en su pecho y respiró con fuerza, el lugar vivificaba las energías.

Kyran la abrazó desde atrás y apoyó su mentón

en el hombro de su esposa para deleitarse con la misma imagen. Las palabras de Moirg, su miedo y su deseo, le daban vueltas en la cabeza revolviendo sus pensamientos y estrellándolos contra sus propios deseos igual que las mareas del Moskentraumen estrellaba las olas contra las rocas confundiendo los cursos, mezclándolos e impidiendo dilucidar su destino. En general, Kyran siempre estaba seguro de las decisiones que tomaba, pero si Moirg estaba involucrada, su seguridad se desvanecía. La mujer tenía el poder de nublar su entendimiento y torcer sus convicciones.

El paisaje mostraba campos sembrados con cultivos fértiles de frutos enormes. Jardines floridos en granjas apacibles, el aire dulzón que se respiraba ayudaba a endulzar la vista y hacía que todo fuese más agradable; caballos blancos de relucientes crines largas corrían por las praderas,

podían observarse pequeños puntos saltarines perderse tras los arbustos cuando algo los asustaba. La gente caminaba sin preocupaciones por las calles limpias que cruzaban los campos, y en la pequeña conglomeración de Camelot cada uno cumplía su rol, cada uno hacía su trabajo.

—Mi padre atacará Hordaland apenas lleguen a Rogaland las noticias de nuestro regreso. Si es que ya no lo ha hecho —acotó sin más.

—Harek ya debe haber formado un nuevo ejército con nuestros aliados del norte para atacar a los Narvjk que lleguen a Hordaland —replicó Kyran sin sorprenderse de la declaración de Moirg.

—Nunca se firmará un tratado de paz entre Vaeroy y Narvjk.

—Lo sé.

Ambos perdían la mirada en el verde intenso de la pradera que se fundía en el azul profundo del

mar a lo lejos y se quedaron en silencio.

—Adoro esos caballos blancos. Genéis asegura que son los descendientes de la pareja de caballos blancos que tenían el Rey Arturo y la reina Ginebra.

—Son fuertes —dijo—. Si pudieras quedarte en este lugar, ¿qué harías? —preguntó indiferente, pero Moirg se sobresaltó y se irguió, haciendo que el mentón de Kyran golpeará con fuerza su cabeza, pero el golpe solo pareció haberlo sentido él porque ella no se quejó.

—¿Dejarás que me quede en la isla? —indagó ansiosa.

—Yo también deseo que ese hijo llegue a este mundo en paz.

—¿Y tú? ¿Qué harás?

—Debo regresar. Soy el *hersir* de los guerreros de Hordaland.

—¿Atacarás Rogaland?

—Son ellos los que desean la batalla.

—Los Vaeroy también la desean.

—Puedo frenar la voluntad de mi pueblo, pero no tengo ese poder con un pueblo ajeno. Tampoco dejaré que mi gente se quede con los brazos cruzados sabiendo que se está preparando un ataque.

—Antes, solo quería que los Vaeroy desaparecieran de la faz de la tierra.

—¿Y ahora?

—Quiero desaparecer yo, es más fácil y menos doloroso.

—Eres una Vaeroy —indicó Kyran con una sonrisa que le iluminaba la apuesta cara. Como el sol de medianoche en la isla de las morsas en verano, quería borrar el sufrimiento con el que Moirg pronunciaba las palabras. Podía sentir su dolor.

—No quiero perderte.

—Nada ocurrirá, Moirg, no te preocupes por mí.

—La muerte no es la única que puede destruir lo que tenemos —afirmó categórica, y Kyran comprendió que Moirg no lo aceptaría si combatía contra el clan de su padre.

—Moirg, soy el *hersir* Vaeroy, mi misión está escrita en las piedras y es tan indisoluble como lo es la declaración que tú también has escrito, y ni siquiera la muerte puede destruir eso. Moirg se tomó del vientre y se volvió para mirar otra vez por la ventana. Los días junto a Kyran estaban llegando a su fin, sabía que pasaría; lo que ambos estuvieron haciendo fue dilatar el tiempo, engañar al destino con tretas fáciles, pero los dos sabían que la separación era lo que aguardaba al final del camino, y no había escrito que abatiera el designio de los dioses.

—Este es un lugar mágico, tal vez...—comenzó

a decir Kyran, pero se interrumpió pensando que no lo escuchaba.

El silencio y la quietud de Moirg perturbó a Kyran, estaba a punto de abandonar la pequeña habitación de la torre para dejarla divagar sola con su conciencia cuando un resplandor blanco atrajo su atención y se movió hacia él. Sobre la pared opuesta a la ventana, un relieve en mármol blanco oculto tras una capa gruesa de telas de arañas, que cayeron como parte del tendal que se enganchó en su cabeza, pudo apreciar la escultura de un espectacular caballo blanco con sus patas delanteras levantadas, relinchando y agitando sus largas crines sobre un grandioso lomo. La montura tenía el escudo del león y la espada escalibur y no tuvo problemas en deducir las palabras que estaban debajo de la escultura: «El glorioso corcel del rey Arturo vivirá por siempre en la protección de esta tierra», y tenía fecha cristiana QXXXII. La

imagen de los poderosos caballos blancos galopando en los prados que podía ver si se acercaba a la ventana era la prueba de que el pronóstico de la persona que había realizado la bella escultura se había cumplido. Él había intentado cambiar algunas joyas, por las que en cualquier otro sitio le habrían dado una docena de sementales del color que se le antojara, por uno de los caballos bretones, pero los hombres del lugar fueron categóricos en la negativa. Mito, leyenda o hechicería, la isla existía, y Kyran podía hacer un paralelismo entre ese lugar y las tierras del norte si los dioses del norte podían poner en la tierra a sus propios guerreros para la protección de sus dominios; no era descabellado pensar en otra manera de protección diferente de dioses diferentes.

—¡Moirg! —llamó Kyran y tendió la mano hacia atrás, sabiendo que ella se había acercado

cuando él estaba atento a la escritura de la pared.

—Es muy bello, es igual a los caballos de las praderas.

—Era del rey Arturo.

—¿Estás seguro?

—Eso dice aquí —indicó, mostrando con el dedo los simbolismos que se posaban al pie del corcel—. Ellos también gozan de la protección de la isla, por eso hay tantos.

—Creo que todo lo que está en esta torre es protegido. He notado que las mujeres son todas parecidas a las que difusamente pueden verse en los retratos detrás de la suciedad que las recubren, y estaba pensando que todas son muy parecidas entre ellas. Podemos retratarnos y seremos protegidos por siempre —bromeó Moirg.

—No quiero la protección de esta tierra, tengo la protección de Odín.

—Bien por ti.

—Tú también tienes la protección de los dioses del norte.

—Sí, claro —aceptó sin convicción—. Podemos dejar la piedra que sella nuestra voluntad de permanecer juntos para que la isla la proteja y volvamos a encontrarnos en poco tiempo —propuso en un ruego para que Kyran aceptara el blindaje de esa tierra amparada por el poder de un dios distinto y una magia muy diferente a las de Lochlann.

—¿Quieres proteger esto?—preguntó Kyran jadeando de deseo junto a su boca.

—Si —susurró Moirg desfallecida.

Capítulo XVIII

Antes de atravesar el último grupo de islas para llegar a Hordaland, Kyran sentía el olor de la batalla. Hasta ese momento, su razón mantuvo en latente silencio a su instinto, que esperaba percibirlo mucho antes y que su mente desestimaba improbable. El helado invierno del norte mantenía a los clanes bajo el abrigo de sus hogares, no se arriesgarían a una batalla en condiciones en las que ambos clanes perderían. Su instinto dio en el blanco. Los clanes del norte volvían a enfrentarse en el mar, como ocurría desde que Kyran tenía memoria, lo único que había cambiado era la época del año. Ordenó a sus hombres colocarse las pesadas cotas de malla y las armaduras que protegerían sus cuerpos de las mortales flechas Narvjk, preparar los escudos y, sobre todo,

abastecerlo con las escasas flechas que disponían en la embarcación, armamento obtenido en el saqueo de un pequeño poblado de desprevenidos y descuidados sajones para reponer algunas de las armas perdidas en las costas de Camelot, lo más interesante de la insignificante incursión fue una *claymore*, una mortal hacha de doble filo más pesada y grande de la que él solía portar. La escasa tripulación de Kyran no tenía los sentidos desarrollados del *berserker*, pero no perdió tiempo en obedecer las órdenes a pesar de mirarse con extrañeza y sin ocultar el desconcierto, dudaban de la utilidad de las precarias flechas construidas mientras la vela de la nave, con vientos a favor, suprimía sus tareas con los remos, sin tener en cuenta que no poseían un arco y la densa niebla impedía la visión más allá de la punta de la nariz.

Kyran dejó que el *berserker* se apoderara de su

ser al sentir el aroma a sangre, sudor, miedo, heces y sal que el viento marino arrojaba cada vez con mayor fuerza contra su rostro, provocándolo, demostrándole lo que esperaba al final del camino. Sería la primera vez que la concesión de Odín sobre su cuerpo entraría en batalla, protegiendo a su pueblo. Podía sentir cada gota de sangre correr indómitamente por sus venas, volviéndola más rápida, más espesa, los músculos engrosaban sus fibras y se tensaban alrededor de su cuerpo formando un escudo natural. Su mente quedaba en blanco. Sus sentidos y su instinto animal tomaron el control.

La velocidad de la nave se multiplicó cuando Kyran se sentó en el remo de proa. La contienda era en el mismo lugar que se desarrolló por generaciones. Lo primero que pudieron apreciar los recién entrados en combate fueron los agonizantes lamentos Vaeroy. Steinn fue el primero

en divisar la nave con la cabeza de dragón brillante que se abría camino entre la espesa y mortal bruma marina, que condenaba a los Vaeroy a una repetida derrota, y se apresuró a llegar hasta él, agradeciendo a los dioses que llegara a tiempo. Le explicó con pocas palabras la situación, la enorme diferencia numérica de embarcaciones enemigas y, sobre todo, las que ya no estaban disponibles para el combate y que solo cargaban a Vaeroy heridos y moribundos. Sus soldados no encontraban a los enemigos en la sombra blanca que se cernía como una impaciente mortaja fúnebre, sin embargo, los Narvjk sabían la posición de cada nave con exactitud, y sus flechas y lanzas hacían estragos en el ejército Vaeroy que solo podía ocultarse esperando que el sol les devolviese la capacidad de lucha.

Kyran no miraba a Steinn mientras hablaba, parecía perdido en sus propios pensamientos, y su

comandante dudaba que hubiere comprendido la situación. Sus ojos, de mirada brillante, daban la impresión de ver mucho más allá de la cortina neblinosa, y Steinn solo se dio por entendido cuando le arrancó el arco que tenía colgado en el hombro y ordenó que reuniera flechas.

En poco tiempo y con el más absoluto silencio, Steinn dejó en la nave un montículo de flechas y se alejó.

—Avancemos.

—¿A qué blanco disparamos, *hersir*? No se puede ver —rumió Asgueir, intentando identificar a los enemigos entre la neblina.

—Asgueir, ocúpate de colocar las flechas a mis pies y navega sin levantar los remos del agua, debemos avanzar sin hacer ruido —ordenó Kyran con sequedad.

Luchar en invierno era descabellado para cualquier mortal, era la primera vez que las tropas

se enfrentaban en esas circunstancias, pero no en las que las aguas del mar del norte levantaban aquella cortina mientras estaban en batalla. Las condiciones desfavorables del clima de la región siempre habían sido aliadas de los Narvjk; la bruma, la oscuridad, las tormentas y condiciones que para otros ejércitos eran la perdición, eran el aspecto más favorable para el eterno enemigo de los Vaeroy. Solo por eso Kyran había encontrado con vida a más de la mitad de los hombres de su ejército, sabían que debían ocultarse mientras duraba la bruma, no obstante, los más descuidados habían caído bajo las flechas enemigas. La sorpresa en esa ocasión se la llevaron los Narvjk. Desprevenidos, desprotegidos y seguros de que los Vaeroy eran incapaces de moverse sin visibilidad, se quedaron en mar abierto a disposición de las flechas de Kyran, que los volteaban como a moscas y fue tardía la reacción y

la búsqueda de refugio. El desconcierto, el movimiento frenético de las naves Narvjk escondiéndose detrás de algunas de las tantas rocas que sobresalían del mar solo ayudó a que los Vaeroy que no podían ver, atacaran guiados por el ruido de las embarcaciones y una lluvia de flechas certeras cayeran sobre ellos.

Se oían cientos de lamentos en la nebulosa blanca, el sol comenzó a aparecer en el horizonte y a disipar el velo blanco del reino ciego que cubría el mar y traía consigo una nueva batalla, pero también una nueva esperanza. La llegada del *hersir* Vaeroy fue decisiva. La sed de sangre del *berserker* contagiaba a sus hombres. Kyran no hablaba, actuaba. Sus actos estimulaban a seguirlos. A la salida del sol, no esperaron a que el enemigo reaccionara del espectáculo macabro que hallaban en cada nave, el *hersir* Vaeroy, soportando el peso de la claymore en sus espaldas

y una gigantesca espada en la mano, se sumergió en las heladas aguas para sorprender a los Narvjk en sus embarcaciones, y sus hombres, a pesar de lo temeraria de la acción aún a riesgo de congelarse antes de llegar a los enemigos, lo siguieron. Antes del mediodía, no quedó un solo Narvjk vivo en las embarcaciones que tomaron, y los heridos que escapaban en las naves que se alejaban no verían el anochecer.

Victoriosos, los hombres clamaban el nombre de su *hersir* con sus armas en alto. Por primera vez veían huir despavoridas las embarcaciones Narvjk, que seguían recibiendo las flechas de Kyran, que se negaba a abandonar la batalla.

—Preparen las naves, iremos tras ellos —ordenó Kyran en un rugido ensordecedor que se alzó sobre todas las voces que vitoreaban su nombre.

—*Hersir* Vaeroy —llamó Steinn, los ojos de

Kyran habían dejado de resplandecer de ira, era momento de informar lo que ocurría en tierra—. El *hould* Vaeroy, con Harek al frente de un ejército de Vaeroy y soldados Volvaer, aliados del clan del norte, se preparan para atacar Rogaland por tierra.

—¿Por qué abrieron los frentes? —rugió—. Aún si nos aliamos con todos los clanes del norte, no tendríamos los hombres necesarios para combatir a los Narvjk por tierra y por mar, ¿por qué no esperaron mi regreso?

—Tu hermano convenció al *hould* de que debía atacar Rogaland cuando menos se lo esperaban. Tu ausencia prolongada y la época del año harían que sorprendiéramos desprevenido al *hould* Narvjk y a su ejército —aclaró Steinn—. El clan Narvjk tuvo la misma idea, y mientras el frente Vaeroy preparaba tropas por tierra, los Narvjk la preparaban por mar. No quedó más alternativa que dividir a los hombres.

—¡Mi padre se ha vuelto loco! ¡Los envió al matadero!

—Debíamos aguantar lo necesario para que ellos atacaran por tierra. Tu padre envió al mar solo a guerreros Vaeroy que has entrenado, confiando que tus enseñanzas serían suficientes para mantener al ejército enemigo el tiempo necesario para que ellos pudieran apropiarse de Rogaland —aclaró Asgueir, asintiendo con la cabeza.

—¿Qué harían luego? ¿Morir bajo la espada de los hombres victoriosos que regresaban a su tierra? —vociferó Kyran, enfurecido por las desastrosas maniobras de combate planificadas por su padre y su hermano, mucho peores que las trazadas por su abuelo y el viejo *hersir*.

Camino a Hordaland, Kyran fue informado de las maniobras de los dos pueblos. Mientras los Narvjk prepararon el ataque mayor por mar,

contando con el apoyo de los hombres del *hould* Lief de Vest-Agder, el clan que ocupaba las tierras al oeste, Harek y su padre lo hacían por tierra y habían conseguido aliarse con el clan Volvaer, que venían de las tierras del norte de Hordaland. Cada vez que pensaba que si no hubiera llegado a tiempo todo su ejército habría perecido bajo la espada Narvjk, su corazón latía más rápido y su furia hervía.

Einnar Narvjk no paraba de gritar a sus hombres. Enceguecido de ira, no dominaba su furia, y sus hombres eran los receptores de esa violencia. Uno de sus escuderos le llevó un jarro de hidromiel y volcó unas gotas sobre las pieles que cubrían su cuerpo, lo golpeó tan fuerte en la cara que le partió el cráneo. Sus ojos, de un azul brillante, no dejaban de repetir la imagen de Kyran Vaeroy llegando con el arco en la mano para aniquilar a su desprotegido ejército, y eso impedía

que recuperara la calma. Tenía que llegar hasta el ejército Narvjk que aguardaba el apoyo de los guerreros que indudablemente vencerían en el mar, y luego, sin obstáculos, desembarcar en los desprotegidos acantilados para tomar la fortaleza Vaeroy y avanzar para acorralar a los Vaeroy y a sus aliados, de frente y por la retaguardia. Aplastar cada brote de resistencia antes de tomar Hordaland, pero los planes se fueron al traste con la llegada de Kyran Vaeroy, y la única meta del hould Narvjk era llegar a sus hombres antes que el ejército vencedor, y sobre todo que el *hersir* Vaeroy, se pusiera al frente de los hombres. La furia de Einnar Narvjk llegaba hasta su propia hija, no debería haber ocurrido la masacre Narvjk. Él estaba seguro que su hija le haría llegar de alguna manera la fecha del regreso de Kyran a las tierras del norte, pero no lo hizo, la consideraba una traidora. La sumatoria de transgresiones

cometidas por Moirg superaba la tolerancia de su padre, no impidió que Kyran Vaeroy saliera de cacería, no regresó al tiempo que él había exigido, no dio aviso de su regreso, no detuvo a su esposo en la masacre contra su propio pueblo y, en ese momento, quizá, estuviera festejando la victoria Vaeroy pisoteando su propia sangre. Traición, el peor de los actos cometidos por el hombre... y por la mujer. No había perdón contra aquel que cometía traición. No había perdón posible para Moirg. Pensando en la mujer que ya no consideraba su hija, el *hould* Narvjk dejó reducido a una masa deforme el jarro de lata que tenía el hidromiel que le trajo el infortunado paje, los bordes filosos del jarro se le incrustaron en distintos lugares de la mano y varios hilos de sangre corrían hacia su muñeca deteniéndose en el brazalete de cuero negro que la protegía. Con violencia, tiró el jarro al mar y juró cobrarse la

traición a muy alto precio. Levantó la mano herida para ponérsela a la altura de la cara y vio como sus heridas se cerraban y la sangre dejaba de correr.

Los triunfadores llegaron dos días después hasta el ejército que no se decidía a atacar. Lleno de ira, Kyran ordenó a los hombres semicongelados tomar nuevas posiciones, sobre todo para que se movieran y evitaran el congelamiento completo. Las fogatas, que mantuvieron calientes a los hombres los días anteriores, ese día no podían protegerlos de la tormenta de nieve y viento que los azotaba. La euforia de la victoria en el mar quedó atrás cuando Kyran sacó a su hermano de su protegida tienda y lo obligó a permanecer junto a los hombres que se congelaban a la intemperie esperando las órdenes para avanzar.

—¿Por qué no atacaste cuando los hombre

luchaban en el mar contra el grueso del ejército Narvjk? —preguntó gritando furioso, paseándose frenéticamente ante su hermano que temblaba de frío.

—No podemos avanzar con este clima —se quejó Harek, apretándose la piel contra el cuello para que la nieve no se le metiera debajo.

—Debiste pensar eso antes de traer a los soldados al campo —gritó Kyran para hacerse oír sobre el rugido del viento.

—Intentamos cruzar el río, pero los Narvjk rompieron el hielo para que el agua corriera, esperamos que se vuelva a congelar —alegó.

—Estos hombres se congelarán primero. Eres un idiota, Harek. Nunca serás el *hould* de los Vaeroy. No dejaré que el clan se extermine por tus estúpidas decisiones egoístas.

—Nuestro padre estuvo de acuerdo en tomar Rogaland. Él es tu *hould* y debes obedecer.

—No volverás a influir en sus decisiones — aseveró, dejó a Harek y siguió movilizando a los hombres para que no se congelaran.

El *hould* Narvjk encontraba solo obstáculos en su camino, el mal tiempo impedía que sus hombres se movieran con la rapidez que necesitaba, y perdió dos antes de ceder en la acelerada marcha. Le llevó dos días llegar hasta los hombres que avanzarían por tierra, el doble del tiempo que había calculado. Lo único que calmó un poco su furia fue ver que el líder aliado había mantenido a los hombres en tierras de Rogaland. El ancho, peligroso y traicionero río servía como barrera para impedir el avance Vaeroy hacia el páramo desértico que los separaba de sus vecinos, aunque con el tiempo imperante, esa condición era difícil de sostener por mucho tiempo. La noticia de la derrota y el escaso apoyo de solo once

sobrevivientes alertó a la tropa entera, que no tardó en dar muestras de nerviosismo. Los soldados Narvjk no podían dar crédito a la mala nueva.

—Los hombres están muy nerviosos, *hould* Narvjk —indicó el nuevo *hersir* que había tomado el mando después de la muerte de Kodran Narvjk—. El ejército Vaeroy se está moviendo.

—Lo veo, Bergem —admitió el *hould*—. No podemos retroceder. Esperemos que el río nos ayude más de lo que están haciéndolo los dioses en esta batalla. Prepara a los arqueros.

En las batallas navales, el *hould* Narvjk siempre estaba al frente, no había motivo para que no lo estuviera en la que estaba por desatarse. Con el caballo, y seguido de sus hombres más confiables y fieles, se encaminó hacia el frente, era momento de atacar o los hombres comenzarían a desertar del campo de batalla; podía oler el miedo

en sus cuerpos. El *hould* Lief se encargaría de la infantería, y Bergem, de los arqueros.

Kyran, con su corcel negro, se puso al frente de la caballería que atacaría primero y ordenó a Asgueir la protección de Harek al frente de la infantería. La tan esperada batalla entre los clanes enemigos comenzó con un choque de tropas de caballería feroz. Los poderosos caballos Vaeroy no tuvieron inconveniente en cruzar el río de aguas rápidas y heladas y detrás de ellos, la infantería arremetió decidida a repetir la victoria en el mar. La muerte, relamiéndose como la más absoluta conquistadora del día, disfrutaba de los caídos que, por decenas, regaban con su sangre el campo.

Los arqueros Vaeroy exterminaron a la mitad de la infantería que comandaba Lief, la otra mitad caía bajo la espada sedienta de Kyran, que había dejado el caballo, pues los hombres de la caballería eran del ejército Vaeroy y estaban

entrenados para la guerra, y él se sumó a la lucha cuerpo a cuerpo de la infantería poco preparada que aportaba el clan aliado y, sobre todo, para la protección de sus propios hombres que ya habían combatido. La contienda, en poco tiempo, se convirtió en una verdadera masacre. Los enemigos sobrevivientes, desesperados y en su mayoría heridos, buscaban retroceder, huyendo hacia las colinas del oeste para cruzar a tierras de Vest-Adger, pero los pocos que alcanzaban alejarse de las espadas eran alcanzados por las flechas Vaeroy.

Desde el inicio de la batalla, la victoria era Vaeroy, el destino ese día estaba sellado de antemano por los dioses.

Con el campo regado de sus hombres y de los hombres aliados, el *hersir* Bergem intentó una acción desesperada y ordenó a los arqueros disparar contra la caballería que seguía

enfrentándose en la mitad del campo. Caballos, hombres y el mismo *hould* Narvjk cayeron bajo la lluvia de flechas. Horrorizados al ver a su líder soltar la espada para caer del caballo con tres flechas atravesadas en el cuerpo, los arqueros soltaron sus armas y huyeron hacia las colinas del oeste, entre ellos, el *hould* Lief, que intentaría llegar a su tierra.

El grito de Victoria Vaeroy tardó más de doscientos años en alzarse hacia el cielo, y desde allí retumbó con todo su esplendor en la tierra, haciendo vibrar el suelo regado de enemigos que temblaron bajo su eco como el último y mortal golpe de la derrota.

Por cinco días, el ejército vencedor permaneció en el campo. Cremaron a sus muertos junto con sus armas para que llegaran preparados al Valhalla y Odín eligiera a los más aptos para formar su

propio ejército, y arrojaron al río a los guerreros enemigos, sin sus armas, para que la corriente se encargara de ellos. Kyran no pudo hallar el cuerpo de Einnar Narvjk.

Acabados los funerales, un nutrido ejército avanzó hacia Rogaland con el *hersir* Vaeroy al frente, el resto volvió a la fortaleza Vaeroy, entre ellos, Harek Vaeroy que no podía con el entusiasmo de pensar que tendría a su merced a la esposa de Kyran unos pocos días.

La decepción de no encontrar en la fortaleza Vaeroy a la esposa de Kyran solo podía compararla a la que le causó su padre con la nueva orden impartida. Al regreso de Kyran, Harek debía mudarse a Rogaland para hacerse cargo de la fortaleza y de las mujeres que quedaban en ella, hasta que el *konungr* Singurd Ingunn dispusiera qué hacer con ellas.

En Rogaland, Kyran tomó prisioneros a los

hombres Narvjk sobrevivientes, ellos servirían como esclavos en tierras de Hordaland y en las del clan Volvaer, y se encontró con una nutrida cantidad de mujeres que no quisieron convivir con el clan vencedor y se habían quitado la vida, entre ellas, la madre de Moirg, las hermanas de esta y las esposas de los guerreros más viejos del clan. Esa iniciativa tomada por las mujeres Narvjk solo hacía que en su cabeza viera a Moirg tan lejana que ya no la reconocía a la distancia.

Los preparativos para que Harek con su gente marchara a Rogaland a asentarse en la fortaleza tardaron mucho más de lo que tardó Einnar Narvjk en acabar con todos antes que cruzaran el río que separaban las tierras. El *hould* de clan exterminado esperaba encontrar entre las personas que ocuparían sus tierras a su hija Moirg, pero ella no estaba.

Las pérdidas de uno y otro bando mantuvieron a

Kyran mucho más tiempo del deseado en la fortaleza. Nadie dudaba que el responsable de la muerte de los hombres que iban a ocupar Rogaland fuera Einnar Narvjk, a quienes habían visto caer muerto en el campo de batalla.

Meses pasaron hasta que la calma volvió a la fortaleza Vaeroy y sus hombres dejaron de preocuparse por el Narvjk para preocuparse por las consecuencias que les traería la batalla pasada ante los clanes aliados. La primavera llegaba a su fin y no había resolución del *konungr* Singurd Ingunn porque sus propias tierras eran constantemente amenazadas por los guerreros del oeste. La fortaleza de Rogaland seguía vacía, sin Vaeroy al frente, Moirg ya tendría a su hijo en brazos y Kyran estaba cada vez más insoportable para todos los hombres del clan. Su padre le ordenó que prepararse a Asgueir para que comandara a los soldados y él fuera a buscar a la

mujer que tenía en vilo a todos los hombres del clan a causa de su ausencia.

Paciencia era todo lo que le quedaba a Einnar Narvjk. Se quedó oculto en las colinas del norte durante lo más duro del invierno, esperó que Kyran Vaeroy bajara la guardia y en ese momento entró a la fortaleza para enfrentarse cara a cara con la persona que consideraba la única culpable de la destrucción del clan, pero no la encontró. Su paciencia experimentó el peor de los retos, pero lo superó y la recompensa había llegado. En un primer momento, creyó que Kyran Vaeroy se había deshecho de su hija, y la ira que forjó hacia ella se redireccionó hacia el *hersir* Vaeroy, estaba tramando la manera de deshacerse de las mujeres que eran importantes para él, cuando a sus oídos llegó la noticia que el hijo de su peor enemigo dejó a su esposa a resguardo en un lugar lejano para que no sufriera las consecuencias de la

guerra; entonces, su odio solo se intensificó y esperó con paciencia a que Kyran Vaeroy decidiera reencontrarse con la pérfida mujer que un día quiso como a una hija.

En Camelot, Moirg se preparaba para reencontrarse con su esposo. No hubo mensajes de por medio, pero ella estaba segura que Kyran regresaba, podía sentirlo en la piel. Con un niño en brazos que comenzaba a mostrar en su cuerpo la dedicada atención de los cuidados de su madre, terminaba los últimos retoques de la sorpresa que preparaba para Kyran. Comenzó el trabajo dos días después de su partida; ayudada por los carpinteros de Camelot, consiguió el material y las herramientas que necesitaba, y siguiendo las indicaciones de los que conocían del tema, pudo realizar la escultura del corcel blanco que deseaba obsequiar a su esposo a su regreso. Moirg observó la admiración con la que Kyran miraba los

caballos salvajes que corrían por las praderas de la isla; si hubiese sido posible, sin dudar, se habría llevado unos cuantos para las tierras del norte, sino todos. Sin embargo, la protección de la isla sobre cada cosa que habitaba en sus tierras era un impedimento que ni siquiera un guerrero de las Lochlann osaba desafiar. No quería una figura estática y eso le complicó el trabajo, a pesar de lo arduo de la tarea, pudo captar con fidelidad el aspecto del animal relinchando en dos ancas y sacudiendo las crines. El regalo que con tanta dedicación preparaba para Kyran era un agradecimiento por haberle permitido quedarse en ese lugar a parir a sus hijos, de otra manera, el pequeño Erek no habría tenido oportunidad en la vida, había nacido muy pequeño en comparación a su hermano gemelo Grim, un niño regordete y dinámico que nació tras el diminuto Erek, delgado como una cuerda que apenas mugía como un gatito

enfermo. En las tierras del norte, las mujeres que estaban con la parturienta no habrían dudado en dejar de lado al pequeño para dedicarle todas las atenciones al niño sano, el clima riguroso era impiadoso con los débiles y todos sabían que lo único que se lograba intentando dar sobrevida a un niño que había nacido débil era alargar el sufrimiento del pequeño y la angustia de sus padres.

Erek nació en Camelot y a cuatro meses de su llegada enclenque a la vida, resplandecía de vitalidad. No era del tamaño de Grim, pero no había dudas que el niño se encontraba tan sano como su hermano, y nadie en las tierras del norte, a su regreso, pondría en tela de juicio su existencia.

Moirg se apartó de la escultura, que era del tamaño del pequeño que tenía en brazos, y la admiró con satisfacción, estaba en la torre

encantada, tallando el mismo grabado que tenía el relieve de mármol, el escudo del Rey Arturo, para dar el toque final a su obra. Dejó el pincel con el que acabó de remarcar las sombras oscuras sobre la pintura blanca y salió a buscar a Genéis, que estaba con su otro hijo; debía prepararlo para el momento de conocer a su padre.

Un día antes de anclar en las costas de Camelot, Kyran se afeitó la espesa barba que había crecido durante los seis meses que estuvo ausente y se vistió como los hombres de la isla, con liviana camisa de hilo y pantalón de cuero de cervato, y dejó en la bodega de la nave las gruesas pieles que solía usar, innecesarias en el clima cálido de aquel lugar. El perfume de las flores, tan característico en la isla, hacía que todo acontecimiento fuera más intenso y comfortable. Kyran pretendía disfrutar del sentimiento agradable mientras permanecían en la isla, le contaría a Moirg lo sucedido en el viaje de

regreso. Viviría unos días de paz antes de volver al caos.

El presentimiento de Moirg se hizo realidad en la mañana del día siguiente, su esposo llegó a Camelot y conoció a sus dos hijos. El orgullo que sentía era tan grande que no cabía en su cuerpo gigante. Dos niños hermosos, vitales, de cabellos dorados y ojos azules le sonreían con familiaridad, y su esposa lo recibió con entusiasmo. Toda huella del salvajismo vivido los meses anteriores quedó en el olvido. Kyran conjeturaba que Moirg tampoco estaba preparada para escuchar los sucesos recientes en las tierras del norte. Durante el día del reencuentro no hizo ninguna pregunta sobre Hordaland ni Rogaland. Todo era goce aquel día.

Hacia el atardecer, Moirg subía a su cuarto en la torre a preparar la sorpresa para entregar a su esposo en la cena, cuando, a lo lejos, oyó un

estruendo que hacía mucho tiempo no escuchaba; nunca había presenciado eso en la isla, hasta creía que era imposible que algo así ocurriera, pero la tormenta de agua, truenos, rayos y viento se abalanzó velozmente sobre Camelot perturbando la paz acostumbrada de sus habitantes. Con furia, la tempestad llegó en pocos segundos, el viento y el agua entraban por las aberturas y orificios del castillo indefenso ante ese tipo de inclemencias y derrumbaba todo a su paso; la gente corría intentado proteger sus pertenencias y, al mismo tiempo, protegerse de las cosas que volaban sin control lastimando a los desprevenidos. En medio de ese caos, se encontró cara a cara con su padre. Einnar Narvjk estaba parado en la puerta de la habitación que Moirg ocupó desde la primera vez que se quedó en la isla, chorreando agua por las oscuras y raídas pieles que colgaban de su cuerpo demacrado y sus cabellos revueltos, era la

representación humana del mismo caos que reinaba en el lugar. Moirg estaba sola, Kyran se había unido a los hombres para ayudar contra la fuerza destructiva del viento y el agua.

—¿Tú? —se animó a preguntar Moirg, buscando con ojos sesgados la figura paternal conocida detrás de la sombra macabra.

—¿Te sorprende? ¿Me creías muerto? Tu esposo sabe que eso no puede pasar —dijo, dejando escapar junto con sus palabras el odio que chorreaba más abundante que el agua, y Moirg lo detectó al instante.

—¿Qué ocurrió?

—¿No te lo ha contado tu amado esposo?, ¿o estuviste tan preocupada engendrando más bastardos que no has tenido tiempo de preguntar por tu gente?

—Mis hijos no son bastardos, padre. Veo que ya los has conocidos.

—Eres una traidora. Dejaste morir a tu pueblo, a tu madre, a tus hermanas y a todos los que alguna vez te amaron y confiaron en ti.

—No sé de qué hablas. ¿Qué quieres?

—Tal parece que tu esposo no te habló de lo que estuvo haciendo a su regreso a casa. Yo lo haré con todos los detalles.

Cinco minutos le bastaron a Einnar Narvjk para sembrar en la cabeza de Moirg el mismo odio que él tenía. El relato de su padre solo narraba el ataque Vaeroy, lo letal de sus flechas, lo certero de sus hachas, la infaltable e infalible sed de sangre que los Vaeroy no supieron controlar y provocó la extinción del clan Narvjk. Las palabras de Einnar Narvjk tomaban vuelo con el viento y caían por el peso del odio sobre Moirg y se colaba en su sangre para enturbiarla con su esencia. Ella escuchaba de espaldas a su padre, que no paraba de hablar, y después de acabar con la larga lista de

calamidades que se abatieron sobre Rogaland, comenzó a escuchar como la acusaba de ser la causante de tamaña desgracia. La acusaba de la más detestable de las faltas: era la gran traidora.

Ya no sabía si oía o las palabras solo reverberaban en su cabeza repiqueteando en las paredes de su mente para profundizar la erupción que estaba a punto de estallar en su cuerpo. La vista se le nublaba, había sentido antes esa sensación y no le gustaba, pero no podía evitarlo, sentía que su razón perdía el control de su cuerpo y las palabras hirientes y acusadoras de su padre no ayudaban para que Moirg retomara el dominio.

Luego, todo pasó muy rápido. Su padre, decidido a llevar a cabo el objetivo que lo llevó hasta la isla, tomó a Moirg del cuello para acabar con la vida de la que él consideraba única responsable de lo ocurrido en Rogaland, pero la muchacha al sentirlo a sus espaldas y presentir el

ataque, se giró arrancando el pesado prestillo de hierro que servía de seguridad en la puerta y lo ensartó en su cuello. El hombre retrocedió varios pasos. Todavía fuera de control, Moirg estaba por continuar con el ataque a su padre, con el puñal que le había arrancado de las manos, en el momento en que Kyran entraba a la habitación. El viento rugió con más fuerza, las cosas de la habitación volaban incontrolables por los aires y un rayo iluminó el puñal que se clavó en el corazón de Kyran.

Una risotada malévola resonó sobre el ensordecedor ruido de la tormenta.

—No puedes matarme, muchacha estúpida. Te sacaré el corazón a ti y a tus bastardos —amenazó su padre, barbotando palabras entre el torrente de sangre que ocupaba su boca y escapaban con ellas.

Moirg se había quedado a un costado del cuerpo caído de Kyran; al escuchar las palabras de

su padre, se volvió hacia él. Estaba a diez pasos de distancia, lo miró a los ojos y caminó chocando contra el viento y el agua que entraban por la ventana bajo la cual se tendió su padre tomándose el cuello desangrado, los rayos insistían en alumbrar paso a paso el acercamiento letal.

—¿Tú? ¡No puede ser! ¡No es posible! ¿Tú?

—Odín tiene sus sorpresas —dijo una voz rasposa, grave, pero que contenía la de Moirg distorsionada.

—Las mujeres no...

—Claro que sí. Ya cállate.

Moirg se puso de cuclillas ante su padre y sin piedad, revolvió el prestillo devenido en puñal que todavía estaba ensartado en su cuello, lo hizo con tanta fuerza que lo decapitó. Sin perder tiempo, caminó hacia Kyran, que se había incorporado y la observaba, tenía el cabello aplastado, goteando, y la gruesa túnica blanca

manchada de sangre.

—Ahora que lo sé, me preguntó que cunta tendrían mis ojos que no dejaron que viera algo tan evidente.

—Hombres, se creen dueños del mundo.

—Tú mataste a todos los Vaeroy de la nave, heriste a mi hermano y mataste a los hombres en la isla mediterránea.

—Solo para comenzar: sí —aceptó la acusación de Kyran y se acercó para quedar frente a frente—. Tú mataste a todos los Narvjk —lo acusó con odio profundo.

—Fue una guerra —señaló Kyran sin desmentir a su mujer, y en un momento pensó en tomarla del cuello para terminar con su vida mucho antes que la suya llegara al final, pero la imagen de sus dos pequeños hijos pasaron por su cabeza. Dejó las manos a un costado y se resignó a esperar el final.

—Tienes razón. Una guerra. Narvjk y Vaeroy

nunca podrán estar juntos, fue solo una ilusión.

—¿Lo sabías? ¿Sabías que fuiste elegida por Odín?

—No hasta ahora.

Kyran tosió, y su cuerpo comenzó a temblar.

—Condenaste tu alma por mil años.

—Tú habrías hecho lo mismo si era yo la que exterminaba a tu gente, no dirás que no pensabas asesinarme si me declaraba en contra del clan Vaeroy el día que el *konungr* Singurd Ingunn llegó a Hordaland.

—No lo niego, lo hubiera hecho aunque ya hubiera conocido tu secreto.

—Y al igual que tu nefasto hermano, atacaste Rogaland cuando mi padre no estaba en sus tierras.

—Cuando llegué, estaban luchando. ¿No te lo contó tu amado padre? —preguntó entre sacudidas convulsivas que lo obligó a sentarse en el mojado suelo—. Solo defendí a mi pueblo. Soy su *hersir*.

Soy el *hersir* Vaeroy y descuidé mi deber por ti. Tienes razón en una cosa, lo nuestro nunca hubiera durado en el norte. Pero te amo —dijo por primera y única vez. Sus ojos se cerraron, y su cuerpo entró en una escalofriante quietud.

Capítulo XIX

Moira revivió los sucesos trascendidos mil doscientos años atrás y que podrían llegar a repetirse y se horrorizó a sí misma. ¿Cómo ella o un antepasado de ella fue capaz de asesinar a su padre, a su esposo y, además, desafiar la ira de los dioses? Todo era muy confuso, no era capaz de reconocerse cometiendo esos asesinatos, su asombro le retorció las entrañas y se substanciaba en una pesada piedra que se instaló en su estómago haciéndole imposible la respiración normal. Después de recordar el desastre en el que había concluido su matrimonio, una angustia desgarradora se apoderó de su ser. Su existencia, en ese momento, era puro instinto de supervivencia. Cayó sobre las pieles de la cama y allí se quedó, intentando respirar, tomándose el

estómago endurecido y llorando sin consuelo. Por primera vez podía llorar su amor perdido.

La tormenta empeoró, las pequeñas ráfagas de viento que se colaban por cada rendija eran tan dañinas como las borrascas embravecidas que no tenían impedimento y entraban por la ventana acompañada de lluvia; juntas hacían estragos en todo Camelot. Sin tener demasiada consciencia de lo que hacía, Moirg tomó a sus hijos y bajó las escaleras, decidida a abandonar la isla antes que se descubriera lo que había cometido. En el patio central de Camelot, la gente de las granjas intentaba resguardarse del viento y del agua que ya habían inundado las costas y destruido las granjas costeras, la marea seguía su letal ascenso, y los

habitantes que habían perdido sus hogares no tenían otra alternativa más que subir la colina hasta Camelot y buscar refugio dentro de sus murallas. Moirg, con sus hijos a cuesta hacia el camino contrario, bajaba la colina, su meta era alcanzar el muelle y tomar una de las embarcaciones ancladas para escapar.

Ya no había muelle. Al llegar, se encontró con los golpes de las olas que, como el martillo de Thor, con cada arremetida destruía y avasallaba todo lo que encontraba a su paso. No tenía forma de abandonar la isla en medio de esa feroz tormenta. Sin perder la calma, se volvió sobre sus pasos y llegó hasta una de las granjas al borde de ser devorada por los lengüetazos del mar, cuyos moradores habían dejado el lugar para buscar refugio en el lugar más elevado de la isla, ese hecho daba cuenta de lo grave de la situación y, con más determinación que nunca, Moirg estaba

decidida a abandonar la isla con los niños sujetos a su espalda con mantillas resistentes que los amarraban con firmeza su cuerpo.

Navegó a la deriva un día entero, la realidad la golpeaba ni bien abría los ojos. Una debilidad como no había sentido jamás cayó sobre ella como un manto inmovilizador. Sus niños lloraban hambrientos y no era capaz de alimentarlos. La plena conciencia de lo ocurrido la noche anterior, el descubrimiento inoportuno del poder de Odín que poseía en su cuerpo, la pérdida de Kyran, todo daba vueltas en su cabeza como un torbellino de aguas enfurecidas, y su mayor deseo, su único deseo era perderse para siempre en él.

Moira perdió el recuerdo de lo que pasó

después de abandonar la isla, solo el dolor que sintió al saber el destino de Kyran era la evocación de lo sucedido. Su memoria saltó a lúgubres hechos posteriores, la infancia de los niños en la isla de las morsas, los recordaba corriendo entre las blancas colinas nevadas, cada día más grandes, cada vez más fuertes, cada vez más incontrolables. Hasta los quince años pudo mantenerlos junto a ella. Grim era pura fuerza, a los catorce años le faltaba poco para alcanzar la altura que había tenido su padre, su aspecto físico, sus facciones, su cabello amarillo, hasta los gestos que hacía eran similares, solo le faltaba desarrollar músculos en su cuerpo delgado y largo para completar una total similitud. Erek, siempre más pequeño que su hermano, era igual a su tío Harek, cabellos más oscuros, ojos más sagaces, figura más refinada, era el cerebro que gobernaba las acciones de ambos gemelos, y eso preocupaba

a Moirg desde que sus hijos comenzaron a caminar.

En la primavera de su aniversario número quince se embarcaron en la nave que Erek diseñó y construyeron entre los dos para abandonar la soledad de la isla y partir hacia el sur, a la tierra de sus antepasados, el lugar del que su madre había hablado en las largas noches del invierno polar. Descubrió la aventura de sus hijos cuando ya fue demasiado tarde y tardó un año en construirse una barcaza capaz de resistir el viaje hasta Hordaland y seguir el camino de sus hijos.

Moirg no tenía idea de lo ocurrido con el clan Vaeroy, con los supervivientes Narvjk o con la isla de Camelot. Su única preocupación fue mantener con vida y saludable a sus hijos, únicas huellas que la llevaban a un momento y a un lugar en el que valía la pena la vida. Reminiscencias corpóreas que comprobaban que hubo un tiempo

que fue hermoso, que podía reír sin esconder ningún dolor, que amó con locura y fue amada de verdad, que le enseñó lo mejor del amor, un período de tiempo tan corto que no le alcanzó para gozar lo necesario y vivir recordando esos bellos momentos en las largas, frías y oscuras noches que le deparaba el resto de su vida. Todo duró muy poco. Su amor fue tan intenso como efímero, tan apasionado como hostil, tan ardiente que alcanzaba para derretir la nieve del invierno vikingo. Tan fugaz como la estrella que cae en la noche y se apaga para nunca más volver.

Moirg condenó su alma por mil años y se ganó una tristeza eterna. Lo que la desangraba día a día era el saber que viviría sin Kyran el resto de su vida. No tenía consuelo para tanta tristeza. No había remedio para tanto dolor. Pasaban los días, los años, los largos inviernos, las bellas noches blancas que la acercaban a su amor perdido, y el

dolor no cedía. Algunas veces, iba sola hasta la fuente termal que Kyran le había enseñado para descargar su furia hacia los dioses, lejos de sus hijos. Insultaba, maldecía, ofendía, increpaba, desafiaba. Gritaba hacia los cielos lo que consideraba una traición, jamás pidió ninguna concesión de ellos, no quería sus favores, no merecía tener el alma condenada por algo que desconocía y no pudo evitar. Los *berserker* eran incontrolables, los *berserker* eran guerreros asesinos, los *berserker* eran hombres. Ella era una víctima de sus codicias y su macabro juego con los mortales, se sentía marioneta de esos seres que se divertían con el sufrimiento humano, y por eso negó día a día a cada uno de ellos y levantó un altar pidiendo redención al Dios único de Genéis, ese que adoraban los bretones, el dios de los romanos.

El dolor y la angustia interminable en la vida de

Moirg de los primeros años después de su destierro voluntario a las heladas tierras polares solo fue el comienzo de su castigo. Lo vivido en los años siguientes fue el infierno en la tierra. Sus hijos, inevitablemente, nacieron favorecidos con el poder de Odín. Ambos desarrollaron las capacidades superiores al resto de los hombres, una vez que llegaron a las tierras de sus padres y como primer castigo concreto de Odín sobre Moirg por haber asesinado a dos de sus guerreros y, además, las horas de injurias dedicadas a maldecir y negar a sus dioses, sus hijos, Grim y Erek, eran más poderosos que cualquier otro *berserker* que hubiera nacido en las Lochlann y recibieron sus poderes a edad muy temprana.

Con el transcurrir de los años, sus hijos eran temidos en todas las tierras conocidas y encontraban nuevas tierras para hacerse temer. Sus incursiones eran sanguinarias, virulentas,

bestiales. A los veinte años, tomaron el poder de todos los clanes noruegos a fuerza de muerte, fuego y destrucción. No sobrevivió a la venganza de los hermanos Vaeroy ningún *hould* ni heredero que apoyara en el pasado al *konungr* de Halogaland. Los hombres que se opusieron cuando se consagraron como líderes de los treinta clanes fueron asesinados sin piedad y en una larga agonía, al igual que los guerreros que no juraron fidelidad a los nuevos *konungrs* Vaeroy, escaparon de las Lochlann y fueron recapturados. Después de terminar con las cuestiones externas al clan, Erek y Grim Vaeroy exterminaron a los supervivientes de los clanes Vaeroy y Narvjk para comenzar una nueva casta, solo su madre sobrevivió a la masacre. Moirg hubiera renunciado a su alma si no estuviera condenada a los cien infiernos para que alguna de las siniestras armas en manos de sus hijos le hubiera impedido ver el futuro tétrico que

crearían.

A los veinticinco años, los hermanos Vaeroy habían saqueado más de cien templos cristianos en los pueblos distribuidos por el continente, islas grandes y pequeñas, llegando hasta la costa sur del mar mediterráneo en África. Los tesoros de los templos eran el botín máspreciado y el más fácil de obtener, los objetos sin valor, como estatuillas de arcilla o cacharros de hierro, que obtenían en esos saqueos, se lo obsequiaban a su madre como burla a la religión por ella adoptada en la isla, en detrimento a la que pertenecía por origen. Ellos alimentaban día a día el culto a sus dioses entre su gente y, sobre todo, la adoración a Thor, que los ayudaba en batalla otorgándole en sus brazos la fuerza de su martillo Mjolnir para aplastar a sus enemigos. Exaltaban a sus guerreros a morir en batalla, eso le daría el honor necesario para llegar al Valhalla donde asistirían al banquete de Odín y

serían atendidos por sus valquirias, de lo contrario, cualquier otra muerte solo depararía una eternidad en el Niflheim del dios Hel, un lugar muy oscuro, donde las almas de los muertos flotaban por doquier como sombras. Los guerreros preferían la muerte en batalla.

Reinos sajones, bretones, germanos, britanos, celtas, lombardos, pictos, visigodos, francos y muchos otros fueron golpeados por la furia de los hermano Vaeroy. Ni siquiera lo que quedaba de la encantada tierra de Camelot pudo con tanta crueldad. A los treinta años, eran tan conocidos y temidos que los pueblos los consideraban salidos del infierno, y ellos estimulaban ese concepto adoptando en sus cascos los cuernos que representaban al demonio de los pueblos católicos y cristianos. Las armas que creaban eran cada vez más letales; sus escudos, más resistentes, y rediseñaron los rápidos navíos para convertirlos

en naves más ligeras y más veloces. Ningún hombre pudo contra ellos, avasallaban cada lugar que pisaban, y su ejército era cada vez más grande. Sus riquezas se reflejaban en la construcción de inmensos castillos donde antes estaban las fortalezas de Rogaland y Hordaland, y otros tantos en lugares lejanos. Cientos de esclavos, decenas de mujeres y centenares de hijos, que Moirg temía que tuvieran el mismo poder que sus padres. El mundo fue condenado, y ella era la culpable.

Moirg dejó de intentar cambiar a sus hijos cuando cumplieron cuarenta años, nada pudo hacer para torcer el destino que había forjado al asesinar a su padre y a su abuelo, ambos guerreros *berserker* como ella misma. De sus numerosos nietos mayores, algunos formaban parte del ejército de sus padres, y otros varios comandaban su propia tropa con los que habían ganado sus primeras batallas. En aquella época, volvió a la

isla de las morsas. En soledad, soportó la ira de Odín por haber asesinado a dos de sus guerreros. Allí se recluyó el resto de su vida sin querer saber el destino de sus hijos y la numerosa descendencia que prometía un futuro oscuro para el mundo. Vivió sola, recluida, culpable. No tenía dios. No creía en nadie, pero le hablaba a Freya, única divinidad que aceptaba más como amiga que como deidad, y sentía la respuesta de la diosa con los pequeños detalles que la naturaleza le ofrecía a diario. Fue a ella a quien tanto había rogado por la vida de su hijo al nacer, y Freya escuchó su ruego permitiendo que sobreviviera. De conocer el destino que le esperaba a Erek, no estaba segura de haber actuado de la misma manera, y muchas veces se preguntó si también estaba pagando el hecho de haber parido a sus hijos lejos de las tierras del norte, donde la selección poco natural de la vida hubiera dejado morir a su hijo Erek, el

más sanguinario de los dos.

Moirg se vio envejecer y rogó la muerte muchos años antes de que llegara. Vivió muchos más años de los que era aconsejable para cualquier mortal. Nadie se lo informó, pero supo el momento exacto en que su hijo Grim perdió la vida, a los ochenta años, y se sintió aliviada, pero más lo estuvo diez años después cuando sus entrañas le advirtieron que Erek también había abandonado el mundo de hombres.

A Freya, rogó todos los días por el alma de sus descendientes. Se acercaba un nuevo milenio en años romanos, imploró que en la nueva era los guerreros de Lochlann tuvieran paz. Al comenzar para ella el décimo reinado del dios Balder, después de cruzar la barrera centenaria, al iniciar las espectaculares noches blancas, cansada, dolorida, con los huesos endurecidos que deformaban sus manos, con las arrugas que

ocultaban el rostro bello que un día lució altanero y un cuerpo que apenas respondía a sus deseos, se embarcó en el viejo *drakkar* que la llevó hasta esa isla cincuenta años atrás y se propuso llegar a Camelot. Para una anciana era una proeza imposible, pero ella lo logró, su corazón se estrujó de dolor al ver la destrucción reinar en la isla. No había habitantes, toda esa gente hermosa, sencilla y generosa ya no estaba. Las granjas fueron destruidas, y el mar se encargó de cubrir sus ruinas, la mitad baja de la isla reposaba bajo el mar junto con sus praderas, sus campos de cultivos y sus caballos blancos. Camelot era pura ruinas, incendiada, derruida, derribada, y sus hijos, frutos de esa tierra, fueron los autores de la destrucción. La torre del Rey Arturo, como último tributo de Merlín, era la única que se encontraba sin daño. Con lentitud, Moirg subió la larga escalinata hasta el lugar en donde dejaron sellada su promesa y

pidieron protección, dejando como tributo el pacto escrito en piedra. Allí, pasó sus dedos sobre la piedra incrustada, y el corazón le anunció, con un potente dolor, que su final se acercaba. Divisó el caballo que talló para Kyran debajo de la piedra. Lágrimas brotaron de sus ojos, cristalinas gotas que no había volcado en más de setenta años bañaron la escultura que nunca pudo entregar a su amado, y sus rodillas se doblaron ante una nueva punzada en el pecho. El triste y ansiado final estaba llamándola, sabía lo que le esperaba y estaba dispuesta a pagar por su ofensa, pero antes de la estocada final, abrazando el corcel con una mano y tocando la piedra con la otra, pidió perdón a Odín y a todos los dioses de Lochlann; también lo hizo ante el dios único de los romanos, pidió perdón a Merlín y al rey Arturo, a su padre y clamó una vez más el amor eterno que sentiría por Kyran.

La estocada final llegó, y Moirg soltó los objetos que le recordaban y demostraban que ese amor grande que ya parecía producto de su mente había existido. Con sus manos esqueléticas, se tomó el pecho y allí encontró el ámbar que Kyran le había obsequiado para sellar el pacto de unión. Cerró con fuerza el puño sobre su reliquia más amada y suspiró con su último aliento elevado a los cielos

—Otra oportunidad...

Ese fue su último día de vida, la luz de Moirg se apagó el mismo día que en la isla de las morsas, el sol se perdió tras el horizonte para su descanso y dejaba paso al reino helado, neblinoso y sin luz del Niflheim, el mismo al que entraría su alma por mil años. Cada sueño, cada amor, cada vida, cada muerte, cargaría un alma condenada al sufrimiento.

Los poderosos dioses castigaron a Moirg por su gravísima falta con un sufrimiento demasiado

largo, los hombres de Lochlann en su totalidad padecieron la soberbia ira divina, y ningún hombre volvió a ser favorecido con ningún poder especial. En un principio, creyeron que los hijos del *berserker* serían los fundadores de un nuevo imperio mucho más numeroso, amplio y poderoso. Los tributos ofrecidos, la adoración ferviente de los hermanos Vaeroy y la imposición a adorarlos a base de muertes sangrientas para todos los hombres que conquistaban eran prometedoras y en agradecimiento a esa nueva era naciente se le otorgó más poder a Erek y a Grim Vaeroy. El imperio de sangre duró unas pocas décadas, el poder de los hermanos era tan desmedido que comenzaron a creerse dioses en la tierra y pedían para ellos el mismo tratamiento que las deidades de Asghard. En ese momento comenzó el principio del final y al mismo tiempo la grandiosa Asghard caía a pedazos. Violencia, caos y muerte eran los

soldados más fieles de los hermanos Vaeroy, estaban cómodos en ese reino y a medida que sus canas ganaban espacio en sus largas cabelleras, los hombres rogaban al dios único y bondadoso que pregonaban los romanos que acabara con el despotismo Vaeroy y el de todos los dioses que no impedían la tiranía y opresión con la que era tratado su pueblo. La fuerza que se le otorgó a los hombres Vaeroy arrastró a todos a una adoración descontrolada que poco a poco fue enloqueciendo de la misma manera que lo hacían los hermanos, con esa misma fuerza cayó estrepitosamente. La desaparición de los Vaeroy no bastaría para que el pueblo de los guerreros de Lochlann retomaran el culto a sus deidades, el daño producido fue tan grande que una minúscula llama era la única que flameaba en Asghard y se extinguió cuando murió el último nieto de Moirg, y una eternidad no alcanzaría para poder restaurar el reino de los

poderosos dioses de Lochlann.

Capítulo XX

Moira sentía el pecho tan contrito que la respiración era una lucha a muerte contra su propia angustia. Las revelaciones de su memoria le hacían revivir en el cuerpo la tristeza con la que vivió tantos años, varias vidas atrás. Su alma vagó mil años por las galerías del tiempo, penando y padeciendo un acto tan inevitable como irreparable. Su conciencia pudo conjugar el encuentro de la vida pasada y su vida presente, y descubrió que la oportunidad que había rogado en soledad tantas veces en la fría isla de las morsas, le fue concedida. Su alma recorrió el largo camino de la soledad por un milenio, su condena estaba cumplida, era libre, y el único deseo que exhortó durante los noventa años que su vida perduró a la muerte de Kyran se hizo realidad. La condena de

los dioses fue ineludible, pero tenía la posibilidad de revertir la eternidad sin amor que formaba parte del castigo.

Recordó el obsequio de su padre al cumplir los dieciséis años, una piedra de ámbar que perdió al cruzar el tiempo, según le contó, no había tenido una dueña genuina durante varias generaciones; su familia solo producía hijos varones, y la reliquia familiar fue usada por algunas de las esposas hasta que ella nació y por fin tuvo legítima poseedora. Para facultar esos fundamentos ante sus ojos, los tres hermanos de su padre, increíblemente, también tenían solo hijos varones, lo que concedía la genuina posesión de la piedra que había perdido. Al asimilar la realidad de su existencia, se fue aliviando, y una sonrisa comenzó a ensanchar sus labios. Se puso de pie y comenzó a girar cada vez más rápido, cada vez más alegre, cada vez más libre. Libertad, su alma estaba redimida y tenía

una extraña sensación de ligereza, mientras reía y giraba sobre sí misma cada vez con más fuerza se sentía flotar en el aire. Tenía la chance de comenzar de nuevo. Un nuevo inicio para Kyran, para ella y para el amor. Debía contárselo a Kyran, tendría que hallar el modo de decírselo y lo que era más importante debía hallar la manera de hacérselo creer. Todo dependía de la forma en la que actuara en adelante para cambiar su destino. Tenía la oportunidad tan ansiada, no la desperdiciaría.

Las cosas comenzaron de una manera diferente esta segunda vez, ella sabía de su condición, Kyran también, eso era nuevo, y estaba segura que la piedra que cruzó el tiempo con su alma era la responsable. Moirg dejó de girar y fue en búsqueda de las dos mitades, estaba segura que podría leerla, y así fue. Con las piedras en las manos, delineó las letras talladas y recordó el

momento en el cual detalló las palabras y la emoción que sintió cuando la llevaron al altar del rey Arturo para que le concediera un poco de la magia del lugar, el pedido fue escuchado. Mirando con atención las dos mitades, recordó otro hecho, hizo girar las piedras y en un tallado débil, casi ilegible y fácilmente confundible con rayones propios de las raspaduras contra otra roca, en cada una de las partes se podía leer una palabra, en la parte superior decía «otra», y en la porción inferior «oportunidad». Al unir los trozos, estaba plasmado el ruego que tantas veces imploró en su antigua vida. No recordaba haberlas escrito, tampoco haber tenido la piedra en la isla de las morsas. Sonrió al evocar que había comprado el corcel para regalárselo al hombre equivocado, sin embargo, el destino se encargó de que el obsequio cayera en las manos correctas. Era una pena que en el pasado no hubiera tenido el tiempo necesario

para entregárselo a Kyran.

Se vistió con rapidez, las pieles que tanto trabajo le había costado vestir días atrás no fueron obstáculo y como si su razón hubiese despertado a las costumbres de la época, sin el enredo de todos los días, se calzó las sandalias, atando sin problemas los lazos de cueros que las sujetaban, resopló ante la velocidad con la que había logrado un peinado decente, se colgó las llave en la cintura y salió en búsqueda de su esposo, debía hablar con Kyran ese mismo día, no podía arriesgarse a perder más tiempo. Con los trozos de piedras en una mano, sin ningún tipo de esfuerzo, soltó los goznes que trababan la puerta desde el exterior y salió al pasillo para seguir el camino hacia el campo de entrenamiento. A su paso, los hombres y las mujeres que se encontraban en su camino se pegaban a las paredes para no tener el más pequeño contacto con la mujer Narvjk que vivía

bajo su mismo techo. El lúgubre lugar se iluminó cuando Moira abrió una puerta trasera y vio la figura imponente de Kyran entrenando con sus hombres, la luz y el calor que el sol proveía no podía compararse con la que irradiaba su cuerpo observando los gruesos brazos de Kyran blandir el hacha de doble filo o sus poderosos muslos tensarse ante el contacto cuerpo a cuerpo con un adversario.

Kyran sintió la presencia de Moirg antes de verla, no estaba preparado para advertir el brillo en la mirada de la mujer que nada tenía que ver con la insurrección del *berserker*. Desde el lugar en el que se encontraba, a decenas de metros de la mujer, podía sentir el calor que desprendía su cuerpo y eso le valió que Gunnar le asestara un potente rodillazo en el bajo vientre. El golpe no fue lo suficientemente fuerte para lastimarlo, pero lo sacó de su enajenamiento hacia la mujer.

—Asgueir —llamó, recomponiéndose para ejercer su autoridad—. Continúad con los hombres —ordenó y se volvió en dirección a la mujer, solo pudo hacer unos pasos antes de ser abordado— ¿Qué haces...? —quiso preguntar más, pero no pudo.

Moira, de un salto, se prendió de su cuello y comenzó a besarlo con fogosidad, sus labios se abrieron buscando la lengua ardiente del hombre que siempre estaba dispuesto para ella. No podía evitar el llanto ante el arrebató de pasión con el que cogía a Kyran, el *berserker* despertó ante el fervor, pero pudo dominarlo, no dejaría que tomara su lugar y manejara sus actos nunca más. La lección de Kyran y el inacabable padecimiento por su causa no volvería a ocurrir. Disfrutó del beso como nunca lo había hecho antes; sin proponérselo, ambos se fueron escondiendo en la oscuridad de la caverna de piedras y escapaban de

las miradas sorprendidas y obscenas de los hombres que estaban en el patio. Perdió la noción de lo que ocurría hasta que Kyran la apartó con violencia de su cuerpo y la sacudió con fuerza.

—¿Acaso te has vuelto loca, mujer? ¿Qué haces aquí, sola? ¿Quién te dejó salir de la habitación?

—¡Kyran, debemos hablar, ahora! —dijo, sin amedrentarse por el tono agrio.

—No puedo, mujer, debo entrenar a los hombres.

—Esto es más importante, debemos hablar o no volverás a entrenar a los hombres en un futuro cercano.

—¿Por qué vistes así?

—¿Así, cómo?

—Cómo mujer normal. Estaba acostumbrándome a tu estrafalaria forma de vestir.

—Creí que estabas enfadado y no hacías bromas.

—Estoy molesto, pero tu atuendo es desconcertante.

—Dijiste que parecía una mujer normal.

—Eso es lo desconcertante. Tú no eres para nada normal.

—Debería ofenderme, pero tienes razón. De eso he venido a hablar.

—Puede esperar a la noche. Podemos revisar tu baúl después de la cena, mujer —objetó Kyran, fastidiado.

—¡No quiero hablar contigo de mi maldita ropa, Kyran!

—Te daré solo un momento, Harek está dando vueltas por la casa y no quiero que te cruces en su camino.

—Un momento no es suficiente.

—Entonces, te llevaré a la habitación y esperarás a que termine con los hombres. Hablaremos luego.

Irritada por la falta de interés de Kyran sobre un asunto tan importante, en el camino de regreso se empeñó que hablaría con el gigante bruto ese día, en ese lugar. Kyran tomó la delantera por el largo pasillo y caminaba a pasos agigantados, Moirg trabó con fuerza la puerta que sellaba la entrada y luego se dedicó a caminar haciendo una fina observación de las rocas mohosas de la construcción deteniéndose si algún haz de luz se colaba por alguna rendija.

—Apresúrate, mujer, debo regresar —rugió Kyran, con un eco que volvía su orden más aterradora. No se volteó al hablar, de otra manera, habría observado que Moirg se encontraba muy por detrás y de ninguna manera aceleró sus pasos, por el contrario, se detuvo y esperó que hiciera lo mismo.

—No desafíes a tu suerte, mujer. No oigo tus pasos.

—Te faltó decir mujer Narvjk.

—No eres una Narvjk.

—Creí que lo seguía siendo, por mi mente pasó el recuerdo del falso matrimonio.

—Ya no es falso, mujer.

—Cuanto tiempo seguirás haciéndolo antes de entregarme a tu hermano Harek.

—No lo haré —afirmó Kyran y se volvió hacia Moirg después de sellar la puerta que comunicaba con la casa principal.

—¿Por qué?

—¿Quieres que te entregue a mi hermano?

—No. Te amo, te quiero a ti.

Kyran se quedó sin palabras ante la declaración sincera, no podía dar crédito a lo que escuchaba de la boca de la brava mujer Narvjk. No la creía capaz de conocer esas palabras ni el sentido que tenían pero podía ver la franqueza asomando a sus

ojos claros, recordó la mirada apasionada con la que lo estuvo observando en el patio y se asustó. La mujer podía conseguir mucho más de él actuando de esa manera si no se andaba con cuidado. Se acercó para terminar de convencerse que el astuto *berserker* no estuviera detrás de la nueva actitud de la mujer y no había signo de su presencia. Moirg se movió para dejar espacio al hombre y que se colocara a su lado, en el estrecho pasadizo que apenas contenía a Kyran, al encogerse, un lado del vestido cayó de uno de sus hombros dejando al descubierto la suave piel cremosa y clara. Un deseo potente despertó en Kyran en ese mismo instante e intentó tocar la zona desnuda, pero Moira lo detuvo.

—¿No es lo que has venido a buscar, mujer?

—No —negó y no dejó que el sarcasmo de Kyran arruinara sus planes, después de todo, él no sabía lo que estaba por pasar—. ¿Recuerdas las

pedras?

—¿Las que fingías necesitar para entender el idioma que escuchaste desde el día que tus ojos vieron la luz del sol? Sí, las recuerdo —afirmó con fastidio y soltó la mano de la mujer.

Ella sacó las dos mitades del saco que guardaba entre sus faldas y se las entregó.

—Tiene una inscripción —describió Moirg, alimentando su paciencia con el recuerdo del dolor padecido por la pérdida del gigante arrogante que tenía enfrente.

—Lo veo. ¿La has tallado tú? Son muy pretenciosas tus palabras —susurró lisonjeramente, asomando su nariz hasta el hombro que estaba enloqueciéndolo, no sabía cuánto tiempo más aguantaría sin ponerlas encima a la mujer.

—Solo he tallado la segunda línea... la primera lo has hecho tú.

—Nunca escribiría algo tan absurdo en una roca, mucho menos para entregárselo a una mujer —negó con vehemencia, pero desde el día que vio por primera vez las piedras y el tallado de la primera línea, una sensación inquietante despertó en él. El mensaje era extraño, como todo lo que rodeaba a la mujer Narvjk, por eso había creído que todo era parte de una trampa por ella planeada.

—¿Reconoces lo que dice?

—Por supuesto, mujer. Y debo admitir que el tallado de la primera línea ha sido bien logrado —aludió a las palabras que supuestamente eran suyas—. ¿Has enviado a un fisgón a observar mis escrituras para simular mis grabados?

—Lo has hecho tú.

—La bestia solo domina mis actos en el campo de batalla, no en mis contiendas en la cama, mujer —declaró con ironía—. Recordaría si hubiera escrito una declaración tan absurda.

—Estás comportándote como cerdo, Vaeroy. Y lo que dices sobre dominar a la bestia en la cama es mentira, te ha dominado en el pasado.

—No sabes de lo que hablas, mujer. Pero acabas de confesar que me amas y has aceptado pertenecerme por siempre. Está escrito —sonrió sarcástico al señalar la inscripción de la segunda línea, en la parte inferior de la piedra.

—Empiezo a comprender por qué lo hice— murmuró Moira por lo bajo, pero Kyran la oyó, estaba demasiado cerca.

—¿Hiciste? ¿Qué has hecho?

—Asesinate.

—¿Has bebido hidromiel, mujer?

—Kyran, tú has escrito esto —afirmó, arrebatándole de las manos la parte superior de la piedra.

—Siempre recuerdo lo que hago cuando bebo.

—No creo que estuvieras ebrio al tallar la

piedra. No lo recuerdas porque ocurrió hace más de mil años.

La cara de Kyran no tenía más gesticulaciones para manifestar el asombro que le causó la declaración de Moira; ante su mirada, parecía cuerda y sobria. Abrió grande los ojos, después los sesgó, levantó primero una ceja, después la otra, segundos siguientes, ambas. Juntó los labios, después los abrió para hablar, pero los volvió a cerrar para pensar mejor lo que estaba a punto de decir. Habría esperado cualquier invento de la mujer para convencerlo que había recibido la piedra en Rogaland y creyó que se trataba de una declaración genuina de arrepentimiento por haberla rechazado y aceptó la proposición de darle una nueva oportunidad dejando también sus deseos escritos, sin embargo, las palabras de Moirg lo dejaron mudo. La réplica tardía no llegó a efectuarse. Moira siguió agregando curiosos

comentarios de hechos que no habían ocurrido nunca, pero que, extrañamente, no le parecían ajenos.

—Sé que es difícil de creer, pero intenta mantenerte callado mientras encuentro las palabras apropiadas para enseñarte lo que ocurrió.

El relato de Moira comenzó con el falso casamiento, siguió con el viaje a las islas de las morsas y en ese punto notó que Kyran volvía a hacer una mueca con la boca, lo que demostraba que ya había tenido en mente esa idea. El viaje a la isla del mar mediterráneo y lo ocurrido allí no tuvo tanta aceptación. Moira podía leer sus emociones con la postura de su cuerpo. Después de relatar su llegada a Camelot, siguió con la llegada del propio Kyran a la isla y el regalo que le había dado junto con la promesa de no volver a golpearla jamás, y allí habían comenzado otra vez.

Sin que Moirg detuviera sus palabras, Kyran se

sacó la pesada cota de malla que conservaba y se recostó en la pared, su postura era más relajada, y su ceño incrédulo dejó espacio a uno más alentador para Moira y su historia, eso la estimuló a incorporar sus propios sentimientos a los hechos. Sus palabras salían fluidas y seguras, no se atrevía a hacer pausas por miedo a que Kyran la tomara de los brazos y la sacara del pasadizo para encerrarla en la habitación y la dejara allí hasta que se le quitara la locura. Sin embargo, él escuchaba sin interrupciones y sentía el mismo dolor que estaba sintiendo Moira cuando contaba cómo habían acabado sus días condenados, alejada de toda la destrucción que había provocado despertando la furia de los dioses que se materializaban en los actos de sus hijos.

Al final del relato, llegó el momento de contarle el día que entró a la tienda de antigüedades y compró el caballo que ella misma

había tallado y su encuentro casual, pasando revista sobre ese tema, advirtió que no había sido nada casual con las piedras que luego la hicieran viajar a través del tiempo, regresando mil doscientos años hacia atrás.

El silencio de Kyran fue un manto piadoso cuando se apagaron las palabras de Moira. Los dos se quedaron mirándose de manera intensa hasta que Kyran rompió la quietud y se acercó para levantarle la cara, no dijo nada, solo le secó las últimas lágrimas solitarias que corrían por su cara después del vendaval que se había desatado cuando habló de sus hijos y la destrucción de todos los pueblos de Lochlann y acercó la boca hasta la de ella para avasallarla con un beso arrasador. Moira se abrazó al hombre, experimentando una nueva sensación de sosiego, participó del beso buscando fundirse con el cuerpo y el alma de Kyran.

—¿Me crees? —susurró, besándole el cuello.

—Te siento —jadeó Kyran, desenfrenado, lamiendo el hombro descubierto de Moira—. Sentí tu pena cuando hablabas de la soledad que sufriste, te prometo que la compensaré con mi cuerpo y mi alma, Moirg. No sé si te has vuelto loca, mujer, e inventaste esa historia, lo que sé es que eres extraña, diferente a las demás mujeres, me enloqueces de deseo y eres la única mujer que lo puede satisfacer —susurró perdido entre los pechos turgentes de la mujer que se los ofrecía gustosa y jadeaba al sentir la lengua de Kyran acariciar sus pezones erectos y lo ayudaba a deshacerse de su propia ropa. Al borde del frenesí, Kyran se apartó. Ella abrió los ojos, sorprendida ante la repentina corriente fría que se instaló entre ellos, pero no se enfadó, se quedó quieta observando al hombre que la miraba con detenimiento queriendo descubrir su verdadera

naturaleza.

—Loki ha de ser tu creador, estás hecha para enloquecer a un hombre —dijo después de varios segundos de inspección y de aplacar el latir acelerado de su corazón—. No dudo que fueras capaz de clavarme una daga en el corazón, lo que me cuesta creer es el amor del que hablas.

—Dijiste que podías sentirme.

—Sentí tu dolor, tu pena al hablar de la soledad.

—Si no crees en mí, Kyran, todo estará perdido. Lo arruinaremos todo —declaró muy compungida. Sabía que el hombre necesitaba tiempo para asimilar e intentar comprender lo que le había contado, debía presentar algunas pruebas que no sabía de donde sacar para fundamentar un poco más sus palabras y solo así podría tener alguna esperanza de contar con la admisión de Kyran.

—Seguiremos esta conversación en la noche, mujer. Has hecho que pierda mucho tiempo. Me quedaré con las piedras.

Capítulo XXI

Kyran dejó a Moirg en la habitación y volvió al campo de entrenamiento, pero ya no tenía ánimos para seguir con la ruda práctica; tal era su desazón que podría matar a alguno de sus hombres antes de comprender las consecuencias de sus actos y como pudo observar, Asgueir no lo estaba haciendo nada mal, dos de los hombres con los que combatía sangraban de varios lugares del cuerpo. Con un movimiento de cabeza pasó por un costado, aprobó los ejercicios realizados por su guerrero más diestro, quien se había deshecho de la túnica de piel que tenía al comenzar y solo lucía sobre el musculoso cuerpo sudado y sucio una pechera de cuero negro. Mostrándole los dientes ensangrentados, este sonrió a su *hersir* antes de volver a concentrarse en el combate. El día era

frío, no nevaba y la luz del sol entibiaba la tarde con debilidad, pero Kyran estaba más caliente que un volcán a punto de entrar en erupción. Moirg estaba acabando con su cordura, esa mujer lo tenía desesperado. No pensaba con claridad. Nada relacionado con Moirg Narvjk era claro. La piedra con la extraña inscripción, la extraña lengua que insistió en utilizar los primeros días que estuvieron juntos, la falta de conocimientos sobre las costumbres de la gente de Lochlann. Todo, sumado a la extraña circunstancia del primer encuentro en el que la Narvjk declaró no ser la hija del *hould* de Rogaland, dejaba a Kyran una sola alternativa y no esperaría para conocer la respuesta.

Viajaría al norte, no podía esperar la llegada del líder Narvjk y mucho menos que las condiciones climáticas mejoraran, el invierno estaba sobre ellos, y estaba seguro que

enloquecería y cometería alguna trágica locura antes que llegara la primavera si la mujer Narvjk seguía a su lado y él no podía tocarla.

Los dioses le darían la respuesta que necesitaba, si era la hija de su enemigo, la tomaría allí mismo frente al oráculo una vez que rompiera el hechizo que le impedía hacerlo. El lugar permitía que hombres y dioses pudieran entenderse y comunicarse, y las respuestas eran inmediatas; si era un alma que Thor rescató de las tinieblas de Niflheim y enigmáticamente dejó en la tierra unido con su codiciado poder, se la ofrecería al Dios de la Tempestad para que dispusiera de ese alma y volvería a Hordaland a seguir con el plan original de su vida. Solo después de conocer la única verdad, se preocuparía por las consecuencias de vivir junto a Moirg y a Harek bajo el mismo techo o por tener que enfrentar a su temerario enemigo y las consecuencias de haber

desaparecido a su hija.

Los más curtidos narradores de historias consideraban al Oráculo un pasaje místico de objetos de un tiempo a otro, de un mundo a otro, aseguraban que era un túnel por donde se podían extraer los deseos o enviar los malos tiempos y conocer las verdades más absolutas. Solo habían dos condiciones para apoderarse de ese poder; una era estar presente cuando Thor abría el túnel para recuperar las almas arrepentidas de la fría y oscura morada de Niflheim, eso significaba volver a presenciar el Moskentraumen. No era una tarea difícil, lo complicado, casi imposible, era volver a salir con vida de ese espectáculo imponente. La segunda condición, la más pesarosa para Kyran por su naturaleza cínica, era creer sinceramente en los mitos ancestrales y no tomarlas por meras historias adornadas. Por muy atrayente que fueran los beneficios de llegar hasta el Oráculo, era muy

escasa la gente que lo había hecho y, exceptuando a él y a su tripulación, que vivieron la experiencia sin proponérselo, era inexistente el hombre que lo hubiera logrado y estuviera disfrutando de su osadía.

Caminando para apagar las llamaradas que su cuerpo lanzaba y calentaba el aire helado que lo rodeaba, vio nubes negras que comenzaban a llegar a Hordaland desde el norte, el tiempo bueno gozaba de sus minutos finales, una nueva oleada ártica llegaba. El cielo azul se cubría con la espesura negra que la engullía, y los pinos más distantes comenzaban a balancearse con mayor fuerza lanzando un silbido peculiar que sonaba como una alarma para la gente del clan.

Kyran recibió las primeras ráfagas de helado viento en la puerta de la centenaria muralla. Cuando su cuerpo tomó una temperatura más acorde con la normalidad, regresó.

Steinn lo miró sonriente; ese día, la tormenta lo había enfriado antes que llegara al lago. Kyran había repetido ese camino demasiadas veces, y el viejo soldado ya conocía la causa, y los otros hombres comenzaban a entender que la forzada unión con la mujer Narvjk estaba acabando con la cordura del *hersir* Vaeroy, y más de uno había recomendado que se librara de la mujer y que se declarara la guerra con los Narvjk. Los hombres tenían que soportar a su *hersir* en ese estado frenético día tras día desde que tuvo que fingir que la Narvjk era su esposa frente al *konungr*, eso solo los hacía lamentarse no haberlo hecho cuando la encontraron cerca del oráculo.

La primera ráfaga de nieve llegó cuando Kyran alcanzaba el campo de entrenamiento y ordenaba a sus hombres terminar la larga jornada. Llamó aparte a Asgueir y, con señas, detuvo a Gardar antes que se alejara junto a un grupo de hombres

arrastrando sus armas por el cansancio.

—Espera allí, Gardar —señaló, impidiendo que el hombre llegara hasta donde estaba parado con Asgueir—. Buen entrenamiento, Asgueir, has dejado a los hombres peor que yo.

—Eso es imposible, *hersir* Vaeroy.

—No estamos ante los demás hombres, solo dime Kyran.

—Sí, mi *hersir* —se burló Asgueir—. Esa mujer está acabando contigo, Kyran.

—Lo sé —admitió por primera vez, y Asgueir se sorprendió ante la revelación.

—¿Debes entregársela a tu hermano y ya no lo deseas?

—Nunca se la entregaré a Harek. Es mi esposa —confesó.

Asgueir lo miró desconcertado, Kyran se volvió para mirar el horizonte, hacia las sierras que cortaban el páramo en la lejanía. Estudió a su

hersir por varios segundos y luego volvió a hablar.

—¿Se niega a cumplir con sus obligaciones de esposa?

—No, eso es lo que está matándome.

—Te pesa saber que es la mujer que desea tu hermano, por eso estás tan insufrible. Los hombres piensan lo mismo, y todos desean que mates a la mujer antes que acabes con ellos en alguno de los entrenamientos.

—No quería que fuese mi mujer, todos saben eso, pero...

—Kyran, Harek cavó su propio hoyo y nos hundió a todos en él. Que te quedes con la mujer solo debería ser uno de los castigos por poner en peligro a todo el clan.

—Lo sé, Asgueir, y eso mismo he dicho a mi padre. La mujer ya no puede ser de Harek, es mía, pero él no quiere entrar en razones, está muy

influenciado por la sedienta venganza que proclama Harek y quiere que entregue a la mujer a pesar de todo.

—Esa mujer será la perdición del clan, deberías acabar con ella.

—Es lo que pienso hacer, Asgueir. Debo viajar al norte, a cazar morsas.

—Cuando acabe la tormenta, reuniremos a los hombres.

—Tú te quedarás en Hordaland a colaborar con Steinn. El *hould* Narvjk está al llegar.

—Acondicionar y reunir lo necesario para hacer el viaje puede llevar varias semanas, quizás estés aquí todavía cuando se presenten los Narvjk.

—Partiremos esta noche. Me llevaré solo cinco hombres.

—¡No puedes hacer eso, Kyran! ¡Es una locura lanzarse al mar con este clima!

—No hay tiempo que perder. Al igual que el

clima, las cosas solo empeorarán los próximos meses. El *hould* de Rogaland sabrá entender la urgencia de mi ausencia.

—Y supongo que la de su hija también.

—El Narvjk sabe que un hombre no deja sola a su esposa el primer mes de matrimonio.

—Tu nave no está preparada.

—Pues prepárala, para eso te he llamado. Tienes hasta media noche.

Asgueir, sorprendido por la resolución de su *hersir*, se quedó mirando la ancha espalda del hombre que lo dejó parado en el lugar y salió en búsqueda de Gardar, que lo esperaba a varios metros de distancia.

Viajar a la isla de las morsas en invierno era muy peligroso. El viento podía congelar a un hombre en menos de una hora, las aguas estaban congeladas, las corrientes que podían seguir su cauce arrastraban sin piedad todo lo que

encontraban a su paso, había poca caza en las tierras en las que paraban para abastecerse de alimentos y a medida que se acercaran a destino, la oscuridad y las tinieblas los encerraría, y había gente que decía que Hel aprovechaba esas ocasiones para guiar las embarcaciones hacia el Niflheim y allí se quedaban toda la eternidad. Los guerreros de Lochlann temían a esas historias, ninguno de ellos se atrevería a jugarse su eternidad destinada al Valhalla junto a Odín, sus hijos y sus valquirias.

Bajo otras circunstancias, los elegidos de Kyran para hacer el viaje recurrirían a cualquier tributo a los dioses para que impidieran que el viaje se realizara con esa tormenta y sin el tiempo necesario para preparar las embarcaciones; por otro lado, todos sabían que la mujer Narvjk estaba enloqueciendo a Kyran y no dudarían en ayudar a su *hersir*. Si lo que sospechaba Asgueir era lo

correcto, ese sería el último día de la mujer en Hordaland.

Kyran apartó mucho más a Gardar del resto de los hombres que seguían levantando las armas y herramientas usadas en el campo de entrenamiento que rápidamente se cubrían con los gruesos copos de nieve que caían sin miramientos sobre todo lo que estaba descubierto. Se quedaron debajo de un toldo que sobresalía del primer entretecho de la casa grande de Hordaland, a resguardo del viento y de la nieve.

—Gardar, prepárate, esta noche partimos hacia la isla de las morsas.

—Sí, mi *hersir* —respondió sin sorprenderse de la inapropiada jornada elegida para hacer el peligroso viaje.

—¿No tienes nada de qué quejarte tú?

—No, mi *hersir*, esperaba que de un momento a otro se hiciera el viaje. Casi no hay carne, y las

morsas no vendrán a Hordaland.

Gardar sabía que Kyran quería saber algo más, no lo hubiera apartado del grupo solo para decirle que integraría la tripulación que zarparía para cazar morsas, pero el *hersir* daba vueltas sobre el asunto y seguía hablando de los preparativos necesarios y urgentes. Gardar escuchaba paciente las indicaciones hasta que oyó el nombre de Moirg entrelazado en las numerosas palabras dichas por el *hersir* Vaeroy.

—La muj..., su..., Moirg... —Gardar hizo una pausa, no sabía si llamarla mujer Narvjk o su mujer o la futura mujer de Harek o hechicera Narvjk como le decían los hombres, por eso la mencionó por el nombre, y al *hersir* pareció no molestarle la indiscreción de su guerrero.

—La mujer hará el viaje con nosotros, no puedo dejarla sabiendo que el padre vendrá a vigilar el funcionamiento del matrimonio.

—No creo que eso le preocupe, no la hubiera entregado en el pasado si temía por el estado de su hija bajo su protección, *hersir*.

—Las cosas han cambiado mucho desde ese día, Gardar. Nada es igual que entonces. Tuve que renunciar a mis convicciones por una mujer que será la que acabe con la relación con mi hermano. Tengo que saber si valdrá la pena.

—*Hersir* Kyran, Harek sabe que los dioses no admiten luchas y matanza entre lazos de sangre, por eso, la obstinada petición del *konungr* de los clanes de Lochlann para que se unan las familiar y terminar con la larga enemistad.

—Los hombres no siempre hacen lo que imponen los dioses. Desafían ese poder.

—Como nosotros desafiamos el poder de Thor en su lucha contra Hel —acotó Gardar para darle pie a su *hersir* y animarlo a entrar en el tema que le interesaba.

—Exacto —afirmó con decisión—. Ese día, tú hablaste sobre almas que rescata Thor de la helada penumbra de Hel para llevarla al Valhalla.

—Conoce esas historias, *hersir*.

—Claro, pero dijiste que, algunas veces, deja el alma en la tierra de los hombres para que redima sus ofensas.

—Todos hemos oído historias de casa vacías que después de un tiempo de estar en calma, tienen movimientos inexplicables de las cosas que quedaron adentro, ventanas abiertas cuando antes estaban cerradas o extrañas corrientes de aire que pasan por nuestras orejas en forma de susurro que nos aclara alguna situación difícil.

—¿Qué redención puede hacer un alma si tiene que manipular a otros hombres para que lleven a cabo la tarea que corresponde a ellos?

—Hay muchas maneras de arreglar las ofensas, *hersir*.

—No creo en el trabajo ajeno para reparar culpas propias.

—También dicen que el túnel que abre Thor puede absorber almas de otros tiempos para anclarlas en nuestra tierra, y por allí también se puede regresar.

—¿Por qué un alma de otro tiempo sería absorbida a este?

—¿Es lo que desea averiguar, mi *hersir*? — adivinó Gardar.

—Tengo muchos interrogantes por contestar, mi amigo. Necesito tener algunas respuestas del Oráculo. Necesito tu ayuda, Gardar, por eso eres el principal tripulante de esta expedición.

—El día que encontramos a la mujer en la isla de los lobos, sentí un extraño cosquilleo en todo el cuerpo. Me pareció ver una luz azul envolverla como un rayo de sol, pero después de sobrevivir a la furia de Thor, todo era posible, y creí que esa

luz era parte del lugar y de lo que acababa de ocurrir. Con el correr de los días, indagué a los hombres sobre ese hecho, y ninguno pareció haber visto nada extraño o azul cerca de la mujer.

—Yo no recuerdo haber visto ninguna luz azul envolver a la mujer aquel día.

—*Hersir*, ha compartido varias horas con la muchacha, ¿puede asegurar que nunca vio un destello azul cerca del cuerpo de la mujer?

—¿Qué sabes tú de destellos azules? — preguntó Kyran sin afirmar o negar nada.

—Busqué en los escritos antiguos sobre destellos que iluminan a una persona y no pude hallar más que una runa muy antigua con un dibujo que mostraba un haz de luz emerger de las aguas levantando una roca en su cima, ellos anuncian que esa luz azul simbolizaba el renacimiento después de la destrucción.

—No sé qué relación tiene con la luz alrededor

del cuerpo de Moirg, pero tengo la intención de conseguir respuestas —dijo, y su mente viajó con la velocidad de un rayo al recordar las piedras Moirg.

Las cosas iban encajando en un rompecabezas que a Kyran no le gustaba nada y se resistía a verlo como real, quedaba una última jugada y comenzaría a jugarla esa misma noche.

—Entonces, no iremos a cazar morsas —afirmó Gardar, y con una mueca de lado dio a entender que estaba de acuerdo con su *hersir* y lo acompañaría en el viaje para que pudiera resolver los conflictos que sufría desde que el *konungr* Sigurd Ingunn llegó a Hordaland.

—Sí, también lo haremos.

—Si la mujer cruzó algún portal y pertenece a otro mundo o a otro tiempo, ¿dejará que regrese?

—La mujer no es de otro tiempo, estoy convencido de ello. Es la hija del *hould* de

Rogaland, Einnar Narvjk —aseveró con firmeza, sin embargo, la confusión en la cabeza de Kyran no se aclaraba por muy efusivas y seguras que fueran sus palabras. ¿Cómo explicaba a Gardar que lo único coherente que se le ocurría era que el cuerpo, con todo y *berserker* incluido, no podía venir de otro tiempo, que ese don solo lo podía otorgar Odín? Por otro lado, la mirada de desconocimiento y confusión de la mujer no era fingida ese día que la salvaron en la isla, su falta de conocimiento sobre las costumbres de los hombres y mujeres de Lochlann y el detalle de la llave el día del matrimonio tampoco era falso. No, no podía explicar a Gardar eso que no podía explicarse a sí mismo. Lo único que podía hacer era aprender de las historias que él conocía muy bien.

—Prepárate para partir a medianoche —ordenó, estaba por darle más indicaciones cuando

un sacudón en el cuerpo lo hizo girar hacia el pasadizo en el cual se había reunido con Moirg horas atrás y echó a correr hacia allí.

Gardar, que no entendía nada, no había visto ni escuchado nada fuera de lo habitual, corrió tras su *hersir* y ambos se perdieron en el pasadizo oscuro que llegaba a la habitación en la que mantenían a la mujer.

Frustrada por la falta de atención de Kyran, Moira se tiró en la cama de pieles y golpeó con los puños los cobertores hasta que le dolieron las manos. Una gran calamidad estaba por comenzar, y ella no tenía idea de cómo detenerla. La única esperanza era hacerle entender a Kyran que su alma había viajado desde el futuro para evitar el destino siniestro que provocarían su propios hijos a todos los hombres de Lochlann, y era por eso que Kyran no podía poseerla, la unión de sus cuerpos llevaría al inevitable embarazo y todo

volvería a ocurrir tal como había sucedido en el pasado. Ella era la madre de los más abominables y sangrientos vikingos de la historia: los gemelos Vaeroy. Esa oportunidad brindada por Freya era lo único que tenía y debía actuar con cautela pero con rapidez. No tenía mucho tiempo, la protección del hechizo que atravesó con ella el pasaje del tiempo no duraría para siempre, estaba destinado a protegerla hasta que comprendiera cuál era el propósito de su viaje al pasado, y eso ya había ocurrido. Moira podía recordar con lujo de detalle la triste vida que llevó gracias a la posesión de un poder que desconocía y había condenado su alma sin tener conciencia de sus actos, todo estaba claro en su memoria, era momento de cambiar su destino, y Kyran era un elemento clave para poder hacerlo y el muy necio se negaba a escucharla.

Moira sabía lo que debía hacer en adelante, de lo que no tenía ni idea era cómo llevarlo a cabo.

Los dioses le dieron la oportunidad que anheló, su alma estaba libre de la pesada condena. Su ingenio sería fundamental para salvarlo definitivamente, además de poder vivir el amor con Kyran y salvar a los clanes de la sangrienta era que padecieron.

La tempestad de recuerdos, mezclados con vivencias de su vida en el siglo veintiuno, tenía a Moira conmocionada y distraída. Ensimismada trazando planes, no escuchó los pasos en el pasillo. Al oír la puerta, se giró hacia ella, y Harek apareció con un látigo de grueso cuero que terminaba en varias puntas con picas de metal.

—Aquí estás, maldita. Mi hermano no podrá defenderte ahora —dijo al tiempo que un latigazo golpeaba la espalda de Moira, que llegó a resguardar su rostro y cabeza por muy poco.

Un grito de dolor desgarrador llenó la habitación cuando Moira sintió las picas de metal enterrarse en la carne de su brazo desnudo y al

salir llevársela ensartada, la gruesa piel que cubría su cuerpo había impedido que las picas le lastimaran la espalda, pero allí donde tocaron la prenda la desgarraron del mismo modo que lo hizo con su propia piel, y un nuevo golpe en el lugar no tendría la protección del cuero, y su espalda sufriría la misma suerte que su brazo derecho. Con furia, lo primero que Moira pensó fue en el error que cometió al sacarse la capa que usó para ir en búsqueda de Kyran y también en el más grave, que fue descuidar la concentración, siempre estaba atenta a lo que ocurría en el pasillo. Un segundo golpe estaba preparando Harek cuando sus ojos se encendieron y su cuerpo se alistó para recibirlo, esta vez no la tomaría por sorpresa. Estaba preparada para arrancarle el látigo, sabía que el acto le costaría una lesión importante, pero con el *berserker* tomando control de su cuerpo, no sentía dolor, no sentía miedo, solo planeaba la manera de

sacar ventaja de la situación sin tener en cuenta las consecuencias, y lo mejor era sacarle el arma a su atacante, que no se detendría hasta verla reducida en porciones, por eso la lesión en la mano, por muy importante que pudiera ser, era lo menos grave que podría ocurrirle, y una vez que lo lograra le devolvería la consideración a Harek.

El látigo se elevó por los aires, y Moira, con una sonrisa burlona, se giró para apresar el cuero justo en el punto donde se producían las ramificaciones metalizadas. Por un solo instante, Harek quedó apabullado por el brillo en los ojos de la mujer y sobre todo por su actitud desafiante y burlona. Un estremecimiento se apoderó de su cuerpo y sin saber por qué, retrocedió dos pasos. La puerta se abrió en ese momento, el impulso lo golpeó con ferocidad y lo arrojó a varios metros del lugar. Lejos de tener un arrebató de furia por la brutalidad con la que Kyran entró y lo golpeó,

Harek agradeció que lo sacara de allí y recibiera en su lugar el latigazo lanzado por Moira.

—¡Te dije que la mujer Narvjk era capaz de asesinar hombres! —gritó Harek a su hermano, que se tomaba de los hombros para ver las picas de metal que quedaron incrustadas en su piel.

Al ver que el receptor del potente latigazo no era la persona a la que Moira quería castigar, para evitar que el daño fuera mayor, soltó el mango sin arrancar las picas enterradas.

Kyran no demoró demasiado en desprenderse de las garras que lo ataban al látigo y al terminar de hacerlo, primero miró a Moira, la sangre corría por su brazo y caía sin interrupciones por sus dedos, manchando la piel que cubría el suelo. La visión de Moira herida y sangrando profusamente lo alentaba a sacar lo peor del guerrero asesino que moraba en él y que con un esfuerzo sobrehumano mantenía a raya.

Esa mujer que lo enloquecía, y a la que por momento quería asesinar, era más importante para él de lo que quería admitir.

—Cierra los ojos, Moirg —habló con suavidad, como había hecho cuando le enseñaba a reconocer al *berserker*.

Después miró a Harek, si el hermano sintió temor por la actitud de la mujer, no podía menos que sentir terror ante la mirada asesina de Kyran.

—¿Qué haces aquí, hermano? Tienes prohibido acercarte a la mujer —balbuceó, reprimiendo con la mandíbula apretada y puños cerrados los embates punzantes de su *berserker* que estaba a punto de dominarlo y ese sería el instante final de su hermano.

—La mujer debe pagar por lo que hizo, Kyran —se excusó Harek, con la voz entrecortada—. Estuvo a punto de asesinarme.

—No deberías repetirlo tantas veces, quedas

como un débil cobarde.

—Esa mujer no es lo que quiere hacerte creer, Kyran.

—Ofendes mi inteligencia, hermano. Te aseguro que puedo reconocer los artilugios femeninos.

—Kyran, debes dejar que le demuestre a esa mujer lo que ocurre cuando se ataca a un Vaeroy —pronunció Harek, animado por el tono tranquilo que utilizaba su hermano, sin comprender lo cerca que estaba Kyran de dejarse dominar por el *berserker*.

—¿Cómo se lo demostrarás?, ¿sangrando más que la mujer? Si no llegaba a tiempo, te hubiera arrancado la piel de la cara —ladró Kyran, mostrándole la herida del hombro—. Sal de este lugar antes que la deje continuar lo que había comenzado.

Harek se movió hacia Moirg, que le daba la espalda, y de una sola zancada, Kyran se interpuso

en su camino y lo tomó del cuello, sus ojos brillaban más celestes que el cielo de primavera, y la fuerza de su mano impedía que Harek inhalara una gota de oxígeno.

—No te atrevas a desobedecer a tu *hersir*, Vaeroy —rugió y apretó más fuerte, los pies de Harek apenas se apoyaban en el suelo con la punta de los dedos, y cuando Kyran sintió que el cuerpo se sentía más pesado, lo soltó y cayó al tiempo que el aire pasaba por su cuello mientras se lo fregaba con fruición—. Levántate, Harek —ordenó y lo ayudó tomándolo de los hombros para ponerlo nuevamente de pie. A la rastra, lo sacó de la habitación para llevarlo ante su padre.

Los gritos de Harek llenaban el pasillo, y todos en la casa oían los reclamos hacia su hermano. Sin dar importancia a lo que gritaba, Kyran pensaba en lo cerca que estuvo de descubrir el secreto de Moirg, y no había terminado allí, sabía que la

herida cerraría por la noche y en dos o tres días no quedarían marcas en la piel de Moirg. Si la mujer estaba en la casa para entonces, su hermano despejaría todas las dudas que estaba seguro daban vueltas en su cabeza, Harek sabía de lo que era capaz la mujer, y estaba seguro que había observado el brillo de sus ojos. No había tiempo que perder. Hablaría con su padre, utilizaría ese episodio a su favor y lo pondría de excusa para llevarse a la mujer en el viaje.

—No puedes tratarme de esta manera, Kyran, seré tu *hould* cuando padre ya no pueda serlo.

—Para eso falta mucho, muchacho, y no estás demostrando tener las condiciones necesarias para llevar ese título.

—La mujer será mía —lo desafió Harek—. La perra pagará por todo lo que ha hecho —vaticinó despechado.

—Nunca será tu mujer —negó Kyran con

vehemencia, volviéndose para enfrentar a su hermano, que caminaba atrás. Harek se asustó al encontrarse con esa cara enfurecida y se quedó en silencio hasta que llegaron a la sala.

La discusión entre Kyran, su padre y Harek duró hasta bien entrada la noche. La tormenta de nieve estaba en su apogeo, a pesar que la casa estaba protegida contra las corrientes de aire helado que soplaban del norte, nada podían hacer los hombres para impedir que las piedras se congelaran e irradiaran el frío dentro de la casa grande. La hoguera central ardía en un fuego que consumía leños como los hombres hidromiel. A Hanok Vaeroy, la idea de su hijo mayor le parecía una locura y un peligro innecesario de correr, las provisiones disponibles eran escasas, pero no tanto como para arriesgar la vida de varios hombres, ni hablar de la decisión de Kyran de llevarse a la mujer, pero ante los hechos de la

tarde, sabía que sería muy peligroso dejarla sin su protección en la casa.

Kyran no cedía ante los impedimentos que rezaba su padre para embarcarse esa misma noche y ante cada negativa que el *hould* exponía, él daba una nueva orden a sus hombres para avanzar con los preparativos. No había visto a Moirg después del ataque de Harek y sabía que ella también tendría sus objeciones para hacer el viaje, pero nada ni nadie impediría que lo hiciera. Dando por hecho que el viaje a la isla de las morsas se realizaría a como diera lugar, Kyran indicó a su padre que mientras él estaba haciendo el viaje al norte, Harek, que se mostraba recuperado, debería ir con el mismo número de hombres a cazar venados a las colinas orientales. De esa forma, todo el clan pasaría un invierno tranquilo y sin hambre.

Después de revisar la nave, Kyran fue en

búsqueda de Moirg. La habitación estaba templada, un fuego vivo llameaba en la hoguera, ella estaba sentada frente al fuego, una piel la cubría entera y tenía la cabeza ladeada. Kyran no tenía dudas que dormía y se alegró de haber abierto la puerta con suavidad para no interrumpir el descanso de la mujer. Se quedó unos instantes mirando el refulgir del fuego a través de los cabellos de Moirg, que caían hacia un costado del sillón y reflejaban unos destellos rojos tan intensos como la misma flama.

Su razón lo sacó del hipnotismo magnético al que lo tenía sujeto la imagen de Moirg y arrojó con fuerza la piel que cubría sus espaldas, el ruido despertó a Moirg, que se puso en pie y se giró hacia la puerta.

—¿Cómo está tu brazo? —preguntó con indiferencia, no quería mirar hacia la lesión porque volvería a despertar su instinto asesino al

que tanto le costó aplacar.

—¿Cómo está el tuyo? —repreguntó.

—Veo que recuerdas, has aprendido bastante rápido, no podrás volver a fingir no recordar tus actos —le recriminó mientras buscaba ropa del arcón.

—¿Qué haces con mi ropa?

—Zarpamos en dos horas hacia la isla de las morsas —aclaró Kyran y esperó el largo reproche de la mujer por el viaje en semejante condiciones climáticas, pero Moirg lo asombró acercándose para ayudarlo a escoger las prendas que serían necesarias.

—Necesitaré todas las pieles, hará un frío glacial en el norte. ¿Podrá navegar tu nave entre las aguas congeladas del polo?

—Mi nave navega donde quiero que navegue —señaló orgulloso, a pesar de no comprender algunas palabras que Moirg se empecinaba en

utilizar. «¿Polo?», se quedó pensando Kyran, adjudicando ese lugar a alguna isla que su padre debería de haberle indicado—. ¿No te negarás a viajar con este clima? —preguntó curioso de que la mujer no hiciera un solo comentario sobre la feroz tormenta de afuera.

—No. Llegó el momento de la verdad. El tiempo se acaba, Kyran, todo volverá a ocurrir si no puedo demostrarte que no soy la persona que tú crees.

—Cada vez estoy más inclinado a creerte, mujer.

Capítulo XXII

El viaje era muy complicado, las aguas heladas del mar entorpecían el navegar de los hombres que luchaban contra los bloques de hielo que constantemente aparecían en su camino. A medida que los viajeros se acercaban a las heladas tierras glaciares, la luz del sol iluminaba pocas horas durante el día y la bruma los enceguecía. En algunos tramos, la capa de nieve sobre las aguas árticas era delgada y se quebraba con facilidad, hecho que permitía no desviarse demasiado de la ruta más corta, pero en otros, no era posible hacerlo y la nave se alejaba buscando un camino de acceso hacia su objetivo, pero de ninguna manera Kyran se doblegaba ante las adversidades del tiempo y las condiciones marinas y alentaba a sus hombres a continuar. Cubiertos con gruesas

pieles de osos, de armiños, zorros y otros animales pequeños que eran los proveedores de la vestimenta adecuada para soportar las frías temperaturas, los hombres de Lochlann seguían viaje. La tormenta con la que habían partido desde Hordaland duró tres días, fueron tres días duros en los que Kyran se puso al frente de la embarcación, remando la mayor parte del tiempo y dando a sus hombres más horas de descanso para evitar el congelamiento. Moirg estaba siempre junto a Kyran y en más de una ocasión tomó los remos y los guió con fuerza, acompañando los movimientos del *hersir* Vaeroy. Los hombres, en un principio, intentaron impedir que los tomara, pero ante la orden de su *hersir*, la dejaron hacer y en poco tiempo se sintieron aliviados de contar con otro par de brazos para maniobrar los pesados remos.

Eran ellos, la bruma, el océano, el frío y el hielo. La tripulación hablaba poco, los que más

dialogaban en el viaje eran Gardar y Kyran. El *hersir* Vaeroy no dejó una sola duda sin despejar sobre viejas leyendas y antiguos conjuros que unían a los hombres con los dioses. Moira y Kyran conversaban poco, pero al momento de descansar, él la tomaba de los brazos y hacía que se sentara en su regazo para cubrirse ambos con las mismas pieles y compartir el calor, esos momentos eran muchos más reveladores para Moira que mil palabras. Después de siete días de navegar y habiendo hecho un solo alto en el camino para cazar, reponer alimentos y dormir delante de un fuego reparador, los hombres llegaron a las peligrosas islas de Lofoten. Conos rocosos formaban todo tipo de figuras en el mar y cambiaban su fisonomía en esa época del año. El intenso frío hacía que varias islas se hallaran unidas por un puente helado agrandando su dominio sólido sobre el adormecido mar. Las

corrientes eran apenas un movimiento parsimonioso, y la luz del sol, inexistente.

El camino fue el que Moirg tenía registrado en la memoria. Desembarcaron en el mismo lugar que la vez anterior y ocuparon la misma caverna. Los hombres fueron enviados, tal como ocurriera un milenio atrás, a buscar refugio en el que disfrutar de un descanso antes de comenzar con la cacería.

La intención de Kyran fue primero desembarcar en la isla de los lobos para poder llegar al oráculo con Moirg, pero tanto ella como Gardar lo convencieron que era mejor, primero, ir hasta la isla más lejana para luego pasar por el Oráculo en el viaje de regreso.

Moira necesitaba de ese lugar para pasar unos días a solas con Kyran, el hombre que amaba y por el que había viajado al pasado para enmendar un futuro siniestro. Él creía que estaba loca o era una especie de hechicera con el agregado extra de

poseer dones especiales, necesitaba de ese tiempo en soledad para que Kyran la sintiera, y de la misma manera que ocurrió en el pasado, ese viaje sirviera para reconocer que ellos estaban destinados a estar juntos. La vida se lo había demostrado a Moira, el alma de Kyran no se había diluido en el vacío como era de esperar de un *berserker* despojado de vida, eso era algo que no tenía explicación para ella, pero había ocurrido, y en el futuro la había encontrado, sus almas volvieron a encontrarse y, de permanecer juntos, era la única alternativa de vida. Al ser asesinado por otro *berserker*, el alma de Kyran no tendría que haber entrado al Valhalla ni tendría que haberse hundido en el mundo de Hel. Las runas de los primeros tiempos decían que en esos casos el alma del infortunado simplemente se desvanecía en el tiempo y en el espacio, no había eternidad condenada ni disponible al libre albedrío, se

transformaba en energía liberada, era un castigo a los *berserker* que no estuvieron atentos y dejaron que su vida junto con sus dones fueran saqueados de sus cuerpos, sin embargo, Moira se reencontró con Kyran en el futuro y estaba muy cerca de encontrar la oportunidad que tanto había rogado, todo dependía de esos pocos días en la isla de las morsas.

Todo volvía a suceder, Kyran llevó a Moira hasta la fuente de aguas termales, y a pesar de reconocerlas, igual provocaron que las observara con admiración y sorpresa, era una maravilla natural que no dejaba de deslumbrar a nadie en ninguna circunstancia. La penumbra constante del lugar hacía que todo tuviera un significado distinto. Previamente a enfocarse en lo que tenía que hacer, Moira fijó su mirada en el pequeño punto luminoso que apenas levantaba en el horizonte y permanecía colgado en el mismo sitio

por muy pocas horas antes de dejarse vencer por las tinieblas de Niflheim. Así sentía su vida, su existencia y su destino. Al igual que el sol del polo norte, su futuro pendía de un hilo de luz, de una ráfaga de esperanza, de una promesa que estaba a punto de concretarse o perderse para siempre. Parada sobre el borde de la fuente termal con una pesada piel cubriéndola desde el cuello hasta los tobillos, mantenía el puño apretado encerrando parte de la prenda contra el pecho.

—En este lugar descubrí que te amaba, Kyran.

—Todavía no es el momento —la detuvo—.

Quítate la ropa y entra, el agua compensará los días fríos sufridos en el viaje —ordenó Kyran de mal humor, el solo hecho de saber que Moirg se quedaría sin las ropas lo endurecía y, al mismo tiempo, su furia crecía al saber que no podía tocar a la mujer.

—Kyran... —lo nombró y se detuvo al no

encontrar las palabras con las que continuar.

—No temas, mujer, no puedo tocarte.

—Kyran, te amo —susurró, bajando la vista hasta sus ojos verdes y transparentes. En el pasado, jamás se lo había dicho. Lo amó y lo amaba con desesperación y no quería perder para siempre la oportunidad de decírselo, quizás fueran los últimos días a su lado—. ¿Sientes algo por mí?

—No puedo saberlo, mujer.

Moira entró al agua algo desconcertada por la respuesta de Kyran, el vapor caliente envolvió su cuerpo e hizo que dejara de sentir frío. No se sentó, de pie y de espaldas a Kyran, enumeró los tres hechos que condenaría a toda una cultura.

—Te asesinaré, Kyran, condenaré mi alma y nuestra semilla destruirá las Lochlann y a su gente.

—No hay semilla. No puedo poseerte, ¿lo has olvidado? —objetó risueño y sin hacer comentarios sobre los otros hechos.

A Moira, el comentario sarcástico de Kyran no le hizo gracia, y su rostro adusto hizo que borrara la sonrisa burlona de su cara, él se paró mostrando su desnudez mojada y con la misma seriedad que denotaba Moira, llegó hasta ella para tomarla de las manos y ayudarla a entrar al agua. Se sentaron sobre las enormes piedras del suelo y dejaron que el agua los cubriera hasta los hombros.

—Tienes que creer en mí, Kyran, he viajado en el tiempo, Thor ha cambiado los hilos de mi vida y llegué hasta ti para rescatarte, para rescatarme, salvar a los clanes de Lochlann y a Asghard del olvido eterno. Nadie conoce a nuestros dioses, fueron olvidados. Las grandes cosas hechas por los vikingos se olvidarán en poco tiempo, dejando como único recuerdo de su existencia la violencia, crueldad y terror que dejaron en la tierra. Mis hijos, por sus actos atroces, serán los únicos nombres que sortearán la barrera del tiempo, y no

quiero tener el privilegio o la desgracia de ser la madre de tan siniestros personajes.

—¿Vikingos?

—Así nos llamarán en el futuro. Seres diabólicos, sanguinarios y asesinos que aterrorizaban a los pueblos con sus armas letales y sus cascos con cuernos.

—Qué poco práctico un casco que tiene lugar para que el enemigo pueda tomar a los guerreros y dominarlo con facilidad —se burló Kyran.

—Será en representación al demonio del infierno del que hablan los romanos. —Moirá se volvió para quedar frente a Kyran—. Debes cruzar el portal conmigo para que nada de eso ocurra.

—Te crees muy importante, mujer, para pedir que abandone mis responsabilidades de *hersir*, a mi clan y a mi tierra para seguirte.

—Si no lo soy para ti, déjame en esta isla y vete —lo desafió con dolor.

Kyran sintió su angustia y se acercó, le rodeó las caderas con sus largas y musculosas piernas y tomó sus manos.

—Mujer, no tienes idea adónde te encontrarías ahora si no tuviera interés en ti.

—Entonces, debes creerme, y luego deberás seguirme.

—Nunca dejaría mi tierra por una mujer, el deseo no dominará mi razón.

—Tienes que venir conmigo, Kyran, no puedes quedarte —rogó susurrando. El recuerdo de la tristeza por la ausencia de Kyran en su vida pasada la hizo derramar una lágrima y le empañó la voz.

—Ha llegado el momento, mujer. Habla. Cuéntame otra vez, más despacio y con detalles, como fue esa vida que dices haber vivido.

—¿Estás listo? —preguntó Moirg, y se acomodó mejor entre sus piernas.

—Por supuesto, mujer —afirmó Kyran con

seguridad.

Con inicio renuente, la fuerza de la verdad fue tomando consistencia, y el relato de Moira empapado de angustia llegaba hasta lo más profundo de Kyran. Podía descreer de los sucesos, pero no había duda que los sentimientos de la mujer eran verdaderos.

Con detalles y pormenores, Moira describió cómo le había mostrado por primera vez la fuente termal de la isla de las morsas y surgió en ellos algo que no pudieron controlar; ese día cambió el rumbo de sus vidas, dejaron de lado su tierra, su gente, sus obligaciones para estar juntos y dar una oportunidad a ese amor profundo que, pese a todo, no sobrevivió, quedó trunco y dejó sobre la tierra dos frutos secos, fríos, crueles que serían la condena de todo los pueblos del norte.

Kyran no interrumpía; Moira, cada tanto, preguntaba:

—¿Me crees?

A lo que el hombre solo contestaba con un movimiento indescifrable de cabeza y la conminaba a continuar con el relato.

La cara de Kyran cambió de gestos, hizo mueca de disgusto y frunció el ceño solo cuando Moira comenzó con el relato de la vida que llevaron los hijos de ambos, sin poder detener las lágrimas por el recuerdo de la feroz y cruel historia que por elección vivieron sus hijos. Describió sin omisiones la destrucción que sembraron en su paso, y con sus muertes terminó el dominio de los hombres de Lochlann en el mundo conocido y lentamente toda la cultura del norte se fue perdiendo. La gente, con el olvido de la era de terror padecida, se olvidaba también de sus costumbres y de sus propios dioses, que no ayudaron a desterrar a los demonios que dominaron por tantos años en sus tierras, por eso

los condenaron al ostracismo junto a los hijos del mal, como llamaban a los hermanos Vaeroy.

—Al despertar en este mundo, en esta época, estaba tan confundida como tú, Kyran, no entendía el por qué, creí estar viviendo la peor de mis pesadillas, pero la verdad me fue revelada y comprendí que soy muy afortunada. Los dioses me han dado el mejor de los regalos: la oportunidad de reparar mis errores y ser feliz. He llegado hasta ti para comenzar de nuevo. Conoces la verdad, Kyran, depende de ti creer la historia. El oráculo podrá repetir lo mismo que he dicho, pero solo tú tienes la última palabra. Podemos ser felices, Kyran, pero no aquí, no en este tiempo.

—Si es como tú dices, esta vez no será igual, ya conozco tu más valorado secreto, eres un *berserker* al igual que lo soy yo. Tú también lo sabes, ya no me asesinarás sabiendo lo que se desatará luego.

—¡No es así como funciona, Kyran! —gritó Moira con impotencia—. Solo los hilos de mi vida fueron cambiados, Kyran, no los tuyos. Tu vida tiene los días contados, quizá no te asesine, pero...

—Lo hará tu padre —completó Kyran—. Él es el único que pudo haberte transmitido los dones y ni siquiera lo sabe.

—Tu vida se terminará pronto en este tiempo, tienes que cruzar el portal conmigo —repitió en una orden, estaba perdiendo la paciencia con el hombre, y su actitud poco crédula comenzaba a enardecerla, agregó un dato que había olvidado mencionar—. También asesiné a mi padre.

La frase lo dejó perplejo, según el relato de la mujer, había asesinado a dos *berserker* de Odín en la vida pasada, el caos que eso suponía era de una magnitud impensada, con eso la historia contada por la mujer acrecentaba su credulidad.

—¿Cómo puedo saber que serás alguien tan

importante para mí, si todavía no pude poseerte? ¿Cómo puedo creer en tus historias y abandonarlo todo por ti? —indagó, volviendo a componer una cara cínica, burlona y corrió las piernas que envolvían a Moira—. Después de lo que has contado, lo único que puedo dar por hecho es que no eres una mujer de fiar. ¡No eres mi mujer! —declaró enojado, pero surgió el recuerdo de la furia asesina que despertó cuando vio el daño que su hermano le había provocado con el látigo. La mujer le importaba, eso ya lo sabía, no era solo deseo desesperado lo que sentía por ella, había más, solo tenía que ser capaz de saber cuánto más.

—Ya no habrá impedimentos entre nosotros, la verdad ha sido dicha.

—Si no hay impedimento, te tomaré aquí mismo —carraspeó, estiró las piernas para volver a cercarla y esta vez la aprisionó con fuerza entre sus muslos poderosos, sus manos subieron hasta

que cada una tomó los pechos erguidos de la mujer y acercó su boca hasta quedar a milímetros de su cuello. Moira sintió el respirar pesado de Kyran y la dura erección entre sus piernas. No se movió y no opuso resistencia cuando él comenzó a besarla con frenesí el cuello. Kyran dejó los pechos encendidos, la abrazó por la cintura para amoldarla a su cuerpo y se apoderó de su boca.

El cuerpo de Kyran era espléndido; el sabor de su piel, más delicioso que la ambrosía preparada para los dioses, y sus labios, que derretían de deseo a cualquier mujer, en Moira tenían un efecto mucho más intenso, más profundo y frenético.

Como siempre, el descontrol en pocos segundos se apoderó de sus cuerpos desnudos. No había barreras que impidieran percibir al otro con cada sentido, Moira bajó sus manos para apoderarse de la rígida vara mientras sus lenguas hambrientas se encontraron en una refriega tan intensa como las

mareas del mismo Moskentraumen. No alcanzaban las caricias, los besos y las palabras encendidas para aplacar tanta pasión. El movimiento incesante del agua hacía que se desprendiera una nube de vapor caliente que los cubría y acaloraba los cuerpos sedientos cada vez más. Insertos en la nebulosa que los aislaba del mundo, se desató el más lujurioso y voraz encuentro entre un hombre y una mujer poseedores de los dones guerreros de Odín.

Kyran hizo que Moira se pusiera de pie, con las manos y con su boca se apoderó de ambos pechos para apretarlos, succionarlos y saciarse las ganas reprimidas de saborearlos y manosearlos sin sufrir el dolor inaguantable que en otras ocasiones aparecía en su cuerpo y lo obligaba a dejar a la mujer en el momento que estaba a punto de estallar de deseo. La boca de Kyran producía en Moira estremecimientos violentos, sus manos se anclaban

con fuerza rasguñando la espalda del gigante y lo que pretendió ser un beso en los hombros se convirtió en una feroz mordida que Kyran respondió tomando con más fuerza sus pechos. Los jadeos descontrolados de ambos los alentaba a tomar con más fuerza el cuerpo conquistado. La mano de Kyran se perdió bajo el agua y encontró la unión de las piernas de la mujer. Con un grito gutural, ella adelantó la cadera para facilitarle el camino que no necesitaba indicación, pero que arrimó a las manos del hombre. Los dedos de Kyran se perdieron en un canal líquido más caliente que lava de volcán, pero en el que no duraría en zambullirse. La pasión nublaba la vista y la fuerza de ambos, iban debilitándose por el deseo no satisfecho, la única forma de recuperar sus fuerzas era convirtiéndose en uno solo. Los gritos y jadeos quedaron atrás, no había otra manera de desahogar la pasión que no fuera

fundiéndose uno con el otro. Con la poca fuerza que le quedaba, Kyran apartó a Moira unos centímetros para observarla, los ojos de llamas azules de la mujer se clavaron en su propia mirada de llama azul, se quedaron así por varios segundos, respirando agitados, mirándose profundamente y escuchando los latidos del propio corazón retumbar en sus cabezas, hasta que Kyran tomó las caderas de la mujer y la alzó para empalarla en su duro miembro.

El acto no debía haber durado más de dos segundos, para Moira fue toda una eternidad la espera que Kyran la tomara en sus brazos, le acomodara las piernas a ambos lados de sus caderas, se pusiera en una posición cómoda y finalmente la penetrara hasta lo más profundo de su cuerpo. La secuencia, como en cámara lenta, le produjo temblores, le secó la boca y le hizo aguantar la respiración para soltar un poderoso

grito de alivio al sentir la gloriosa invasión. La isla se estremeció con el bramido de Kyran, el rugido conquistador del gigante hizo temblar las aguas de la fuente tanto como temblaba él mismo.

Las piernas de Moira abrazaban a Kyran por la cintura, y su miembro anidaba en lo más profundo de su cuerpo, así la llevó en andas hasta el lugar donde quedaron las pieles sobre las rocas formando un lecho en el cual, con suavidad, Kyran depositó a Moira para quedarse sobre su cuerpo y comenzar con el placentero balanceo ancestral que unía a hombres y mujeres desde el principio de los tiempos. Kyran fue suave, sabía que el cuerpo de Moirg nunca había sido poseído, él la había despojado de su virginidad en un acto desesperado, pero eso no podía compararse con la posesión de la que estaba disfrutando, y quería que la mujer sintiera tanto goce como él. Podía ver en los gestos, oler en el sudor y observar en los ojos

turbulentos de la mujer que placer era lo único que sentía, y eso lo enardecía aún más. Moira se deleitó con las acometidas medidas por un tiempo corto, necesitaba una posesión poderosa, como ameritaba un encuentro entre guerreros *berserker* y el tiempo de represión y espera para concretar aquella unión. Ella inició un movimiento más ágil, agitando las caderas y provocando una fricción más frenética. Kyran sonrió ante el atrevimiento de la mujer y la dejó hacer hasta que su resistencia declinó y él se hizo cargo de la iniciativa, la tomó de las caderas para fijarla a su cuerpo y procuró embates enloquecidos y profundos. Los jadeos regresaron más impetuosos a sus gargantas y no eran reprimidos por ninguno de los dos, la isla se llenaba de gritos de lujuria y vibró cuando Kyran rugió al llegar el momento de volcarse en el cuerpo de Moira.

Eran *berserker*, eran guerreros de sangre

caliente y apetitos voraces, la primera vez fue solo el inicio.

Se fusionaron, se amaron, se poseyeron y se entregaron hasta que el cansancio llegó como bálsamo reparador y sus cuerpos cayeron rendidos al sueño, nos les importó el frío de la roca sobre la que estaban tendidos, no lo sentían. Se quedaron abrazados, y así durmieron durante todo un día. Al despertar del tercer día, Kyran se unió a sus hombres, que ya tenían un buen número de animales en la bodega de la embarcación y se sumó al trabajo de terminar con la cacería.

La verdad de Moira era difícil de creer, pero historias más complicadas fueron repetidas y explicadas por Gardar. Kyran descubrió que hechos muchos menos creíbles fueron protagonizados entre dioses y hombres, pactos fantásticos que dieron orígenes a las creencias de las Lochlann y fueron hacedoras de sus héroes.

Una alegría indescriptible embargaba a Moira, mil doscientos años de tristeza tuvieron que pasar para que pudiera sentir esa liviandad espiritual que la hacía sentir en las nubes, nunca en su vida se sintió tan libre, tan dichosa, tan alegre, tan satisfecha y tan optimista. El mundo era maravilloso, los dioses eran maravillosos, y Kyran era maravilloso. Horas gloriosas pasó en sus brazos, valió la pena esperar tanto tiempo para estarlo, no se lo había dicho, pero estaba segura que Kyran se sentía de la misma manera. Desde que se levantaron del lecho de pieles, lo había visto sonreír, y todo lo hacía con el buen humor a flor de piel. Sus hombres miraban sorprendidos el cambio en el semblante de su *hersir*, que hasta hacía tres días transitaba por un período de mal humor sostenido y actuaba como un verdadero déspota con sus hombres, obligándolos a realizar trabajos durísimos.

Cinco días permanecieron en la helada isla de las morsas y antes de marchar, decidieron levantar un altar a Fryr, dios de la buena cosecha, la cacería y la abundancia, y otro a Freya, por su bondad y por el buen tiempo que acompañó al grupo durante la cacería en la isla.

Fue tiempo suficiente para que Kyran reconociera lo importante que era Moirg en su vida, de reconocer que haberla poseído fue como imaginó que sería. La mujer lo dejó total y absolutamente satisfecho desde la primera vez. Su insaciable apetito sexual había sido complacido en cada oportunidad. Cada eyaculación en el cuerpo de Moira fue una experiencia tan gloriosa que la única manera de honrarla era haciéndolo otra vez y otra vez... y otra vez. Lo que sentía al terminar de poseer a la mujer solo podía compararlo con el sentimiento que experimentaba después de la batalla ganada, la misma orgullosa y placentera

sensación. Moirg era la mujer. Todos los hombres maduros del clan que conocían su decisión de mantenerse solo, habían advertido a Kyran que cuando apareciera la mujer indicada, mandaría al mundo de Hel sus planes de no aceptar compromisos con las mujeres.

La carga lista, la nave preparada; con ese cargamento de alimentos, el clan entero podría pasar el invierno sin tener que racionar la carne. Ya en viaje hacia las islas del oráculo, Kyran pensaba en lo bien que lo habían hecho sus hombres sin él. Si llegaba a faltar en el clan, ellos, sin ningún problema, podrían abastecerlos de alimentos. Steinn y Asgueir continuarían con el eficiente entrenamiento de los guerreros, y su padre se haría cargo de los destinos de los Vaeroy. Harek maduraría lo necesario para afrontar esa responsabilidad en un futuro lejano, y contaban con la protección de los clanes aliados de las

Lochlann. Podría enviar un mensaje al *konungr* Sigurd Ingunn informando la traición del *hould* de Vest-Agder y la alianza con el *hould* Narvjk para atacar Hordaland en invierno, y de esa manera dejar protegido al clan de la batalla de la que habló Moirg. También podría sugerir al *konungr* que convocara a Harek para que colaborase en las tareas de patrullaje de las zonas limítrofes; de esa manera, Harek se mantendría alejado de Hordaland y no podría conspirar contra los deseos de unificación del *konungr*. Según Moira, sus días llegaban a su fin e irremediablemente dejaría las Lochlann para siempre y su destino era fundirse con la energía, no entraría al Valhalla, no se uniría al ejército de Odín en el Raganok, ni siquiera se uniría al reino de Hel; simplemente, se evaporaría como el agua en la bruma que emerge de los mares para después perderse eternamente a la salida del sol. Su destino no era prometedor en la vida, y

mucho menos en la muerte.

Desembarcaron en la isla de los lobos, allí el sol iluminaba sobre el horizonte más horas que en la islas de las morsas y no había tanta bruma sobre el mar, pero el tiempo había cambiado y llegaron al lugar en medio de una feroz tormenta de nieve que los obligó a buscar refugio y permanecer ocultos por dos días antes de poder llegar al oráculo. El tercer día de estadía en la isla, Kyran llamó a Gardar, pero antes de alejarse con él hacia la costa donde habían encontrado a Moirg, hizo una extraña recomendación a sus hombres para no tener inconvenientes en el camino de regreso a Hordaland.

—*Hersir*, los hombres no lo han hecho, pero yo no puedo dejar de preguntar por qué ha indicado el camino a tomar para regresar a Hordaland

—Quizá no regrese, Gardar —dijo y sentándose en una piedra que dejaba contemplar el

horizonte marino, le contó la historia que había oído de Moirg.

Gardar solo dos veces interrumpió el relato de su *hersir*, una, cuando no se sintió identificado bajo la palabra *vikingo*, como los llamaban los hombres en el futuro, y otra, cuando Kyran relató sobre los cascos con cuernos que utilizarían sus hijos para aterrar a los hombres de las tierras del sur simulando ser demonios del infierno. Fueron los únicos dos hechos que llamaron su atención, todo lo demás fue oído con atención hasta el final.

—Si la mujer dice la verdad, ¿se irá con ella?

—¿Tú crees que la dice? —preguntó, evadiendo la respuesta que todavía no tenía para sí mismo.

—Sí —afirmó sin dudar—. Nadie puede sobrevivir al Moskentraumen sin la ayuda de Thor, es evidente que cuenta con su protección, no sería extraño que el dios hubiese rescatado su alma.

—Nosotros hemos sobrevivido.

—Thor así lo deseaba. Él nos guió hasta las islas del Oráculo para que encontremos a la mujer. Los dioses la marcaron con la luz azul. Yo lo he visto aquel día.

—Luz que solo tú viste.

—*Hersir*, yo creo que debe hacer lo que debe hacer, y si los dioses hicieron que el destino se torciera para volver a juntarlos, no debe desoír las señales.

—Tendría que dejar Hordaland para siempre.

—Una Hordaland que se destruirá en pocos años y será condenada al olvido eterno si no lo hace.

—La mujer puede estar mintiendo.

—El oráculo está cerca, *hersir*. Si la mujer dice la verdad, se abrirá el portal del tiempo, y tienen una sola oportunidad para cruzarlo, después se cerrará para siempre y los destinos quedarán

sellados. ¿Dejará que la mujer cruce sola el portal?

—¿Contarás esta historia en las noches de invierno en Hordaland?

—Será una leyenda —aseguró Gardar y luego agregó con las palabras entonadas como las que utilizaba en sus relatos—. *Hersir*, en ocasiones, la batalla más difícil del guerrero es evitar la batalla y si tiene la grandeza para hacerlo, puede salvar a su pueblo.

—¿Qué pasará con los Narvjk cuando se enteren que su hija no regresó? —preguntó.

—Tampoco regresará. Freya ya debe tener un plan.

—Confías demasiado en la diosa Freya.

—Debería hacer lo mismo, *hersir*.

Gardar se alejó para dejarlo a solas, una decisión importante debía tomar. No le hubiese gustado nada estar en las botas de su *hersir* en

esos momentos, pero era algo que debía resolver solo. Él colaboró contando todo lo que sabía y, además, aportando su punto de vista. Gardar también debía tomar decisiones importantes, era la persona a quien su *hersir* le había confiado su secreto, y eso lo convertía en responsable de la historia que contaría en el clan cuando llegara sin el *hersir* Kyran Vaeroy y sin la hija del *hould* del clan enemigo. No tenía dudas que debería armar una historia de las buenas, los gritos y rugidos oídos en la isla de las morsas eran evidencia real que su *hersir* jamás abandonaría a la mujer; si ella tuviera que vivir en el mundo de Hel, en el Niflheim, Kyran se sacaría los ojos para estar en las tinieblas junto a ella.

La tormenta de nieve de los días pasados formó nuevos pasajes helados y destruyó otros, por suerte o por un capricho del destino, las islas del oráculo se unieron en un aquelarre blanco y tan

frío que hacía arder la piel. Kyran y Moirg no necesitaron de la embarcación para llegar al centro, el camino blanco las unía y había quedado un espacio acuoso en el centro para que aquellos atrevidos humanos, que se disponían a invocar al dios de las tempestades y recibir información del más allá, tuvieran un espejo de agua en el que asomar sus rostros antes de obtener las respuestas que fueron a buscar. Caminaron con tranquilidad hasta el centro.

Gardar, con los demás hombres, estaba del otro lado de la isla preparando la embarcación para el regreso a casa. Salvo este, el resto no sabía lo que la pareja estaba haciendo en el Oráculo.

Sin titubear, se colocaron uno pegado al otro, Moira miró a Kyran, se alzó en puntas de pie y le dio un beso en la mejilla.

—Debes decidir, Kyran, tienes poco tiempo para hacerlo.

Moira, a pesar de las gruesas pieles que envolvían su cuerpo, temblaba, lo que indicaba a Kyran que no era el frío lo que hacía que el cuerpo de la mujer se estremeciera; sus ojos estaban cristalinos, era la más pura esencia de la mujer la que estaba frente a él ofreciéndole un amor que no sabía si merecía o si podía corresponder.

Él le sonrió, se puso de cuclillas sobre el hielo en el borde del camino de hielo e hizo que Moirg hiciera lo mismo, acomodaron entre sus manos las mitades de la piedra rúnica que había permitido a Moirg llegar a ese tiempo y, con suavidad, las fueron bajando unidas, la luz azul que destellaban las iluminaba y un círculo azul se fue formando en las aguas; de repente, como un pensamiento sincronizado, se detuvieron a milímetros de la superficie marina.

—El portal te succionará —advirtió—. Si no quieres cruzar, puedes volver a la isla con los

hombres.

—Tengo que saber la verdad de los dioses. Si no quiero cruzar, te aseguro que no lo haré — declaró con firmeza, y sus palabras rudas hicieron pensar a Moira que esa era la última vez que vería a Kyran.

—Te amo, Kyran.

Ni bien las manos destelladas de azul se sumergieron en las heladas aguas, una onda cálida emergió desde el centro del Oráculo y comenzó un lento movimiento en las corrientes. Los dos se miraban a los ojos con intensidad, estaban inclinados sobre el borde de la superficie helada. Kyran notó la incómoda posición en la que quedó Moirg y la tomó de la cintura para pegarla a su cuerpo y ayudarla a mantener la posición.

—No ocurre nada —dijo Moira con calma, disfrutando del calor del cuerpo de Kyran a sus espaldas.

—Espera, Gardar dijo que esto puede llevar un tiempo.

La luz azul, sin previo aviso, comenzó a subir por el brazo de Kyran, se podía ver en sus venas como ascendía y se extendía a la velocidad del viento por todo el cuerpo del gigante.

Las ráfagas comenzaron a soplar y a ensordecen con un rugido aterrador, la bruma se condensó alrededor de ellos y empezó a girar a una velocidad vertiginosa. Kyran estaba paralizado en un segundo, y en el otro, tan agitado como las aguas del mar. Se convulsionaba sacudiendo su cuerpo con violencia, la furia de las corrientes despertaron tan esporádicamente como la respuesta que recibía Kyran. Ninguno de los dos podía sacar las manos de las aguas que comenzaba a abrir el vórtice. Moirg miró hacia arriba, y el cielo celeste era un círculo pequeño al final de un cono de bruma, rayos y espuma.

Kyran se dejó guiar, no opuso resistencia en el Oráculo, estaba preparado para recibir todo lo que debía recibir de los dioses y lo aceptaría de la manera que le fuera entregada.

Moira podía sentir la entrega de Kyran, estaba laxo nutriéndose de la información suministrada y no tenía noción de lo que pasaba a su alrededor. Sabía que, al final, él tendría que decidir y no estaba segura de lo que pasaría, de lo único que estaba segura era de que debía regresar. Kyran tenía dos alternativas, quedarse en su época hasta que los hilos de su vida que tejían las Nornas se cortaran exactamente en la misma medida que en la oportunidad anterior o abandonar su tiempo y traspasar con ella el túnel que se abriría una sola vez para concluir con la oportunidad que los dioses habían dado a Moirg, solo viable en el nuevo tiempo que transitaba el alma de Moira.

El remolido ganaba intensidad, y Moira

comenzó a asustarse de la fuerza trascendental que estaban enfrentando, el hielo que pisaban se resquebrajaba y estaban a punto de ser absorbidos por el vórtice, quería sacar a Kyran del trance para darle la última oportunidad de decidir el destino que elegiría, pero las cosas sucedían demasiado rápido. De la misma manera que ocurrió en la torre de la isla de Camelot, el tiempo se diluía en la nada.

—¡Kyran! ¡Kyran! —gritó, sacudiéndolo con fuerza, sabiendo que eran las últimas palabras en ese tiempo. Moira pudo desprender la mano de las aguas que la habían apresado y también de la de Kyran y se alejó unos centímetros del borde que se perdía bajo sus pies—. ¡Kyran, despierta! —gritó desesperada.

Kyran abrió los ojos y le sonrió.

—No temas Moirg, cruzaremos juntos —dijo tomándole la cara para pegarla a él.

El viento rugía con furia, las olas comenzaron a crecer y a romper los bloques de hielo que con fuerza se estrellaban contra las rocas de las islas, rayos de sol y de tormenta regalaba Thor en un espectáculo impresionante, al tiempo que el abismo se abría bajo sus pies. Kyran y Moira, tomados de la mano, comenzaron a transitar el pasaje caótico. Ya no podían ver el borde del vórtice, y el círculo celeste de cielo al final del remolino que había sobre las aguas comenzaba a desvanecerse. La marcha de Moira fue interrumpida; como un pez arponeado, fue izada del hoyo. Kyran, desesperado, intentó volver a la superficie, pero era demasiado tarde su realidad comenzaba a cambiar, sus ojos se nublaban, sus oídos ya no oían los gritos de la mujer. Con sus últimas fuerzas, levantó la vista y enfocó la mirada en la lejana luz azul que se veía al final, y la sonrisa del dios Loky en la cara de su hermano

Harek fue lo último que vio antes de cerrar los ojos y abandonarse a aquella fuerza descomunal a la que no podía vencer.

Capítulo XXIII

—¡Harek, suéltala! ¡Te mataré, Harek! ¡Juro que te mataré! ¡Moirg, te salvaré!

—Airan, tranquilízate, debemos salir de aquí, esto se está hundiendo —gruñó Alan, llevándose lo por las escaleras a la rastra, parecía poseído y gritaba incoherencias.

—¡Tengo que regresar! ¡Debo salvar a Moirg! —gritó, zafándose de los brazos de Alan y podría haber subido la escalera si en ese momento Ismael, uno de los tripulantes del yate, no aparecía y ayudaba a Alan a dominarlo. Juntos lograron sacarlo antes de que la abertura quedara totalmente inutilizada por el crecimiento del agua y hubieran tenido que volver a la torre para escapar por otro sitio. Se vieron obligados a sumergirse y con

mucho esfuerzo entre los dos hombres lograron que Airan también lo hiciera para sortear el agujero abierto en la pared, que, por fortuna, con la fuerza del agua se había agrandado.

Alan emergió primero, seguido de Ismael. Los dos se miraron y con rapidez inspeccionaron los alrededores, al observar que Airan no había levantado la cabeza del agua, se sumergieron otra vez para ayudarlo a salir. El rescate fue oportuno, Airan se había quedado sin sentido. Salir de los vestigios de la isla fue extremadamente difícil con Airan inconsciente, los dos hombres debieron nadar en algunos tramos y arreglárselas para que su carga inerte siempre tuviera la cara fuera del agua. Lo que quedaba de la isla eran dispersos cúmulos de piedras en los cuales podían apoyarse y retomar fuerzas para volver a echarse al agua hasta llegar al siguiente, el movimiento era incesante y las furiosas olas lo hacía todo más

complicado.

En un alto, en unas de las elevaciones rocosas más sobresalientes, Alan bajó su carga y con las manos le hizo señas al hombre de la tripulación para que aguardara a que retomara el aire antes de regresar al mar para seguir el camino.

—Esperad —dijo jadeando, con la voz entrecortada—. ¿Qué sabéis de los demás?

—Están en el barco —contestó Ismael más entero, no había cargado a Airan en esa parte del camino.

Alan se acomodó mejor en la cresta y se tomó unos minutos para inspeccionar a Airan, la repentina pérdida del conocimiento era muy extraña y lo que le vino a la mente era que podría haber golpeado la cabeza con algún trozo de escombros mientras pasaba por la abertura de la pared de la torre.

—No tiene cortes, no sangra por ninguna parte

del cuerpo —determinó en un suspiro, y luego continuó con el interrogatorio—. ¿Cómo sabes que los chicos han llegado al yate? ¿Selene está allí?

—Sí, todos están a bordo —lo tranquilizó el tripulante—. Bajamos para dar la voz de alerta, el radar mostraba un crecimiento rápido de aguas que estaban llegando para chocar contra la isla y corrimos con los chalecos salvavidas para todos —diciendo esto, Ismael se sacó su propio chaleco salvavidas y entre los dos se lo colocaron al desfallecido Airan—. Ellos pudieron ponérselos y salieron hacia el navío. Los que estaban en el interior de la ruina dijeron que el capitán, su amigo Benjamín, su novia y tú estabais en la parte superior de la torre, los llamé a gritos mientras los demás salían del lugar, pero no respondíais. Estaba montando las escaleras cuando llegó la oleada que hizo que perdiera los chalecos —se lamentó culpable.

—No te preocupes por eso hombre, has salvado la vida de muchos hoy —lo tranquilizó Alan y se quedó con el dato que manejaba Ismael. ¿Novia? ¿Se refería a Moira? No había tiempo para nimiedades conceptuales, por eso no aclaró el error de Ismael.

—Benjamín no ha salido de la torre.

—Benjamín debía sacar a Moira, algo extraño sucedió allí arriba —comenzó a decir, pero no estaba en condiciones de analizar nada, por eso compuso un gesto optimista y proclamó—. No perdamos la esperanza, amigo, Benjamín todavía tiene la posibilidad de escapar por la parte superior de la torre y acabar del otro lado. No sabremos si está en el barco hasta que no lleguemos —aclaró.

—Todo lo sucedido hoy fue extraño —dijo Ismael antes de acomodar la carga de turno y continuar nadando.

Airan se revolvió inquieto y abrió los ojos. Su reacción era desmedida para los dos hombres que estaban con él. Habló en un extraño idioma, y en sus ojos había un desconcierto que iba más allá de la preocupación por los sucedido. Como pudieron, los hombres lo detuvieron para que no se zambullera en el agua, el grito desesperado de Airan era desgarrador pero incompresible. Lo mismo que las palabras que Alan e Ismael decían para que se tranquilizara, todo era un enredo de gritos y forcejeo. De un momento a otro, Airan dejó de moverse para entrar en una sacudida incontrolable.

—¿Qué le ocurre? —gritó Ismael.

—No lo sé, parece un ataque. ¡Dios Mío! ¿Qué hago? —se lamentaba Alan, desesperado—. ¡Airan! ¡Airan!

—¡Dejó de respirar!

—¡No puede ser!

Ismael se movió más rápido que el aturdido Alan, acomodó a Airan en una posición más cómoda para buscarle el pulso y al no sentir movimiento ni el aliento de Airan, comenzó con la reanimación cardiopulmonar.

—Está muerto —dijo Alan al ver que Ismael comenzaba con los masajes reanimadores, sin poder salir del atontamiento.

Una ganzúa de tres ganchos, que producía pánico solo de verla, penetró en su espalda, traspasó la gruesa piel de oso que le cubría el cuerpo y su propia piel. No sentía dolor, la ira era una sensación mucho más intensa.

—Suéltame, Harek —indicó sin levantar la voz cuando sus ojos quedaron al mismo nivel.

—Vendrás conmigo, Moirg Narvjk. ¿No agradecerás el haberte salvado la vida?

—Eres un idiota, Vaeroy.

—Eres una mujer muy desagradecida, Moirg. Mi hermano no era muy dado a recibir palabras agradables, pero de ahora en adelante deberás aprender a usarlas muy a menudo.

Moira controlaba la ira y al *berserker*, no quería que Harek supiera su secreto, todavía. El hermano de Kyran llegó con hombres que reconocía como del clan de los Volvaer. En el instante que comenzaba a cruzar el portal abierto por Thor, el látigo de Harek la enlazó, y después una ganzúa al final de una lanza le impidió zafarse de la captura. El hielo que tapizaba el mar entre las pequeñas islas rocosas que formaban el Oráculo ayudó para que la tempestad no fuera tan violenta e impidió que Harek con su nave fuera arrastrada hasta el vórtice. Después que Moira fue izada del hoyo en el mar, el vórtice se cerró y las aguas rápidamente volvieron a su tranquilidad habitual.

—Suéltame, Harek —repitió con calma.

—Ya no habrá impedimentos para que seas mi esposa, Moirg, Kyran ha muerto —recalcó sonriente

—Mi padre siempre decía que Kyran terminaría como su propio hermano, y no se equivocó. Solo le faltó vaticinar que sería a mitad de la edad en la que mi tío se perdió en el mar.

La ganzúa de tres ganchos fue colgada en uno de los mástiles de la vela con su carga auestas. Moira dejó que sucediera, quería ver cuántos hombres estaban con Harek y dónde estaban los hombres de Kyran, desde la altura donde la colocaron tenía una visión panorámica. Los hombres de Kyran se acercaban.

—¿Por qué estás aquí, Harek? —preguntó.

—Mujer, espero palabras de agradecimiento, no un interrogatorio. No bajarás de ese gancho hasta que no las haya oído.

—¿Qué dirás a los hombres de Kyran?

—¿Los hombres de Kyran? ¡Son hombres Vaeroy, al igual que yo! —exclamó indignado—. Eres tú la que debe preocuparse, vi cómo arrojabas a mi pobre hermano al hoyo del mar.

—No te creerán.

—Eso no importa. Ellos me obedecen, creyendo o no.

—¡Harek! ¿Qué ocurrió? ¿Dónde está Kyran? —preguntó Gunnar, llegaba saltando entre los bloques de hielo desprendidos.

—El mar se lo tragó —afirmó, no estaba por decir nada más, pero la mirada desconfiada de Gunnar lo obligó a continuar—. Creo que la mujer Narvjk lo empujó para que cayera. Es prisionera por asesinar al *hersir* Vaeroy —informó y no hizo más que intensificar el descreimiento de Gunnar.

Los otros se acercaban en la nave de Kyran, ya estaban a solo cincuenta metros de ellos y con

claridad podían oír las palabras de Harek.

—¡Gunnar! —lo nombró Harek en una orden para que el hombre no se atreviera a dudar de sus palabras—. ¿Dónde estaban cuándo la mujer atacó a mi hermano? ¡Era deber de todos vosotros proteger a su *hersir*!

—Preparábamos las naves del otro lado de la isla para regresar a Hordaland —informó a no más de diez metros de distancia—. El *hersir* Vaeroy no necesitaba protección cuando retozaba con la mujer —lo provocó el guerrero.

—Cuida tus palabras, Gunnar, esta mujer ya no pertenece al *hersir*, es mi prisionera.

Gardar estaba por replicar, pero a una señal de Moira no dijo nada. El hombre sabía de su condición, sabía de la condición de Kyran y lo que hacían en el oráculo. Todo lo que Harek decía era mentira, pero era peligroso para él contraatacar al hijo del *hould*.

—La mujer morirá en poco tiempo si la llevas de esa manera, comienza a congelarse y se desangrará —señaló, entonces, Gardar, y era cierto, el agua que antes goteaba del mojado vestido se había convertido en hilos de hielo que llegaban hasta los pies colgados.

—Bájala, Orn —ordenó a uno de los hombres que lo acompañaba.

—¿Qué haces aquí, Harek? —preguntó Gunnar.

—Tenía un mal presentimiento, por eso decidí alcanzarlos. No me equivoqué.

—Has llegado tarde —replicó Gardar.

—No para impartir justicia —determinó—. No hay nada más que hacer aquí. Regresaremos.

Los hombres se quedaron en sus lugares ante la orden de Harek, todos miraron al mismo tiempo hacia Moira, que ya no colgaba del mástil pero estaba todavía anclada al gancho letal, y ella asintió con la cabeza. Las embarcaciones se

movieron con lentitud para fijar el rumbo, y la voz de Gunnar se alzó sobre el ruido de remos y las olas que chocaban contra los cascos de las naves.

—Y si el *hersir* Vaeroy aparece.

—Vi cuando el hoyo se tragaba a mi hermano. Debe estar junto a Hel en este momento.

—El *hersir* Vaeroy es muy fuerte, puede superar cualquier tempestad —intervino Gardar.

—Kyran no volverá —dictaminó Moira.

Un potente golpe con el puño cerrado impactó de lleno en su rostro antes de terminar de pronunciar la última palabra, pero Moira no lo sintió y apenas se movió un poco.

—¡Tú, hechicera, cierra la boca! —ladró Harek después de golpearla—. ¡Vamos, muévanse! —gritó a los hombres de las dos naves.

El movimiento se reanudó, pero Moira no obedeció a Harek.

—Gardar, sabes lo que tienes que hacer. Ya no

tendrás que llevar el mensaje al *konungr* Sigurd Ingunn —gritó.

—Entiendo —dijo Gardar—. Será un alivio. Ha sido un honor Moirg Narvjk. Díselo al *hersir* —fueron las últimas palabras e inmediatamente se alejó con la nave.

—¿De qué hablan? ¿Qué mensaje? —preguntó Harek enceguecido de ira y ensartó más profundo el gancho en la espalda de Moira.

Los hombres de Kyran no miraron atrás, sortearon los bloques de hielo y se perdieron tras la primera isla rocosa que estaba a su paso.

Moira dejó salir su furia, y sus ojos se encendieron. Los hombres Volvaer, al notar el cambio, retrocedieron. Harek no podía verla, él estaba de espaldas a la mujer, pero no le pasó desapercibido el movimiento asustado de los hombres.

—¿Qué ocurre con ustedes? ¿Temen a una

mujer?

—Deberías temer también, Harek. Yo lo haría —disertó Moirg con tranquilidad.

Se movió con tanta rapidez que ninguno de los hombres podría afirmar qué había ocurrido, pero en un momento, Harek malhería a la mujer, y en el otro yacía ensartado con una de las puntas de la ganzúa. No fue necesario que la mujer se librara del arma para usarla a su favor, había movido el cuerpo de tal manera que una de las puntas que sobresalían en su espalda se clavó en el cuello de Harek.

—¿Decías? —preguntó Moirg y oía el barbotear de Harek a su espalda.

Los planes de Harek de sorprender a su hermano en el penumbroso camino de regreso y atacar con sus famosas flechas envenenadas para deshacerse de la mujer Narvjk se desbarataron cuando la nave de regreso desembarcó en las

rocas que formaban el Oráculo. Harek, con los hombres Volvaer que había convencido para hacer el viaje, esperaban un poco más al sur. Cuando comenzó la tempestad, pensó en aprovecharla en sus propósitos y se acercó a las islas. Alcanzó a reconocer a Kyran junto a Moirg justo en el centro del oráculo, antes de que la bruma, el viento y el mar los envolviera. Los hombres que lo acompañaban pensaron en huir de la lucha de las mareas que provocaba Thor y del que conocían que nadie salía vivo, y no se habían equivocado porque Harek degolló a dos antes de tener su completa obediencia. Con cuidado y resguardándose entre los bloques grandes de hielo que se rompían con la furia del mar e impedían que la embarcación fuese arrastrada, Harek esperó el momento oportuno para intervenir en aquella reunión privada. Sus planes se revirtieron, no sabía el motivo por el que su hermano se había

entrometido en aquella caótica tormenta, sin embargo, que él no sobreviviera y la mujer sí era un panorama mucho más alentador para él. Barboteando su propia sangre, a instancias de la muerte, Harek comprendió la verdad: Moirg Narvjk era un guerrero de Odín. «¡Maldición!», fue su último pensamiento.

Moirg tiró el cuerpo de Harek al mar, dejó a los hombres Volvaer en las islas de los lobos, detrás de las islas rocosas del Oráculo, para que la muerte helada los encontrara con rapidez, y guió la nave hacia la isla de las morsas. Recién allí dejó salir toda su frustración y su dolor.

Había ocurrido otra vez, no podía creer su destino, creyó que había atravesado el portal del tiempo para redimir sus errores, y los había cometido nuevamente. Ella tendría que haber pasado con Kyran el portal para guiarlo hacia el tiempo que esperaba con los cuerpos que

albergarían a sus almas, él no podía hacerlo solo. El conjuro la protegía a ella. El alma de Kyran se había perdido en la nada y su cuerpo se fundiría con el mar. Kyran no estaba solo muerto, había desaparecido. Ese conocimiento era tan triste y desgarrador que apenas podía respirar. A Moirg no le interesaba su vida en el siglo veintiuno, no le interesaba su vida en el siglo nueve, no le interesaba su propia desgracia ni su castigo, solo podía respirar o dejar de hacerlo para no sentir ese dolor que oscurecía su alma.

—¡No! ¡No! ¡No puede ser! ¿Por qué? ¿Por qué? —era el lamento desgarrador que repetía una y otra vez en la colina más alta de la isla de las morsas.

Había flaqueado y no resistió el deseo de entregarse al hombre que amó por mil años. Para ella, ese acto sublime y maravilloso pero egoísta fue el que desencadenó toda aquella tragedia. La

protección que cruzó con ella el portal tenía su propósito, y al final desoyó la advertencia. De todo era la culpable. La responsabilidad del fracaso de aquella segunda oportunidad era suya. Ya no podía culpar a los dioses, ya no podía invocar una traición por desconocerse a sí misma, ya no tenía consuelo. Lo único que restaba era confirmar un embarazo, y todo estaría perdido.

Con viejas imágenes de sus hijos destruyendo todo a su paso, Moira se tendió en la orilla de la fuente termal de la isla y allí se quedó para que la eternidad la encontrara en esa posición. No pensaba moverse de ese lugar. No había muerte para un *berserker*, solo la decisión de Odín de arrebatarse el poder otorgado podía librarla de la vida, pero el poderoso Odín la castigaría con una larga y penosa existencia, y a su alma, con la tristeza eterna por destruir a un guerrero *berserker*... por segunda vez. La nieve empezó a

caer con fuerza, el vapor del agua caliente provocaba que los primeros copos se evaporaran antes de tocar la superficie rocosa que bordeaba el agua, pero la tormenta desatada era tan intensa que el calor no lograba apagar todos los cristales que caían con violencia impulsados por el viento ártico y, poco a poco, Moirg se cubrió con un manto blanco de la oscuridad reinante en el lugar.

Capítulo XXIV

Sus ojos se abrieron de repente, la luz del sol bañó su rostro, rodó unas vueltas sobre sí misma y se dejó caer al agua termal. Su cuerpo se hidrató ante el primer contacto con el agua. Su mente estaba lúcida, entendía y comprendía cada acto. La nieve desapareció de la superficie de la isla y un perfume dulzón anunciaba que la vida florecía. El tiempo del dios Balder había comenzado, y en su cuerpo nada había florecido. Dolor y angustia acompañaron ese descubrimiento, además, su cuerpo adormecido se cobró con dolorosas punzadas el largo tiempo de inmovilidad al que fue sometido.

Un recuerdo hizo que Moira abandonara su letargo, no todo estaba perdido. Su mente la

impulsó a levantarse cuando repasó el día en que Airan se paró ante ella y con galanteos propios de un animal haciendo el cortejo a una hembra tomó con sus manos la piedra que él mismo le obsequiara varias vidas atrás. Ese contacto había desatado todo lo que ocurrió, y eso solo podía significar que el alma de Airan no se perdió en la nada. Él había sorteado el castigo de los dioses tanto como ella, y era posible que hubiera pasado el umbral del tiempo y estuviera con vida en otro. Abrumada por el dolor, había olvidado pequeños detalles que después de descubrir su verdadero objetivo en aquel tiempo, le parecían extraños. En principio, creyó que Airan vio el paisaje de las praderas de Camelot antes de cruzar el portal del tiempo influenciado por el poder que ella irradiaba y se trasmitía a Airan por el contacto directo, y después, que Kyran hubiera sido el primero en descubrir que era una guerrera de Odín

también le resultó asombroso, sin embargo, tenía que tener en cuenta que si los hechos contaban con la intervención de Odín, se podía esperar cualquier cosa, por eso los detalles pasaron desapercibidos.

Con el cuerpo endurecido, congelado, pero con la mente corriendo a la velocidad de la luz, repasó una y mil veces lo ocurrido en sus dos vidas: la mano de Airan tomando la piedra y el cosquilleo que sintió en el cuerpo en el mismo instante en que la tocaba desencadenó una reacción de pensamientos que hiló y llegó a la conclusión de que Kyran estaba protegido por la misma fuerza que ella y su alma nunca había perecido en el vacío.

Deducir aquello había devuelto a Moira la voluntad de moverse, tener la mínima esperanza de saber que Kyran podría estar vivo en algún lugar del tiempo y que su alma fue redimida, le daba la

fuerza suficiente para aguantar su propio castigo con estoicismo, un día a la vez, una noche a la vez, una semana a la vez, una vida a la vez, una eternidad a la vez... no importaba si el alma de Kyran existía.

Con una energía renovada, Moira se sentó en la orilla de la fuente evocando el momento hermoso que allí vivió junto a Kyran. Sentada en la ribera se quedó. Sola. Sola. Buscándolo con la mirada perdida en el horizonte, sus ganas de verlo lo materializaban sobre el vaivén de las aguas. Esperándola, llamándola, pidiéndole que regresara a su lado, que no lo abandonara. Podía oír su voz si cerraba los ojos y prestaba atención a los sonidos del viento.

Airan respiró con fuerza, y sus latidos no dejaban duda que la vida había vuelto a su cuerpo. Ismael y Alan, lagrimeando, se volvieron sobre él

al sentir el movimiento, las aguas estaban a punto de cubrir la roca en la que estaba apoyado, y los hombres discutían cuál era la mejor forma de llevar el cuerpo hasta la nave, pero ya no era necesario, Airan revivió. Un par de ojos de un celeste más intenso que las aguas del océano que los rodeaba miró a ambos hombres.

—Rescataré a Moira y a Benjamín, vosotros nadad hasta el yate.

—No puedes hacer eso, Airan, estuviste... estuviste... —Alan no se animaba a pronunciar el estado anterior de Airan por miedo a su reacción, pero no podía permitir que realizara una acción tan temeraria que con seguridad acabaría con su vida definitivamente.

—No te preocupes. Nada puede ocurrirme —dictaminó Airan con tanta seguridad que los hombres creían estar ante un ser superior, se miraron entre ellos, y Alan tomó coraje para

decirle lo mortal que era su jefe.

—¡Airan, estuviste muerto varios minutos! ¡No puedes...! ¿A dónde coño se ha ido?

—Desapareció —dijo Ismael, tan sorprendido como Alan, levantando el chaleco salvavidas que había quedado flotando a sus espaldas.

Los hombres se zambulleron en el mar, pero no lograban verlo, la corriente subía y ya solo la punta de la roca sobresalía sobre el mar y en pocos minutos ni siquiera eso quedaría. Debían moverse hacia la embarcación o arriesgarse hacia la torre que se perdía bajo el agua a riesgo de no encontrar a nadie y perder la vida en la búsqueda. La distancia recorrida era larga y ya no estaban las rocas que antes habían servido de descanso.

—¿Qué hacemos? —gritó, desesperado, Alan.

—Debemos volver al yate. Bajaremos los botes de emergencia y regresaremos a la torre.

—Tienes razón, Ismael.

—Los otros deben estar haciendo lo mismo — gritó el tripulante y apuró las brazadas para no perder más tiempo.

No podía perderla, Moirg era su razón de ser en ese mundo. Conocer a la mujer cambió sus convicciones, cambió sus planes, cambió sus sentimientos, cambió su tiempo y su mundo. Airan. Era Airan Bersé. El hombre que estuvo enamorado de la bella Moira Navi desde el minuto que la conoció y con la que no había conseguido relacionarse a pesar que sabía que se sentía por él tan atraída, como él por ella. El sentimiento fue mutuo desde la primera mirada, y el impedimento para concretar aquel deseo también.

Los recuerdos de la vida de Kyran llenaron la mente de Airan, y una alegría inconmensurable regó de optimismo su ánimo adormecido, rescataría a Moira, su Moira. Su ruego fue oído, su perdón llegó a destino y su amor fue

correspondido aún después de la muerte. Airan conoció cual había sido el final de Kyran: volvió en sí al sentir el agua en el cuello y se levantó, con el puñal todavía clavado en el corazón, salió del cuarto empujando muebles que se cruzaban en su camino y evadiendo gente que corría desesperada a su paso. Camelot desaparecía, la maldad había llegado a la isla y ese era el comienzo del fin. Trastabillando, alcanzó la torre del rey Arturo y subió las escaleras que llevaban hasta la habitación donde habían invocado la protección de Merlín. A esa altura, el grito de la gente y los golpes de las olas todavía no llegaban, el viento entraba por la única abertura, pero no alcanzaba a dañar las cosas que allí estaban. Kyran tomó la piedra que posaba sobre una pared, pero sus movimientos erráticos hicieron que se le cayera de las manos, y se partió a la mitad, entonces, se arrancó la daga del corazón y con ella ahuecó la

pared para que encastrara en el espacio y permaneciera unida a aquel lugar sagrado. Antes de fijarla, con un ruego silencioso, repetía mil veces lo que la punta de la daga con una fuerza que se debilitaba a cada segundo dejaba escrito en el reverso: «otra oportunidad», una palabra en cada mitad de la piedra partida que llevaban escritas al frente las promesas de pertenecerse por siempre.

No habría sido posible un recuento si alguno de los dos no lo hubiese pedido a los dioses. El pedido repetido de ambos, el ruego de tener la oportunidad de descubrir el secreto que los había condenado, y estar en el lugar indicado para hacerlo fue lo que hizo que sus almas viajaran por portales desconocidos para la mayoría de los mortales y se reencontraran en ese tiempo.

No la perdería por otros mil años. Airan estaba llegando a la torre, todavía podía observarse unos

metros sobresalir del mar, un reflejo lo cegó momentáneamente y desvió la vista hacia el objeto, un destello iluminado por el sol flotaba muy cerca de donde estaba, nadó para tomarlo y se encontró con la cadena de plata que atrapaba la piedra de ámbar que él le había obsequiado a Moirg. Con una sonrisa en los labios, desprendió el colgante de la punta de la roca que lo había protegido del hundimiento y siguió hacia la torre con mucho más aliento.

—¡Benjamín, hermano! ¿Dónde está Moira?

—No pude sacarla, Airan. No pude.

Airan llegó a la torre en el mismo instante en que Benjamín emergía para abandonar el lugar. Airan no habló más ni perdió el tiempo, se zambulló dentro de la torre para sacar a Moira de su prisión.

—¡Te succionará el hoyo! —gritó Benjamín, pero su advertencia no fue escuchada. Sin dudar, o

pensar en lo peligroso que era hacer lo mismo que estaba haciendo su amigo, fue tras él.

Moira se perdía por el hueco de la escalera, se había desprendido de la piedra y era succionada tal como advertía Benjamín. Airan la tomó de los hombros para sacarla, la tremenda fuerza ejercida por el agua los arrastraba a los dos. No tenía de donde tomarse para evitar perderse por el hueco, sin embargo, de lo que no dudaba era de aferrarse a Moira. O salían juntos o no salían. Estarían unidos a partir de ese día.

Una fuerza adicional se sumó a su esfuerzo. Benjamín se integró a la batalla, y entre los dos lograron levantar a la mujer que no respiraba.

—Sabes lo que debes hacer, Benjamín —indicó Airan, dejó a Moira en brazos de su amigo y volvió a sumergirse.

Benjamín no tuvo tiempo de preguntar por qué volvía a entrar a la torre, su atención estaba en el

punto negro que rápidamente se acercaba a ellos. Un bote comandado por Rody, Josué, Jordi y Ricardo se aproximaba a los gritos, y un salvavidas sujeto a una soga llegó de imprevisto. Benjamín se abrazó al cordón de vida y fue acarreado junto a su carga.

—¡Más rápido! Más rápido! ¡Moira no respira!
—gritaba Benjamín desenfrenado.

—¿Dónde está Airan?

—Todavía está en la torre.

—¿No ha salido? —preguntó Josué, temiendo lo peor.

—Está vivo —afirmó Benjamín al borde del bote.

Los hombres subieron a Moira con una rapidez asombrosa y después ayudaron a Benjamín. Jordi se abalanzó sobre la mujer intentando improvisados masajes de reanimación, pero Ricardo, con una tranquilidad propia de monjes

tibetanos, lo corrió y se hizo cargo de las maniobras de resucitación con una pericia propia del más hábil paramédico.

Benjamín guió a los remeros más cerca de la torre y estaba por lanzarse al mar cuando la cabeza de Airan emergió de las aguas y con una sonrisa que contradecía el momento caótico que estaban viviendo levantó la mano para mostrar las piedras que tenía.

—¡Las tengo! ¡Las tengo! —gritaba sacudiéndose el agua de la cabeza.

Moira despertó, una luz cegaba sus ojos y voces de un eco lejano llegaban irreconocibles hasta ella.

—Quédate quieta —ordenó una voz, seguida de un agudo pinchazo en un brazo.

La luz de sus ojos desapareció, y una mujer de blanco apareció en su lugar a un costado de la

cama que ocupaba. Dejó con cuidado la jeringa con sangre que acabada de extraerle y sonrió.

—Has alegrado el día de una decena de personas que esperan afuera la noticia de que has abierto los ojos.

—¿Estuve inconsciente mucho tiempo?

—Varias horas —respondió la enfermera y le guiñó un ojo.

Los compañeros de trabajo, los jefes de otros departamentos de la compañía SB, Benjamín, los tripulantes del yate, el padre de Airan, hasta Santiago pasaron por la habitación del hospital para demostrarle lo feliz que estaban por su recuperación y el susto que todos se llevaron. Santiago, además, prometió ir a buscarla cuando le dieran el alta y dijo que la llevaría al departamento que compartieron hasta hacía solo unos días atrás y no aceptó la negativa de su parte, prometió irse del lugar si no quería verlo, pero de

ninguna manera la dejaría en la calle en esas circunstancias. La oferta de Isabel también seguía en pie, pero ella le había contado que sus hijos, enterados del accidente que tuvieron con el yate, estaban en casa preocupados por la salud de su madre, de esa manera si Moira aceptaba ir con ella, estarían en compañía de dos adolescentes.

Sus padres, enterados del incidente, la mantuvieron más de una hora prendida al móvil, y prometieron estar en Gijón en menos de una semana. Cuando toda la conmoción por su recuperación dio paso a la tranquilidad y a la soledad obligatoria para el descanso, recién ese momento pensó en lo que había pasado.

¿Fue producto de su imaginación? ¿Había sido un sueño?, ¿o una pesadilla, como ella había afirmado desde el primer momento?

Las vivencias, el pasaje en el tiempo, Kyran, Narvjks, Vaeroys, la voz de Kyran desde el más

allá, llamándola. Esa voz provocó que abandonara la isla de las morsas y llegara hasta el círculo de piedras para sumergirse en el oráculo que había abierto el portal por el cual escapaba el llamado de Kyran. Allí se dejó arrastrar para despertar en la realidad. ¿Cómo su mente, de la nada, había podido crear esos personajes y esa intrincada historia dónde ella era la responsable del olvido de toda la cultura vikinga? ¿Cómo se explicaba a ella misma que un estado de inconsciencia le había dejado el conocimiento de clanes, paisajes y nombres de dioses nórdicos? ¿O eso también era producto de su imaginación?

Faltaba una pieza en aquel complicado rompecabezas: Airan. Él no la había visitado. Sentía la imperiosa necesidad de verlo, el deseo de estar a su lado no era para nada irreal. La misma enfermera que le había sacado sangre horas atrás, entró para darle la medicación y anunciarle

una nueva visita, y advirtió que sería la última de la tarde. No dejarían pasar a nadie más ese día.

Supo que se trataba de Airan desde el momento que la enfermera entró a la habitación, porque tras ella había entrado el aroma del hombre que esperaba en la puerta la autorización para avanzar. Se le erizaron los vellos del brazo, el corazón comenzó con palpar frenético y un cosquilleo en medio del estómago hizo que se removiera inquieta, la expectativa de ver a Airan revolucionó su cabeza y hasta había comenzado a temblar.

—Buenas tardes —saludó Airan, haciendo solo dos pasos dentro de la habitación.

El saludo cordial y distante fue como un baldazo de agua helada, el estremeciendo pasó, pero los temblores se intensificaron.

—Hola —contestó y dibujó una sonrisa en su cara.

—¿Cómo estás? —preguntó e hizo dos pasos

más, todavía muy lejos de la cama—. Me han informado que deberás permanecer en el hospital por cuarenta y ocho horas más.

—Sí, eso han dicho —afirmó y respondió la primera pregunta—. No me duele nada, sin embargo, por momentos no sé si estoy dormida o despierta. El médico dijo que puede ser consecuencia de la conmoción, por eso el largo período de observación aquí adentro. Y tú, ¿te has recuperado?

—¡Esos gilipollas! —dijo Airan, aludiendo a los hombres que habrían sido quienes contaron su supuesta muerte, aún a riesgo de sufrir consecuencias, tal y como él los había amenazado para que no dijeran nada de eso a Moira.

—No fueron los muchachos... —aclaró e hizo una pausa antes de revelar al culpable—. Fue tu padre.

—Era de suponer. Te traje algo —señaló para

cortar con el tema referido a él.

Airan se acercó a la cama y le entregó un obsequio, el envoltorio no podía disimular que se trataba de un libro. Moira sintió el calor del cuerpo de Airan tan cerca del suyo que quiso prenderse de su cuello para besar esos labios rojos que la tentaban a abalanzarse sobre ellos. El aroma de Airan la transportó a tiempos lejanos, no sabía si de la realidad o de su imaginación, lo concreto era que su mente se trasladaba y recordaba tener ese cuerpo grande y duro junto al suyo. Suspiró.

—Debo marchar, regresaré mañana —dijo con rapidez y se alejó a toda velocidad.

Moira se quedó observando la estela dejada por Airan y aspiró la fragancia que impregnaba el cuarto hasta que se consumió.

No pudo preguntar nada. El atontamiento provocado por la presencia de Airan hizo que

olvidara lo importante. Él tampoco dijo nada, eso tendría que explicar mucho más de lo que esperaba que fuese explicado.

La cena llegó antes de que Moira a una conclusión definitiva y la sacó de sus cavilaciones, las mucamas que repartían la comida eran muy elocuentes y llenaban el ambiente de ruidos, preguntas e indicaciones y, además, se quedaban a vigilar que acabara el *banquete* hospitalario.

El dolor de cabeza comenzó cuando la medianoche se acercaba, no tenía sueño, no podía distinguir un sueño de la realidad y, además, Airan con su actitud distante le hacía doler el corazón y comenzaba a pesarle la preocupación de lo que haría al salir del hospital. No tenía casa y no estaba en condiciones de comenzar una búsqueda y la consecuente negociación para alquilar un departamento.

Tomó el obsequio de Airan y arrancó el papel que lo ocultaba: *Vida vikinga* era título del libro. Moira dio un salto, su actitud adormilada cambió radicalmente y se sentó derecha para comenzar la lectura.

El libro tenía más de trescientas páginas que leyó en seis horas. Al acabar la lectura, con lágrimas en los ojos, se acostó a dormir.

Ese día no tenía tantas visitas como el anterior, Santiago fue el primero en entrar y según había contado, no había nadie esperando afuera. La desazón de Moira se reflejaba en su cara.

—¿Te sientes mal? Estás muy pálida.

—He dormido muy poco.

—Dormirás cómoda cuando estés en casa.

—No quiero molestar, Santiago. Es tu casa, y no quiero problemas con tu novia.

—He terminado con Malena. No la quiero a ella.

—No tienes que darme explicaciones de tu vida —aclaró, en verdad no quería saber nada de lo que ocurría en la vida de Santiago, a quien sentía como un extraño, lo único que quería era ver a Airan.

—Te quiero a ti, Moira. Perdóname, amor, no sé lo que ha ocurrido conmigo.

—No, Santiago, no es momento —dijo con firmeza y cortó con el ruego lastimero que estaba por dar Santiago.

—Cuando estés instalada en casa, hablaremos con tranquilidad. Vendré a buscarte mañana, ya tengo la hora del alta médico.

—Ella no irá contigo, Santiago —afirmó Airan con vehemencia—. Moira es mi mujer y cuando salga de aquí, vivirá en nuestra casa como corresponde.

Santiago sonrió, creyó estar escuchando una broma, pero la seriedad en la cara de Airan Bersé,

el jefe de la que él todavía consideraba su novia, no se condecía con alguien que bromeaba.

—¿Qué es esto, Moira? Rompimos hace menos de una semana, ¿cómo es posible que te involucraras con este tipo? —indagó colérico.

—Moira me pertenece hace mucho, mucho tiempo —señaló Airan, con la firmeza que Kyran tenía en sus palabras al hablar.

—¿Cómo que le perteneces? —preguntó anonadado—. Moira, ¿tú me engañabas con tu jefe? —preguntó más enojado que antes y se acercó amenazante.

Moira miraba a Airan y no escuchaba el reclamo de Santiago, lo único que quería era besar y abrazarse a ese cuerpo grande y hermoso que la reclamaba.

—La visita ha terminado para ti, Santiago. Dejarme a solas con mi mujer, tenemos mucho de qué hablar —dijo y se interpuso entre Moira y él.

Absorta admirando la ancha espalda de su *capitán salvaje*, sonrió y dejó escapar una frase que le vino en ese momento a la mente:

—Seamos civilizados —dijo, pronunciando las mismas palabras dichas por Santiago al hallarlo in fraganti con su amante—. Adiós, Santiago —se despidió y dejó que Airan lo acompañara hasta la puerta.

Los hombres se quedaron cruzando algunas palabras en la puerta, Moira llegó a escuchar a Santiago preguntarle a Airan por cuánto tiempo se consideraría pareja de Moira, dando a entender que conocía de sobremanera sus antecedentes en relación con las mujeres. Airan, sin amedrentarse por la insinuación, con mucha tranquilidad respondió que no se hiciera esperanzas, jamás la dejaría... otra vez. Las dos últimas palabras de Airan desataron en Santiago otra serie de interrogantes, pero Airan entró al cuarto y cerró la

puerta.

Se quedó parado recostado sobre la puerta de la habitación, observando el sonrojo de Moira.

—Soy un desastre —afirmó, levantando mechones de cabello que habían caído de las hebillas.

—Eres preciosa, Moirg.

—Todo fue real.

—Todo.

El brillo en los ojos de Moira alertó a Airan, y este se acercó antes que derramara las lágrimas. Se abrazaron con fuerza, en una unión que buscaba fundir los cuerpos.

—Tenemos otra oportunidad, Moirg —susurró en su oído.

Moira sintió un cosquilleo en la nuca, Airan se alejó después de darle un beso en los labios y dejó que observara lo que había colocado sobre su pecho.

La piedra de ámbar brillaba dentro de su jaula plateada, Moira la tomó en sus manos, la besó y dejó que reposara nuevamente sobre su pecho y se arrojó a los brazos de Airan.

—¿Cómo hiciste para abrir el portal? — preguntó al terminar con un largo beso.

—Prometí que siempre llegaría hasta ti, está escrito, Moirg —dijo sonriendo y le entregó la piedra con la promesa de ambos escrita allí.

Epílogo

Airan y Moira se casaron una semana después que abandonara el hospital, esperaron el arribo de los padres de la novia, que viajaron desde Buenos Aires, y en una ceremonia sencilla y discreta dieron el sí. Antes de marcharse de luna de miel, encontraron a los pescadores que vendieron el corcel blanco y las piedras a la casa de antigüedades de Gijón, por el que solo habían recibido cien euros. La recompensa para los cuatro hombres que sacaron del mar las reliquias para la pareja de recién casados fue mucho mayor que haber encontrado un tesoro, no tuvieron que pagar impuestos por ella.

La luna de miel comenzó en la isla de Svalbard, allí conocieron una pequeña población noruega

asentada muchos años atrás, visitaron las aguas termales de la isla y se llevaron la primera sorpresa al encontrar intacto los altares que habían levantado a los dioses Freyr y Freya. El libro que Airan le había llevado al hospital era un documental de la vida de los vikingos noruegos. Allí había descripciones de sus costumbres, de su estilo de vida, de sus conquistas, de los personajes más destacados y de la obra que llegó hasta la actualidad. La cultura vikinga no se había perdido en el olvido. Fue una civilización de guerreros, de conquistadores, ni más ni menos sanguinarios, ni más ni menos crueles de lo que fueron las demás culturas guerreras en la historia de la humanidad. Hasta había mitología escandinava que describía a cada uno de los dioses que ellos adoraban, habían otros que fueron inventados por la creatividad de los autores que fueron integrando su propia creación documental en el largo trascurso del

tiempo, pero los dioses que ellos adoraban eran recordados por la gente después de mil años.

En esos días, leyó en alguna revista de espectáculos que un director de Hollywood tenía como proyecto comenzar el rodaje de la película Thor, describiendo el cielo y el infierno de sus dioses.

El recorrido por Noruega incluyó visitar el estado norteño de Vaeroy, en sus bibliotecas hallaron documentación referida al clan que dio origen al estado, pudieron recorrer las ruinas de antiguos castillos embargados de emoción, caminar por el lago que estaba detrás de la muralla que seguía en pie y antaño había abrazado al pequeño clan de Vaeroy de Hordaland.

Hordaland era otro estado actual, al igual que Rogaland, que se encontraba un poco más al sur de las originarias tierras de Rogaland que pertenecían al clan Narvjk. En el museo más importante de

Vaeroy se preservaban en un perfecto estado runas escritas por Gardar. Como un informe destinado a los ojos de Airan, el leal guerrero, y luego su hijo, narraron con detalle lo ocurrido después de la desaparición de los hijos de Hanok Vaeroy: el clan sufrió el ataque Narvjk, pero los aliados llegaron a tiempo para evitar la destrucción total del clan, y más tarde, los hijos menores de Hanok, al crecer, reconstruyeron la aldea y se agrandó al doble de su tamaño y ya no hubieron más guerras. Había un escrito muy conmovedor de Gardar debajo de un relieve con la figura de Kyran, que lo mencionaba con el mejor *hersir* guerrero de Hordaland que llevó paz al pueblo. Con un poco de ayuda del futuro, brindada por Moira y difundida por el mismo Gardar, ellos comenzaron a llamarse a sí mismos vikingos, reemplazando a hombres de Lochlann, que era más largo. También dejaron información sobre el clan Narvjk, finalmente, una

de las hermanas menores de Moira se desposó con uno de los hijos de Hanok Vaeroy y se firmó el acuerdo de paz. Einnar Narvjk pasó muchos años como prisionero del *konungr* Singurd Ingunn, al parecer Odín le había arrebatado su poder.

A lo largo de toda Noruega por donde caminaban había recuerdos de la cultura vikinga, y lo mismo pudieron leer que pasaba con el resto de Europa.

La pareja, parada sobre el mismo acantilado, detrás de las ruinas del fuerte Vaeroy, miraba el mar golpear las rocas. Airan abrazaba a Moira por la espalda, ambos estaban de frente a la majestuosidad costera del paisaje nórdico.

—No sé si sentirme defraudada u orgullosa de saber que los Vaeroy fueron los primeros en utilizar cascos con cuernos y fue el primer clan en autodenominarse vikingo. Gardar me debe una.

—Habrán encontrado la forma de no hacer

vulnerables los cuernos que le colocaban a los cascos y estoy seguro que Gardar quiso recordarnos enseñando al clan esas cosas que llegaron del futuro —acotó Airan.

—¿Te arrepientes de haber cruzado en el tiempo?

—No, me gusta bañarme en la tina de agua caliente y hacer el recorrido desde Gijón hasta Svalbard en solo horas —sonrió y le besó la coronilla.

—Eso ya lo hacías antes —lo amonestó y se giró en sus brazos para quedar de frente al hombre—. Sabes a lo que me refiero. Tu alma, la mía. El conocimiento de haber vivido en otra época.

—Claro, somos seres privilegiados, Moira —declaró Airan.

—¿Te dejarás crecer el cabello también? —preguntó, acariciando la abundante barba que ya cubría la cara de Airan.

—¿Te desagrada? Recuerdo que te gustaba enredarte en ellos en el pasado.

—No me desagrada para nada, extraño un poco a mi capitán salvaje.

—¡Bruja!

Moira se paró en puntas de pie para darle un beso en los labios y se giró otra vez para enfrentarse al mar.

—El libro no explica por qué desapareció la cultura vikinga con claridad.

—Todo tiene su principio y su final, nena. Que el recuerdo de nuestra gente siga vivo después de tantos años es una manera de hacerlo eterno, y eso es lo que logramos.

—Camelot y su gente bella también pereció a pesar que evitamos que mi padre con su maldad llegara a la isla.

—Otros hombres, con sus codicias, con sus miserias y su maldad, habrán arribado a la isla.

Otros hombres habrán hecho pactos para aniquilar clanes hermanos; otros hermanos habrán atacado a sus familias; otros pactos se habrán roto; otra mujer amada se habrá perdido por la ambición; otro hombre querido habrá perecido por la injusticia. Es la naturaleza humana, basada en prueba y error..., prueba y error. Se prueba, se fracasa y se comienza de nuevo.

—Eso es muy filosófico para mí. Solo quería evitar que mis hijos pagaran por mis errores.

—¿Solo eso querías? ¿Solo por eso viajaste en el tiempo?

—Y estar juntos, pero eso no era un deseo.

—¿No?

—Eso es una necesidad vital. ¿Te dije que te amo?

—No, desde hacía más de mil doscientos años
—susurró Airan besándole el cuello.

Fin